

# *El santo derecho a la herejía*

*El socialismo cubano «por la libre» en Raúl Roa García (1935-1958)*

Julio César Guanche

*(Selección y prólogo)*

*Cómo citar este libro: El santo derecho a la herejía. El socialismo cubano «por la libre» en Raúl Roa García (1935-1958), (Compilación y prólogo), Ruth Casa Editorial/ICIC Juan Marinello, 2011, ISBN: 978-9962-645-44-3 y 978-959-242-141-3, respectivamente.*

**Parte 1. La filosofía de la libertad ..... 6**

**Crítica del espíritu de nuestro tiempo ..... 7**

La revolución industrial y el capitalismo moderno .....	7
I. Génesis de la revolución industrial y el capitalismo moderno .....	7
II. Razón del inicio y de la culminación en Inglaterra de la revolución industrial .....	10
III. La transformación de la herramienta en maquina: su repercusión en la industria, en la agricultura, en el transporte y en el comercio .....	14
IV. Consecuencias sociales inmediatas de la revolución industrial .....	20
V. La protesta obrera contra el maquinismo .....	25
VI. Expansión y características del capitalismo moderno teorías de Edwin r. A. Seligman, Werner Sombart, Max Weber y Henri See .....	27
VII. El hombre y su técnica .....	36
Pasión y fe del anarquismo .....	38
I. ....	40
II. ....	43
III. ....	50
Utopía, ideología y mito en la política contemporánea .....	58
Vasco de Quiroga .....	66
Grandeza y servidumbre del humanismo .....	70
El mensaje de Benedetto Croce .....	84

**El ideario americano ..... 103**

Aquel indio egregio y soberano .....	103
Día de las Américas .....	104
12 de Octubre .....	106
Simón Bolívar tiene aún qué hacer en América .....	108
España y América .....	113
José Martí y el destino americano .....	116
El drama de Puerto Rico .....	132
Dictadura y democracia en América .....	141
Diálogo con Víctor Raúl Haya de la Torre .....	148
Posición y rumbo .....	153

**Teoría y práctica de la democracia..... 156**

El canto de gallo de la democracia burguesa .....	156
I. El siglo de las luces y de las revoluciones .....	156
II. Significación del reinado de Luis XV en el proceso de la decadencia del antiguo régimen .....	160
III. Estructura y carácter de la sociedad absolutista .....	161
IV. El iluminismo y el tercer estado: el antiguo régimen ante la razón .....	166
V. El problema de las relaciones patrimoniales en la revolución francesa contenido y alcance de la pugna entre jacobino, y girondinos .....	184
VI. La conspiración de los iguales .....	187
VII. Sentido social de la revolución francesa .....	190
De súbdito a ciudadano .....	191
Presencia de Juan Jacobo Rousseau .....	194
Bicentenario de Montesquieu .....	196
Oriente y Occidente .....	199
Sermón Laico .....	205
La lección de Jesús .....	210
Abstracciones concretas .....	212
Elecciones en México .....	214
Caudillo en el horizonte .....	216
El Estado y la cultura .....	220
En Guáimaro un día .....	222
Pies de arena .....	224
Ética y política .....	226

**Glosas sobre la libertad ..... 229**

Si Sócrates viviera .....	229
Estampa de Tomas Moro .....	230
La sombra beligerante de Maquiavelo .....	233
La proeza de Toynbee .....	238
El opio de los intelectuales .....	243

John Dewey y su aporte a la tradición norteamericana .....	244
La sociedad abierta y sus enemigos.....	247
Filósofo en entredicho.....	248
Carta a Eduardo Ortega y Gasset.....	259
Actitud y altitud de Alfonso Reyes .....	261
¿A dónde va el Estado? .....	274

## **El socialismo soviético vs el socialismo de la libertad ..... 276**

Ideas en conflicto y hombres a la greña .....	276
El padrecito rojo.....	282
El ejemplo de Hungría.....	285
Albert Camus .....	287
La profecía de Anatole France .....	290
La batalla de Inglaterra.....	292
Acicate y ejemplo.....	295

## **Parte 2. La política de la libertad ..... ¡Error! Marcador no definido.**

### **La Revolución traicionada ..... ¡Error! Marcador no definido.**

El espíritu de Gibara.....	¡Error! Marcador no definido.
Escaramuza en las vísperas .....	¡Error! Marcador no definido.
I. Preámbulo de una polémica .....	¡Error! Marcador no definido.
II. La Historia Borrada .....	¡Error! Marcador no definido.
III. La Regeneración Degenerada.....	¡Error! Marcador no definido.
IV. La Generación Inmolada .....	¡Error! Marcador no definido.
V. El Alba de la Efebocracia .....	¡Error! Marcador no definido.
VI. Trayectoria y Balance del Ciclo Revolucionario.....	¡Error! Marcador no definido.
El fugitivo vuelve por la picada .....	¡Error! Marcador no definido.
La herencia del BAGA .....	¡Error! Marcador no definido.
El rescate de la cueva .....	¡Error! Marcador no definido.
La Isla de los empleados públicos .....	¡Error! Marcador no definido.
Chorro de luz.....	¡Error! Marcador no definido.
Lo que el golpe se llevó.....	¡Error! Marcador no definido.
Resistir y esperar .....	¡Error! Marcador no definido.
¿A dónde va Cuba? .....	¡Error! Marcador no definido.

### **Una herencia, social y democrática, para la revolución de 1930 ..... ¡Error! Marcador no definido.**

Rescate y proyección de José Martí .....	¡Error! Marcador no definido.
La Revolución inconclusa .....	¡Error! Marcador no definido.
Manuel Sanguily .....	¡Error! Marcador no definido.
José Ingenieros .....	¡Error! Marcador no definido.
Enrique José Varona y nuestra generación.....	¡Error! Marcador no definido.

### **Dictadura y Totalitarismo ..... ¡Error! Marcador no definido.**

Perras al cuarto .....	¡Error! Marcador no definido.
Estrellas a ras del suelo .....	¡Error! Marcador no definido.
Triunvirus al desnudo.....	¡Error! Marcador no definido.
Dictadura exportada .....	¡Error! Marcador no definido.
Brindis por la América que sufre .....	¡Error! Marcador no definido.
Arenga soñada.....	¡Error! Marcador no definido.
Pablo de la Torriente Brau y la revolución española.....	¡Error! Marcador no definido.

### **Tanto en la paz como en la guerra: libertad e independencia en la Guerra Fría.... ¡Error! Marcador no definido.**

Exequias de la buena vecindad.....	¡Error! Marcador no definido.
Guerra y posguerra.....	¡Error! Marcador no definido.
El soldado inglés y la posguerra.....	¡Error! Marcador no definido.
Aliados por conveniencia .....	¡Error! Marcador no definido.
La Conferencia de Bandung .....	¡Error! Marcador no definido.
Entre la libertad y el miedo .....	¡Error! Marcador no definido.
La agonía de Gandhi .....	¡Error! Marcador no definido.
Tormenta en Egipto .....	¡Error! Marcador no definido.
Raíces del conflicto angloegipcio.....	¡Error! Marcador no definido.
La salida de Egipto.....	¡Error! Marcador no definido.
La Conferencia Interamericana por la libertad de la cultura .....	¡Error! Marcador no definido.

### **La Revolución de 1959: con la estrella solitaria ..... ¡Error! Marcador no definido.**

Retorno al futuro .....	¡Error! Marcador no definido.
-------------------------	-------------------------------

La respuesta de Cuba.....	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
<b>Cronología de la vida de Raúl Roa García .....</b>	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
<b>Bibliografía de Raúl Roa García.....</b>	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
<b>Índice de nombres .....</b>	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
<b>Índice de materias .....</b>	<b>¡Error! Marcador no definido.</b>
¡Error! No se encuentran entradas de índice.	

**A la memoria de José Antonio Echeverría y de Fructuoso Rodríguez**

## **Parte 1. La filosofía de la libertad**

# Crítica del espíritu de nuestro tiempo

## La revolución industrial y el capitalismo moderno

### 1. Génesis de la revolución industrial y el capitalismo moderno

La revolución industrial, el derrocamiento del absolutismo en Francia y las guerras de independencia en América sientan las bases objetivas y espirituales del capitalismo moderno y de la democracia individualista. Se ha cuestionado, en lo que a la revolución industrial atañe, el término que se ha venido usando para calificar el proceso de transformaciones que se opera en los siglos XVIII y XIX en la faz y en la estructura económica de la sociedad europea. William Ashley lo ha objetado por impropio «la transformación industrial ocurrida -escribe en la introducción a la obra de Harry Hamilton The Cooper and Brass Industries to 1800- fue menos una revolución que una nítida e irresistible evolución.» Henri See se muestra acorde con el economista británico en su libro origen y evolución del capitalismo moderno. «en el vasto teatro de la historia económica -afirma- no se producen cambios improvisados de decorado. Del mismo modo que ciertas industrias, como la minería, presentan desde un principio, o por lo menos, desde el siglo XVI la forma de empresa capitalista, ni la antigua organización del trabajo y el artesanado desaparecen bruscamente de la escena; se les ve sobrevivir aun en la época del triunfo definitivo del capitalismo industrial.»

Esta-óptica, proveniente del campo de la teoría económica liberal, resulta ya inadmisibles. Ciertamente es que la revolución industrial no se produjo súbitamente y cierto también que las mutaciones que promueve no fueron obra de la improvisación. No lo es menos que ninguna revolución, por catastrófica y sangrienta que sea, ha estallado sin previa preparación, sin la concurrencia de factores propicios y sin un estado de espíritu que la expresa y demanda al madurar las condiciones materiales y psicológicas que soterradamente la pusieron en marcha. Basta asomarse al ventanal de la historia para percatarse de que las revoluciones ni se inventan, ni se promulgan, ni se imponen. No se conoce la generación espontánea en la vida social. Las revoluciones son siempre la resultante de un «lento, largo y gradual proceso». El salto en la historia, como en la naturaleza, se produce solo al transformarse, dialécticamente, la cantidad en calidad. Durante siglo y medio se incubó lo que propiamente se denomina revolución industrial. Incluso Arthur Birnie, que suele considerar incompatible la transformación de tipo revolucionario con el

ritmo sosegado del desarrollo económico, acepta que «los cambios que aquella produjo fueron tan extensos en su extraña mezcla de bien y de mal, tan dramáticos en su combinación de progreso industrial y de sufrimiento social, que bien pueden llamarse revolucionarios». En análogo sentido, se habían antes manifestado Sismondi, Carlos Marx, Paul Mantoux y Werner Sombart. Arnold Toynbee consagro definitivamente el termino en su ya clasica obra *lectures on the industrial revolution*.

Las fuerzas económicas que hicieron factible la transformación de la herramienta en maquina y el establecimiento del capitalismo moderno comienzan a moverse, como oportunamente ya vimos, desde la baja edad media. Seria útil volver un momento sobre nuestros pasos. Las primeras manifestaciones del capitalismo moderno en su forma comercial tienen por escenario las republicas italianas y los países bajos. Baste recordar, por una parte, quejas republicas italianas habían extraído colosales ganancias del comercio marítimo subsiguiente alas cruzadas; y por la otra; que las ciudades holandesas eran a la sazón uno de los principales centros de trasbordo entre el oriente y el norte de Europa. No solo fue la ciudad de Florencia el maravilloso gemario donde el renacimiento y el humanismo fulgieron con deslumbrantes irisaciones; fue también la cuna del capitalismo moderno. El vasto comercio florentino entre el occidente y el oriente adquirió pronto un estilo capitalista en la venta y remate de artículos de lana y seda. Los mercaderes acudían alas ferias de brie y de champagne, efectuaban un trafico al por mayor, establecían sucursales en el levante y saldaban sus cuentas en letras de cambio se multiplicaron los cambistas y banqueros, que se enriquecen rápidamente con la custodia de fondos, las concesiones de créditos, los prestamos al estado, ej tomento de empresas y los seguros marítimos. Una de las actividades más lucrativas eran los anticipos de dinero a la santa sede. Ej radio de acción y el poder financiero de los mercaderes italianos puede calcularse por el volumen de sus operaciones en Francia, España, Portugal e Inglaterra. Según werner sombart «fueron los italianos los primeros que manifestaron la mentalidad capitalista y el ideal burgués que exalta las ventajas de la actividad industrial, la exactitud y el cuidado en el registro puntual de las cuentas». El *libridelia famiglia*, de leon battista alberti, constituye fuente de consulta indispensable a respecto.

No solo los comerciantes florentinos participaron decisivamente en el desarrollo del capitalismo financiero, sino que también compartieron con los mercaderes de los países bajos, la primacía en e ejercicio de la industria sobre una base capitalista. La industria lanar florentina, que producía en cantidad considerable



para los mercados extranjeros, prefigura la manufactura capitalista, que habría de desempeñar papel primordial en el advenimiento de la gran industria. Análogo proceso atraviesan, en ese periodo de transición, Francia e Inglaterra. No obstante su incipiente desarrollo económico y su apartamiento de las grandes rutas comerciales, en España aparece tempranamente el capitalismo. Sevilla y Barcelona fueron, por obra de mercaderes judíos y genoveses, activos mercados y centros de operaciones bancarias. Lo que ya está definitivamente esclarecido es que las fuerzas hostiles al régimen feudal hunden sus raíces en el desarrollo creciente de la economía dineraria y forman parte de la constelación histórico-social que engendra el renacimiento, el estado nacional, los descubrimientos geográficos, el mercantilismo, la reforma religiosa y las revoluciones inglesas del siglo xvii.

Sin la evolución y predominio de esas fuerzas, no hubiera podido producirse el conjunto de invenciones que, desde el punto de vista técnico, caracteriza la revolución industrial. La fundición del hierro y el acero, el ferrocarril y el tractor, el telégrafo y el teléfono resultan inconcebibles en una sociedad que vive fundamentalmente de la tierra y replegada sobre ella. El cultivo servil del suelo, el molino de viento, la silla de posta, el cambio en especie y el sistema gremial, sobran, a su vez, en una sociedad fundada en el maquinismo, en la gran industria y en el trabajo asalariado. El grado de desarrollo de la evolución técnica marcha, de consuno, con el grado de desarrollo del régimen social de producción ningún griego pudo representarse las formas de existencia de una gran metrópoli moderna. Los señores feudales estaban radicalmente invalidados para concebir la explotación técnica de la agricultura. La capacidad de ensueño y el genio inventivo se hallan limitados por el sistema de circunstancias que constituye su tiempo histórico. De vivir en la edad media, Julio Verne hubiera escrito, a lo sumo, pintorescos libros de caballería. Francis Bacon pudo, en cambio, en la época renacentista, imaginarse el aeroplano y el submarino.

La invención es un producto histórico. El proceso mental que la produce es, en rigor, el mismo que solemos emplear para resolver los problemas que nos plantea la vida cotidiana. La diferencia entre uno y otro estriba, como observa Abbot Payson Usher, en que los objetivos últimos únicamente logran alcanzarlos la sensibilidad más fina y la imaginación más fértil de individuos que sobresalen del nivel intelectual común «a menudo —precisa Bimie— los descubrimientos parecen deberse a un accidente; pero inconscientemente el inventor afortunado trabajó dentro de límites que le trazan las necesidades cambiantes de la sociedad».

Nadie inventó la gravitación universal. Newton, en una observación genial, se concretó a comprobarla. Algo parecido le aconteció a James Watt con la fuerza motriz del vapor. El mundo antiguo conoció su existencia; pero no pudo utilizarla. Su aplicación no sería posible hasta el siglo XVII y como consecuencia de la ampliación del mercado y de la extensión del comercio que subsiguieron a los grandes descubrimientos geográficos y a la explotación colonial de los territorios conquistados en Asia y América. La creciente demanda ultramarina no podía ya satisfacerse con los métodos vigentes de la producción artesana y manufacturera. Era preciso producir en gran escala para satisfacerla cumplidamente. Esa necesidad imperativa es la que determina la sustitución de los métodos de producción y de la organización del trabajo y despierta y enciende el genio técnico que, transformando la herramienta en máquina y el taller manufacturero en fábrica, va a abrirle insospechadas perspectivas a la industria, a la agricultura, al transporte y al comercio, modificando las bases y las formas de vida de la sociedad europea.

Esa formidable palingenesis se inicia y también culmina en Inglaterra. En Francia y Bélgica no comienza el proceso de industrialización hasta las primeras décadas del siglo XIX. Ninguno de esos dos países ha logrado aun completarlo. En Alemania la revolución industrial empieza en la última mitad del siglo pasado; pero, en lo que va de entonces a los días inmediatos a la última guerra mundial, devino en un país altamente industrializado. El sur y el este de Europa continúan siendo primordialmente agrarios. En los últimos veinte años, Rusia ha avanzado, con ritmo impetuoso, en el camino de la industrialización. El proceso ha sido llevado a un altísimo coeficiente de madurez en Estados Unidos. Japón, no obstante las supervivencias feudales que entraban su economía, ha progresado notablemente en el orden industrial. Salvo Argentina, México, Chile y Brasil las naciones que integran la América hispana no han logrado aun entrar en la órbita del industrialismo. La estructura económica agraria predominante depende financieramente de Estados Unidos e Inglaterra. Los cuantiosos recursos naturales que atesoran les garantizan, de ser técnica y nacionalmente explotados, un papel de vanguardia en el proceso de industrialización.

## II. Razón del inicio y de la culminación en Inglaterra de la revolución industrial

La razón de que fuera Inglaterra y no España, Holanda, Francia o Portugal la cuna y el ápice de la revolución industrial hay que buscarla en su propia historia y en la historia de esos pueblos y no en un pretendido destino manifiesto. Se ha atribuido erróneamente la posición dominante de Inglaterra en el proceso de

industrialización al puro hecho de haberse enriquecido fabulosamente con el saqueo de sus territorios coloniales. En los siglos xvi y xvii había en Europa países mas ricos que Inglaterra que les llevaban algunos años por delante en la explotación de los mercados ultramarinos, como España y Portugal; pero la formación de un régimen industrial no depende, exclusivamente, del desarrollo del capital comercial y del comercio colonial. El incremento de aquel tiende siempre a minar las bases agrarias de vida. No logra, sin embargo, por si mismo, crear un sistema industrial de producción. Es necesario que este exista, embrionariamente, en el momento en que el capital comercial cobra vuelo y se expande.

España verifica, plenamente, la validez de lo dicho. En el orden político, fue la burguesía española la primera que tuvo conciencia de su destino. En el orden económico, ya en el siglo xii eran sumamente apreciadas en Europa las sedarías árabes de Sevilla y en el siglo xiii las manufacturas catalanas vendían sus productos en Inglaterra y Holanda. No siguió otro proceso en España la constitución de la monarquía absoluta que el ya conocido en el resto de Europa; pero la monarquía utilizó en provecho propio, como en parte alguna, la pugna de la nobleza y la clase mercantil. Inmediatamente que aquella fue sometida, la corona se dispuso a dificultar el desarrollo ascendente de la burguesía, que había conquistado numerosos fueros y había reducido mas de una vez la soberbia voluntad de los reyes.

Tres triunfos capitales obtuvieron la monarquía, en concierto con la nobleza y el clero, sobre la burguesía española la reconquista de Granada, la expulsión de los judíos y el tribunal del Santo Oficio. No tardaría el nuevo rey de España, el futuro Carlos V de Alemania, el mas poderoso emperador de Occidente, en arbitrar todos sus recursos para destruirla y subyugarla. En un principio, el conflicto asumió pergenio político y carácter nacionalista, explotando la clase mercantil inteligentemente la extranjería del rey y su resistencia a respetar determinados fueros. De las Cortes de Valladolid brotaron, encendidas, las primeras protestas. No ocultaría el rey su desagrado ni su decidido propósito de desoírlas. La replica de las Cortes de Santiago de Galicia, un año mas tarde, al solicitar el rey un subsidio de 40 000 ducados, fue una desafiante negativa. Vanos fueron los esfuerzos de Carlos I para quebrantar, mediante soborno, el fiero espíritu de independencia de los representantes de las ciudades. El regidor Tordesillas pagaría su venalidad con la horca.

En 1520, la burguesía española se apercibió a presentarle batalla a la Monarquía y a la nobleza. El episodio culminante de esta lucha memorable es la sublevación de los comuneros de Castilla y de las hermandades de Valencia. Algunos

historiadores le restan significación social a estos movimientos. Angel Ganivet les niega incluso carácter revolucionario. No es este el punto de vista de Antonio Ballesteros, Blanquez Fraile, Rafael Altamira y Manuel Azana. Ballesteros reconoce y subraya la significación social de la sublevación valenciana «la rebelión de los agermanados -escribe- fue del pueblo contra los privilegios de la nobleza.» «las germanías -afirma categóricamente Blanquez Fraile- personifican en Valencia y en Mallorca la lucha social de clase.» Altamira coincide, en lo fundamental, con ambos, en cuanto admite el carácter revolucionario del movimiento de los comuneros y la significación social de la sublevación de las hermandades. Manuel Azana, en cambio, no «solo demuestra con buen acopio de documentos que la revolución de los comuneros es similar a los alzamientos del tercer estado victorioso en Europa mucho tiempo después, sino que los actores del drama sabían con bastante exactitud por que luchaban.» la mayoría de los comuneros era, según refiere un crónico empolvado, «gente ordinaria». Las reclamaciones de las cortes y los documentos de la época evidencian, nítidamente, que el objetivo cardinal del movimiento de los Comuneros era desechar el yugo feudal.

La derrota de los comuneros en Villalar tuerce, radicalmente, el rumbo Histórico de España. El descubrimiento, conquista y colonización de América demostrara en el orden económico hasta que punto la estructura social predominante en España estaba reñida con el proceso capitalista y el régimen industrial. Las enormes riquezas acumuladas por España, en su política extractiva en América, servirían para alimentar y fortalecer a la corona, a la iglesia y a los señores de horca y cuchillo que, consecuentes con su perspectiva feudal de las relaciones sociales, invierten en beneficio propio el oro y la plata acarreado en los galeones. El incremento del capital comercial robusteció en España las condiciones de existencia del feudalismo agonizante y generalizó la miseria. El esplendor, la indigencia y la truhanería de la época se proyectan vividamente en la literatura. La picaresca es la novela del mercantilismo español!. Andrajo de muchos en irónico contraste con la opulencia de pocos. Guzmán de Alfarache, el Lazarillo de Tormes, Monipodio y el Buscón don Pablos son personajes de carne y hueso.

No cabe ya duda que en el proceso anteriormente descrito se generan los factores determinantes de la llamada decadencia española. Recuérdese que hasta 1830 no aparecen en España las máquinas de vapor. En 1840, estando en Madrid, Domingo Faustino Sarmiento le escribía a Victoriano Lastarria que en España «dan las doce cuando todos los relojes dan las cinco». He ahí, en una frase aparentemente peyorativa, la clave profunda de una tragedia histórica aun inconclusa.

El caso de Holanda resulta también sobremanera ilustrativo. En la madrugada de su poderío colonial, su política comercial estuvo estrechamente vinculada al desarrollo de la manufactura dentro del país; pero no tardaría en dedicarse, principalmente, a la usura y al comercio intermediario. Esta desconexión funcional, entre el desarrollo del capital comercial y la actividad industrial, concluiría por provocar un incremento hipertrofiado de aquel que retrasó en siglos la industrialización de Holanda.

La confluencia de factores favorables produjo en Inglaterra un resultado distinto. Mientras España irrumpe como potencia metropolitana dentro de una constelación típicamente feudal, Inglaterra entro en la esfera de la política colonial al mismo tiempo que el régimen corporativo y la estructura autoritaria del poder tocaba a su termino con el proceso de los cercamientos de tierra, la venta del patrimonio eclesiástico, el desarrollo de la manufactura y las revoluciones políticas del siglo xvii. La subversión de la estructura económica feudal impidió que sus beneficiarios aprovecharan en su favor las pingües ganancias del comercio ultramarino y del tráfico de esclavos. Ni ocurrió tampoco lo que en Holanda. Desde época ya temprana, el capital comercial inglés estuvo en contacto íntimo con la industria. En el siglo xvii, el aflujo del capital comercial a las actividades industriales alcanzó volumen considerable. La industria a domicilio y la manufactura capitalista datan de esa época y compiten ventajosamente con la producción artesana. La característica más acusada de esta última es, como ha dicho Heinrich Herkner, su «sujeción jurídica y efectiva en múltiples aspectos». El estado, por regla general, administraba las nascentes empresas, fomentándolas y protegiéndolas a cambio de jugosas contraprestaciones. Su principal mercado de consumo eran los círculos financieros y cortesanos. El capitalismo es también, en cierto grado, hijo de su tiempo. Solo en este sentido es aceptable la tesis de Sombart.

En un principio, el artesanado de las ciudades y la industria agrícola doméstica sirvieron de base al desarrollo de la manufactura; pero en el periodo propiamente manufacturero el artesano dejó de ser un productor independiente para transformarse en asalariado. En los inicios del siglo xviii, ya el artesanado estaba en franco proceso de desintegración. La producción manufacturera produjo, a su vez, una creciente racionalización del trabajo entre los obreros domésticos, intensificando el rendimiento de la actividad industrial. El proceso de producción se subdividió en las más simples operaciones mecánicas. No tardó en surgir, como consecuencia de este detallamiento técnico, el obrero especializado. El desarrollo de

la producción manufacturera influye también en la organización del trabajo. La manufactura diseminada y el trabajo a domicilio fueron sustituidos por la manufactura centralizada y el taller capitalista y la concentración consecuente de un crecido número de operarios. No existía otra diferencia entre este tipo de empresa y una fábrica que la que se deriva de la diversa índole del instrumental. Se empleaba la herramienta y no la maquina como instrumento de producción. Adam Smith fue el teórico del sistema manufacturero. Véase con que mezcla de fruición y sorpresa describía el proceso de fabricación de un alfiler: «un obrero saca el alambre, otro lo estira, el tercero lo corta, el cuarto lo afila, el quinto hace la cabeza del alfiler. El acabado de la cabeza se divide, a su vez, en dos o tres operaciones: el colocarlo es una operación especial; otro es el acabado del alfiler; y aun el empaque del alfiler en el papel es una operación independiente. De esta manera, la preparación de un alfiler requiere, aproximadamente, dieciocho operaciones distintas.»

Espoleado por la conquista de nuevos mercados y la concurrencia extranjera, el capital comercial inglés impulso el desarrollo de la manufactura, logrando adueñarse de las ramas de la producción que alimentaban la exportación. Este enlace orgánico entre el comercio exterior, la explotación colonial y la actividad industrial fue la razón determinante del predominio económico de Inglaterra y el antecedente indispensable de su ulterior evolución capitalista, acelerada por sus recursos naturales y su esplendida posición geográfica. El clima templado, su vasta línea de costas, su amplio sistema de comunicaciones fluviales y terrestres y los ricos yacimientos de carbón y hierro contribuyeron, decisivamente, a su desarrollo técnico, económico y financiero. El aislamiento que le daba su posición insular y el domine de las rutas marítimas que ejerció a partir de su victoria sobre España, Francia y Holanda sirvió de base a la supremacía política y comercial que mantuvo durante tres siglos a tambor batiente y bandera desplegada.

III. La transformación de la herramienta en maquina: su repercusión en la industria, en la agricultura, en el transporte y en el comercio

El conjunto de cambios ocurridos en la estructura económica, en el régimen de relaciones sociales y en la organización del trabajo de Inglaterra crea las condiciones para la transformación de la herramienta en maquina. No hubiera sido ello posible sin la acumulación previa de una gran masa de capitales, la expropiación de la tierra a los campesinos, la venta del patrimonio eclesiástico, la formación de un vasto conglomerado humano carente de medios propios de vida, la subdivisión técnica del trabajo y la ampliación del mercado. El proceso de extensión de la subdivisión técnica del trabajo en la manufactura capitalista fue la fase

preparatoria de la producción maquinizada. La especialización del obrero en operaciones simples y repetidas abrió amplias perspectivas a la fabricación de aparatos mecánicos de estructura precisa y compleja. La necesidad de fabricar instrumentos propios de trabajo se hizo imperativa a partir de la manufactura concentrada, «estos talleres --escribe andrew ure en su obra philosophy of manufactures- desplegaban ante la vista la división del trabajo en sus múltiples gradaciones. El taladro, el escoplo, el torna: cada uno de estos instrumentos tenía sus propios obreros, organizados jerárquicamente según su grado de pericia.» «este producto de la división manufacturera del trabajo --concluye carlos marx- producía, a su vez, maquinas. La maquina pone fin a la actividad manual artesana como principio normativa de la producción social de este modo, se consiguen dos cosas: primero, desterrar la base técnica en que se apoyaba la anexión de por vida del obrero a una función parcial; segundo, derribar los diques que este mismo principio oponía al imperio del capital.»

Si en la fase de la manufactura capitalista el punto de partida de la revolución operada en el régimen de producción fue la fuerza de trabajo, en la gran industria fue el instrumento de trabajo. En el curso de estas dos etapas entrecruzadas de la historia social se produce precisamente la transformación de la herramienta en maquina. No existe un criterio unánime en cuanto a las semejanzas y diferencias entre ambos instrumentos de producción. «la maquina y la herramienta -sostiene birnie- se asemejan por cuanto son instrumentos que permiten al hombre efectuar ciertas operaciones mas diestramente quejón la simple mano. La diferencia mayor esta en que la herramienta es puesta en movimiento por la fuerza física del hombre y la maquina por una fuerza natural, como el viento, el agua o el vapor.»

Este criterio ha sido usualmente impugnado por matemáticos y mecánicos. Unos y otros acostumbran a definir la herramienta como una maquina simple y la maquina como una herramienta compuesta. No establecen distinciones de ninguna índole entre ambas. Se componen unas y otras de las mismas potencias y unas y otras poseen la misma estructura. Suelen considerar maquina incluso a la palanca, al plano inclinado, al tornillo y la cuña.

Es indiscutible que toda maquina, por compleja que sea, se asemeja, por estar compuesta de las potencias mas simples, a las demás herramientas; pero, como observa marx, «esta definición es inaceptable desde el punto de vista económico, pues no tiene en cuenta el elemento histórico». También resulta insuficiente la distinción propuesta por birnie. Se llegaría por este camino al absurdo de considerar una maquina el arado por tracción animal y una herramienta a la primitiva maquina

de hacer mallas. La índole de la fuerza motriz no afecta a la naturaleza del instrumental. La herramienta se transforma en maquina «sólo cuando pasa de la mana del hombre a pieza de un mecanismo». El hombre sigue siendo el motor primordial; pero, una vez puesta en movimiento, la maquina adquiere vida propia, se emancipa del hombre y repite mecánicamente las mismas operaciones que antes ejecutaba el obrero con otras herramientas semejantes. La maquina se distingue, finalmente, de la herramienta, por su composición compleja y delicada y su alto grado de mecanización y detallamiento.

La transformación de la herramienta en maquina constituye el punto de partida técnico de la revolución industrial. El progreso del maquinismo se vio obstaculizado, en un principio, por la dificultad de encontrar una fuerza motriz apropiada. La baratura del viento confía pareja con su inconstancia. El agua estaba estrictamente limitada por razones de lugar. No se inventan los ríos ni los saltos de hulla blanca a medida del deseo. Las alternativas de la fuerza hidráulica, en los molinos que se movían por impulsión mediante palancas, contribuyeron, sin embargo, a «centrar la atención hacia la teoría y la práctica del grado de impulsión, que luego había de tener importancia tan enorme en la gran industria». La cuestión quedó definitivamente resuelta con la aplicación del vapor a la maquina. El vapor ofrecía ventajas obvias sobre el agua y el viento. Podía ser creado en el sitio preciso y en la proporción en que se necesitara. La invención de la maquina de vapor representa, por eso, el hecho central de la revolución industrial.

La revolución industrial se manifiesta inicialmente en la industria textil de algodón. No en balde era la más importante de Inglaterra por su vasto mercado ultramarino de consumo. El creciente auge de esta industria y su incapacidad técnica para continuar satisfaciendo la enorme demanda de tejidos de algodón obligó a los fabricantes del ramo a interesarse por el perfeccionamiento del instrumental utilizado. Se excitaron con premios a los inventores de nuevos expedientes mecánicos para la filatura y el tejido de telas de algodón. Múltiples artesanos familiarizados con instrumentos complejos -relojes, molinos de agua, telares automáticos- se pusieron a la obra. La fabricación de maquinaria quedaba a cargo del hombre de ciencia muchos años más tarde.

La maquinaria voladora del mecánico John Kay fue el primer mejoramiento de importancia en la industria textil de algodón. Su objetivo era acelerar el proceso productivo del tejido el progreso obtenido, en la intensificación y aceleramiento del trabajo, generalizó rápidamente el invento de Kay. No demoraría el ritmo de desarrollo de la demanda de hilaza en sobrepasar largamente la capacidad de



producción de los hilanderos. Esta circunstancia obligo a los manufactureros a mejorar e! Proceso técnico del hilado. En 1705, un tejedor, james hargreaves, construyo un pequeño hilador mecánico, que se movía mana y podía trabajar simultáneamente con dieciocho husos. La introducción del hildor mecánico de hargreaves en el proceso del hilado produjo cambios sustantivos en la industria y un desplazamiento de dieciocho trabajadores por cada aparato.

Las deficiencias técnicas de los primeros inventos fueron sucesivamente superadas por la maquina de agua de arkwright, el huso mecánico de crompton y la maquina de hilar de cartwright. Los progresos obtenidos en la industria del algodón repercutieron en otras ramas de la industria y apresuraron el advenimiento de la fabrica como centro de producción. En 1790 existían en Inglaterra alrededor de 150 fábricas de hilados de algodón, empleándose en algunas hasta 1000 obreros. Estas fábricas estaban situadas en las riberas de los ríos del norte y occidente de Inglaterra. La producción de hilados y tejidos de algodón alcanzó, en breve tiempo, colosales dimensiones. Basten, por vía de ejemplo, estas cifras en 1704 Inglaterra importo 3970 000 libras de algodón; en 1789,32470000; en 1799 la importación de algodón alcanzo 48 000 000 de libras; en 1821, 137 000 .el proceso de mecanización de la industria textil se completa al finalizar e siglo XVIII. Los tejedores a mana supervivieron, precariamente, durante algún tiempo. Ya en la primera mitad del siglo XIX se habían extinguido. Análogo proceso se opero en la industria de lana, jersey y seda.

Las limitaciones provenientes de la utilización de la fuerza hidráulica en la industria fabril determino la necesidad de aplicar un elemento propulsor que pudiera resolver el problema. Sobremanera interesante es la historia de los que ie desbrozaron el sendero a james watt. El mas antiguo invento que se conoce de aprovechar la fuerza motriz del vapor es el aparato de heron de Alejandría. No trascendió este, en realidad, la tosca categoría de un barrunto frustrado. Siglos después los mecánicos europeos ensayan la fabricación de dispositivos enderezados a imprimir movimientos a ruedas mediante la energía producida por la combustión de la madera o del carbón en los homos. Leonardo da vinci jacoo lepi?, jacob de strada y vittorio zoncahan han descrito prolijamente este tipo primitivo de motor. Un mecánico italiano, apellidado Bianca, díseme en lo29 una rueda movida por la fuerza motriz del vapor engendrada en una caldera. Este aparato contiene ya en si los elementos constitutivos de la turbina modera. Ninguno de estos intentos tuvo realización pnktica alguna. No es menos cierto, sin embargo, que todos se proponían, como atrrma danilevsky en su historia de la técnica, la fabricación de un

motor técnico rotativa e iban abonando el terreno sobre el cual surgida la maquina de vapor. Los intentos posteriores de ramsay, worcester, arrnenton y el abate i-lautefeille contribuían extraordinariamente al desarrollo de la minería.

Fue a Denis Papin a quien cupo la gloria de haber aplicado, por primera vez, la fuerza motriz del vapor para mover un pistón con un embolo. Su celebre mannita ilena toda una época de la historia de las invenciones mecánicas. La maquina de bombear agua de las minas, construida por newcomen sobre el principio de papin, se difundió enseguida por toda Inglaterra. Sus defectos técnicos y sus limitaciones sedan subsanados por james watt al adaptar el pistón en un movimiento rotatorio capaz de hacer girar una rueda o imponer maquinaria con cualquier fin.

No era watt un simple obrero especializado. Sus conocimientos de física, química, mecánica y matemática están a la altura de su época. Había laborado como mecánico, en la universidad de glasgow, en la epoca en que enseñaban en sus aulas el economista adam smith, el químico blake y el físico robinson. Proverbíais eran sus dotes de organizador y su sentido de la responsabilidad en el trabajo. Su perfeccionamiento de la bomba de newcomen y sus constantes investigaciones y experimentos le habían proporcionado crédito y prestigio entre los manufactureros ingleses.

La maquina de vapor de watt, culminación de un largo y complejo proceso en el que intervienen múltiples factores individuales y colectivos, es la primera maquina de radio universal que se conoce. Su fuerza propulsora, creada en su propio seno, se alimentaba con carbón y agua. «el gran genio de watt -afirma marx-- se acredita en la especificación de la patente expedida a su favor en abril de 1784, en la que su maquina de vapor no se presenta como un invento con fines especiales, sino como un agente general de la gran industria. En esta patente se alude a empleos, algunos de los cuales, como el martillo de vapor, por ejemplo, no llegaron a aplicarse hasta mas de medio siglo después.» en 1780 watt aplico, por primera vez !A fuerza motriz del vapor en un telar de nottingham. Ya en 1800 había mas de trescientas maquinas de vapor en operación.

La construcción de maquinaria fue obligada secuela de la aplicación del vapor a la industria. Esta nueva rama industrial pequena el acarreo de grandes cantidades de materia prima. La industria metalúrgica se vio inmediatamente impulsada a efectuar cambios fundamentales en su estructura. El desarrollo de la metalurgia hizo posible Levar hasta sus ultimas consecuencias el proceso de la técnica mecánica. En un principio afronto esta nueva rama industrial serias dificultades. La más importante de todas era, sin duda, fa escasez de combustible. Los bosques de

Inglaterra se clarearon vertiginosamente por el incremento gigantesco de la construcción de buques y el carbón de leña comenzó a faltar. Enormes yacimientos de mineral de hierro quedarían inexplorados durante varios años por la circunstancia señalada. El descubrimiento del carbón de coke salvo a la industria inglesa de un inminente colapso. En 1829 el carbón en bruto fue aplicado en gran escala en escocia. De esa sazón data la floreciente industria de hierro de Clyde. El descubrimiento de la manufactura barata de acero en 1850 por Henry Bessemer desplazo al hierro de la mayor parte de los usos industriales. El desenvolvimiento de la industria siderurgia produjo, a su vez, una demanda progresiva de combustible; pero el reinado absoluto del carbón sería al cabo sustituido por el polémico señorío del petróleo, esencia vital de la industria moderna.

El proceso técnico alcanzado por la industria en los siglos XVIII y XIX provocó una verdadera revolución en la agricultura, en los transportes, en el comercio y en la Organización del trabajo. La emancipación del campesinado de la servidumbre feudal en la Europa occidental y la introducción de la maquinaria en la agricultura transformó radicalmente las perspectivas del agro, incorporándolo cada vez más al ritmo y estructura de la economía urbana. En 1804 se construyó la primera locomotora, en 1819 cruzó el Atlántico el primer buque de vapor, en 1825 hay ya un camino de hierro entre Stockton y Darlington. Mucho antes que en España, el ferrocarril resoplaba en nuestra campiña tanzando el paisaje con la rítmica erupción de su grotesca chimenea. La conquista de la electricidad inicia una etapa de milagrería aun en plenitud de posibilidades. En 1835 se establece el primer telégrafo eléctrico. A fines del siglo XIX el cable submarino ha reducido el mundo de tal suerte que las oscilaciones de la bolsa, los cambios políticos y las declaraciones de guerra se conocen a raíz de haberse producido. En nuestro tiempo, el teléfono, el cinematógrafo, la aviación, la radio, la televisión y el radar abren un nuevo capítulo de la historia técnica de la humanidad cuya trascendencia apenas puede vislumbrarse. La desintegración del átomo --proeza sin paralelo de la ciencia moderna-- sobrepasa, evidentemente, todos los triunfos del hombre sobre la naturaleza. «alrededor de la transmutación atómica --afirma Paul Langevin-- gira un conjunto de descubrimientos cuya importancia puede compararse con el descubrimiento del fuego y con la posibilidad de utilizarlo.» en cuanto a lo que podría entrañar como fuerza creadora de bienestar y progreso, baste decir que «una sola carga de los 10 000 toneladas de uranio permitiría que Francia tuviera, durante un siglo, una energía diez veces superior a la energía eléctrica y térmica de que hoy dispone, lo que equivaldría a que cada familia obtuviera el rendimiento del trabajo

de 40 o 50 esclavos sin gasto alguno de alojamiento y manutención.» la energía atómica solo se ha aplicado hasta ahora a la destrucción y a la muerte. Sabré su uso futuro se cierre hoy una interrogación pavorosa.

Las repercusiones de la revolución industrial en el Tráfico de mercancías y personas fueron igualmente extraordinarias. El comercio exterior vinculo a los pueblos y redujo las distancias. La economía se internacionalizó. Las naciones mas apartadas dependieron, en plurales aspectos, de sus antípodas. Proliferaron las áreas industriales, los centros fabriles se erizaron de torres humeantes, florecieron los sindicatos. La profecía de maithus era ya solo una pesadilla. La ley del rendimiento decreciente de la tierra se debía, no a la tacañería de la naturaleza y al crecimiento en progresión geométrica de la población, sino a deficiencias de la organización social. El Nivel De confort ascendió y se expandió. Se abarataron las mercaderías. El hombre común participo de goces privativos antes a los privilegiados de la fortuna. El Espíritu científico se levanto a alturas insospechadas. La ilusión dieciochesca del progreso indefinido parecía deslumbrante evidencia. Nunca fue tan ostensible, por lo mismo, el contraste entre la riqueza y la pobreza y jamás tan agudos y chocantes los desniveles. «cabria preguntar--escribe melancólicamente john stuart mill- si todos los inventos mecánicos aplicados hasta el presente han facilitado en algo los esfuerzos cotidianos de ningún hombre.» la problemática de la miseria social, en una sociedad técnicamente pertrechada para eliminarla, quedaba planteada en dramáticos términos.

#### IV. Consecuencias sociales inmediatas de la revolución industrial

Las terribles condiciones de existencia que la revolución industrial impuso a amplias zonas de la sociedad derivan, principalmente, de la formación de un proletariado industrial y rural dependiente del alquiler de su fuerza de trabajo. No es exclusivo de este periodo de la historia la reducción a la indigencia de grandes masas humanas. En tiempos anteriores ha habido toda clase de gente sin medios propios de vida, mendigos y vagabundos; pero la población trabajadora en \a alta edad media «estaba firmemente incorporada en el organismo social por su pertenencia alas corporaciones, por los derechos de posesión de la tierra o por la servidumbre hereditaria». La vasta muchedumbre humana que laboraba en la gran industria naciente no tenia, en cambio, por lo común, perspectiva alguna de ascender a una posición mas estable. Su subordinación a la demanda de trabajo y alas alzas y quiebras del mercado era absoluta. La ley de la competencia dictaba soberanamente el interés del patrono y sus relaciones con el obrero. «los individuos que pertenecían

a la clase trabajadora ---observa heirich herkner- semejaban náufragos, que nadando en el mar se ahogan tan pronto como les faltan las fuerzas. En cambio, los propietarios eran como navegantes que van seguros en los barcos y nada tienen aun cuando sus fuerzas personales faltan.» «El desarrollo de la maquinaria--escribía gotéeme tortura y me angustia. Avanza como una tormenta lentamente; pero ya ha tornado una dirección y ha de llegar a alcanzarnos. Todavía perdura en nuestra mente el recuerdo de la alegre vida que habéis visto estos días y de la cual os dio gran testimonio ayer la ataviada multitud que por todas partes se apretujaba. Pensad que, poco a poco, todo eso ha de desaparecer y morir, y que la llanura animada y poblada durante siglos ha de recaer en su primitiva soledad.»

El dramático espectáculo ofrecido por este enorme conglomerado humano sin otros medios de subsistencia que su propia fuerza de trabajo es, sin duda, un hecho radicalmente nuevo en la historia. Sismondi lo advertirá antes que nadie. «el cambio fundamental que ha sobrevivido en la sociedad, en medio de la lucha universal por la competencia, ha sido -afirma-la introducción del proletariado entre las contriciones humanas; del proletariado cuyo nombre, tornado de los romanos, es antiguo, pero cuya existencia es totalmente nueva.» nunca hasta la revolución industrial, había existido, en efecto, una clase social que, siendo jurídicamente libre, estuviera económicamente sometida al interés y al arbitrio de otra. «la creación de un proletariado rural e industrial --sentencia bimie- es la consecuencia social de mayor importancia y, puede agregarse, la mas desafortunada de la revolución industrial.»

La apropiación por el capital de las fuerzas de trabajo sobrantes, el desplazamiento del hombre y la utilización de la mujer y del niño en las actividades fabriles, la prolongación de la jornada de trabajo, la intensificación de este y la caída del nivel de los salarios fueron las consecuencias sociales inmediatas de la revolución industrial. Nada pudo el proletariado frente a estas condiciones de existencia que la burguesía en ascenso le imponía. La relación entre patrono y obrero se fundaba, en esta época de tajantes desniveles y contrastes, en el contrato libre de trabajo. En múltiples ocasiones la compraventa se efectuaba en términos leoninos para los asalariados. A veces «la demanda de trabajo infantil se asemeja incluso en la forma a la demanda de esclavos negros y a los anuncios que sohan publicar los periódicos norteamericanos». «me llamo la atención --consignaba en un informe oficial un inspector de fabrica ingles- un anuncio publicado en el periódico de una de las ciudades manufactureras mas importantes del distrito, que decía literalmente así "se necesitan de doce a veinte muchachos que no sean demasiado

jóvenes para que puedan pasar por chicos de 13 años. Jornal: 4 chelines a la semana."» la explotación del trabajo de la mujer y del niño llegó a asumir dimensiones brutales en este perforo. El salario que una y otro recibían era, por lo regular, la mitad del correspondiente a un obrero adulto en cuanto a la primera y cuatro o cinco veces inferior en cuanto al segundo. La transcripción que sigue da una idea del grado en que se utilizaba el trabajo de la mujer y del niño «en 1815 las mujeres constituían el 50% de los obreros empleados en la industria textil del algodón y en la industria devino el Porcentaje de las mujeres ascendía al 70%. En 1834 en 380 fabricas de hilados y tejidos en escocia había en un total de 40825 obreros, 13 720 menores de 13 a 18 años de edad y 7 400 niños menores de 13 años, no obstante la ley fabril que lo prohibía expresamente.»

En su libro *the Industrial revolution in the xviii century*, paul mantoul refiere que en las fábricas inglesas se empleaban niños de cuatro años y se les obligaba a trabajar a fuerza de látigo. «desde luego,-advirtió mantoux- no en todas las fabricas se registraban tales horrores, aun cuando el maltrato de los obreros, sin excluir a los menores de edad, era lo mas generalizado en la Inglaterra de fines del siglo XVIII «el excesivo trabajo -agrega mantoux-, la falta de descanso y de sueño y la naturaleza misma de los trabajos a que se forzaba a los niños en el periodo critico del crecimiento eran suficientes para arruinar su salud y deformar sus cuerpos convirtiéndolos tempranamente en cargas sociales. No podía ser mas frugal ni mas pobre la alimentación; en ciertas regiones se vieron grupos de niños lidiando con los cerdos para arrebatárles la bazofia. Los patronos no se preocupaban tampoco de la salud de los obreros. Las enfermedades profesionales eran endémicas. El primer caso de factory fever aparece en manchester en 1834 y pronto invade los distritos industriales causando innumerables victimas.» en su obra de Inglaterra y los ingleses, el economista liberal juan bautista say, epígono de adam smith y paladin de la libre empresa, estima, significativamente, que «un obrero, según la familia que tiene y a pesar de los esfuerzos dignos a menudo de la mas alta estima, no puede ganar en Inglaterra mas que las tres cuartas partes y muchas veces tan solo la mitad, de la cantidad que necesita para sus gastos imprescindibles». El libro de federico engels, la situación de la clase obrera en Inglaterra es una de las mas severas denuncias que jamás se hayan hecho de la depauperación moral y material de la clase obrera en la etapa subsiguiente a la revolución industrial. «la fabrica -se lee en el gentleman magazine- puede considerarse como una mezcla de males morales, higiénicos, religiosos y políticos. En las grandes manufacturas la corrupción humana acumulada en grandes masas parece incubar una fermentación que la exaspera a un

grado de malignidad no igualada en el infierno.» la situación de la mujer trabajadora, desde 1750 a 1850, ha sido exhaustivamente estudiada por Ivy Pinchbeck en su monografía *women workers and industrial revolution*.

En cuanto a Francia, no le va en zaga a Mantoux el doctor Villemain en su escalofriante informe a la academia de ciencias morales y políticas de París y en su documentada obra *cuadro del estado físico y moral de los obreros*. «en algunos establecimientos de Normandía --dice- el látigo de nervio, de buey, destinado a azotar a los niños, figura en el telar del talador entre el número de los instrumentos de trabajo.» pero las fuentes más inmediatas y fidedignas de esta época ominosa del capitalismo moderno siguen siendo los informes oficiales de los inspectores de fábrica ingleses. De sus escrupulosas investigaciones extrajo Carlos Marx la inexpugnable colección de cifras y hechos en que se apoya el capítulo que dedica a la materia en *el capital*.

Fueron tales los abusos originados por la revolución industrial que la cámara de los comunes se vio obligada a tomar partido en el asunto. No lograría modificar fundamentalmente la oprobiosa situación imperante. La ley propuesta por Robert Owen, reduciendo la jornada de trabajo de la mujer y del niño, promulgada en 1819 -verdadera piedra miliar en la historia de la legislación obrera- se burló por los patronos durante muchos años. La voz generosa de Lord Macaulay se alzaría en el parlamento condenando este estado de cosas y exigiendo del poder público una intervención urgente para remediarlo «el hombre que no puede ofrecer sino la propiedad insustancial de su trabajo a cambio del producto real y efectivo de la propiedad raíz y cuyas diarias necesidades requieren para su sustentación diario trabajo -advertía en su libro *statue of the poor*, Morton Eden, discípulo de Adam Smith-, tiene que estar, necesariamente, a merced de su patrono por la naturaleza de las condiciones en que vive.» la actitud de la novel burguesía industrial...inglesa frente a los sufrimientos y penurias de la clase obrera está gráficamente expresada en esta anécdota que recoge Mantoux «"¿qué haremos ahora? , -inquirían conturbados de su patrono unos obreros despedidos. Y aquel se limitó a responder flemáticamente

"las leyes naturales decidirán."»

No es posible detenerse ahora en un examen hondo del problema de la libre contratación del trabajo a la luz de una concepción humanista y democrática del derecho. Baste recordar, a propósito, la polémica sostenida por Macaulay al proponerse la limitación de la jornada de labor en la cámara de los comunes. Los adversarios de esta medida aducían que la duración de la jornada de trabajo y las condiciones del salario eran de la exclusiva competencia de las partes contratantes.

Macaulay, para refutar esta argumentación, cito el proyecto sobre reglamentación higiénica de la vivienda presentado al parlamento por el conde de lincoln. Según el avisado estadista, un propietario de manchester podría impugnarlo con idéntico razonamiento de esta suerte «a su señoría, el conde lincoln, no le gustan las casas que carecen de desagite. Cree su señoría que sus alcobas son sucias; nadie lo obliga a dormir en ellas. Use su señoría de su libertad, pero no restrinja la de sus vecinos. Yo puedo hallar muchas familias que paguen gustosamente un chelín mensual, porque las deje vivir en lo que su señoría llama un cobertizo propio para bestias. I, y por que no he de cobrar yo el chelín que quieren darme voluntariamente.¿ y por que ellos no han de tener el abrigo que yo les proporciono por un chelín? ¿Por que envía, su señoría, sin mi permiso, a un hombre para que blanquee mi casa obligándome Asia pagar lo que yo no le he mandado a hacer? Mis inquilinos juzgan que la casa esta bastante limpia para ellos, o si no, no hubieran sido inquilinos míos, y si ellos y yo estamos satisfechos, (¿por que se mete su señoría entre nosotros, hollando arbitrariamente todos los principios del libre cambio?»

Esta argumentación era la misma, en sustancia, que la empleada por los oponentes a la limitación de la jornada de trabajo. «si el conde de lincoln me permite que yo lo defienda -continuo macaulay- contestare a la objeción de este modo yo prefiero la sana doctrina del libre cambio. Pero vuestra doctrina es una caricatura de la sana doctrina. Nada tendríamos que ver con los contratos celebrados entre su señoría y sus inquilinos, si estos contratos afectaran solo a intereses pecuniarios. Pero algo mas que intereses pecuniarios esta el juego. Conciérne a la comunidad que no viva la mayoría de la gente de un modo que hace a la vida miserable y breve, que debilita el cuerpo y corrompe la inteligencia. Si por vivir en casas que parecen zahúrdas contrae gran numero de ciudadanos gustos groseros; si se han familiarizado tanto con la suciedad, la hediondez y el contagia, que se esconden sin repugnancia en agujeros que revolverían el estomago a un hombre limpio por costumbre, esto será una prueba mas de que hemos descuidado nuestros deberes y una razón mas para que ahora los cumplamos.» y concluyo de esta guisa «si no limitáis la jornada, sancionareis el trabajo intenso que empieza demasiado pronto en la vida, que continua por luengos días, que impide el crecimiento del cuerpo y el desarrollo del espíritu, sin dejar tiempo para ejercicios saludables y para el cultivo intelectual, y debilitaría todas esas cualidades que han hecho grande a nuestro país. Nuestros jóvenes sobrecargados de trabajo, se convertirán en una raza de hombres débiles e innobles, padres de una prole aun mas débil e innoble, y no tardan mucho el momento en que la degeneración del trabajador afectara desastrosamente a los



intereses mismos a que fueron sacrificadas sus energías físicas y morales.» estas palabras de macaula de in inscribirse, con aun caracteres, en el frontispicio de la moderna legislación del trabajo.

#### V. La protesta obrera contra el maquinismo

No tardaría en manifestarse la protesta de la clase obrera contra la explotación del trabajo y las condiciones sociales de vida subsiguientes a la revolución industrial. En los finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, se produjo una viva inquietud en las fábricas y se vertebraron numerosos grupos en defensa de sus intereses y aspiraciones. Varios de estos grupos se pronunciaron en favor del inmediato restablecimiento del régimen corporativo; pero la mayoría se mostró partidaria de luchar por la supresión de las. Maquinas, el derecho de coalición y la extensión del sufragio. En el orden político, este movimiento tuvo su mas caracterizado órgano de expresión en the london corresponding society, fundada por el zapatero thomas hardy y el poeta john Helwall. Las ideas políticas y sociales de william olvilgie, thomas pame, patrc colquho, william wordsworth, samuel taylor coleridge, charles hall y wilham godwm influyeron en la formación y desarrollo de la agitación obrera y popular de la época. Gran difusión y predicamento obtuvo entonces el libro de godwin an enquire concerning políticas justicie. Los miembros de the london corresponding society eran, en su mayor parte, «menestrales, obreros manuales y tenderos, que abonaban semanalmente un penique» e organizaron numerosas filiales compuestas cada una de veinte personas. Filósofos como home tooke revolucionarios como thomas paine, poetas como william blake y vegetarianos como john ritson, se sintieron atraídos por este movimiento y participaron en sus campañas. Edmund burke, el técnico por antonomasia de la contrarrevolución, le salio al paso a the london correspondmg society. Después de fugaz y accidentada existencia, la sociedad fue disuelta por el gobierno en 1799, e pretexto de haber estado estrechamente ligada a los jacobinos franceses.

Las crisis económicas originadas por las guerras napoleónicas Agudizaron hasta la exasperación la protesta social en Inglaterra. La agitación obrera culmino en acciones directas contra las máquinas, muchas de las cuales fueron destruidas. Ya las postrimerías del siglo XVII habían presenciado frecuentes sublevaciones contra los aparatos mecánicos y sobre todo contra el molino de cintas. Su inventor fue perseguido enconadamente y estrangulado al cabo en danzig. Fueron tan graves los disturbios suscitados por el motín de cintas que fue prohibido en ley den y en colonia por las atondadas principales. En diversas regiones de Alemania, fue

quemado en la plaza publica. «esta maquina, que tanto ruido armo en el mundo entero -escribe marx-, era en realidad, la precursora de las maquinas hilanderas y textiles y, por tato, de la revolución industrial del siglo xviii. Por medio de ella, un muchacho experto en el trabajo textil podía accionar todo el telar sin mas que empujar una palanca; una vez perfeccionada, esta maquina tejía de 4o a 5o piezas al mismo tiempo.»

Motines, incendios de fabricas y destrucción de maquinas caracterizan la historia social de Inglaterra en los albores del siglo xix. Es ya celebre, en este sentido, el movimiento luddita. Su denominación proviene del calcetero ingles nedludd que, habiendo hecho afijos en cierta ocasión el telar en que trabajaba como protesta contra el bajo nivel de su salario, dio lugar a que se general izase el dicho «hagamos lo que ludd». En 1811 los ludditas constituían ya un núcleo extenso y dado abiertamente a la violencia. Numerosas maquinas fueron destruidas o dañadas en nombre de ludd.

El movimiento adquirió tal fuerza expansiva y demoledora que en 1812 el parlamento aprobó una ley decretando la pena de muerte para los destructores de maquinas. Lord byron, el gran poeta romántico, pronuncio un inflamado discurso al discutirse esta ley en la cámara de los comunes. Estas fueron sus palabras finales «a un reconociendo, como es obligado, que esos excesos toman ya proporciones amenazadoras, no puede negarse que obedecen a un estado de miseria jamás conocido. Yo, que he recorrido el teatro de la guerra en la península ibérica, que he estado en algunas de las provincias mas agobiadas de Turquía, no he visto jamás, ni bajo el mas despiadado despotismo de un gobierno mahometano, tanta anónima miseria como he encontrado, al regresar de mi viaje, dentro de las fronteras de este país cristiano. ¿ y cuales son vuestros remedios? Después de varios meses de pasividad y de otros cuantos meses de actividad todavía peor, aparece, por fin, el grandioso especifico, la hierbecilla que no ha fallado jamás a ningún medico de estado desde los tiempos de dracon hasta nuestros días la pena de muerte. Pero, ¿es que, aun prescindiendo de la injusticia tangible y de la falta de fundamento de la causa que la motiva, no hay ya bastantes penas de muerte en nuestras leyes?, ¿no hay bastantes cuajarones de sangre en nuestros códigos que todavía queréis derramar mas, hasta que los cielos griten y clamen en contra nuestra? ¿Son esos los remedios con que quenas curar a un pueblo hambriento y desesperado?»

En esta misma época, byron escribió una vibrante proclama comparando a los ludditas con los héroes de la independencia hispanoamericana y el poeta shelley compuso su prometeo encadenado y su marsellesa proletaria. Las afinidades

políticas y sociales de este último con William Godwin han sido admirablemente esclarecidas por Henry Brailsford «intentar comprender a Shelley sin la ayuda de Godwin, -afirma- es una tarea casi tan inverosímil como leer a Milton sin conocer la Biblia.»

Motines contra las máquinas se organizaron en casi toda Europa en la primera mitad del siglo XIX. En 1840, se produjo en Alemania un movimiento semejante al luddita entre los tejedores silesianos. Gerard Hauptmann ha escrito sobre el tema uno de los dramas más intensos del teatro contemporáneo.

La madurez política de la clase obrera explica este tipo elemental de profecía. No es la máquina, en sí misma, la responsable de su infortunio, sino la relación social que la gran industria demandada establece entre la máquina y el hombre que la trabaja. La máquina esclavizadora, que adapta el ritmo orgánico al ritmo mecánico de sus pistones y poleas engendrando la fatiga social y el automatismo idiotizante, anida en su entraña la máquina liberadora, la máquina amiga, creadora de riqueza, bienestar y justicia.

Tiempo habría de pasar antes de que el obrero supiera discernir la maquinaria de su empleo y los medios materiales de producción de su forma social de explotación. En su ulterior desarrollo, el proletariado, al transformarse de clase en clase para, se enfrentara con el régimen industrial adoptando formas adecuadas de organización y de lucha y obteniendo al cabo el reconocimiento de sus derechos políticos, sindicales y humanos y múltiples demandas encaminadas a mejorar sus condiciones sociales de vida en punto a higiene, educación, despido, maternidad y vejez. A ese resultado contribuyen también eficazmente la difusión y arraigo de las doctrinas sociales y su incorporación a los idearios de los partidos políticos.

VI. Expansión y características del capitalismo moderno teorías de Edwin R. A. Seligman, Werner Sombart, Max Weber y Henri See

La revolución industrial impulsó vigorosamente el desarrollo de la forma capitalista de producción, circulación, distribución y consumo de la riqueza. Inglaterra fue también el país de Europa en que este proceso asumió su estilo clásico de expresión. En 1815, todavía, como observa J. H. Hobson en su obra *The Evolution of Modern Capitalism*, «la especialización geográfica era incompleta, la exportación relativamente pobre y el trabajo no estaba representado por cifras elevadas». Tres décadas más tarde la organización capitalista de la industria había ya triunfado en toda la línea. La concentración industrial y el maquinismo constituyen los mecanismos centrales de la vida económica inglesa. Se establecieron miríadas de

sociedades anónimas y por todas partes afloraron instituciones de crédito y organizaciones bancarias. De 1822 a 1850 se fundaron mas de 1000 compañías de seguros, abastecimiento de agua, gas, minas, canales, puertos y ferrocarriles, representando un capital de 500 000 000 de libras esterlinas. Entre 1833 y 1830 se establecen 72 bancos en Inglaterra y lo en Irlanda. En 1841 se promulgo una ley fijando en lo horas la jornada de trabajo. El movimiento artista llegaría a su apogeo en los umbrales de la revolución de 1848.

Mucho mas lento fue el progreso del capitalismo en Francia. Si la gran revolución había modificado sustantivamente la estructura jurídica, política y social, la organización económica quedo, en cambio, lastrada por las formas de produce los sobrevivientes del antiguo régimen. La razón de este retraso se debió, en buena parte, a la escasez de combustible y a la larga serie de guerras y perturbaciones que subsiguen a la revolución, con el consiguiente drenaje de los recursos económicos del país y la quiebra del imperio colonial y del comercio marítimo. En Bélgica el proceso evoluciono con ritmo mas acelerado. Ya en 1870 Bélgica es uno de los baluartes del capitalismo europeo. El proceso capitalista comenzara propiamente en Alemania mediando ya el siglo; pero su ritmo se intensificara por las a partir del imperio, fruto legitimo del «carbón y del hierro» al decir de Bismarck. Viena fue, durante largo tiempo, el único centro financiero importante de la monarquía austriaca. Rusia permaneció hasta las postrimerías del siglo XIX configurada y regida por intereses y fuerzas típicamente feudales. En la Europa oriental y en Italia, España y Portugal el desarrollo capitalista era sobremanera lento ya muy avanzado el siglo XIX.

Desigual fue la evolución del capitalismo en Estados Unidos. A partir de 1825 empezó a propagarse en las regiones del norte el sistema fabril. No se explotarían hasta muchos años después los ricos yacimientos de carbón y hierro. Europa seguiría abasteciendo a Estados Unidos de artículos manufacturados. Las energías creadoras del pueblo norteamericano se volcaron impetuosamente en la colonización interior del vasto territorio y en la audaz y jugosa aventura del Far West. En los Estados del sur, dedicados principalmente al cultivo del algodón, imperaba un gran atraso técnico y la refacción de trabajo se basaba en la esclavitud. Un siglo mas tarde Estados Unidos dejaría atrás en su portentoso desarrollo económico a todos los pueblos del orbe. El proceso de perfeccionamiento y expansión del maquinismo y el alto nivel de tecnificación a que ha llevado su aparato industrial puede medirse por el número de patentes de invención concedidas por el gobierno de año en año. En la década de 1790 a 1800, 270; en la década de 1850 a 1860, 25087; en la década de

1890 a 1900, 234950, y en la década de 1920 a 1930, 491 070. La mayoría de estas patentes de ingeniería han contribuido a mejorar la maquinaria, incrementar su rendimiento y engrosar el ejército industrial de reserva. Si el descomunal desenvolvimiento industrial ha convertido a estados unidos en el país más rico y poderoso del mundo, le ha creado una multitud de complejos problemas nacionales e interaccionales. La creciente supeditación del hombre a la maquina y las relaciones sociales en general se han venido enmarafiando extraordinariamente y se han planteado problemas tan espinosos como el de la penuria en la abundancia, el cierre masivo de fabricas y el aumento del paro forzoso, sobre todo en los anos inmediatamente anteriores a fa administración de franklyn d. Roosevelt.

El capitalismo entra ya en franco proceso de expansión internacional al tramontar la pasada centuria. Su adolescencia fue tarda y penosa, su juventud desconcertante y audaz, fácil y dinámica su madurez. En nuestro tiempo, el capitalismo ha adoptado una forma preponderantemente financiera y monopolista, unciendo la industria, la agricultura y el comercio al señorío de la banca y de la gran empresa. Vivimos en la era del trust. No puede negarse que el sistema capitalista de corporaciones ha contribuido, en gran medida, al progreso económico y técnico de la sociedad contemporánea. Sin una rápida movilización del capital en gran escala, no hubiera sido posible la construcción de ferrocarriles, la fabricación de carreteras, la explotación de la naturaleza y el desarrollo en

Mas a de empresas industriales, agrícolas y mercantiles, lo cual se ha traducido socialmente en el abaratamiento de las mercancías y en el mejoramiento general de las condiciones de vida.

No menos cierto que lo antedicho es que el altísimo coeficiente de desarrollo en la producción, en la técnica y en la concentración capitalista esta destruyendo, progresivamente, la pequeña propiedad, el pequeño comercio y la pequeña industria. Según estadísticas del gobierno de estados unidos, de las 333 000 corporaciones que en 1930 pagaban impuestos sobre utilidades en ese país, las 200 mas poderosas regían virtualmente su vida económica. Estas corporaciones representaban el 140% de las entradas netas de la nación y el 45% de sus activos brutos. Las reformas sociales y económicas del new deal intentaran poner coto a esta patológica concentración de riqueza y de poder propia de una estructura imperial y no de una republica democrática.

Nada original hemos aportado, ni era nuestro propósito, al caracterizar el capitalismo moderno a la luz de los hechos. Veamos ahora, sumariamente, las principales teorías que se han elaborado para explicarlo a la luz de su naturaleza. La

primera investigación sistemática del régimen capitalista la realizó Carlos Marx en su magno libro *El capital*. No resulta este el sitio adecuado para exponerla. Será objeto del tratamiento correspondiente en el capítulo relativo al socialismo marxista. En esta ocasión, nos ocuparemos, exclusivamente, de las teorías del capitalismo desarrolladas por Edwin R. A. Seligman, Werner Sombart, Max Weber y Henri See. Seligman ha intentado apresar, en una perspectiva de conjunto, los caracteres generales del capitalismo desde el punto de vista de su forma, de sus relaciones y de su espíritu. Según el gran economista norteamericano, el capitalismo es «una forma de vida económica que pone en manos de una clase específica el control de todas las etapas del proceso de producción, desde la provisión de la materia prima, hasta la venta en el mercado del producto acabado». El capitalismo es, considerado como pura técnica, el economizador de trabajo por excelencia. Sobre esta base técnica se han construido las formas de la industria moderna: producción en masa, estandarización e integración. La producción en masa ha viabilizado --escribe Seligman-- «la regulación de la producción total y la reducción del costo, de modo que con cada disminución del precio se alcanza continuamente un nuevo estrato de consumidores». La estandarización es el correlato de la producción en masa. Al fabricarse los productos en serie, se reducen los precios, se generaliza el consumo y se multiplican la riqueza y el bienestar. Ni la producción en masa ni la estandarización pueden desarrollarse sin la integración de la industria, que tiene su más alta expresión en los cárteles y en los trusts.

En contraste con las formas del capitalismo moderno, están las relaciones que el mismo genera: la competencia, el pago de jornales y el mercado. La competencia es el alma del comercio y su objetivo es comprar barato y vender caro. Bajo el capitalismo el obrero no tiene más medio de subsistencia que el jornal que el patrón le abona a cambio de su trabajo. Está radicalmente desvinculado de la propiedad de los instrumentos de producción. Capitalista y proletario son categorías sociales distintas y separadas «la razón de ser del socialismo --afirma Seligman-- estriba en este hecho indubitable.» el capitalista, por último, produce para el mercado. La demanda efectiva es la que le interesa y no la demanda social.

El espíritu capitalista se manifiesta bajo un triple aspecto: individualismo, deseo de ganancia y cálculo. No es nuevo en la historia el individualismo como estado colectivo de conciencia y estilo de vida; pero ha sido el régimen capitalista, fundado en la propiedad privada y en el libre juego del interés personal, el que le ha dado un prodigioso estímulo al identificar el éxito económico con el esfuerzo propio y el espíritu de empresa. El deseo de ganancia es consustancial al sistema. No se

mueve una tuerca de este si no va impelida por aquel deseo. Y nada se escatima en la consecución de ese propósito. Esta es la razón del taylorismo y del fordismo, la introducción de métodos eficientes y racionales en la actividad productiva. En un sentido mas amplio --concluye seligman- «el espíritu moderno puede decirse que consiste en la aplicación de cálculos mas exactos en el largo de los resultados apetecidos.»

Para werner sombart, el capitalismo se funda en «la posesión privada de valores de toda índole, incluyendo entre ellos los medios de producción, como materias primas, herramientas, fabricas e instalaciones». El proceso de su evolución histórica ha «conducido a la producción de mercancías en gran escala, reuniendo bajo una dirección económica, y en una obra común, múltiples energías individuales». La forma de producción capitalista exige la concentración de millares de obreros en las fabricas y en las minas; pero ese mismo proceso evolutivo es el que hace «que todos los trabajadores reunidos para laborar en común no tengan las mismas relaciones jurídicas con los medios de producción que emplean. Los unos son los propietarios de estos medios y esta propiedad de los medios de producción les confiere el derecho de dirigir los trabajos y de disponer del fruto de los mismos. Los otros, es decir, la gran masa privada de recursos, carece de toda propiedad sobre los medios de producción y esto los obliga a buscarse el sustento ofreciendo a los propietarios de esos medios, a cambio de una retribución, la fuerza de sus brazos, esto es, lo que constituye su única propiedad».

De esta situación, de hecho, surge, según sombart, el contrato libre de trabajo. «mediante este contrato, -dice en su ya clásico libro *the modern capitalism*- el obrero desposeído se compromete con el propietario de los medios de producción a realizar un trabajo determinado a cambio de determinado jornal. Fácil es comprender, teniendo en cuenta que toda producción estriba en la unión del trabajo del hombre con los factores materiales de ella, que la forma de producción capitalista se diferencia de todas las demás por el hecho de que en ella los dos factores de la producción, se hallan representados por grupos separados que necesitan reunirse para que resulte un obra útil -lo contrario de la organización artesana, en que el trabajador es, al mismo tiempo, propietario de los medios de producción- y ideas porque la unión antedicha se realiza por el libre acuerdo, por el contrato libre de trabajo, circunstancia que lo distingue aun, por ejemplo, de la forma de producción basada en la esclavitud, en la cual también se observa la diferencia entre dos grupos sociales distintos.»

El afán de lucro y el nacionalismo económico «son los principios que rigen esta organización económica e imprimen sello peculiar a la vida social moderna». La actividad productiva se encamina siempre a valorizar o incrementar el capital que se aplica a la producción la búsqueda del beneficio es el objetivo céntrico del sistema. Este afán de lucro es lo que explica que «toda la actividad mental del sujeto económico - el capitalista, el propietario de los medios de producción-- o de sus agentes retribuidos se ejercitan dar a la producción una forma racional lo más adecuada posible a las condiciones en que el proceso económico y técnico se desarrolla.»

La clase social que representa los intereses del sistema capitalista es la Burguesía. Esta se compone, en primer término de «los sujetos económicos directos, los iniciadores de empresas capitalistas, los patrones, a los cuales viene a agregarse en nuestras sociedades modernas un gran número de personas interesadas en su prosperidad». En la burguesía, Sombart incluye, además, los siguientes elementos a) todas «aquellas personas que tienen o podrán tener una posición económica independiente que reconoce el principio de la explotación del nacionalismo económico y de un régimen jurídico de libertad de contratación a aquel acomodado». Forman también parte de este grupo «un pequeño número de personas que, al parecer, son artesanos, entre los agricultores, los modernos colonos». B) todas «las entidades económicas de pendientes; pero que al mismo tiempo actúan como colaboradores o representantes de empresas capitalistas y la mayor parte de las veces tienen también un interés directo en su éxito económico. En esta categoría pueden incluirse directores, abogados y jefes que perciben un tanto por ciento en los grandes negocios».

El polo opuesto de la burguesía es el proletariado. Si se aspira a pensar en la esencia de esta clase social, es indispensable desechar -advierte Sombart-, «esa imagen de chusma mal vestida que suele despertar esta palabra en quien no ha leído a Carlos Marx». A la palabra proletario -precisa- (se emplea hoy, con independencia de su significación primitiva, en un sentido técnico para designar la clase social que se halla al servicio cobra un salario de las empresas capitalistas y que es, en consecuencia, el objeto del sistema». No debe confundirse esta clase social con todos los desposeídos. A ella pertenecen, exclusivamente, «el conjunto de los trabajadores asalariados libres es decir, todas aquellas personas cuyos intereses respecto a las empresas capitalistas en que laboran no son los mismos que los de las entidades designadas antes como aburguesadas». Según Sombart, el haber incluido en la clase obrera núcleos sociales que le son ajenos, fue lo que lleva a Marx a sostener, erróneamente, «que el movimiento proletario es el movimiento



independiente de la inmensa mayoría, el interés de la mayoría inmensa», lo que caracteriza al proletariado no es su miseria absoluta sino su miseria específica.

De esta miseria específica y del resentimiento que subconscientemente lo emponzoña, al verse preterido en el reparto de los frutos cosechados con su sudor y su brazo, brota su voluntad de subvertir el régimen capitalista y su afán de poder. Las doctrinas socialistas disidentes del capitalismo y, sabré todo, el socialismo marxista, adoptan como punta de partida, en el terreno de la acción política, ese contraste objetivo, que tiene su fundamento, no en condiciones naturales y permanentes, sino en particularidades de la organización social, en la esencia del régimen económico predominante «contra la naturaleza -postulo hegel- nadie puede sustentar un derecho; pero en el estado de sociedad toda deficiencia representa una injusticia inferida a una u otra clase social.»

Max weber ha expuesto su teoría del capitalismo en varios de sus libros; pero su mas acabado desarrollo se encuentra en su historia económica general. No es tarea fácil resumirla. El pensamiento del insigne sociólogo alemán suele expresarse en forma densa y en apretados conceptos. En cuanto a claridad de exposición y a primores de estilo, deja bastante que desear. Su arisca terminología y su prosa concentrada han dificultado sobremanera su traducción al español. Basta adentrarse en su monumental obra economía y sociedad para percibir enseguida el menoscabo que sufren sus ideas al verse a otra lengua.

Según weber, «existe el capitalismo dondequiera que se realiza la satisfacción de necesidades de un grupo humane con carácter lucrativo y por medio de empresas, cualquiera que sea la necesidad de que se trate; especialmente decimos que una explotación racionalmente capitalista es una explotación con contabilidad de capital, es decir, una empresa lucrativa que controla su rentabilidad en el orden administrativo por medio de la contabilidad moderna, estableciendo un balance», han existido varios tipos de organización económica en que la satisfacción de sus necesidades han sido en parte capitalista, en parte artesana o señorial. Génova es un típico ejemplo de economía «que cubrió una porción de sus necesidades públicas, las referentes a la guerra, por el procedimiento capitalista de las sociedades anónimas». Solo puede decirse «que toda una época es típicamente capitalista cuando la satisfacción de las necesidades se halla, conforme a su centro de gravedad, orientada de tal modo, que si imaginamos eliminada esta clase de organización queda en suspenso la satisfacción de aquellas». Distintas formas presenta el capitalismo en los diversos periodos de su historia; pero «la satisfacción de las necesidades cotidianas por medios capitalistas solo es peculiar de occidente, y

aun en los países que lo integran resulta cosa natural desde la segunda mitad del siglo xix». Las manifestaciones del capitalismo en tiempos anteriores «son simples pródromos e incluso las pocas explotaciones capitalistas del siglo xvi hubieran podido ser criminadas de la vida económica de aquel entonces sin que sobrevinieran transformaciones catastróficas».

Weber sostiene que la «premisa general para la existencia del capitalismo moderno es la contabilidad racional del capital como norma para todas las grandes empresas lucrativas que se ocupan de la satisfacción de las necesidades cotidianas». Estas empresas necesitan, a su vez, para su desenvolvimiento y auge, un conjunto de condiciones previas que Weber elucida y examina prolijamente: apropiación privada de todos los bienes materiales, libertad mercantil, mecanización de la producción, del transporte y del cambio, codificación del derecho, trabajo libre, comercialización de la economía y representación de los bienes patrimoniales por medio de valores transferibles.

A fin de proporcionarle un sustrato empírico a su teoría, Weber revisa los hechos extremos del desarrollo capitalista, las primeras grandes crisis de especulación, el libre comercio al por Mayor, la política colonial desde el siglo xvi hasta el xviii, la evolución de la técnica de explotación industrial y el desarrollo de la ideología capitalista, la propalada tesis de Sombart, según la cual «la influencia de metales preciosos puede considerarse como motivo único originario del capitalismo», es objetada por Weber. Ni tampoco acepta la extendida opinión de que «entre las condiciones decisivas para el desarrollo del capitalismo occidental figura el incremento de la población». A su juicio, el capitalismo surgió en las ciudades industriales del interior de Europa y resultó favorecido por las guerras, el afán de lucro y la boga del lujo a partir del renacimiento «lo que en definitiva creó el capitalismo -afirma Weber- fue la empresa duradera y racional, la contabilidad racional, la técnica racional, el derecho racional, la ideología racional, la racionalización de la vida y la ética racional en la economía.» también discrepa Weber de Sombart en la responsabilidad que este atribuye a los judíos en la formación del espíritu capitalista. Fue el aporte fundamental de los judíos al capitalismo fue «la hostilidad hacia la magia». Los gérmenes del capitalismo moderno -dice Weber- «deben buscarse en un sector donde oficialmente domina una teoría económica hostil al capitalismo, distinta de la oriental y la antigua, el protestantismo, que puso efectivamente la ciencia al servicio de la técnica de la economía», «mientras la clase trabajadora se conformaba con su suerte -concluye Weber- pudo prometerse la buena venturanza; pero, una vez desaparecida la

posibilidad de este conuelo, tenían que revelarse todos los contrastes que se advierten en una sociedad que, como la nuestra, se halla en pleno crecimiento,»

Henri See niega, rotundamente, que la simple existencia de capitales haya constituido la sociedad capitalista. La acumulación de capitales es, desde luego, una condición indispensable; pero era necesario al par que esa masa de capitales se originara en el comercio en gran escala e influyera sobre su ritmo, volumen y alcance. El capitalismo comercial dio «por fuerza nacimiento al, capitalismo financiero, el cual contribuyó a una nueva acumulación de capital al provocar una circulación mas activa de mercancías dinero»,. Factor fundamental en la evolución del capitalismo fue la necesidad de dinero cada vez mayor de los grandes principados y monarquías». No cabe ya duda que «la creación del crédito público ha contribuido grandemente al desarrollo de las grandes potencias financieras que surgieron en la aurora de los tiempos modernos». Los grandes descubrimientos geográficos derramaron sobre europa cuantiosas riquezas acelerando la evolución del capitalismo. La supeditación posterior del capitalismo comercial y financiero al capital industrial da origen al capitalismo moderno que se «distingue de los demás regimenes económico por la movilidad de los capitales y las sociedades por acciones, el perfeccionamiento de la organización del crédito y la banca y la transformación de los medios de comunicación y transporte lograda por la maquina de vapor» «si el capitalismo puede considerarse como responsable de muchos sufrimientos, acaso durante el prolongado periodo de su formación mas que en su pleno florecimiento -resume see en un juicio de valor- hay que reconocer que ha sido también un instrumento de actividad intelectual y de emancipación. Esta es, sin duda, la razón principal de que Italia en el siglo xiv, y los países bajos en los albores de los tiempos modernos, hayan sido el asiento de las ciencias, las letras y las artes, y también de que el renacimiento fuera tan floreciente y fecundo. No es menos significativo que en el siglo xvi holanda haya producido un rembrandt y un ruysdael, y que haya sido un centro de actividad científica y de libertad intelectual, y un asilo y refugio de perseguidos políticos y de hombres de pensamiento.»

El triunfo del capitalismo es el triunfo de la burguesía como clase. La revolución francesa y el establecimiento del régimen democrático --cuajo político del proceso de transformación social y económica que se produce a lo largo de los siglos XV, XVI, XVII, Y XVIII- proporciona al régimen capitalista el conjunto de ideas que lo fundamentan y legitiman. La concepción individualista de la convivencia es la doctrina social del capitalismo clasico, del capitalismo en su fase

ascendente, del capitalismo que tiene en la época victoriana su hora de apogeo y de ilusión.

Los problemas y situaciones que la forma de producción capitalista plantea a la clase obrera y sus repercusiones generales en la estructura de la sociedad moderna condicionan y configuran la cuestión y el movimiento sociales de nuestro tiempo y constituyen el obligado abrevadero de las doctrinas sociales. El problema de la sobre vivencia del capitalismo es tema preferente de la teoría económica y del debate profano en estos días azarosos que vivimos. Su inestable y compleja situación salta a la vista y las dudas sobre su supervivencia se filtran ya incluso, como observa Adolph A. Schumpeter, en los círculos mas optimistas de la opinión conservadora. No tienen otro objetivo que asegurarle la existencia, mediante la ampliación de sus bases sociales y la regulación del proceso económico, las investigaciones teóricas y las actividades prácticas de John Maynard Keynes y su escuela. La identidad inicial entre capitalismo, liberalismo y democracia determina la seria crisis que afronta hoy esta última agravada por las posiciones antidemocráticas adoptadas por vastas zonas del socialismo y los movimientos totalitarios. De toda suya, resulta indiscutible que, no obstante sus contradicciones, injusticias y deficiencias, el capitalismo moderno representa una fase superior de desarrollo y de progreso generales en relación con los regimenes económicos precedentes .. Su mayor grandeza se cifra siempre en haberle suministrado a la sociedad el instrumento capaz de sojuzgar la naturaleza y ponerla a su servicio.

#### VII. El hombre y su técnica

La expansión de la vida material en beneficio de las clases humildes durante las ultimas décadas no tiene precedente en la historia. No es menos cierto, sin embargo, que aun sigue planteado el problema de la miseria social en una sociedad armada de todos los instrumentos para definitivamente abolirla. Absoluta ha sido la victoria del hombre sobre la naturaleza. En el pórtico radiante del reinado de la razón, la técnica y la democracia, Renato descartes lanzo esta profecía «en lugar de esa filosofía especulativa que se enseña en las escuelas es posible encontrar una filosofía practica gracias a la cual, conociendo las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos y de todos los otros cuerpos que nos rodean, tan distintamente como conocemos los diversos oficios de nuestros artesanos, las podríamos emplear de la misma manera para todos los usos adecuados y hacernos así dueño y señores de la naturaleza.» nunca predicción alguna tuvo tan cumplida realización. A la naturaleza es hoy, cuatro siglos después del discurso del método,

material dócil en las manos del hombre. El mundo de las cosas inanimadas ha sido radicalmente desencantado por la ciencia, que se yergue retadora sobre el, polvo del exorcismo del talismán y de la alquimia. Nada mas distante de la magia -aunque parezca mágico- que el proceso deja desintegración del átomo. No cabe ya discutirlo. En el camino de la conquista y aprovechamiento de la naturaleza, el progreso ha sido lineal y vertiginoso; pero, en la propia medida en que la naturaleza iba entregando sus secretos se fue hechizando paradójicamente el mundo de las relaciones sociales. El racionalismo político y el optimismo progresista, que alumbraron la ruta de la burguesía en su hora de plenitud, se ven hoy agredidos, como observa Ernest Cassirer en su libro el hito del estado, por las tendencias irracionales que se han apoderado de apto sectores de la conciencia colectiva. La fe en la razón y en la bondad ingénita del hombre punto de partida y ápice del liberalismo económico y de la democracia individualista- hanse visto en gran parte suplantada por imperio de los instintos y la creencia en la perversidad natural del hombre. Maquiavelo y Hobbes han retornado vencedores del brazo de Hegel y Carlyle entre los escepticismos disolventes de Rabelais y Montaigne. Hemos sido testigos de la caída de muchedumbres enteras en abismos insondables. Nada cuenta ya, para mucho, la dignidad de la persona humana. Abundan desgraciadamente, los que consideran que la libertad es un artilugio de la ilustración, el derecho a la vida y al trabajo un lema, la soberanía popular una entelequia «el estado es un dios mortal.» la frase terrible de Hobbes, puesta dialécticamente en marcha por Hegel, fue y sigue siendo la divisa del fascismo, que ha sobrevivido a su derrota en el campo de batalla y se apresta a reaparecer por otras vías y otros modos. Y es también la divisa del socialismo autoritario. Se prescinde de la ética en la política, que se va reduciendo alarmantemente a nudo arte para-la conquista y goce del poder. No importa la inmoralidad de los medios si conduce al fin perseguido. El culto a la violencia, al providencialismo y a la frivolidad se abre paso y consagra.

En ese terreno abonado por la fatiga, el marasmo y la desilusión, se nutre precisamente la diatriba contra la concepción racional de la vida a que hubo ya de aludirse en los comienzos de este libro. De nuevo se arremete contra la técnica y particularmente contra el maquinismo; pero, antes como ahora, de lo que se trata es de reordenar las relaciones sociales a fin de que el hombre recobre su «fertilidad perdida» e instaure su omnímodo señorío sobre la técnica, cuya misión es manumitir el espíritu, subyugar la naturaleza, propagar las luces y expandir la riqueza. La técnica dejaría de ser una espada de Damocles cuando la sociedad se planifique democráticamente para la libertad sobre el primado de la justicia distributiva.

Ninguna tarea más alta ni más apremiante si efectivamente se aspira a «panel al hombre en el pleno goce de sí mismo» y a establecer una convivencia cordial «can todos y para el bien de todos».

«la consigna de re humanizar al hombre --afirma Francisco Romerón es una consigna vana; ha sonado muchas veces en los últimos tiempos, sin gran eco hasta ahora, y conviene que sea escuchada, pues no mira sino a reintegrar al hombre en su dignidad original. Un humanismo a la moderna no debe entenderse como un programa frívolo, como la divulgación de gente anticuada y al margen de la vida, como una declamación de diletantes. Acaso sea el programa más práctico entre todos los imaginables. El mero humanismo debe partir de la idea o noción del hombre, de la comprobación de aquello que lo distingue y singulariza, y debe al mismo tiempo panel a su servicio todo el aporte válido de la civilización, de modo que se organice una vida humana en el más alto y pleno sentido.»

Tomado de *Historia de las doctrinas sociales*, t. 1, Imprenta de la Universidad de La Habana, La Habana, 1949, 2 ed. «Liminar», de Raúl Roa Kouri, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 2001

### **Pasión y fe del anarquismo**

«Creo en el hombre, ser poderoso, creador del progreso, base de todos los gozos de la tierra, y en la libertad individual, su único medio, móvil nuestro, que fue concebido por obra del humano organismo, nació con la virgen anarquista primitiva, padeció bajo el poder de la religión y el Estado; fue crucificado, muerto y sepultado en las personas de los propagandistas; descendió a los infiernos del feudalismo y al tercer siglo resucitó de entre los oprimidos, subió a los cielos de los gobiernos mesocráticos y está sentado a la diestra de la burguesía todopoderosa; desde allí ha de venir a juzgar y extinguir abusos y privilegios; creo en el espíritu del progreso incesante, en la escuela sociológica reformista ácrata, en la resurrección de la justicia y en la vida perdurable del bienestar humano, por virtud de mis principios anarquistas. Amén».

Este credo no es, precisamente, el credo que yo comparto y suscribo y he rezado, más de una vez, a pecho descubierto y la pupila encendida, con desesperación esperanzada. No es este mi credo; pero, aun disintiendo sustantivamente de su fundamentación teórica y de su proyección facticia, lo respeto y admiro porque está legitimado, en la historia de la pugna por la integración plena del hombre, con sangre de mártires y aliento de héroes.

Esta discrepancia radical con el ideario anarquista me sitúa en una posición que juzgo ineludible fijar de entrada. Hasta hoy, este curso, organizado por la

Institución Hispano cubana de Cultura sobre las corrientes centrales del pensamiento político contemporáneo, ha venido desarrollándose, sin íntima ni externa disonancia por parte de los disertantes. Ninguno, en efecto, se ha visto bruscamente metido en el insólito trance de tener que soliviantarse a **él** mismo y soliviantar a los demás. Me cabe a **ma1** la comprometedora distinción de ser el primero. La responsabilidad de esta postura no me incumbe, afortunadamente a mí solo: incumbe, en proporción pareja, al doctor Fernando Ortiz, por haberme encomendado la peliaguda faena de encararme con el anarquismo.

Exponer y examinar una doctrina política no es lo mismo que examinar y exponer la composición química de un astro. Esto se puede hacer sin que su resultado, cualquiera que fuese, repercuta en la cúpula del Capitolio ni en el agio de la plata. No acontece así cuando se trata de un repertorio de ideas y emociones políticas, cuya movilización y prédica es capaz, por su naturaleza y alcance, de perturbar el proceso digestivo del régimen establecido. Y, muchísimo menos, si este repertorio de creencias, es el que tiene por cabeza representativa a Miguel Bakunin, Cristóbal Colón sin América y Apóstol de la pandestrucción.

Quede ya puntualizado, la doctrina anarquista no es, propiamente, una doctrina: es una pasión y una fe. Una pasión y una fe al servicio de una clase social que, por «representar la total pérdida del hombre, solo puede volver a encontrarse a sí misma, encontrando, de nuevo, al hombre totalmente perdido». Una pasión y una fe en trágica agonía por transfundir a la realidad histórica un ensueño que trasciende su propia capacidad de realizarlo. Una pasión y una fe que asume en la refriega su forma existencial de expresión y de conducta.

Si yo fuera erasmita, categoría intelectual del guabina criollo, el problema de conciencia quedaba resuelto encendiéndole un trabuco a Franco y una vela a Durruti y encaramándome, con avizora prudencia, en esa equidistancia convergente que es la cerca. Pero yo no soy erasmita. Me place, sobremanera, poder ahora afirmarlo. Nada se me antoja más despreciable, en esta encrucijada que vive el mundo, que el hermafroditismo político. Estar y no estar, es no ser históricamente y, no ser históricamente, es estar con lo que es y ya superado, y contra lo que quiere ser **y supera.**

Abunda, entre nosotros, la especie. Basta sacar el pescuezo, por las ventanillas del tranvía, para tropezarse uno con la barriga ambidiestra del intelectual epiceno. Gregorio Marañón, **que alumbró literariamente el subsuelo del sexo con criterios** y técnicas que no eran suyos, ejemplifica, como nadie, la fauna, otrora encarnada por el cuerdo autor del *Elogio de la Locura* y memorablemente

desenmascarada, en nuestros días, en la ancianidad perseguida de Sigmund Freud. Por aquí, por esta misma tribuna, habrá de pasar, probablemente, más de uno. Acaso me equivoque. Y ojala fuera así. Sería un signo inequívoco de que el partido de los saciados esta perdiendo afiliaciones. De todas maneras, doy el alerta: por sus gestos los conoceréis.

**Tampoco ya lo he dicho, y deliberadamente subrayado, soy anarquista.** Si lo fuera, téngase por seguro que ya habría alzado, jubilosamente, el gallardete libertario, para, en seguida, tirarle una estocada a fondo a la familia, a la propiedad privada, al Estado, a la Iglesia y a la Convención Constituyente. La resultante de todo esto ya podrá presumirse por lo que va oído: desacuerdo entre los anarquistas y yo, entre ustedes y el anarquismo y, sin duda, entre la mayoría de los que escuchan y el que habla. Esta noche será, pues, por fuerza inapelable de la circunstancia, una noche genuinamente ácrata en el postizo sentido del vocablo.

#### I.

Aun refulgían las últimas estrellas en el azul desmayo de la madrugada y ya Everso d'Anguillara se había lanzado al camino, pregonando, alegremente, sus mercaderías. Un apagado repiquetear de campanas, convocando a los fieles al santo sacrificio de la misa, se extendía, com> envolvente rumor de resaca, sobre los surcos henchidos de gérmenes. Enjambres de campesinos famélicos se dirigían cantando **maitines**, con melancólico acento, al burgo lejano.

¿como trabajas hoy, que es domingo, día del Señor?

¿Que Señor? ¡El señor soy yo, Everso d'Anguillara!

Y, súbitamente, reventó el alba su granada de luz, iluminando la oscura vastedad dormida con fulgores inestrenados. Era, sin duda, un amanecer descomunal en la historia de los amaneceres. Se iniciaba el cuatrocientos, el ascenso de la burguesía embrionaria al primer plano de la vida histórica. Y, con él, la conciencia del hombre en su propia potencia y la ilusión de su unidad. El mundo del hombre, que representa en su pérdida la pérdida total del hombre, nacía, paradójicamente, bajo el signo del humanismo. Y, como en la historia nada acontece por generación espontánea, ni el anarquismo es una tendencia inmanente al espíritu humano, precisa conocer como ese mundo se forma y se cuaja hasta propiciar, mediante la concurrencia dinámica de factores concretos recíprocamente condicionados, que el anarquismo aparezca como dirección particular del movimiento obrero y el hombre pueda salvarse prescindiendo de él.

La nueva época surgió instaurando la antropolatría como enseña y la valoración de lo cuantitativo como criterio de la verdad. Al polaco Copérnico cupo



la gloria inmarcesible que ni profanando sus huesos Hitler **podrá arrebatarle de** haber destronado a Dios con un libro. **Y, junto con Dios, el si Lema ideológico que lo creara. El *speculun mundi*, catedral gótica del pensamiento cristiano en su hora de plenitud fracturó en mil pedazos.**

La antigüedad clásica volvió por sus fueros desconocidos y, bajo su égida sabia y benevolente, los instintos galoparon, piafantes, con pagano desenfreno. La ciudad suplantó al campo. El individuo, a la comunidad. El mercader, al señor. La usura, al préstamo gratuito. La concentración de la propiedad territorial con fines de lucro, al feudo jerarquizado con fines de uso. El dinero, a la espada. La contabilidad, al despilfarro. La geografía y la observación directa de la naturaleza, al *trivium* y al *quatrivium*. La razón, a la fe. El mundo objetivo, al trasmundo subjetivo. Se dilataron, prodigiosamente, los horizontes de la vida. Cristóbal Colon descubrió a América y la idea de la esfericidad de la tierra intuida por los árabes se transmutó en mercado mundial y América en vellocino.

«El oro —escribía el Almirante a la reina Isabel con afilado sentido de la coyuntura histórica— es excelentísimo. Con él se hacen tesoros y el que tiene tesoros puede hacer en el mundo cuanto quiera, hasta llevar las almas al paraíso». Jacobo Fugger y Chiggi, banqueros de papas y emperadores, lo evidenciarían cumplidamente; pero, Cosme de Médicis los pondría en ridículo en punto a señorío y en punto a codicia. «De buenas ganas —decía— le hubiera prestado plata a Dios Padre, **a Dios Hijo** y al Espíritu Santo, para tenerlos así en la columna de mis libros de cuentas.» Y, como no pudo satisfacer este anhelo, ni tampoco transportar almas al paraíso porque su colega Fugger monopolizaba el negocio, optó por enfeudar la cultura y ponerla al servicio de sus intereses como fuente de predominio y arma de combate.

Teoría del hombre aparte, de la inteligencia pavoneándose sobre los partidos y sobre las clases sociales, elaborada en el Renacimiento, no es más que una leyenda. El mecanismo, transfigurado conscientemente por sus propios beneficiarios, comportaba, en la práctica, la servidumbre del pensamiento.

En esa atmósfera de negociantes corrompidos y de mercaderes insaciables, se nutrió el Humanismo, como, más tarde, y por análogas razones, la filosofía de la ilustración y los derechos inalienables del hombre se amamantarán en la ubre del tercer estado. Los humanistas a sueldo **platonizarán**, a diestra y siniestra, en nombre de la burguesía comerciante, el duelo dialéctico entre el autor de *La República* y el Aristóteles desustanciado por la escolástica se desarrolla en un ámbito primordialmente económico. Reflexiones de Marco Aurelio, preceptos de

Séneca y párrafos de Cicerón solían ser utilizados, en el tumulto de las ferias y en el hedor febril de los muelles, para **normar** las transacciones. El Humanismo fue de esta manera, no obstante su invocación originaria al hombre como tal, el instrumento teórico que equipó a la clase mercantil para derrotar al feudalismo católico en el plano de la cultura. «Todo lo que la Iglesia les negaba —escribe el malogrado Aníbal Ponce, sustanciando **la tesis con desusada buidez y rigor— la potencia del dinero, que ella calificaba de execrable en los demás, no en ella misma; la necesidad de la acción orientada en lo terreno; el goce de la vida tenido hasta entonces por pecado; todo eso, y mucho mas, se lo daban los antiguos tal como el humanismo había aprendido a descifrarlo desde el punto de vista de la clase burguesa**».

Era su misión histórica. Y los humanistas supieron cumplirla ejemplarmente. No solo contribuyeron a socavar la base material del predominio político de la nobleza, movilizandoy valorando, tendenciosamente, la cultura clásica, revitalizada con aportes primigenios y específicos del nuevo tiempo, sino que, además, «liberaron las almas de los terrores y pesadillas de la iglesia».

Muy distinta fue su actitud ante el *popolo minuto*. La situación material y espiritual seguía siendo, en esencia, la misma, para este. Solo había cambiado, para él, la forma de explotación. Hasta el *popolo minuto*, forzado del salario, combustible del lujo, pedestal del diálogo, no llegó nunca, ni como difuminado reflejo, la fiesta de luces y fragancias del Renacimiento. No era hombre. Y, como no lo era, le estaba taxativamente vedado el acceso al banquete platónico que, cada siete de noviembre, aniversario de la muerte del filósofo, celebraba Lorenzo el Magnifico en su villa de Fiesole, sentando a su mesa a nueve convidados.

La concepción del Estado como obra de arte conllevaba, asimismo la succión y el desprecio de las masas productoras con crueldad refinada. Los humanistas se empeñaron, en legitimar ante sus amos, con erudito denuedo, el régimen antihumano de explotación que ejercían sobre ellas. «El pueblo —postulaba **Marcilio Ficino**— es como el pulpo: animal con muchos pies y sin cabeza». «El pueblo —concluía Guicciardini— es un monstruo lleno de confusión y errores, cuyas vanas opiniones están tan alejadas de la verdad como la España de la India, según Ptolomeo». «Los paisanos —**escribe Maffeo Veggio**— no participan de la naturaleza humana, sino de la naturaleza del buey». «Los hombres —dirá Maquiavelo a la sombra protectora del poder— que en las republicas ejercen un arte mecánico, no están jamás en condiciones de gobernar como príncipes, porque nunca han sabido otra cosa que obedecer. Es necesario no confiar la dirección sino a los ciudadanos que no han

obedecido sino a lo reyes y a las leyes, es decir, a los que viven de sus rentas». «Es vil e indigno —exclamará Erasmo en la impunidad garantizada de su biblioteca— sentir con el pueblo». Y el egregio Giordano Bruno, afirmará, sin librarse, por eso, de la hoguera, esta insigne bellaquería: «Las verdaderas proposiciones no son presentadas por nosotros al vulgo, sino únicamente a los sabios que pueden comprender nuestro discurso; porque si la demostración es necesaria para los contemplativos que saben gobernarse a sí mismos y a los otros, la fe, en cambio, es necesaria al pueblo que debe ser gobernado».

Y esto se decía en el preciso instante en que se clamoreaba el descubrimiento y divinización del hombre. No podía ser de otra manera. La esencia que así se exaltaba y enaltecía era una esencia concreta. El *huomo universale* no era, ni podía ser, en aquella fase de desarrollo del proceso histórico, sino el hombre sublimado de la burguesía mercantil, el hombre de los cuarenta escudos que restregara luego Voltaire en la cara del doctor Quesnay. La escisión de la sociedad en líneas antagónicas de mal vivencia invalidaba, radicalmente, la integración histórica de la unidad humana que transportara a Telesio. El Humanismo burgués estaba ya superado, desde sus propios orígenes, en su intento de totalidad. Solo Tomas Moro, Tomas Campanella y Luis Vives, entre las cabezas rectoras del Renacimiento, tuvieron conciencia del hecho. La Utopía, la *Civita Sole* y *De Rerum Pauperum* dramatizan la quiebra de esa bella ilusión.

## II.

«En Inglaterra —denuncia Tomas Moro— las ovejas se comen a los hombres». La era de la expropiación violenta de los campesinos se ha iniciado sin que la mano generosa del ilustre Canciller pueda pararla. Están ya libres de todo, dueños de sí mismos, como los pájaros del cielo y los lirios del campo, libres para venderse en el mercado como fuerza de trabajo. Durante prolongado tiempo, empero, solo lograrán vagar por las ciudades, andrajosos y hambrientos, hasta que una legislación paternal los empuje a la cárcel, al tormento y a la horca, por el delito de «vagancia». Las revoluciones inglesas de 1648 y 1688 los encuentra peleando en primera línea por el derecho al pan y el derecho al canto; pero, quedarán otra vez desplazados, en el reajuste económico y social subsiguiente, al instalarse en los puestos de mando una coalición de nobles comercializados y de comerciantes ennoblecidos. Pronto serán sojuzgado por las mismas máquinas que fabrican a su imagen y semejanza. Y se rebelarán contra ellas, imputándoles, en su inmadurez política, la responsabilidad de su infortunio.

La profecía del estagirita se ha realizado. Ya los telares marchan solos y las cítaras suenan por sí mismas. Y, sin embargo, más que nunca se necesitan esclavos y patronos de esclavos. La máquina conquista y aherroja la naturaleza y puebla lo circundante de objetos maravillosos y lujos inútiles, a expensas de la miseria y del trabajo no pagado. Amontona montañas de riquezas para sus detentadores, racionaliza y reduce la jornada de trabajo necesario incrementando la plusvalía, crea el ejército industrial de reserva y la depauperación **sistematizada**, incorpora a la mujer y al niño a la fábrica, destruyendo la relación de familia y multiplicando la natalidad en detrimento de la especie, mecaniza y subyuga el pensamiento y seca la sensibilidad.

La Revolución Industrial ponía, en el primer plano de la realidad social y de la reflexión teórica, la problemática de la desigualdad económica en una sociedad técnicamente pertrechada para eliminarla. Surgen, de ese **canglor** dionisiaco y del humo asfixiante de las chimeneas, la **economía política y el socialismo**, la apologética del libre juego de las fuerzas económicas en función del interés personal y el responso de su muerte **cósmica**. Todo eso es la epopeya del capitalismo, con sus grandezas y servidumbres, con sus esplendores y sombras. Y es, también, la epopeya de la transformación del *popolo minuto*, que los humanistas despreciaron y desoyeron, en proletariado, de clase en sí, en clase para sí; la epopeya del hombre que no quiere perderse, porque tiene ya conciencia de que ello entrañaría la pérdida total del hombre, a cuyo servicio **bregará** el anarquismo con el pensamiento y con la acción, con la idea y con la bomba.

Son dos procesos contrapuestos y con metas antagónicas capitalismo y proletariado, oriundos ambos de un mismo complejo de acaeceres, se truecan, desde que los engendra la historia, en dos mundos enemigos. Parejamente al proceso de evolución aborrascada del capitalismo, y contra él como negación dialéctica de la tesis triunfante, empieza a desarrollarse un poderoso movimiento de liberación enderezado a superar, en una síntesis orgánica, la antinomia planteada por el nuevo sistema de producción. Se mueve el capitalismo, por ley interna de su desarrollo, y bajo la enseña de los derechos inmanentes del individuo, hacia la libertad de mercado y la explotación del hombre por el hombre, hacia la libertad política y de conciencia exclusivamente para los usufructuarios del poder y la riqueza, hacia la apropiación privada del producto del trabajo ajeno en un régimen social de producción. Es la superación de la postura renacentista, ahora enjaulada en un sistema lógico, que pretende ser, a la vez, macrocosmos y microcosmos. Lutero y Calvino, Bacon y Locke, Espinoza y Descartes, Diderot y Montesquieu, Rousseau y

Voltaire, Adam Smith y Ricardo, Robespierre y Danton, Jefferson y Hamilton, Goethe y Kant, le roturan la vía en el plano de la cultura; y **John Kay y Arkright, Watt y Fulton, Stephenson y Bessemer**, en el plano de la técnica.

El arsenal de artilugios políticos y económicos que estas inteligencias privilegiadas suministran al capitalismo en su etapa de consolidación y hegemonía es inagotable y los usa, indistintamente, de espuela y de freno dentro de un círculo cerrado por leyes naturales abstractas e imprescriptibles.

Se mueve el proletariado, también por ley interna de su desarrollo, hacia la socialización de los medios de producción y de cambio, hacia la abolición de las clases a través de su propia abolición, hacia un tipo de convivencia en el cual «el libre desenvolvimiento de cada uno sea la condición del libre desenvolvimiento de los demás» y el hombre, uno ya en su raíz, integrado como tal por vez primera en la realidad concreta de la historia y del pensamiento, pueda señorear, alborozadamente, sobre las cosas, apoyado en la máquina y no superpuesto a su engranaje, como ahora acontece. Joaquin de Fiore y **Tomás** Munzer, Gerardo Winstanley y James Harrington, Meslier y Mably, Babeuf y Blanqui, Saint Simon y Fourier, Owen y Sismondi, Proudhon y Bakunin, Marx y Engels, aportan al proletariado, en marcha hacia el asalto y conquista del cielo para traerlo definitivamente a la tierra, un instrumento teórico apto para derrotar a la burguesía en el plano de la cultura y de la acción.

Hasta Carlos Marx y Federico Engels la prédica del socialismo está transida de concepciones utópicas. Se desenvuelve al margen de la vida real, sin dejar de ser, por eso, un típico producto de la misma. Y, preñado del pensamiento y de la cultura precedentes, que no logra trascender ni transformar, demanda ilusamente del poderoso un «puñado de lástimas» para los oprimidos. Algo fundamental han advertido, no obstante, los utopistas: el desajuste interno del régimen capitalista y el fracaso de la razón establecida por **Robespierre**. Este fracaso de la razón mesocrática no significa, en manera alguna, el fracaso de la razón. Significa, por el contrario, que la razón mesocrática es una sin razón ante la Razón verdadera, que solo ellos, hasta ahora, han penetrado y poseen. Y con su razón como palanca, levantarían sobre las nubes comunidades ideales, en las que todo está prodigiosamente dispuesto y **resuelto** de antemano. Owen, Saint Simón y Fourier constituyen excepción en esa patética teoría de soñadores. Alumbraron con su análisis genial los batientes de sombras del capitalismo y en su formulística están ya en germen, como ha dicho Federico Engels en clásico documento, todas las ideas no estrictamente económicas de los socialistas posteriores.

La revolución de 1848, que consumó la transformación general de Francia iniciada en 1789, agrietando la estructura social de Alemania y Austria, registra, conjuntamente, la aparición del proletariado como clase con aspiraciones propias y desarrollo político independiente. Fue el proletariado quien se batió, por la consolidación del poder de la burguesía, en las barricadas de París, Dresde y Viena. Y hombres al servicio del proletariado los que se irguieron, desafiantes, frente las balas de la reacción y de los decretos contrarrevolucionarios del gobierno provisional, emanado de su sacrificio. El socialismo utópico fue sometido a la prueba de los hechos, destrozándose. La república social arquitecturada conforme al ideario de Luis Blanc, de clara progenie saintsimoniana se derrumbó, sangrientamente, después del fracaso de las jornadas épicas de julio. Y, con ella también, la teoría del crédito gratuito, primera receta aportada por el anarquismo para resolver el problema de la renta sin trabajo.

En 1849 estalló la insurrección en Alemania. Miguel Bakunin lució estatura de héroe en esa sazón memorable. Ruso, de origen noble, dotado de una imaginación torrentosa y ardiente, fuerte como un roble y altivo como un pino, combatió, gallardamente, en las calles de Dresde, codo a codo con Wagner y **tarareando Tanhauser**, en defensa de la dignidad del hombre y **por su traslado inmediatos una sociedad regida por leyes naturales**, sin propietarios, polizontes, curas y académicos, a una sociedad sin organización política ni reglamentación jurídica derivada de la coacción. La lucha de la autonomía contra la heteronomía que tiene en **el tonel de Diógenes** su clásico antecedente asumió, desde aquel día, un sentido nuevo y vastas implicaciones.

Hecho prisionero, Bakunin fue juzgado y condenado dos veces a muerte. No era este un aventurero desorbitado ni un revolucionario circunstancial, como ha pretendido hacer creer «clerigalla marxista», al decir de Franz **Mehring**. Había salido de Rusia, por propia determinación, con la pupila puesta en Fichte y en Hegel tras una larga inmersión en Kant y Rousseau, trasmitiéndole aquel el concepto del hombre como fin en si mismo y proporcionándole este la noción del Estado como artefacto mixtificador de la naturaleza humana. En Berlín, compañero de cuarto del novelista **Ivan Turgueneff**, se embriagó con este de absolutos y tríadas hasta sentirse repugnado. Fue a París con *El Único y su Propiedad*, de Max Stirner, horándole el **en1neo**. Entabló relaciones con Carlos Marx y Federico Engels, frecuentando particularmente al primero. Colaboró en los anales de **Arnold Ruge**. La última frase de su artículo prefiguraba su turbulento destino: «La pasión de la destrucción es una pasión creadora».

Asistente cotidiano a las tertulias de Jorge Sand, se enamoró prontamente de ella, que no le hizo caso, prendada a la sazón de la palidez romántica y de la música añorante de Chopin. Presentando a Proudhon, ya no le abandonará hasta su salida de Francia, perseguido por la policía zarista. Mas que a Grum, es a Miguel Bakunin a quien debió el «padre inmortal de la anarquía» como le llamara con admiración patidifusa el príncipe Kropotkine, su tópica indigestión hegeliana.

Cuando extraditado a Rusia, al serle conmutada la pena de muerte, el zar Nicolás I lo sepultó en la noche sin luna de la prisión celular, Miguel Bakunin había encontrado su agonía y su esperanza. Sus Confesiones escritas al déspota intranquilo por especial requerimiento suyo, documento solo comparable en el género a las de San Agustín y Juan Jacobo Rousseau, denuncian su orientación anarquista, no obstante las afirmaciones de arrepentimiento y sumisión que Bakunin riega, descocadamente, a lo largo de sus páginas. Antes que él, Proudhon había dicho que la propiedad era un robo y antes que Proudhon lo había sostenido Brissot de Warville y antes que este los Padres sin pelos en la lengua del cristianismo primitivo; y antes que Bakunin, y antes que nadie, el propio Proudhon había lanzado al palenque político el vocablo anarquía y se confesaba anarquista. Pero, había sido Miguel Bakunin, sin ser aun anarquista teóricamente formado, el primer anarquista práctico.

El *Manifiesto Comunista*, que inaugura una nueva época en la historia del socialismo, no había ejercido influjo alguno en la revolución de 1848. Ni podía ejercerlo: su publicación casi coincidió con sus fragores liminares. La propaganda por el hecho y la acción directa fue, en cambio, anticipada por Bakunin con su participación personal y singularísima en los sucesos. Desterrado a Siberia por Alejandro II, Bakunin se fugó dramáticamente de Rusia, no parando hasta San Francisco de California.

Iba casado. Dos veces casado: por la Iglesia ortodoxa y por la ley. Apuntó el hecho como risueña diablura de la vida al enemigo por antonomasia de los votos irrevocables. No fue aquel un matrimonio feliz. Las infidelidades de su mujer crearon estado en los círculos revolucionarios de la época. Baste decir que fatigó, en éxtasis, los cuarenta y nueve tipos de adulterio que establece Fourier en su *Jerarquía del Cornudaje*; pero, las desventuras de su vida conyugal operaron en el exaltado temperamento de Bakunin como estímulo de ideas ardientes y fértiles, como acicate de su acción de apóstol de barricada, cuyo verbo demiúrgico **creó rebeldes y desató tempestades**.

Instalado en Londres en 1861, Miguel Bakunin enrumbo sus actividades todas hacia la anarquía. Escribió y habló con torrencial desenfreno. La actitud conspirativa fue, en lo adelante, su actitud vital.

Cuando, dos años después, estalla la insurrección polaca, sugirió la creación de una brigada voluntaria de rusos amantes de la gran causa de la libertad humana. Y, al ser desestimado su proyecto por el Comité Central de Varsovia, propuso un audaz plan de revuelta en Finlandia para distraer la retaguardia imperial. Fue a Estocolmo, en viaje de propaganda y de allí partió rumbo a Italia, donde trabó estrecho contacto con Garibaldi. Y, de vuelta, a Londres, cayo en los brazos de Marx, mientras sus esclavas barbas enmarañadas se enredaban fraternalmente con las pulcras barbas profesoriales del socialista alemán. De ese encuentro, que Bakunin ha referido pintorescamente, **sacó su ingreso**, como afiliado individual, en la Asociación Internacional de Trabajadores, **que acababa de constituir**. Empezaba, desde aquel instante, la controversia, aun inconclusa, entre el socialismo marxista y los ácratas. En el congreso celebrado en Bruselas en **18XXX8**, la Asociación Internacional de Trabajadores suscribió, con evidente malhumor, una alianza con la Liga de la Paz y de la Libertad, acaudillada por el corpulento anarquista. Bakunin, cada vez más distanciado de la orientación ideológica y política impresa por Marx a la Internacional, no había tardado, mucho tiempo, en levantar campamento aparte e imponer su comando. Este cruzado de la libertad absoluta tenía una propensión irresistible al ejercicio de la autoridad. Fracasado este empeño, Bakunin organizó la «Alianza de la Democracia Socialista», incorporándola a la Internacional con el beneplácito de Marx, que adivinaba ya en él a un adversario de monta.

En el Congreso de Basilea, efectuado en 1868, Bakunin puntualizó sus divergencias con el socialismo marxista: «Yo no soy comunista —dijo— porque el comunismo concentra y hace absorber todos los valores de la sociedad en el Estado, porque termina, necesariamente, en la centralización de la propiedad en las manos del Estado, en tanto que yo quiero la abolición del Estado. Yo quiero la organización de la sociedad y de la propiedad colectiva o social de abajo a arriba y no de arriba a abajo, como pretenden los marxistas».

Estas discrepancias metódicas y teleológicas entre Marx y Bakunin, determinarían, en definitiva, la expulsión de este y sus adeptos proudhonianos españoles, franceses, suizos e italianos de la Asociación Internacional en 1872, en el Congreso de La Haya, iniciándose, con ello, la ruptura oficial del anarquismo con el socialismo marxista. Bakunin fue entonces acusado públicamente de estar a sueldo



del zarismo, apareciendo el nombre de Marx mezclado a la infamia por una estratagema impúdica de Herzen.

Trasladado su Consejo Central a New York, la Internacional no volvió a dar señales de vida; pero, es bueno dejar, terminantemente esclarecido, que no desaparecía este formidable órgano de combate del proletariado que mantuvo en jaque a la reacción europea durante más de una década, poniéndola en gravísimo aprieto con la insurrección de la Comuna, por virtud de estas disputas. Como ha dicho certeramente Franz Mehring, la Internacional sucumbía cumpliendo una gran misión histórica y no por las míseras intrigas de unos cuantos demagogos sin escrúpulos.

Los últimos años de la agitada existencia de Bakunin se vieron deplorablemente envueltos en la tenebrosa amistad de Netchaiev, un adolescente de alma corrosiva, que lo llevo a extremos teratológicos. El Catecismo del Revolucionario, escrito por Bakunin bajo la inspiración enfermiza de Netchaiev, contiene monstruosidades como estas: «El revolucionario desprecia cualquier doctrinarismo, y ha renunciado a la ciencia pacífica que abandona a las generaciones futuras. No conoce más que una ciencia: la destrucción. Con ese móvil, y únicamente con él, estudia la mecánica, la física, quizás la medicina. Todos los medios son buenos: el veneno, el puñal, la soga. La revolución todo lo santifica en este terreno». No demoraría mucho Bakunin, sin embargo, dueño otra vez de si mismo, en repudiar violentamente estos procedimientos criminales, confesando haber sido víctima de un momentáneo embrujamiento.

Meses después, Bakunin cayó mortalmente enfermo. Y vivió sus últimos días, obsesionado, dolorosamente, por el recuerdo de sus diáfanos días infantiles en Premukino y el vasto ensueño de la integración plena del hombre, rondándole la vigilia. Se extinguió en 1876, pobre y solitario, en Berna, Prometeo encadenado a la impotencia de su concepción política, sin haber vislumbrado siquiera la costa encantada de su utopía.

El ensueño de Bakunin no **caería** en el olvido. Pedro Kropotkine, de sangre eupátrida y relevante hombre de ciencia, recoge el estandarte del viejo adalid desdentado y se lanzaría por Europa a predicar, apostólicamente, la destrucción del régimen político dominante y la propiedad privada. El anarquismo bakuniniano proliferaría, muy pronto, en mil direcciones. Hasta ácratas naturistas aparecerían en el mundo. El colectivismo anarquista sería suplantado, en la opinión de nutridos sectores obreros, por el comunismo libertario. Y los nuevos epígonos se vertebrarían, afiebrados, alrededor del príncipe de corazón generoso y palabra de

fuego. Eliseo Reclús, excelsa figura humana, Jean **Gave, reiterados mecánico del maestro**. Ricardo Mella, informado y enhiesto. Enrique Malatesta y Carlos Malato, **pirita ambulantes**. Federico Urales y Federica Monsetny, vinculados dos veces: por la sangre y por el afán libertador.

El bakuninismo adoptará en Rusia una forma específica: el nihilismo. La propaganda por el hecho entrará en escena. Jefes de Estado y jefes de policía, déspotas y esclavos de déspotas, caerían abatidos por la metralla y destrozados por las bombas. La persecución se desata, hipertrofiada por el miedo. Y los anarquistas sabrán morir, serenos y erguidos, abrazados a su espejismo como a un haz de centellas. Cuando el fascismo que es la negación y la muerte del hombre sin sábado de gloria asome por Italia su garra tenebrosa, los anarquistas le saldrán al paso, batiéndose heroicamente con él. En España, durante la guerra de invasión fascista, los anarquistas dejan ir la impronta imperecedera de su espíritu de sacrificio, de su renunciación sin precedentes. Todo lo pasaron por alto en su lucha contra el fascismo: vida y afectos y, lo que es más importante para un anarquista, sus propios y sagrados principios. Llamados a colaborar por el gobierno español, los anarquistas no vacilaron en compartir el poder del Estado, el gran adversario, con los republicanos, socialistas, comunistas y nacionalistas vascos. Era una claudicación flagrante de sus más caros postulados, de sus más puros criterios. Y era, también, su muerte como movimiento obrero de contenido particular y orientación específica. Muerte voluntaria, suicidio generoso, oblación sin consonantemente.

Esta es la historia externa del anarquismo. Ha sido vertiginosamente trazada, tendiendo como fondo vivo y matriz generadora **el provoco devolución divergente y recíprocamente influenciados de la burguesía y del proletariado**. Era indispensable esa historia para situarlo, concretamente, en el undívago fluir de los aconteceres y, más indispensable todavía, para conocer su historia interna, para penetrar en la esencia de su pensamiento. Ya estamos en aptitud de constatarlo: el anarquismo es un producto histórico engendrado por el desigual desarrollo del sistema económico capitalista, que en la alborada descomunal del cuatrocientos hizo renacer el orto griego para encubrir, falazmente, sus tinieblas originarias.

### III.

Tres factores fundamentales concurren a viabilizar la existencia del anarquismo como dirección particular del movimiento obrero: el ritmo irregular de evolución del capitalismo en los distintos países y en las diversas categorías de la economía nacional; la subordinación abstracta de todo el movimiento obrero a una

de sus coyunturas y a los intereses de una minoría sin comprensión dialéctica de los procesos históricos ni de la actividad práctica revolucionaria; y la pluralidad de las tácticas y métodos puestos en juego por la burguesía, según las circunstancias y según los acontecimientos. La expresión teórica de este complejo de fuerzas contradictorias se concreta, en la cabeza de los anarquistas, en una transposición radicalizada del espíritu pequeño burgués fundida con ingredientes del socialismo utópico y científico.

Sirva la génesis y evolución del anarquismo en Francia de referencia ilustrativa. Tomaré como puntos focales, de un lado, el blanquismo; del otro, el proudhonismo y el bakuninismo. El primero de estos movimientos, recogiendo la tradición jacobina y la experiencia de Babeuf, insufla en los medios obreros retrasados y propicios el espíritu de 1793 y la táctica del golpe de mano. El segundo inserta, por una parte, a través de Proudhon, el apoliticismo y la desconfianza en los movimientos revolucionarios de masas; y, por la otra, a través de Bakunin, la teoría de la pan destrucción, auspiciosamente saludada y encarecida por intelectuales desplazados y algunas categorías de obreros no asimiladas aun a la conciencia de fábrica. Si tuviera que condensar en una fórmula la ubicación teórica del anarquismo, yo diría que el representa el punto geométrico de coincidencia del individualismo burgués en sus últimas consecuencias y del socialismo moderno y sus afluentes y residuos idealistas; pero, antes de verificar la validez de la fórmula, veamos como se integra e instruye por sí misma la concepción anarquista y sus desarrollos colaterales y adventicios. No resulta, en verdad, tarea fácil meter en cintura metódica ese río revuelto de ideas y emociones salidos de cauce.

Para mí, Max Stirner, no cuenta. El único es el correlato del solipsismo gnoseológico, y la libre asociación de los egoístas es un trasunto idealizado del pandemonium sociológico de Hobbes y una anticipación condigna del principio de la enemistad constitutiva de Carl Schmitt. Si algún valor ofrece, es por ser el único sistema egoísta *per se* que registra la historia del pensamiento humano. Y, acaso también, porque el desapoderado afán de poderío que domina al único de Stirner, lo **meterá** luego Federico Nietzsche, como hallazgo propio, en esa inversión abstracta de su complejo de inferioridad física y moral que es el superhombre. Salvo para Jean Grave, Max Stirner tampoco cuenta para los anarquistas. Ni cuenta, en ningún sentido, Lao Tse y su **tajoteking**, que tiene de anarquista lo que yo de chino. Quizás William Godwin en su *Political Justice* que Malthus intentó replicar en su célebre ensayo sobre la población merezca ser recordado como precursor. En cambio, su influjo sobre Roberto Owen y William Thompson parece estar fuera de duda.

Saint Simon y Fourier suministran al movimiento «todos los elementos que servirán de base a los anarquistas **del porvenir**». Nada menos que es Max Nestlau, anarquista convicto y confeso, quien lo dice. Y, al decirlo, ha puesto la flecha en el blanco. En efecto, Saint Simon trasmite al anarquismo, a través de Proudhon, el concepto fundamental de la substitución del gobierno de los hombres por la administración de las cosas, que Marx y Engels, desarrollándolo hasta sus últimas consecuencias, lo situarán en la base misma de su teoría del Estado. Fourier aporta al anarquismo, con su teoría de las pasiones y su idea de la organización federativa de los falansterios con capital en Constantinopla, la síntesis abstracta de dos supuestos antagónicos en la sociedad de clases: el respeto de la personalidad humana y la universalidad de la vida material. Y, además, junto con la manía de imaginar hacedero lo estrambótico, su fe candorosa en la redención por la cultura, que Fourier, a su vez, ha respirado en el altar fisiocrático.

No gobierno, anarquía, es punto común de coincidencia. «La anarquía —dice Proudhon— es la condición de existencia de las sociedades adultas, como la jerarquía es la condición de las sociedades primitivas: desde la jerarquía hasta la anarquía hay un progreso incesante de las sociedades humanas». Y les es común, parejamente, la diatriba contra el socialismo. «El socialismo escribe el autor precitado no es nada, no ha sido nunca nada, no será jamás nada. Los socialistas solo piensan en destruir las verdaderas fuerzas económicas, que son la división del trabajo, la fuerza colectiva, la competencia, la propiedad privada misma y la libertad. Lejos, lejos de mi, comunistas. Vuestra presencia me resulta hedionda y vuestra vista me subleva.

La requisitoria contra la asociación y organización del trabajo se sucede en casi todos: «El poder de los trabajadores radica, básicamente, en su fuerza colectiva y en la división del trabajo». Según Proudhon, la propiedad privada no necesita ser abolida: solo precisa reformarla. Hay que impedir mediante el disfrute exclusivo de la posesión que siga produciendo, como hasta ahora, «renta sin trabajo». La propiedad no es un robo: el robo está en la expropiación del esfuerzo ajeno.

Entre la propiedad y la comunidad, establece Proudhon la existencia **del unido** de la posesión. Si la propiedad se **slip rimier** a conservándose la posesión, con esta sola modificación en el principio se cambiaba todo en las leyes, en el gobierno, en la economía, en las instituciones: se alimentaba y proscribía el mal de la tierra. La solución del problema social no radica ya, en virtud de este planteo, en la reforma de la producción y del reparto: radica, por el contrario, en la reforma de la circulación. El cambio en especie, teoría de la mutualidad, es la síntesis de las dos

ideas antagónicas: propiedad y comunidad. El establecimiento del Banco de Cambio significaría, de esta manera, no solo la fusión de todas las clases, sino también la desaparición del gobierno. «Una vez identificados el capital y el trabajo —concluye solemnemente Proudhon— la sociedad subsiste por sí misma y ya no tiene necesidad de gobierno». El sistema político y el económico se han fundido para dar paso a la anarquía, al no gobierno.

**Para** Bakunin y sus adeptos, la propiedad privada debe ser radicalmente abolida. En lo que a este extremo respecta, unos y otros se circunscriben a recitar los argumentos fundamentales de la crítica socialista. Véase esta muestra: «¿será preciso —escribe Bakunin— volver a repetir los argumentos irresistibles del socialismo, esos argumentos que ningún economista burgués ha logrado jamás destruir? ¿Qué es la propiedad, qué es el capital, bajo sus formas actuales? Pues son, para el capitalista y para el propietario, el poder y el derecho, garantizado y protegido por el Estado, cuando no están fecundados por el trabajo son, a la vez, el poder, el derecho de vivir a expensas del trabajo de otro, de explotar el trabajo de aquellos que, por no tener ni propiedad ni capital, se ven forzados a vender su fuerza productiva a los privilegiados Detentadores de una o de los otros».

La exaltación del individuo y el respeto humano como fundamento de todas las éticas y de la ayuda mutua como fuerza social creadora es común a todos los anarquistas y es lo que hace del anarquismo un saber de liberación. La libertad individual y la libertad social son nociones correlativas: se condicionan recíprocamente. «Yo no vengo a ser verdaderamente libre —escribe Bakunin— sino por la libertad de los demás. La libertad de todo individuo no es otra cosa que la reflexión de su humanidad o de su derecho humano en la conciencia de todos los hombres, sus hermanos, sus iguales». Esta proposición filosófica fue particular. Mente grata a Ludwig Feuerbach, que quería sustituir la noción de lo divino por la de lo humano. «El hombre —afirmaba— es el ser supremo para el hombre.» Y es, precisamente por esta vía, por donde entronca el anarquismo con la concepción antropocéntrica del Renacimiento.

«El respeto humano dice Bakunin es el reconocimiento de la humanidad, del derecho humano y de la humana dignidad en todo hombre, cualquiera que sea su raza, su color, el grado de desarrollo de su inteligencia e incluso de su moralidad. «Trata a los demás —postula Kropotkine— evocando una máxima cristiana como te gustaría que ellos te trataron a ti».

Para el anarquismo, el individuo fuera de la sociedad no existe. Es una ficción semejante a la de Dios. La sociedad es anterior y, a la vez, sobrevive a cada

individuo. Solo mediante la sociedad el hombre se realiza a si mismo. Mas, ¿como conciliar lógicamente la contradicción planteada entre la autonomía individual y la convivencia social? La diferencia que Bakunin establece entre sociedad y Estado elimina, según el, toda duda al respecto. «La sociedad —declara— es creación espontánea y necesaria de la vida. El Estado es un órgano artificial y parasitario injerto en ella y que trata de absorberla, impidiendo la espontaneidad del orden económico y el imperio de las leyes naturales.

Como para todos los anarquistas, el Estado es, según Bakunin, el «gran adversario». «El Estado —escribe— es la suma de las negociaciones de las libertades individuales de todos sus miembros. Es un inmenso cementerio, en donde vienen a sacrificarse, a morir, a enterrarse todas las manifestaciones de la vida individual. Es la negación flagrante de la humanidad». Esta definición es, en esencia, la propia que formula el economista liberal Bastiat. Ambos lo juzgan como la «ostentación y la infatuación de la fuerza».

El Estado es, además, un aparato corruptor de la naturaleza humana: desmoraliza, a la vez, a gobernantes y gobernados. «Hace el mal —advierte Bakunin— hasta cuando ordena el bien». Y esto lo hace apoyándose en la autoridad. Sin autoridad no hay Estado.

La **arquitectónica** política no altera la sustancia ni el contenido del Estado: todas las formas de gobierno son, en el fondo, una misma forma de opresión. Todas, las democráticas como las antidemocráticas, tienen como supuesto al Estado, que es el «instrumento de coerción y dominio de los que no tienen nada por los que tienen todo». «Ser gobernado; escribe Proudhon es ser en cada operación, en cada transacción, en cada movimiento, anotado, registrado, fichado, empadronado, tarifado, sellado, medido, acotado, cotizado, patentado, licenciado, autorizado, apostillado, amonestado, impedido, reformado, guiado, corregido. Es, bajo pretexto de utilidad pública y en nombre del interés general, ser puesto a contribución, expoliado, confinado, explotado, monopolizado, concesionado, exprimido, mixtificado, robado y luego, a la menor resistencia, a la primera palabra de queja o de protesta, amonestado, reprimido, multado, vilipendiado, vejado, rapiñado, zamarreado, molido, desarmado, agarrotado, aprisionado, fusilado, ametrallado, juzgado, condenado, deportado, sacrificado, vendido, traicionado y, para colmo, burlado, manteado, ultrajado, deshonorado. He aquí el gobierno; he aquí su justicia; he aquí su moral».

La misión última del Estado es el mantenimiento, a toda costa, de la propiedad privada y de la explotación del hombre por el hombre, que es una

reducción radical en el hombre de su humanidad. Y la misión del anarquismo abatirlo por la violencia.

El anarquismo se pronuncia, asimismo, contra el matrimonio actual y el contrato civil, porque comportan una sujeción incompatible con la dignidad humana. Y, contra la religión, por juzgarla un fraude organizado al servicio del despotismo. Solo ante la ciencia elevada a deidad por la teoría del progreso indefinido inclina su testa rebelde el anarquismo. Como Kropotkine y Eliseo Reclús, Bakunin siente por ella una fe casi supersticiosa. «Nosotros reconocemos —afirma este último— la autoridad absoluta de la ciencia». En presencia de las leyes naturales no hay para el hombre mas que una libertad posible y es la de reconocerlas y aplicarlas cada vez más. Hay que ser, por ejemplo, un loco o un teólogo, un jurista o un economista burgués, para revolverse contra esa ley que dice 2 y 2 son cuatro. Para él, el sentido común es «la suma de las leyes naturales generalmente reconocidas». Y, como Descartes, sostiene que el sentido común es la cosa mejor distribuida del mundo.

¿Y qué nos ofrece el anarquismo, como contrapartida y superación del mundo deshumanizado que nos rige? Una Edad de Oro, donde no exista lo mío ni lo tuyo, donde el hombre se realice en toda su plenitud, donde la libertad individual y la comunidad de bienes se conjuguen, armónicamente, a la sombra fértil del saber y del trabajo. Y esa Edad de Oro que rutiló con lumbres deslumbradoras en el discurso inescuchado del hidalgo manchego a los cabreros pipirigallos solo podrá disfrutarse mediante el previo derrocamiento por la revolución social de todas las autoridades establecidas.

El anarquismo se manifiesta, abiertamente, contra la lucha política. La participación en los parlamentos entraña, para él, un compromiso con las clases poseedoras y un reconocimiento de la autoridad del Estado. Y, por eso, acude drásticamente a «la revolución plena, inmediata e inmediatamente económica». Esta revolución es ineluctable: un mal necesario. Los anarquistas —no resulta ocioso advertirlo— son enemigos de la violencia y de la efusión de sangre. La juzgan inevitable, empero, para la salvación del linaje humano. «Los que ambicionan el triunfo de la justicia escribe —Kropotkine— comprenden la necesidad de una tormenta revolucionaria que barra a escobazos toda la basura, que vivifique, con su hálito, los corazones entumecidos y que inyecte en la sociedad el sacrificio, el desinterés, la abnegación, el heroísmo, sin los cuales una sociedad se envilece, se degrada, se corrompe, se descompone.

La imposibilidad inmediata de realizar esta revolución apocalíptica determinó a los anarquistas y, principalmente, a Bakunin, a proyectar sus ataques contra los

agentes de la autoridad, mediante actos de terror individuales. Esta técnica concitó sobre el anarquismo la hostilidad de la opinión pública. La propaganda por el hecho fue la consecuencia directa de la impotencia política de los anarquistas desligados de las masas populares para implantar sus creencias. El procedimiento no prendió, por fortuna, en las masas obreras. El terrorismo tiene únicamente hoy adeptos en los pequeños grupos revolucionarios desconectados de las luchas sociales y de las teorías y prácticas políticas. «Cuanto mas profunda es una acción histórica — escribió Marx— más amplia es la masa que la realiza». Y porque así es, los regimenes totalitarios nazis y fascistas, regímenes contra las masas, han organizado el terror como esencia del poder. El Estado totalitario es la desustanciación integral del hombre concebido como obra de arte.

Y ahora, el examen, el juicio de valor, la afirmación personal. Teóricamente, el anarquismo no existe. No es una sistemática política. Ni una concepción panlogista del problema social. Ya se ha visto: es una confluencia espumante de principios que se contradicen y excluyen, un tumulto de criterios radicalmente embestidos. Carece de una rigurosa fundamentación económica: su teoría del valor recuerda, por lo feble, a las armonías de Bastiat; su concepto de la espontaneidad del orden económico descende en línea recta **de Manchester**; su música sobre las leyes naturales es la misma matraquilla **diezyochesca** apenas afinada; y su doctrina del Estado, justa como estimativa ética, no logra aprehender la naturaleza histórica de este, ni el tránsito inexorable, sobre otro Estado construido sobre sus pavesas, hacia la sociedad sin clases que pregonar y ansía.

No existe el anarquismo como teoría; pero, queda todo eé como creencia, como pasión, como fe, al servicio de una clase social que, «por representar la total pérdida del hombre, solo puede volver a encontrarse a si misma, encontrando al hombre totalmente perdido».

¿Perdido? Si hoy se pierde será porque no supo salvarse. Esta hora negra y cerrada, en que se olfatean **montones** de muertos y ciudades pulverizadas, es precisamente la hora clara y abierta de su destino. Esta es una época de salvación y no una época de perdición. El mundo no está en crisis. La crisis se ha superado: estamos viviendo, cabalmente, la crisis de la crisis.

Hay épocas en la historia en que el hombre usufructuario del poder y la riqueza se creyó instalado, definitivamente, en el espacio institucional circundante. Son las épocas que denominamos clásicas y en ellas impera, señero, el saber de dominación. Grecia ilustra, con valor de paradigma, ese tipo peculiar de conciencia. La imagen que el pensamiento griego ofrece, a la sazón, de su propio pensamiento,



es una imagen estática, y acabada, que se nutre de si misma y se proyecta en la realidad sin sentido de la perspectiva. Son situaciones cristalizadas para los que tienen vinculado su interés a su eterna permanencia, momentos de fugaz equilibrio en el ondear perenne del proceso histórico, en el todo pasa y todo cambia, que se le reveló a Heráclito al no poder bañarse dos veces en el mismo río. El rasgo cardinal que caracteriza estas situaciones cristalizadas es la ausencia en las masas del sentido crítico y del impulso liberador. Ni siquiera añoran estas el paraíso perdido. El saber de sumisión es su único saber.

Esta época no es de esas. Ahora todo se está derrumbando bajo las plantas: las clases sociales usufructuarias del poder y la riqueza sienten que el espacio institucional creado en defensa de sus intereses se les viene abajo irremediabilmente. El saber de liberación y el saber de dominación están cara a cara. El hombre se ha encontrado de pronto a sí mismo y. acepta, de pie, con espléndida arrogancia, el destino que la historia le impone. No importa que ese hombre haya sido derrotado en España por el antihombre y viva muriendo en los presidios totalitarios. No importa tampoco que en otras partes parezca que el horizonte se le cierra. La hora de su realización ha sonado. Y es el desarrollo mismo de la historia el que determina el magno suceso. La historia no se remonta. Y, si se remonta, es solo para tramontarla. La prehistoria de la historia va a clausura se. Y el anarquismo con ella.

Las barbas astrales del profeta de Treveris lo **dominan todo. Mesandol** en el insomnio sombrío, el hombre perdido develó el secreto de su futuro y la razón de su pérdida. Si ahora se salva, si ahora puede salvarse, será por él, exclusivamente por él, que le dio, junto con la conciencia de su unidad, la desesperación y la esperanza. Y, cuando el amanecer de todos los amaneceres estalle sobre el horizonte, ya no saldrá Everso d' Anguillara al camino, a vender, alegremente, sus mercaderías, ni el lento repiquetear de las campanas convocará a los fieles al santo sacrificio de la misa, será el hombre quien salga al camino sin fronteras del brazo de Don Quijote; y el anarquismo se salvará en su recuerdo como una ilusión sin recuerdo porque será toda realidad en el presente. Y, todo eso, será el triunfo de la estrella sobre la tea, de la rosa sobre la tuerca, de la vida sobre la muerte.

## **Utopía, ideología y mito en la política contemporánea**

Debo poner en guardia, de entrada, al lector. Ni por su índole, ni por su envergadura, ni por su alcance, resulta fácil despachar satisfactoriamente, en el reducido espacio de que dispongo, el tema de este artículo. Basta advertir que el problema de la utopía, de la ideología y del mito en la política está indisolublemente ligada a la controvertida y compleja cuestión de “cómo piensan los hombres”. Desde la óptica de la sociología del conocimiento, esta es la dimensión más importante que ofrece el asunto. Y, desde el punto de vista de los hechos, la influencia de la utopía, de la ideología y del mito en la política operante, constituye una de las más acusadas características de la crisis social de nuestro tiempo. Este aspecto concierne, directamente, a la antropología cultural, a la economía, a la sociología concreta y a la historia. No es posible pues, sin riesgo de confundirlo todo, intentar precisiones de fraude en este caso. Ni siquiera sería dable exponer el problema desde todos sus ángulos, facetas y relaciones. Me ceñiré, en consecuencia a una mera presentación del tema con la mayor claridad y sencillez.

El espíritu utópico y la utopía, como género literario, suelen florecer en todas las épocas críticas de la historia. No resulta excepción esta que vivimos. Buena prueba de ello es el renacimiento del espíritu utópico en la política de partido y la actualización de los paradigmas precedentes, traduciéndose y editándose, profusamente, las construcciones ideales de Platón, San Agustín, ----- Campanella, Bacon y Harrington. Las conexiones entre Unión de Moro y las Ordenanzas del jesuita español Vasco de Quiroga han suscitado en toda América una copiosa literatura.

Las implicaciones peyorativas que el lenguaje vulgar ha impuesto al término y la contraposición marxista del socialismo científico al utópico, son responsables del desdén con que, durante mucho tiempo, se ha tratado el utopismo. La reivindicación que Eugenio Imaz ha hecho de la utopía, desentrañando su sentido histórico, ha sido sobremanera oportuna y certera. Si la utopía no logra cristalizar la mayor parte de las veces, representa siempre un anhelo de mejorar lo establecido y mantener la esperanza del hombre en un mundo redimido de injusticias como meta ideal de sus aspiraciones. La circunstancia de que todas ellas hayan sido sobrepasadas por los hechos no invalida los principios universales que suelen

informarlas. La lucha por lo “irrealizable” ha sido extraordinariamente fértil en consecuencias prácticas. Casi todo lo que puede mostrarse hoy, como auténtico progreso, fué, en sus comienzos, fantasmagoría de ilusos, sueño sin sustancia. La utopía es menos utópica de lo que creen los “realistas” del empirismo mostrenco. Sobre los “proyectos” geniales de Galileo y Descartes se funda toda la física moderna.

El renacimiento del espíritu utópico, en nuestros días no puede compararse, ni en ímpetu vital, ni en recursos imaginativos, a los que le caracterizan en ese vuelco descomunal que prepara el advenimiento de la modernidad. Esta eclosión de sociedades ideales, en radical disconformidad con la conformación histórica circundante, responde, sin duda, a una de las direcciones del espíritu renacentista, que trasciende a sí propio, y en contraste con la realización tópica de sus apetencias últimas, se muestra afanoso de un mundo social limpio de impurezas y yerros, en el que la razón de comunidad suplante la razón de estado.

Trayectoria dispar toma ese anhelo. Vuélvese, en algunos, hacia el pasado, a la época mítica de la edad de oro o de Saturno. Proyéctase en otros hacia el futuro, a la época aún en devenir en que cuajará en realidad lo que se sueña. El influjo de los factores condicionantes de su época está presente en todos los escritores utopistas. Muestran todos la impronta de los relatos que viajeros imaginativos propalan en Europa de la vida ingenua, frugal y decir de las comunidades indígenas de América. La doctrina del buen salvaje, recogida y exaltada por Juan Jacobo Rousseau, tiene un antecedente en esta línea de pensamiento.

Este violento contraste entre la vida natural y la vida civilizada -inserto en el meollo mismo de la corriente jusnaturalista- lleva a la mayoría de los escritores utopistas, enfrentados con la hirsuta realidad que los rodea, a situar sus esquemas ideales en islas lejanas, sin ubicación geográfica precisa, como si la cultura, el progreso técnico y las instituciones sociales fueran incompatibles con la felicidad del género humano. El apartamiento de tierra firme pasa a constituir, para Moro, Barón y Campanella, el supuesto indispensable del nacimiento y pervivencia del régimen social perfecta. Tomás Moro pagaría, con su noble cabeza este error de perspectiva.

Fue Moro, precisamente, quien bautizó todo un género literario al titular Utopía el libro en que propone un sistema ideal de convivencia a sus contemporáneos. Utopía significa lo que no existe, lo que está fuera del espacio. El utopismo de la Utopía radica en este situar fuera del topos uranos la solución de los problemas concretos que el espacio plantea; pero, es también lo que le infunde un carácter revolucionario a todas las construcciones de este tipo. Las utopías se fugan del mundo estante después de escudriñarle y de haber puesto a plena luz sus fealdades, injusticias y limitaciones. Es una evasión contra la realidad. Sólo fuera de ésta, y en islas lejanas aun no mancilladas por la civilización, puede ser lo que el espacio impide que sea, lo que ya es, según los navegantes de los siglos XV y XVI, en parajes casi inaccesibles de los mares recién descubiertos. La solución de todos los problemas estribaba en un \_\_\_\_modelar la vida social europea, conforme a esas sociedades racionalmente construídas. Lo que subyace en esta argumentación resulta hoy enteramente claro: lo que no existe debe existir y dejar de existir lo que existe, transformarse la topía en utopía, lo que es en lo que debe ser. La utopía es, en última instancia, un acto de fe en el ilimitado poder creador de la razón humana.

Un gran sociólogo alemán, Kart Mannheim, en un libro ya clásico, ha acometido un análisis sistemático de los problemas que plantea el espíritu utópico, los cambios en su configuración a través de la historia y sus relaciones con la realidad, diferenciando tajantemente, la utopía de la ideología. Este análisis ha sido desenvuelto desde la perspectiva de la sociología del conocimiento. No olvida Mannheim que el objetivo propuesto está íntimamente vinculado a lo que subyace en la conducta colectiva del hombre de carne y hueso. Su preocupación fundamental es, justamente, establecer las relaciones entre el pensamiento real de los grupos humanos, las motivaciones inconscientes que lo influyen y la circunstancia social. Se trata, en definitiva, de conocer la vida en convivencia mediante la «captación comprensiva de las situaciones vitales originarias» de que hablara Dilthey.

Según Mannheim, «un estado de espíritu es utópico cuando resulta incongruente con el estado real dentro del cual ocurre». «No debe, sin embargo, considerarse como utópico cualquier estado de espíritu -advierte en seguida- que es incongruente con la inmediata situación y la trasciende y en este sentido se aparta de la realidad». «Sólo se designarán con el nombre de utopías -precisa Mannheim- aquellas orientaciones que trascienden la realidad cuando al pasar al plano de la

práctica, tienden a destruir, ya sea parcial o completamente, el orden de cosas existentes en determinada época».

El estado de espíritu utópico se caracteriza, pues, por trascender la realidad y chocar al propio tiempo con el orden social prevaleciente. No debe confundirse, por consiguiente, con los estados de espíritu que, aun trascendiendo la existencia real, siguen aferrados con el orden tópico, trasladando los afanes de cambio y mejoramiento más allá de la historia y de la sociedad. La concepción escolástica de la convivencia ejemplifica cabalmente, la realidad social. Es un caso típico de ideología. «La idea cristiana del amor fraternal -escribe Mannheim- sigue siendo, en una sociedad basada en la servidumbre, una idea irrealizable y, en este sentido, ideológico, aun cuando se reconozca que puede actuar como motivo de la conducta del individuo. Vivir en forma coherente, a la luz del cristiano amor al prójimo, en una sociedad que no esté organizada según el mismo principio, resulta imposible. El individuo, en su conducta personal, se ve obligado -en cuanto no se propone trastornar el orden social vigente- a renunciar a sus más nobles principios».

La utopía se propone transformar la realidad histórica en otra más acorde con sus propias concepciones. Es esto, precisamente, lo que la define y caracteriza. No resulta ocioso añadir que los representantes del orden social vigente clavarán el marbete de utópico a todos los conceptos de existencia que, desde su punto de vista y de su situación real, nunca, en principio, podrán realizarse. La connotación que conlleva, usualmente, el vocablo, tiene su raíz en esta actitud. «Utopía -lo dice hasta el propio diccionario- es todo plan, proyecto, doctrina o sistema halagüeño, pero irrealizable».

El concepto de ideología, que Mannheim contrapone al de utopía, refleja uno de «los descubrimientos que han surgido del conflicto político, a saber, que los grupos dominantes pueden estar de tal suerte ligados en su pensamiento a los intereses de su situación que, sencillamente, sean incapaces de percibir ciertos hecho que vendrían a destruir su sentido de dominación. La palabra ideología entraña el concepto de que, en determinadas situaciones, el inconsciente colectivo de ciertos grupos oscurece el verdadero estado de la sociedad, tanto para esos grupos como para los demás y, en consecuencia, la estabiliza». En otras palabras: en ciertas coyunturas los grupos sociales estratificados actúan con una falsa conciencia de la realidad que afrontan para perpetuarla en beneficio propio.

Si la esfera de la actividad humana de la que depende primordialmente nuestro destino no fuera la política, o ésta tuviera como palenque una academia, el desenmascaramiento de los reales móviles del adversario carecería de efectividad práctica alguna. Fué Carlos Marx quien planteó, por primera vez, la lucha política en términos de ideología. Durante largo tiempo los partidos socialistas y el proletariado revolucionario dedicaron sus mejores energías a denunciar los “motivos ocultos” de sus oponentes. El arma de la mutua revelación y del descubrimiento recíproco de los apetitos personales y de los factores condicionantes de la conducta política y de los idearios sociales es ya hoy propiedad común de todos los partidos y grupos que lidian por el poder, propiciando de esta suerte el medro de las tendencias irracionales y la boga del mito. Cada partido y cada grupo tiene dominada su perspectiva por sus intereses, hábitos y ambiciones y sólo en función propia tratan de usufructuar la realidad. Mirando en torno se comprueba fácilmente.

En el pórtico radiante del triunfo de la razón, de la técnica y de la democracia, Renato Descartes lanzó esta profecía: «En lugar de esa filosofía especulativa que se enseña en las escuelas es posible encontrar una filosofía práctica gracias a la cual, conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos, y de todos los otros cuerpos que nos rodean, tan distintamente como conocemos los diversos oficios de nuestros artesanos, las podríamos emplear de la misma manera para todos los usos adecuados y hacernos así dueños y señores de la naturaleza». Nunca predicción alguna tuvo tan cumplida realización. La naturaleza es hoy, cuatro siglos después del Discurso del Método, materia dócil en las manos del hombre. El mundo de las cosas inanimadas ha sido definitivamente desencantado por la ciencia, que se yergue retadora sobre el polvo del exorcismo, del talismán y de la alquimia. Nada más lejos de la magia -aunque parezca mágico- que el proceso de la desintegración del átomo. No cabe ya discutirlo. En el camino de la conquista y aprovechamiento de la naturaleza, el progreso ha sido lineal y con ritmo vertiginoso.

Bacon sostuvo, orgullosamente, que la felicidad humana estaba supeditada al desarrollo y perfeccionamiento del método experimental. La historia ha demostrado, con hechos como puños, que «si el aumento de la ciencia es uno de los ingredientes de una civilización feliz, no basta por sí misma para procurar la felicidad. Necesita ir acompañada de un aumento de sabiduría, entendiéndose ésta como una concepción

justa de los fines de la vida». Es indisputable que la expansión de la vida material en los últimos años, en beneficio de las clases humildes, no tiene precedente; pero, es indisputable, asimismo, que nunca fué mayor el contraste entre la riqueza y la pobreza y jamás tan agudos y chocantes los desniveles. Urge ya subrayarlo. Paradójicamente, en la propia medida en que la naturaleza iba entregando sus secretos, se fué encantando el mundo de las relaciones sociales. El racionalismo político y el optimismo progresista, que alumbraron la ruta de la burguesía en su hora de plenitud, se ven hoy agredidos por las tendencias irracionales que se han apoderado de vastas zonas de la conciencia colectiva. La fe en la razón y en la bondad ingénita del hombre -punto de partida y ápice del liberalismo político y de la democracia individualista- hánse visto en gran parte sustituidas por el imperio de los instintos y la creencia en la perversidad natural del hombre. Maquiavelo y Hobbes retornan vencedores, del brazo de Hegel y Carlyle, entre los escepticismos disolventes de Rabelais y Montaigne. El individuo nada cuenta. La libertad es un artilugio de la ilustración. La soberanía popular entelequia. «El estado es un dios mortal» -se lee en el Leviatán. La frase terrible de Hobbes, puesta dialécticamente en marcha por el mago del idealismo absoluto y absolutista, fué y sigue siendo la divisa del fascismo, que ha sobrevivido a su derrota en el campo de batalla y se apresta a reaparecer por otras vías y otros modos. Y es también la divisa del socialismo totalitario, se prescinde de la ética en la política, que se va reduciendo alarmantemente en todas partes -particularmente en Cuba- a nuda técnica para la conquista y goce del poder. No importa la inmoralidad de los medios si conduce al fin perseguido. El culto a la violencia, al providencialismo, a la demagogia, a la simulación y a la frivolidad se abre paso y consagra.

«Vivimos -proclama patéticamente Jacques Maritain- la liquidación del mundo de Juan Juan Jacobo Rousseau». Henri Bergson en su senectud desvelada por místicas angustias, imputa la responsabilidad de esa liquidación al maquinismo sin alma. «La mecánica -sentencia- no volverá a encontrar su dirección verdadera, no prestará servicios proporcionados a su potencia, sino a condición de que la humanidad inclinada hacia la tierra aprenda a levantar los ojos hacia el cielo». El curso de este pensamiento derrotista -lúgubre tañir de campanas entre las sombras del crepúsculo- no comienza en Maritain y Bergson. Mucho antes que ambos, ya Berdiaeff y Belloc, Spengler y Duhamel, Keyserling y Jaspen, Scheller y Heidegger, Chesterton y Valery, habían ensayado, como en el Alceste de Eurípes, el ruido de las manos anunciando que todo ha concluído. A la arrogante creencia en

las luces, ha sucedido en pleno señorío de la técnica, el crujir de dientes y el plañir agorero. Jamás sociedad alguna tuvo en su agonía deudos tan empavorecidos como la nuestra. No se explica de otra suerte tan en desesperada entrega a los ritos esotéricos y a los Parsifales en jeep. Sociológicamente, la crisis social que atravesamos ha podido caracterizarse como una “situación de falta de seguridad en el mundo en que se vive, un no contar con el mínimum indispensable de cosas firmes, un no saber a qué atenerse. Es la impresión de que nos falta un repertorio mínimo de convicciones vigentes que sirvan de base a nuestra existencia y de orientación a nuestra \_\_\_\_\_. Es el hallarnos con que el sistema de creencias o de ideas sobre el mundo y la vida y de valoraciones, que regían en el \_\_\_\_\_ pasado, han perdido prestigio y no influyen ya decisivamente en el presente; y con que todavía no se ha instalado un nuevo sistema de normas que organice con seguridad y confianza nuestra existencia. Es la situación en la cual se hunde en el ocaso histórico un sistema de formas de vida y de pensamientos rectores y todavía no se llega a divisar con claridad unas nuevas estructuras que sustituyan a las que declinan. El hombre de nuestro tiempo experimenta la sensación de que lo que ocurre en el mundo se le escapa de las manos, de que ya no está sometido a su dirección y control, de que el pensamiento ha dejado de ser rector y va arrastrado a la deriva por el tumulto de los acontecimientos embrollados”; pero, al par que eso acontece, el clamor de una nueva sociedad, que forcejea por quebrar el cascarón de la vieja en que vive constreñida y sojuzgada, se alza dominando a veces el estruendo apocalíptico.

He ahí nuestro drama. Y, he ahí, también, el caldo de cultivo de los mitos políticos actuales. En circunstancias semejantes, en que todo parece derrumbarse bajo las plantas, el hombre busca, dramáticamente, personificaciones visibles del inconsciente colectivo y dioses omnipotentes que le garanticen sustento, seguridad y amparo, sin parar mientes en los métodos ni en los objetivos. Su actitud anímica es análoga a la del hombre primitivo ante los elementos desatados de la naturaleza.

Imposible resulta siquiera entrar a considerar la estructura del pensamiento mítico. Lo que el mito sea y cuál su función en la vida social es cuestión aun abierta a debate. Si el material empírico acumulado por psicólogos, etnólogos, antropólogos y sociólogos puede ya estimarse completo, no ocurre así con la teoría del mito, envuelta todavía en una atmósfera bélica de elaboraciones contrapuestas. Hace poco



acaba de editarse en español un libro de Ernest Cassirer, *El Mito del Estado*, que es un prodigioso abrevadero para el estudio del tema.

Según Cassirer, lo que caracteriza a los mitos políticos de nuestro tiempo es que se han puesto al alcance de las masas populares mediante una técnica apropiada. Esos mitos, se diferencian de los antiguos, en que no son el resultado de una actividad inconsciente, ni el libre producto de la imaginación. Los mitos políticos actuales se elaboran de acuerdo con un plan racional meticulosamente concebido y diestramente ejecutado. Son cosas artificiales, fabricadas por gentes muy expertas y habilidosas. El mito, en suma es una mercancía más en un mundo regido por el fetichismo de la mercancía. Los mitos se manufacturan por idéntico proceso que la nevera eléctrica o el lanzallamas.

No podía ser, de otra suerte, en una sociedad altamente tecnificada como la actual. La personificación de un deseo colectivo, o la dominación de tipo carismático, se distinguen sobremanera en una tribu y en una nación civilizada. En esta última, el mito tiene, ineludiblemente, que apoyarse en “razones”, formar una “teoría”. La supremacía de la raza aria, el derecho al espacio vital, la inmutabilidad de la propiedad privada, el milenio totalitario y la sociedad sin clases son representaciones mágicas rigurosamente racionalizadas con fines de hegemonía. El caudillo de la era atómica ha de ser, a la vez, sacerdote y artífice. No puede dejar nada al azar. Cada paso ha de prepararlo y premeditarlo con exquisito cuidado. Incluso la palabra mágica ha de emplearla metódicamente. Son los laboratorios de psicología social los que confeccionan los sortilegios, las profecías y los chivos expiatorios. La brujería política se torna científica y la vida social retrógrada a formas que parecían definitivamente superadas.

«Hemos aprendido una nueva lección, -escribe Cassirer- una lección muy humillante para nuestro orgullo humano. Hemos aprendido que el hombre moderno, a pesar de su inquietud, o tal vez precisamente a causa de ella, no ha superado todavía la condición de vida salvaje. De todas las tristes experiencias de estos últimos doce años, esta es tal vez la más terrible. Puede compararse a la experiencia de Ulises en la isla de Circe. Pero es peor todavía. Circe había transformado a los amigos y compañeros de Ulises en seres de variadas formas animales. Ahora son los hombres mismos, hombres de educación e inteligencia, hombres honrados y restos, que renuncian de repente a la suprema prerrogativa humana. Han dejado de ser

gentes libres y personales. Ejecutando los mismos ritos, empiezan a sentir, a pensar y a hablar del mismo modo. Sus gestos son animados y violentos; pero esta es tan sólo una vida artificial y ficticia. De hecho, lo que los mueve es una fuerza externa. Actúan como muñecos de un teatro de títeres, y ni siquiera saben que los hilos del espectáculo y de toda la vida individual y social del hombre, quienes los mueve desde ese momento son los caudillos políticos».

El predominio de la utopía, de la ideología y del mito en la lucha social y en el pensamiento político de nuestro tiempo, evidencia hasta qué punto ha renegado de sus propios orígenes la cultura occidental. La humanidad está de nuevo en un cruce de caminos que se bifurcan. Las fuerzas capaces de empujarla hacia una organización racional de la convivencia están, frente a frente, a las potencias irracionales, que pugnan por uncirla a la coyunda mágica de un régimen despedazado por los antagonismos y las contradicciones. Del desenlace de esa ingente contienda, dependerá el curso y sentido de la historia de los años venideros. Absurdo sería que pretendiera yo asumir el papel de arúspice; pero, creo, firmemente, que la disyuntiva planteada es clara y terminante: o el hombre se deshumaniza totalmente en la esclavitud tecnificada o recobra su “fertilidad perdida” en una organización planificada democráticamente para la libertad sobre el primado de la justicia distributiva.

Tomado de *15 años después*, Editorial Librería Selecta, La Habana, 1950

### **Vasco de Quiroga**

Suele aún regatearse la contribución de España a esa prodigiosa primavera del espíritu que fue el Renacimiento. Los historiógrafos alemanes, por su parte, y los españoles ultramontanos, por la otra, han sido los más cicateros en esa ya histórica polémica. Admiten los unos, a regañadientes, que algún que otro teólogo o tratadista del siglo XVI haya sorbido los frescos y deleitosos zumos del pensamiento y del arte renacentista; y aceptan los otros, a lo sumo, que si el Renacimiento ejerció alguna influencia en España fue epidérmica y transitoria, y, en todo caso, nefasta por el aluvión herético que acarreaba.

Sobran, empero, datos y hechos que contradicen tan aventuradas especies. ¿Qué fue el siglo de oro sino esplendente y pulposo fruto de las nuevas corrientes filosóficas, literarias, estéticas y religiosas que renuevan y fecundan los supuestos

culturales de la sociedad europea? ¿Y qué fue el descubrimiento, conquista y colonización de América sino una proeza de estilo inconfundiblemente renacentista? ¿No fue acaso la primera aventura internacional del capitalismo naciente?

Pero hay algo más todavía. Si por el lujo vital desplegado y por el descomunal tamaño de la empresa, no cabe ya discutir su carácter de correlato histórico de la segunda épica del intelecto occidental —la primera la encabezaron Sócrates, Platón, Esquilo, Eurípides y Aristóteles—, es igualmente incontrovertible que los más claros y porfiados varones peninsulares que vinieron al Nuevo Mundo habían nutrido su espíritu y su ideario en los más sustanciosos veneros del humanismo burgués, tan finamente desenmascarado por Aníbal Ponce. Don Vasco de Quiroga, oidor de la Nueva España, obispo de Michoacán y fundador de comunidades indígenas calcadas en la *Utopía* de Tomás Moro, ejemplifica cabalmente lo dicho. Si el lector quiere ahondar en el tema puede acudir, con provecho, a las investigaciones de Silvio A. Zavala sobre las raíces ideológicas del apostolado social de Vasco de Quiroga, a la hermosa biografía de éste escrita por Benjamín **Jarnés** y a las cernidas páginas que le dedica Alfonso Reyes en su libro *Última Tule*.

Vasco de Quiroga fue nombrado oidor de la Nueva España en 1530. Nueve años hacía que Hernán Cortés había conquistado la vieja tierra de **Nezahuatcoyolt** y aún las heridas, afrentas y desmanes estaban frescos.

El proceso de transculturación apenas comenzaba. Don Vasco juzgó inaplazable emprender la reorganización del vasto y enconado territorio, **vire** «base cristiana». En 1531, en carta dirigida al Consejo de Indias, propone «ordenar la vida de los naturales, reduciéndolos a poblaciones donde trabajando y rompiendo la tierra, de su trabajo se mantengan, estén ordenados en toda buena orden de policía y con santas y buenas católicas ordenanzas; donde haya o se haga una casa de frailes, pequeña, de poca costa para dos o tres o cuatro frailes, que no alcen la mano de ellos, hasta que por tiempo hagan hábito en la virtud y se les convierta en naturaleza». .

Varios años después, en su Informe de Derecho, el sapiente y alerta oidor amplía el ámbito de sus consideraciones. Examina, a fondo, problemas relativos a la explotación de los indios, al régimen de esclavitud y a las costumbres y formas de vida autóctona. Alude, reiteradamente, a un plan de reformas que ha enviado al Consejo de Indias y sustenta sus juicios en abundantes citas de obras clásicas, jurídicas y teológicas. Pero lo más importante que contiene este Informe es el minucioso proyecto de organización de la sociedad indígena, concebido y diseñado, según declara don Vasco, a tenor de las *Saturnales* de Luciano y de la *Utopía* de

Moro. Aquellas —puntualiza Zavala— "le proporcionan la imagen de la edad de oro con la cual compara insistentemente la vida de los indios; en la *Utopía* halla el modelo para organizar las comunidades de acuerdo con la inocencia que descubre en los aborígenes».

La conclusión a que arriba Vasco de Quiroga es típicamente renacentista y es, asimismo, renacentista su fe en el ilimitado poder creador de la voluntad iluminada por la razón. No debe ceñirse el colonizador español a transmitir los valores europeos, expresiones al cabo de la decadente edad de hierro; debe también y, sobre todo, elevar la vida de los naturales «a metas de virtud y humanidad superiores a las europeas». Confiesa don Vasco que el ideal de una sociedad mejor que las existentes ha sido su sueño más caro y que la providencia le ha deparado la oportunidad de realizarlo al leer la *Utopía* de Moro. Y se manifiesta resueltamente partidario de aplicar sus leyes, por «ser las más adecuadas para los pueblos del Nuevo Mundo». Hasta qué punto y cómo trasfundió su sueño a la realidad lo veremos a seguidas.

El problema teórico de las relaciones entre utopía y topía —sueño y realidad— ha sido analizado, a fondo, por la sociología contemporánea. Hay una obra ya clásica sobre la materia, de Karl Mannhein, fundada en la teoría de las ideologías de Marx. No se ha estudiado, en cambio, con la latitud y hondura que se debiera, la utopía en función de la experiencia histórica. Las aportaciones más importantes que se han hecho al esclarecimiento del tema son de autores hispanoamericanos y españoles. No en balde nuestra América fue asiento e imagen de la utopía para la conciencia europea y España es «un pueblo que quiso demasiado». El impulso utopista dimana, precisamente, de toda voluntad potenciada por el ilimitado poder creador de la razón.

De nuestra América, paraíso perdido de la historia, se nutre la primavera de sociedades ideales que aflora en el Renacimiento. Su descubrimiento, como es sabido, va precedido y acompañado de un enjambre de mitos. Platón la presentiría mágicamente en la Atlántida. En el «continente» de la esperanza, la mitología se transforma en historia y la utopía adviene topía. El prestigio de un mundo creado por la razón humana hace su agosto en Europa. Moro, Campanella y Bacon intuyen el plus ultra en las fabulosas tierras recién descubiertas.

Hace ya algunos años, Domingo **Amunátegui** y Solar desarrolló la tesis de que el Nuevo Mundo estuvo sometido, desde Carlos V hasta Felipe IV, a un empírico socialismo de estado. No la he leído; pero sí conozco el excelente resumen que ofrece Alfonso Reyes en su libro *Ultima Tule*.

**Amunátegui** estudia, detenidamente, el experimento social ensayado por los jesuitas en Paraguay. Diversos reductos se fueron creando hasta fundarse la primera misión en 1602. «Los reductos —escribe Reyes servían de amparo a las poblaciones de indios, blandas y sumisas, que venían huyendo de los esclavistas desembarcados en el Brasil. En el centro del reducto, la ostentosa casa de Dios servía de núcleo a las viviendas de los padres, los talleres y escuelas, los lazaretos y almacenes de provisiones, las huertas, la residencia de indios, espaciosa y concebida para una familia numerosa. Luego venían las tierras de labor, las praderas, los ganados, los criaderos de caballos. La vida se regía a toque de campana y era modelo de organización. Aquel pequeño estado utópico no poseía ni necesitaba dinero, y el que se obtenía mediante la venta de artículos o cosechas a los extraños, se invertía todo, al instante, en servicio de la comunidad. Por medio siglo creció y floreció la república cristiana, extendiéndose hasta la costa occidental del río Uruguay. En 1750, con las particiones entre Europa y Portugal, toda esta región pasó a poder del Brasil, como parte del Río Grande do Sul. A la sola idea de que los jesuitas tuvieran que abandonar el país, los pueblos se levantaron. Los jesuitas, envalentonados, encabezaron la lucha. Y así se mantuvo una existencia precaria, combatida y sobresaltada hasta que sobrevino la expulsión de la Compañía. Los indios entonces, entre medrosos y reacios, huyeron y se reintegraron poco a poco en su antigua vida silvestre».

El humanista y misionero José **Peramás** es autor de un curioso y prolijo paralelismo entre los reductos de los guaraníes y *La República* de Platón. Sobre los problemas teóricos planteados en este campo por la colonización española el opúsculo de Lewis Hanke, *Los primeros experimentos sociales en América*, es fuente obligada de consulta.

Las investigaciones de Silvio A. Zavala demuestran, ostensiblemente, la influencia de la *Utopía* de Tomás Moro en la experiencia social que tuvo por teatro a Michoacán y como inspirador a Vasco de Quiroga. Siempre había gozado éste de fama como jurista proclamó, gobernante ejemplar, protector de los indios y sacerdote de vida impoluta y reconocido fervor. Pertenecía al claro linaje de Fray Bartolomé de las Casas y su formación en la *philosophia christi* era visible en la palabra y en la conducta. Manejaba, con ágil familiaridad, los clásicos y los humanistas.

Zavala ha esclarecido, con mano maestra, «la pauta de su obra social y el sentido de la reforma». Ya José Moreno se había referido a la igualdad de bienes existentes en el primer «hospital» fundado por Vasco de Quiroga; y había aludido,

también, a los antecedentes clásicos y renacentistas del ensayo. Zavala probaría que Vasco de Quiroga «encuentra la idea platónica de la república perfecta, como en comprimido, en la *Utopía*, y la transporta. y vincula de hecho en nuestra América, campo que siempre pareció propicio a los renacentistas para nuevos ensayos en busca de una sociedad más feliz». En su *Informe de Derecho*, publicado en 1535, Vasco de Quiroga declara las inspiraciones que ha recibido de las *Saturnales* de Luciano y varias veces afirma que extrajo de Moro su idea de los hospitales, comunidades que funcionaron durante dos siglos con óptimos resultados.

Zavala coteja, minuciosamente, la *Utopía* de Moro y las *Ordenanzas* de Vasco de Quiroga. La similitud es sorprendente en punto a la organización comunal, al régimen familiar, a la distribución de los frutos, a las condiciones de trabajo y a las instituciones políticas. «Al incorporar el proyecto a su ámbito cultural y relacionarlo no sólo con la Utopía —concluye Zavala— sino con la actitud renacentista que en último término lo inspiró, no naufraga el mérito de don Vasco. No podemos pensar, ciertamente, que su obra fue fruto de inspiración individual; más, quedan aclaradas históricamente su intención y la grandeza del propósito. Subsiste, además, la fervorosa e ingenua voluntad con que quiso aplicar prácticamente lo nacido en su origen como comentario ideal».

El nombre de Vasco de Quiroga se veneraba todavía en el siglo XIX entre los indios tarascos. Benjamín Jarnés, fino escritor español ha poco fallecido, supo revivir su enérgica y dulce figura en poemática biografía. La resonancia de su prédica aún se percibe por las serranías y llanos, que cabalgó en blanca mula, en pos de la ciudad soñada, en que los hombres serán libres, iguales, dignos y felices. El afán de infundirle realidad histórica a ese ideal mueve hoy a los pueblos que maduran su futuro en las entrañas convulsas de América.

Tomado de *En pie*, Universidad Central de las Villas, La Habana, 1959.

### **Grandeza y servidumbre del humanismo**

Suele olvidarse a menudo que nada se da por añadidura en la historia. El mundo moderno advino a la existencia entre grandes dolores y luchas terribles. La burguesía e capitalismo y el proletariado se abren camino en constante forcejeo. Se registran pocas revoluciones más vastas y hondas que esa de la cual emergió la sociedad en que vivimos. Sus raíces se remontan mucho más allá de las mutaciones operadas en la estructura y en la faz de la sociedad europea durante los siglos XV, XVI y XVII. Se ven ya sus briosas ramazones en la alta edad media.

EL punto de partida de ese dilatado proceso, que lo es también de la descomposición del régimen feudal puede situarse en la reanudación de la vida urbana y de la actividad crematística en el siglo XII. Múltiples circunstancias y factores confluyeron en la baja edad media acelerando ese complejo y revuelto desarrollo; pero el determinante de su curso ulterior es el ascenso progresivo de la economía dineraria en algunas ciudades de occidente a partir de la cruzada.

La teoría de Werner Sombart sobre la génesis del temprano capitalismo ha sido definitivamente impugnada. El criterio hoy predominante es que fue el comercio y no el producto de la propiedad territorial, la Fuente y la fuerza con cuyo auxilio se formaron las fortunas burguesas de la etapa germinal de la modernidad. El nuevo tiempo histórico que inauguran el Renacimiento y el Humanismo: los grandes descubrimientos geográficos y científicos, la Reforma Religiosa, el estado nacional y el sistema mercantilista el espíritu utópica y las revoluciones inglesas del siglo XVIII es, pues producto del desplazamiento histórico de la clase terrateniente por la clase burguesa del régimen feudal por el régimen capitalista.

El alto nivel que alcanzó el tráfico mercantil en la edad media declinante esta condicionado por el establecimiento de grandes industrias de explotación principalmente textiles y mineras, en Flandes. Italia, Suavia, Inglaterra, el bajo Rhin y la Nuremberga. Los promotores y depositarios de ese intenso comercio que invadía zonas cada vez mas amplias de la economía señorial transformándola en economía dineraria fueron generalmente como ha demostrado Jacobo Slricder advenedizos salidos de los angostos círculos del artesanado y del pequeño comercio al ancho ámbito de la especulación y del cambio. Movilizando sus fortunas en empresas industriales y en pingües negocios con los poderes espirituales y profanos se integran prontamente en una categoría social en pugnaz contradicción con las relaciones materiales que sirven de sustentáculo a la concepción escolástica de la convivencia. Esa acumulación progresiva de riqueza dineraria. multiplicada posteriormente por la explotación esclavista de los yacimientos auríferos de América la piratería y el pillaje colonial y por la expropiación en gran escala de las tierras de cultivo para dedicarlas a la cría de ganado lanar es la base objetiva del proceso de acumulación primitiva del capital y por consiguiente del temprano capitalismo,

El desplazamiento urbano de densas mas as campesinas despojadas de sus medios propios de vida sirvió por partida doble, a los intereses y finalidades del capitalismo emergente: ensanchando el mercado de consumo interno y abasteciéndolo de una mana de obra en extremo barata... Sin otro patrimonio que su

propia fuerza de trabajo el contingente aldeano desvalido no tenia oír alternativa para subsistir que aceptar el misérrimo salario que se le ofrecía. Jurídicamente era libre. No dependía ya del señor ni tenia que pagar impuestos ni someterse alas rigurosas prescripciones de los gremios de arte y oficio. Era libre absolutamente libre para alquilarse; mas no para fijar las condiciones de su arriendo que le venían indefectiblemente impuestas.

Ni que decir tiene que la existencia de esta nueva categoría social prefigura del proletariado moderno chocaba con las formas corporativas del régimen de trabajo y la explotación servil de la tierra, sumándose al ya tenso antagonismo entre la nobleza territorial y la clase mercantil entre el castillo y el burgo entre las artes *possessivae* y las artes *pecuniativae*. No demoraría mucho en hacer crisis esta constelación de discordancias. El desarrollo creciente del comercio, del crédito de la actividad industrial y del sistema de producción fundado en la libertad de trabajo no podía ya evolucionar hacia formas superiores de expresión sin un reordenamiento de las bases sociales y de la relación de autoridad dominante. La vieja aspiración de la clase mercantil a regirse por cuenta propia se hada ahora imperativa.

Recabar de la nobleza un régimen de franquicias, en que sé limitara su derecho de imponer tributos y multas a capricho fue la primera demanda planteada por la naciente burguesía como clase. En 1294 ya la de Florencia lo había logrado. La burguesía española un siglo, antes haciéndose representar por los procuradores desde las cortes convocadas por Alfonso III. Fue pues en España, donde la clase social que regiría el mundo moderno tuvo su primer despunte de conciencia política. , En España intentara también por primera vez, tres siglos -mas tarde la plena ascensión al poder publico. El fracaso de la sublevación de los comuneros de Castilla y de las hermandades de Valencia en su empeño de «despachar el yugo feudal» fue asimismo el "Fracaso de la burguesía española y la razón ultima del discontinuo, desarrollo histórico de ese país, colonia ultima del imperio perdido.

Múltiples ciudades obtienen estas cartas de franquicias compradas muchas de ellas a los señores. Fortaleza hasta entonces, el burgo se trueca en mercado. En su plaza central se compran y vendes los productos de la tierra y las manufacturas se efectúan las transacciones se extienden y cobran letras de cambio, se pignoran valores y se presta dinero a interés. La moneda suplanta al servicio personal. El señor mismo y aun la iglesia se ven compelidos a utilizarla. Los puentes levadizos de los castillos feudales y los pórticos majestuosos de las catedrales se rindieron a los traficantes que cruzaban aquellos y se instalaban en estos pregonando alegremente sus mercaderías. Esta invasión de los dominios, hasta entonces



inaccesibles de los príncipes, de la tierra y de las dignidades eclesiásticas suscita conflictos y querellas; pero, carecen todavía de significado político. La clase mercantil solo aspiraba en esta fase de su desarrollo a insertar sus intereses -en el régimen feudal. El paso inmediato se encaminaría precisamente -a reclamar una esfera intangible de acción dentro de ese régimen.

Nada más instructivo a este respecto que la evolución de ese proceso en el espíritu de la burguesía. En un principio se contentaría esta con que la educación eclesiástica acogiera en su seno determinadas enseñanzas que convenían a sus intereses. Su primera victoria fue la sustitución de la escuela monacal por la escuela catedralicia, en la que se prestaba particular atención a la enseñanza práctica conectada con las actividades mercantiles. La fundación de las universidades fue la conquista subsiguiente. Ya la burguesía decidida a lograr una esfera propia de acción dentro del régimen feudal no se conformaba con vivir a merced de sus usufructuarios. En el seno de estas corporaciones de profesores y estudiantes, la burguesía fomentó el ambiente intelectual que necesitaba para combatir y derrocar el feudalismo y la escolástica en el plano de la cultura. El latín fue sustituido por la lengua nacional. El trivium y el cuadrivium por nociones de ciencias naturales, de historia de geografía y de cálculos. La proyección práctica que estas dos últimas disciplinas tenían para la burguesía -tentada ya por la visión de un camino más corto a las Indias\_ determinó el establecimiento de escuelas especiales de náutica y de contabilidad en las que banqueros y comerciantes recibían la instrucción indispensable para el ejercicio de sus complejas actividades. La iglesia respondió a ese empeño de la clase mercantil convirtiendo las catedrales en mercados, en bolsas de valores y en bastiones del feudalismo en retirada. La lucha abierta por el control de la cultura poderoso instrumento de dominación de la conciencia social fue la consecuencia de esa creciente y pugnaz rivalidad económica. La ciudad de Florencia sería el centro inicial de ese duelo memorable entre dos mundos embestidos.

Henri Pirenne ha estudiado la rápida difusión del espíritu capitalista por todas las ciudades europeas. El Renacimiento y la Reforma le suministraron los fundamentos psicológicos que todavía le faltaban. Se caracteriza ese espíritu por el instinto adquisitivo por la voluntad de poderlo por el afán de ascender a planos sociales de mando material y espiritual por la acción creadora. Jacobo Fúcar. Cosme de Médicis. Miguel Ángel. Copérnico y Maquiavelo expresan ese mismo estilo de vida en el terreno de la cultura. La historia de ese espíritu es en gran medida vista desde la perspectiva burguesa la historia del desenvolvimiento del individuo la historia de la fe del hombre en sus propias potencias. «Comienza entonces -escribe

Jacobo Strieder\_ ese largo proceso de racionalización en las formas económicas, que aun hoy no parece estar concluso. Iniciase esa penetración en la cual desde entonces habrá de encontrar su más fuerte expresión espiritual el progreso de la vida económica europea. Junto a la máxima creación del espíritu italiano renacentista, el estado como obra de arte, colocase otra creación nacida del mismo espíritu personalista: la economía como obra de arte, el negocio moderno, la empresa capitalista

La fermentación espiritual originada por ese proceso de radicales transformaciones en la estructura de la sociedad europea alcanza en Italia su más alta capacidad creadora y su plenitud de esplendor. A ese fúlgido, estremecido y fecundante período de la historia, en que la razón y la ciencia imponen sus fueros abatiendo la escolástica y el sentido señorial de la vida, es a lo que, desde entonces, se ha venido llamando Renacimiento todavía suele considerarse este vuelco ingente de la conciencia europea como una pura resurrección arqueológica de la antigüedad grecolatina. Tres factores han influido, decisivamente, en la elaboración de la falsa perspectiva: la deshistorización del fenómeno por aquellos que sólo quisieron o pudieron ver en él un espléndido rebrote erudito del espíritu clásico, el amoroso deleite que mostró el humanismo por los textos antiguos y el equívoco que conlleva la palabra Renacimiento. Renacimiento constituyó, sin duda en su forma de expresión, una vuelta a la antigüedad; Pero, esta vuelta, lejos de haber sido una rémora, fue «un acicate hacia el mañana, porque complicó la visión histórica del pasado y cooperó, de esta suerte a hacer más ricas y heterogéneas las anticipaciones ideales del futuro». El significado profundo de esta actitud puede vislumbrarse en estas palabras de Pablo de Tarso: «y a renovamos en el espíritu de nuestra mente; así también nosotros andemos en novedad de vida». Es, en este sentido, que el vocablo Renacimiento aparece, por primera vez, en *Vidas de los pintores*, de Vasari y es en este sentido, también que profririeron expresiones análogas -renovatio, regeneran- los grandes reformadores espirituales del siglo XIII, Francisco de Asís y Joaquín de Fiore, videntes geniales de las soterradas corrientes de la historia. La *vita nova*, de que hablaría Dante Alighieri en el siglo siguiente, simboliza el nuevo cambio de constelaciones que se está operando y el anhelo de una vida nueva ya en marcha.

La actitud contemplativa fue la actitud típica del mundo antiguo. El Renacimiento es acción, dinamismo, actividad creadora, afán de gloria y de poder, culto a la individualidad que en el hacer se hace, y hace el hacer, fe en la razón, en la naturaleza sobre todo, en el hombre a quien conforme al apotegma de Pico de la Mirándola, su *De hominis dignitate*, «le es dado tener lo que desea y ser lo que

quiere». La edad de oro nunca estuvo a sus espaldas. Fue siempre en sus hijos auténticos un sendero una vía una aspiración con vista al futuro. «La edad que el Renacimiento crea -puntualiza Fernando de los Ríos- solo añora a través de los eruditos no a través del tipo por el creado no a través del hombre nuevo de la nueva edad; este no suspira sino que enamorado del espíritu le entrega febrilmente a la acción dispuesto a crear de un modo inmediato a beneficio de su individualidad el medio personal que considera digno de Si». «El gran aporte del Renacimiento \_afirma Jacobo Burelhardt- fue el descubrimiento de la personalidad humana». «En la edad media -añade- las dos caras de la conciencia humana, la interna y la externa yacían soñando o semidesiertas bajo un velo común. A través de ese velo tejido con fe ilusión y preocupación infantil el mundo y la historia aparecían tenidos con unos colores de matices maravillosos. El hombre tenía conciencia de su, únicamente en cuanto miembro de una raza pueblo partido familia o corporación sola a través de alguna categoría general. Fue en Italia donde este velo se evaporo por primera vez; con ello se hicieron posibles un estudio y una consideración objetiva del estado de todas las cosas de este mundo. Con la misma fuerza se afirmo el lado subjetivo correspondiente; el hombre se convirtió en un individuo espiritual (uomo singolare uomo único) y se reconoció a si mismo como tab.8 Este descubrimiento de si mismo produjo en el hombre un deslumbramiento que todavía ofusca en la distancia del tiempo. Fue como si despertara de una catalepsia de siglos y todo amaneciera de nuevo para él.

El mundo viejo en que la vida venia hecha y el hombre estaban sujetos a perpetua servidumbre se apresto al envite. Florencia fue el centro inicial como ya quedo dicho de ese duelo memorable entre dos concepciones, embestidas. Fertilizada por el trasiego continuo de las mercancías y de los viajeros regida a partir de 1434 por los Médicis príncipes afanosos de saber y de riqueza. Florencia se convertiría a la caída del imperio romano de oriente en 1453. en la cuna del Renacimiento y del Humanismo. Los mas descomunales entendimientos y artistas de todas las épocas -Boticelli, Donatello. Pieino. Maquiavc10. Pico de la Mirandola. Lorenzo el Magnifico. Leonardo de Vinci pintó, esculpieron, pensaron y sonaron junto al trémulo cristal del Arno que otrora recogiera en idílica imagen el primer encuentro de Dante y Beatriz. Nunca. en tiempo alguno ni siquiera en el siglo de Pericles vivieron una misma vida y respiraron una misma atmósfera espíritus tan impares como los que enjoyaron a Florencia en aquel minuto alucinante de la historia inicio de la vita nova entrevista y cantada por el autor de La divina comedia.

No quedaron muy en zaga de Florencia las demás ciudades italianas. Roma fue la síntesis luminosa y fragante de esta primavera de prodigios. La iglesia misma sucumbió a sus aromas. Rafael y Miguel Ángel constelaron de frescos y de estatuas de la más pura estirpe clásica -vírgenes y querubines transidos de exultante pagaría - el sacro recinto de los sucesores de San Pedro. «Disfrutemos del papado -clamaba León x.- puesto que Dios nos lo ha dado».<sup>9</sup> Los Borgia soberbio linaje de almas pervertidas fatigaron, parejamente el boato el incienso y el crimen. La propia insurgencia de Savonarola en Florencia contra el desenfreno de las jerarquías de las iglesias, preludio de la rebeldía luterana y calvinista, asume el mismo ademán desorbitado que caracterizó el estilo de vida de la época.

De Italia, el Renacimiento se extiende por todos los países de Europa occidental. En Alemania el nuevo espíritu se traduce por razones inherentes a su desenvolvimiento histórico en una fusión dinámica de la herencia gótica y del impulso humanista fenómeno que esclarece las añoranzas medievales que impregnan la protesta luterana. Dos figuras colosales dominan el Renacimiento alemán: el cardenal Nicolás de Cusa y Alberto Durero. La invención de la imprenta fue sin embargo la aportación cardinal de Alemania al movimiento renacentista.

Francia logró imprimirle personalidad propia y peculiar acento al nuevo espíritu anticipando en la poesía de Ronsard en la sátira de Rabelais y en el ensayo de Montaigne su señero destino en la historia de la cultura. Los Países Bajos entraron como España e Inglaterra un tanto tardíamente en el proceso renacentista. No fue empero menos valiosa su contribución. Erasmo de Róterdam el homo pro se es acaso la figura más destacada e influyente de la época.

Basta decir que su impronta está presente en todas las minorías cultas de Europa y. Principalmente en la elite intelectual española, en la que el Humanismo se introduce y prende a través de sus libros. Marcel Bataillon ha escrito a este respecto un libro ya clásico. Es necesario advertir sin embargo que el erasmismo español se diferencia de sus congéneres europeos en que se constituye -caso único en la historia del Humanismo- como un intento de salvación integral de la personalidad humana y de la cultura occidental. Joaquín Xirau ha elaborado una tesis preñada de atisbos sobre la tierra en cuestión. ! No se constriñe el humanismo español «a la letra de las doctrinas de Erasmo. Lo trasciende en todos sentidos y forma un cuerpo de doctrinas de la más amplia y fecunda resonancia. Hay en todos sus representantes algo que los une en la unidad de la misma aspiración».<sup>12</sup> Es la philosophia Christi la consideración cristiana -no eclesiástica ni teocrática\_ del problema de la unidad humana totalizada con «las concepciones de la antigüedad clásica y todos los

avances de la cultura humanista y racionalista».13 Es una filosofía integradora de todos los elementos configurantes de la época desde Galileo hasta Lutero. Y capaz en consecuencia de haber impedido la ruptura interna de la conciencia europea salvando la libertad en la acepción burguesa del vocablo. No otra es la aspiración que informa la actitud de Juan Luis Vives de Fray Bartolomé de las Casas y de Vasco de Quiroga. Esta posibilidad estelar del humanismo español la quebrarían Carlos V. Felipe II y la Contrarreforma. El ímpetu apoeyieo que anima a los conquistadores españoles es también sin excluir sus codicias y crueldades hijo legítimo del espíritu renacentista. Resulta ya pues definitivamente trasnochada la vieja tesis alemán a de que en España no hubo Renacimiento.

Inglaterra fue el último país que se incorporo a la gran faena histórica que plantea el Renacimiento; pero, sería el primero en llevarla hasta sus últimas consecuencias. El nuevo mundo que alborea será obra en gran medida del método experimental de Francis Bacon de las doctrinas contractuales de la sociedad y del estado de Tomas Hobbes y de John Locke, del genio político de Cromwell y del empuje concertado de la clase mercantil y l campesinos y trabajadores ingleses.

La subversión que entraña esta violenta secularización del pensamiento alcanza a todas las esferas y a todos los juicios de valoración social. Aníbal Ponce ha trazado una vivida pintura de este proceso. Hasta entonces la nobleza había sido privilegio de sangre. A partir de entonces se discernía por el poder, la fortuna y la cultura. El noble -había dicho Petrarca en los umbrales del nuevo tiempo- no nace: el noble se hace El hombre había vivido hasta entonces fugado del mundo. A partir de entonces vivirá en el mundo haciendo su vida. «La vida la verdadera vida -escribía Boccaccio en el prologo del Decameron\_ es esta vida humana amasada de ingenio y de instinto». El goce adámico de los sentidos extraído por los humanistas de los textos clásicos volvió por sus fueros y. bajo la égida sabia y benevolente de la antigüedad grecolatina, los instintos se lanzaron rijosos por todos los caminos.

Movida por parejo impulso la inteligencia emprendió análoga aventura. Un afán de saberlo todo se apoderó de los espíritus. La curiosidad embridada durante diez siglos por el freno de la escolástica se proyectó sobre todo: el espacio, el tiempo, la naturaleza, el hombre mismo. Se dilataron prodigiosamente los horizontes del conocimiento. El reloj conquisto el tiempo el telescopio el espacio y la observación la naturaleza, la brújula el mar, la razón filosófica la conciencia del hombre. Si la tierra no era el ombligo del universo como habían demostrado Copernico y Galileo el hombre si era el arquitecto de su propio destino. No tenia más limite que su mismo afán.

El espíritu adquisitivo galvanizado por el capitalismo naciente, se trasmuto en fuerza creadora. La aventura por los mares ignotos no tardara en comenzar. Cristóbal Colon nieto de tejedores, dona en proeza impar todo un continente a los Reyes Católicos. Y, al hacerlo la idea de la esfericidad de la tierra intuita por los árabes se trueca en mercado mundial y América en cornucopia. En carta famosa, Colon escribe con lírico acento, a sus regios protectores: «La riqueza principal de las Indias son los indios. Aman a su prójimo como a sí mismo. Sus palabras siempre amables y dulces van acompañadas de sonrisas»; lo pero, en su segundo viaje lleva consigo mas de quinientos indígenas que vende como esclavos en Sevilla. Y. en carta posterior a la reina Isabel, afirma descarnadamente con afilado sentido de la coyuntura histórica: El oro es excelentísimo. Con el se hacen tesoros y el que tiene tesoros puede hacer en el mundo cuanto quiera hasta llevar las almas al paraíso» Jacobo Fucar y Chigüí banqueros de papas y emperadores demostraran cumplidamente la validez del aserto; pero. Cosme de Médicis los pondría en ridículo en punto a codicia y en punto a señorío- De buenas ganas -decirle hubiera prestado dinero a Dios Padre, a Dios Hijo y al Espíritu Santo, para tenerlos en la columna de mis libros de cuenta». Y como no pudo satisfacer este anhelo, ni tampoco transportar almas al paraíso porque su colega Fucar monopolizaba el negocio optó por enfeudar la cultura y ponerla al servicio de sus intereses como Fuente de predominio y arma de combate.

La teoría del hombre aparte de la inteligencia pavoneándose liberrimamente sobre los partidos y las clases sociales elaborada por Erasmo de Róterdam no es más que una leyenda. El mecanismo transfigurado por sus propios beneficios, comportaba en la practica la servidumbre del pensamiento sucesivamente preceptor secretario profesor sirviente de los príncipes consumiéndose en estudios ingratos victimas de enemistades mortales y de plagios incesantes levantado hasta las nubes 0 hundido en el desprecio, opulento hoy miserable mañana el humanista -concluye Burckhardt- es la imagen viva de la inestabilidad. Por un Petrarca y un Pontano circunstancialmente colmados de honores y genuflexiones cuantos eran los que como Ronsard, sólo merecían de su empinado protector este cínico comentario: A un buen poeta hay que cuidarlo como a un buen caballo».

Mientras Leonardo pinta, Copernico escruta, Erasmo escribe. Maquiavelo marrulla y Vesalio disca dos contrapuesta concepciones del mundo de la sociedad y del estado se disputan, encarnizadamente el predominio. El feudalismo y la escolástica se residen a abdicar su imperial hegemonía y se empeñan en una de las más enconadas batallas de la historia. La sociedad medieval asentada en una rígida

organización unitaria y jerarquizada de la vida y en un sistema cerrado de creencias acabara por ceder desmoronándose a la arremetida implacable del poder del dinero de los descubrimientos geográficos del progreso de la ciencia, de la invención de la imprenta, de las herejías del empuje popular y de la secularización del pensamiento tomando cuerpo y vigencia el régimen social que germinara en su seno. Independizado de la función del oficio y de la misión que la estructura feudal le asignara el hombre nuevo erige su razón en instancia suprema de todas las cosas soltándose de las férreas amarras que uncían su voluntad y domeñaban sus apetencias. El mundo que alborea es hijo legítimo de la ciudad del comercio y de la usura: Su enseña es la antropolatría la cultura grecolatina su instrumento la naturaleza su oráculo la técnica su palanca de Arquímedes la quimera del oro su delirio la libertad su pregón la mercancía su fetiche la valoración de lo cuantitativo su criterio de la verdad.

El Humanismo es la forma privilegiada de ese borrascoso advenimiento. Representa la sublimación ideológica de los intereses materiales de la clase mercantil ascenso. Se nutre y sueña arrullado por la incitante canción del Vellochino. El trafago incesante de los muelles fecunda y al par invalida, su afán de tolerancia, de fraternidad de las elites de paz universal. Banqueros insaciables mercaderes ennoblecidos pontífices paganos y tiranuelos sin escrúpulos protegen y fomentan el Humanismo y exhiben sus creaciones portentosas con la propia insolencia con que muestran su boato sus vidas y sus crímenes. «Yo me he hecho a mi mismo» afirma con impar soberbia Pontano Erasmo se proclama homo pro se. Vano desahogo de espíritus enjaulados.

Nada más doloroso y deprimente que el espectáculo ofrecido por aquella rutilante constelación de sabios pintores escultores y poetas. Pretensos señores de la inteligencia si subsistían era a fuerza de dadivas. Arrimarse a un mecenas implicaba inexorablemente la rendición del espíritu y la servidumbre del intelecto Incluso apercibirse a fungir de bufón. A cambio de lisonjas y genuflexiones recibían una mezquina soldada fueron muy pocos los humanistas que se atrevieron a «mandar en su hambre» Se podrían contar con los dedos de una mano los que no encorvaron el espinazo ni vendieron la conciencia.

«Vivimos en una época difícil. -escríbale Luis Vives a Erasmo en la cual no se puede hablar ni callar sin peligro». Como en los días azarosos que corren la dignidad del intelectual y del artista estaba sometida en aquella sazón, a la mas dura de las pruebas, como hoy, había muchos que «habiéndose acercado a la verdad no tenían el coraje de decirla o imponerla».23 No se pueden leer. sin honda melancolía

estas palabras de Erasmo: «En cuanto a mi no tengo inclinación de arriesgar mi vida por la verdad. No todos tenemos energía para el martirio. y si el temor me invade imitare a San Pedro . La trahison de clerics esta ya dramáticamente anticipada en esa mezquina profesión d fe. El humanista par antonomasia se declaraba incapaz de exponer una uña en favor de la humanidad. La cultura moderna ha arrastrado consigo como pecado original irredimible el marchamo infamante de esa cobardía. Ante la perspectiva de la cicuta, la mayoría de sus mas altos exponentes ha sólido afiliarse despavorida en el ambidextro partido de Erasmo.

La posición histórica del humanismo ha sido ya nítidamente precisada por Burckhardt. Dilthey y Monnier. Como los sofistas fueron los ideólogos de la fortuna mueble en el siglo de Pericles y los fueron Voltaire. Diderot y Rousseau del tercer estado en las vísperas de la Revolución Francesa los humanistas son los interpretes de la burguesía renacentista y los heraldos de la nueva aurora. La nua reverberación de las monedas ilumina y galvaniza el culto de la antigüedad que se lanzara exultante a guerrear por las ciudades. Las tradiciones y comentarios de los humanistas se clavan como dardos de fuego en la carne ya tumefacta de la estructura feudal y de la cultura eclesiástica. Y dan a la vez a las mercaderes y a los capitanes de empresas, embriagados por el *lucrum in infinitum* el «amor a la riqueza y a la ganancia el gusto por la vida laica y el pensamiento libre» No resulta ya una novedad afirmar que la familia platónica-se reclutaba en el mundo del patriciado que entremezcla al comercio de los negocios el de las ideas.

Bajo ese signo se ventila justamente el duelo dialéctico entre el Platón resurrecto por los humanistas y el Aristóteles desustanciado por la escolástica. Es un episodio decisivo de la pugna planteada por racionalizar la vida económica y desembarazarla al propio tiempo de impedimentos y trabas. No podía ya aquella desarrollarse sin una disciplina que pusiera orden y mensura en los negocios y empresas y sin amplia libertad de acción. En esta necesidad de cuantificar el orbe de las relaciones mercantiles, abrevan las ciencias nacies su obsesión por lo numérico y su afán por lo pragmático. Reflexiones de Marco Aurelio -da naturaleza procede siempre en vista de la utilidad»-; consejos de Séneca -«el sabio no debe despreciar las riquezas sino mas bien acrecentarlas», preceptos de Cicerón -«el dinero es deseable no por si mismo no por la atracción que ejerce sino por las ventajas que es capaz de procuran- suministraban los elementos constitutivos de la concepción crematística de la vida.

Natural era que los viejos textos recobraran vida plena y que a los miopes pareciese calco o mimetismo lo que solo era un aprovechamiento instrumental de



ideas afines, correspondientes a una etapa análoga en el proceso de las relaciones sociales Sombart ha demostrado cumplidamente, la estrecha vinculación existente entre las concepciones de los antiguos y las ideas económicas de las primeras fases del capitalismo italiano. No se trataba, pues, de una exhumación arqueológica de los textos clásicos, de un renacimiento literal de la antigüedad grecolatina. Mas que un conflicto librario, era el manejo polémico de la herencia racionalista del pensamiento antiguo contra la estructura social del medioevo y la dogmática que le servía de apoyadura teórica. « Todo lo que la iglesia les negaba, -observa Aníbal Ponce\_ la potencia del dinero que ella calificaba de execrable en los demás no en ella misma; la necesidad de la hacina orientada en lo terreno el goce de la vida hasta entonces tenido por pecado, todo eso, y mucho mas, se lo daban los clásicos, tal como el humanismo había aprendido a descifrarlo desde el punto de vista de la burguesía». El Humanismo fue de esta manera no obstante su invocación originaria al hombre como tal el instrumento ideológico que equipó a la clase mercantil para derrotar al feudalismo en el plano de la cultura. Esa fue su misión, su egregia misión histórica, que supo cumplir ejemplarmente contribuyendo no solo a socavar la base objetiva de su predominio social y cultural sino además a «liberar las almas de los terrores y pesadillas de la iglesia» vividamente relatados por Huizinga.

Esta acción liberadora no conlleva, sin embargo, ni teórica ni prácticamente, una extensión de sus consecuencias a las masas populares. Asaz distinta fue la actitud del Humanismo frente al popolo minuto, forzado del salario combustible del lujo, pedestal del *otium cum dignitate*. Los humanistas se aprestaron a legitimar con erudito denuedo, la explotación de los trabajadores de la ciudad y del campo por los banqueros traficantes y príncipes. La libertad de comercio y el derecho a la promoción social y a la vida laica que propugnaban no trascendía la esfera de los intereses ni la tabla de valores de la clase mercantil. El pueblo necesitaba de la servidumbre y de la religión por razones inherentes a su propia naturaleza. Maquiavello había dado la pauta. La iglesia, enemiga de los banqueros, resultaba, empero aliada ineludible en cuanto era la única apta para desviar a un plano trascendente la disconformidad de las masas. «Condición imprescindible para la salud del Estado \_advertía\_ es la religión. Un Estado no se encuentra bien organizado, sino cuando se preocupa tanto de los intereses de la religión como de los propios».

Múltiples ejemplos podrán ilustrar la postura antihumanista del humanismo. «Escribo para los eruditos y no para la plebe» \_puntualizaba Policiano. «He sospechado siempre de las multitudes» -escribía Leonardo Bruni, reviviendo la

pavura de Platón ante esa «especie de monstruo feroz dispuesto siempre a renovar la audacia de los antiguos titanes o «los campesinos -afirmaba Maffeo Veggio- no participan de la naturaleza humana – sino naturaleza del buey.

El pueblo, postulaba Marcilio Ficino , es como el pulpo animal de muchos pies y sin cabeza. El pueblo concluía Guiciardini- es un monstruo lleno de confusión y errores Suyas vanas opiniones están tan alejadas de la verdad como España de la India, según Ptolomeo». «Los hombres que en las republicas ejercen un arte mecánico -decía el genial Florentino a la sombra protectora del poder- no están jamás en condiciones de gobernar como príncipes porque nunca han sabido otra cosa que obedecer. Es necesario no confiar la dirección sino a los ciudadanos que no han obedecido sino a los reyes y alas leyes es decir a los que viven de sus rentas» Es vil e indigno -exclamaba Erasmo en la impunidad garantizada de su biblioteca- sentir con el pueblo»y «La ciencia -aconsejaba León Battista Alberti- debe ser sacada del entierro y esparcida a manos llenas: pero a condición de que el individuo se eleve sobre su propia clase para alcanzar una educación adecuada al rango superior». Y el excelso Giordano Bruno suscribía sin librarse por eso de la hoguera esta insigne doblez: «Las verdaderas proposiciones no son presentadas por nosotros al vulgo sino linealmente a los sabios que pueden comprender nuestro discurso: porque si la demostración es necesaria para los contemplativos que saben gobernarse a si mismos y a los otra la fe, en cambio es necesaria al pueblo que debe ser gobernado». . Resulta imperativo subrayarlo. Los mismos que se mofaban de los dogmas de la iglesia y se declaraban incrédulos y racionalistas, proponían al pueblo un programa de supersticiones, confinando a un reducido circulo de iniciados los goces del espirita la libertad de conciencia y los destellos de la verdad. «El banquete platónico -recordaba Lorenzo el Magnifico cada 7 de noviembre a sus nueve convidados- inaccesible por naturaleza, al hombre común».

Y esto acontecía al paso que se clamoreaba, con matinal alborozo el descubrimiento y divinización del hombre. No podía ser, en rigor de otra manera. La esencia que así se exaltaba y enaltecía era una existencia concreta. El uomo universales no era ni podía ser, en aquella etapa del proceso histórico sino el hombre transfigurado de la burguesía mercantil el hombre de los cuarenta escudos que restregaría luego Voltaire en el rostro del doctor Quesnay. La escisión de la sociedad en líneas antagónicas de convivencia obstaculizaba radicalmente la integración de la unidad humana que transportara a Telesio. El Humanismo renacentista estaba ya superado, desde sus propios orígenes, en su intento de totalidad.

De eso no cabe duda. Pero solo Tomas Moro en Inglaterra. Tomas Campanella en Italia y Luis Vives en España tuvieron entonces conciencia del hecho. La Utopía, la Civitas Solís y De Subventionem Pauperum dramatizan la quiebra de esa bella falacia, «Dispone Cristo -escribe el gran humanista español- que el que tenga dos túnicas de la una al que no tenga ninguna. Sin embargo, mira cuan enorme es la desigualdad. No puedes ir tu vestido sino de seda mientras a otro le falta hasta un retazo de jerga para cubrir su desnudez, Hallando groseras para ti las pieles de carnero de oveja o de cordero te abrigas con las mas finas de ciervo de leopardo o de ratón del Ponto, mientras tu prójimo tirita de frío encogido hasta mitad de cuerpo por el rigor del invierno. Tú cargado de oro y pedrerías ¿no acudirás a salvar ni con un real al necesitado? A ti por causa de la hartura te enojan y provocan a vomito los capones perdices y otros manjares igualmente delicados y costosos en tanto que tu hermano desfallecido e invalido no tiene para aplacar su hambre y la de su infeliz mujer y de sus hijuelos, ni siquiera un pan de salvado inferior en calidad al que tú echas a los perros. Encuentras estrechas para ti viviendas tan espaciales que habrían bastado a aposentar las comitivas de los antiguos reyes y tu pobre hermano no tiene donde recogerse durante la noche a descansar. Y vives sin temor de que un día te lancen a la faz aquellas severas palabras del Evangelio: Hijo tú recibiste ya tu parte del bien en esta vida». Y dirigiéndose a Carlos V, en tiempos ya preñados de violencias legara a la posteridad uno de los mas bizarros gestos de que pueden orgullecerse el Humanismo. « ¿Qué es regir y gobernar los pueblos -le escribe desafiante al más poderoso emperador de occidente- sino defenderlos cuidarlos y tutelarlos como a hijos? ¿Y hay cosa más irracional que pretender tutelar a quienes no quieren tutela? ¿O tratar de atraerse a fuerza de daño a los que dices querer beneficiar? ¿O es que matar, destruir e incendiar, también es proteger? Ten cuidado de que no se trasluzca que más bien que regir lo que pretendes es dominar; que no es un reino lo que apetece sino una tiranía; que lo que quieres es tener muchos súbditos no para que vivan felices sino para que teman y te obedezcan sin discutirte. ¿Qué es construir un gran imperio sino amontonar una gran mole para hacer grandes ruinas? No hay nada que repugne tanto a un animo humano, y por su naturaleza, libre y amante del derecho, como cualquier manifestación de servidumbre y de esclavitud».

La nueva época que despunta gloriosamente en Florencia trae la entraña partida desde la propia cuenca materna. Su destino será desde entonces, a la vez que proficuo, trágicamente contradictorio. Junto al Humanismo, la deshumanización. Junto a la fiesta de luces y fragancias del Renacimiento la oscura miseria y la crasa

ignorancia del popolo minuto. Junto a los frescos de Rafael y alas estatuas de Miguel Angel, el salve lucrum de los tenderos romanos. Junto a la afirmación de la propiedad individual y del método científico, el refloramiento del espíritu utópico y de la teoría de la propiedad comunitaria fundada en el estado de naturaleza. Junto al imperio de la realidad inmanente y al libre juego de los sentidos la comezón metafísica y el sueño romántico de un mundo ideal. Y, junto al señorío de Mercurio y al culto de Plutón, la agonía de Ceres y la rebeldía incontestable de Vulcano.

La grandeza del Humanismo renacentista estriba en su querer ser; su servidumbre en las limitaciones inexorables de su poder ser. Mientras el hombre este supeditado alas cosas y la sociedad permanezca escindida en clases antagónicas y la riqueza acaparada y el espíritu uncido será históricamente imposible la integración a la unidad humana y van a quimera la concepción humanista de la vida.

Tomado de *Retorno a la alborada* [Crónicas y ensayos], breve prólogo por Samuel Feijóo, Universidad Central de las Villas, tomo 1, La Habana, 1954.

### **El mensaje de Benedetto Croce**

La publicación en lengua española de los libros fundamentales de Benedetto Croce constituye un decisivo aporte para nuestra comprensión del espíritu del tiempo en el plano de la historia universal. No incurriré en hipérbole. El eximio historiador y filósofo italiano es una de las conciencias rectoras y de las mentes más clara de nuestra época. Su posición en el panorama de filosofía contemporánea es casi tan relevante como la de Dilthey, Husserl, Jaspers o Heidegger. Croce es el jefe indiscutido del movimiento neohegeliano en Italia y uno de los más brillantes y originales intérpretes del historicismo. No es menos destacada su significación en el campo de la lógica, la ética, la estética, la filosofía social y la crítica literaria. Se podrá disentar de sus criterios matrices; pero -como ha dicho uno de sus traductores y exégetas- no se puede prescindir de él cuando de estas cuestiones se habla y se escribe. Hay algo más todavía. Su fe militante en la libertad y su enhiesta actitud ante el fascismo sitúa en la figura y la obra de Croce por encima de la mayoría de sus colegas de vocación y profesión. Desde Vico hasta hoy, no ha tenido Italia pensador más estimulante, voluntad más altiva y temple más recio.

Ejemplo de infatigable laboriosidad fué la dilatada vida de Benedetto Croce. Nació en 1866, en una pintoresca aldea de la región de los Abruzos. Acaba de morir en cabal lucidez y febril actividad. Singular dicha la suya. Le fué dable contemplar el cenit esplendente de la era victoriana, el turbulento ocaso del mundo fundado en la razón burguesa, la violenta irrupción de la sociedad de masas y el enigmático alboreo de la edad del átomo. En su obra proteica se proyectan, como en coruscante espejo, las esperanzas, vicisitudes, frustraciones, polaridades y agonías de la época de tránsito social que le tocó arrostrar.

Benedetto Croce vivió la mayor parte de su existencia a la vera del Vesubio y junto al mar latino. Niño aún, sus padres se trasladaron a Nápoles, hogar de casi todos sus antepasados. Su primera pasión fue -también sería la última- la pasión de la lectura. La infancia de Benedetto transcurrió en una atmósfera de paz, orden y trabajo. Temprano comenzaba su madre las tareas domésticas. Temprano se entregaba su padre a revisar los expedientes y legajos. Los “ajetresos” y “enredos” de la política jamás perturbaron la afanosa tranquilidad de aquella casa. De los labios del “alto y rígido magistrado”, sólo escucharía Benedetto esporádicos encomios del “buen rey” Fernando II y de la “santa reina” María Cristina. Pero la apacible vida familiar y la “aséptica” educación de Croce sufrirían abrupta alteración al perecer aplastados en un terremoto sus padres y su única hermana.

Su orientación cambiaría tan radicalmente a raíz de aquella desgracia, que si no se conocieran los antecedentes podría decirse que la formación espiritual de Croce fue la propia de un italiano hijo de familia secularmente ligado a las luchas por la independencia y unidad de Italia. Su vocación filosófica, su amor a la libertad, su sentido dinámico de la vida y su conducta pública se abrevaron en los acendrados jugos de la cultura clásica, en la reverberante tradición renacentista y en el culto a los valores políticos y éticos del risorgimento. De Sanctis fué su preceptor literario, Garibaldi su héroe y Nápoles su patria chica. La retórica de Cicerón, el genio oportunista de Octavio y la pompa imperial de Roma nunca fueron de su gusto. En Roma cursaría sus estudios universitarios, mostrando particular preferencia por la literatura, la historia y la filosofía; y soldaría íntima amistad con Antonio Labriola, a quien deberá en apreciable medida, su encuentro consigo mismo a través de la ética de Herbart.

Su retorno a Nápoles señala el ingreso de Croce en la vida cultural de Italia. Nápoles era, a la sazón, el último reducto de la filosofía hegeliana, ya de capa caída en toda Europa y, principalmente, en Alemania. Se leían y comentaban las abstrusas disquisiciones del sumo pontífice del idealismo absoluto con típica pasión mediterránea. Spaventa era el gran oráculo que aprehendía el sentido esotérico de la tríada y alumbraba el substrato misterioso de la idea. No tardaría Croce en sucumbir a los hechizos de aquella suntuosa y sibilina filosofía. Nada tiene ello de extraño. Del embrujo de Hegel ni siquiera pudo sustraerse Carlos Marx.

Pero el deslumbramiento de Croce no duraría mucho más que el de Marx. Si éste intentó poner la dialéctica sobre sus pies dándole un sustentáculo materialista, Croce discerniría, nítidamente, lo vivo de lo muerto en la filosofía de Hegel. Lo muerto era su concepto a priori de la naturaleza, su artificioso esquema de la historia y su acomodaticia deificación del estado. Lo vivo era la comprensión dialéctica de la realidad, la objetivación del espíritu y la doctrina de la libertad. El gran descubrimiento de Hegel era la síntesis de los contrarios, la integración de la tesis y de la antítesis en una unidad superior, descomponible a su vez en una serie indefinida de afirmaciones y negaciones, conciliadas en síntesis generadoras de nuevos opuestos. El universo dejaba de ser factum para ser fieri. La tarea cardinal de la filosofía era elaborar una fenomenología del espíritu a la altura del tiempo; pero para ello precisaba eliminar los hiatos de Hegel y articular racionalmente la teoría y la práctica, como momentos dialécticos de un mismo proceso. A ese empeño se entregó Croce afanosamente, aplicando, con fructífero resultado, lo vivo de la filosofía de Hegel a diversas áreas del conocimiento.

De la superación de la filosofía hegeliana y de la perspectiva filosófica de Croce, deviene un modo acorde de ver, entender y explicar la historia, y de hacer filosofía. Ni el idealismo absoluto, ni el racionalismo mecanicista, ni el positivismo rampante captan -según Croce- la radical textura de la vida humana. La esencia de la vida humana sólo puede concebirse y comprenderse a partir de su flujo perenne y de su temporalidad concreta. Su sustancia es el tiempo y su dínamo la libertad, que es el *primun movens* de la historia y la verdadera hazaña del hombre.

Ética y política son temas que ocuparon largamente la meditación de Benedetto Croce. Su *Filosofía della pratica* es, por su rigor metódico y denso contenido, un tratado sistemático de ética. Numerosos ensayos y artículos en torno a

la materia fueron publicados por Croce en su revista *Crítica* y casi todos recogidos en sus libros *Fragmentos de ética*, *Elementos de la política* y *Aspectos morales de la política*. Pero no fue Croce un moralista de gabinete. El objetivo cardinal de sus reflexiones sobre el problema de la ética y de sus relaciones con la política fue siempre sentar normas para la acción. Según él, ninguna filosofía es válida si no funge de guía para orientar, enriquecer y dignificar la vida.

Animal político fué primariamente el hombre para Aristóteles. Igualmente lo sería para Croce. La política es «una forma perpetua del espíritu» y constituye «la actividad fundamental del hombre». Quienes reniegan de ella por llenarle la casa de ruido reniegan de la naturaleza humana. Quienes se apartan de ella por asco es porque llevan el asco por dentro. La política no es constitutivamente ni limpia ni sucia: es creación o medro según sus resultados sociales. La genuina honradez política consiste en ponerla al servicio de una empresa histórica de carácter popular.

Dos grandes ciclos recorre en su trayectoria el pensamiento político de Croce. En su temprana madurez, Maquiavelo, Vico y Marx son sus maestros. Ni que decir tengo que durante esa época, Croce admitió, como canon, la escisión establecida por Maquiavelo entre ética y política. La idea, por demás, no era nueva. Ya en Grecia había aflorado la distinción y la antinomia. Incluso su estudio era objeto de disciplinas distintas. Pero en Maquiavelo el deslinde aparece como la efectiva y «propia función de una filosofía política». El ámbito de la política es radicalmente ajeno a la ética. La política es pura y exclusivamente política.

Importa precisarlo en seguida. El maquiavelismo de Croce se contrae estrictamente a una consideración metódica del problema planteado por Maquiavelo como centro de gravitación de toda teoría política y de toda política práctica: el poder como razón del poder. Croce abomina de los que pretenden legitimar las infamias de los gobernantes con citas entresacadas de *El príncipe* o de los *Discursos* sobre la segunda década de Tito Livio. Lo juzga, además una repugnante falsificación del maquiavelismo de Maquiavelo. Nada más ajeno a éste, en verdad, que ese amoralismo rampante atribuido a las consecuencias prácticas de su teoría del poder. La preceptiva de Maquiavelo es producto de un análisis objetivo de factores condicionantes de la política en una coyuntura determinada de la historia. No es precisamente un trasunto del paraíso terrenal el mundo en que le toca vivir. Maquiavelo sólo acierta a ver su alrededor «hombres ingratos, volubles, temerosos del peligro, codiciosos de ganancia» y propugna —empavorecido y desilusionado—

los medios que considera más idóneos para mantener en rebañega obediencia al popolo minuto. Su apología de la fuerza es típicamente renacentista y congruente en la vidriosa moral del humanismo. Pero no es ése su ideal político. «Si los hombres fueran buenos -afirma con sofrenada tristeza- no sería necesario poner en práctica mis consejos». La quimera que ilumina su vigilia es una «sociedad de hombres buenos y puros». Su conciencia moral se rebela íntimamente contra los que intentan reproducir «los horrores de los tiempos perversos», y se conforta con la ardiente evocación de aquellos que lo sacrifican todo por hacer el bien. La grandeza de Maquiavelo radica en su nuda pasión por la independencia y la unidad de Italia. Su miseria estriba en no haberse atrevido a ser quien era.

Los legítimos herederos de Maquiavelo hay que buscarlos -advierde Croce- «en quienes procuran sistematizar el concepto de prudencia, de astucia y, en suma, de virtud política, sin confundirla con la virtud moral y sin limitarse a negarlo». Habrá que buscarlos en gente de la estirpe intelectual y moral de Tomasso Campanella. Pero «su verdadero y digno sucesor fué otro italiano, Juan Baustista Vico, poco benévolo con Maquiavelo, pero saturado, de su espíritu, un espíritu que clarifica y purifica, integrando un concepto de la política, componiendo sus aporías y mitigando su pesimismo». Vico tuvo una visión dialéctica de la historia y una fe profunda en la naturaleza humana. No creía en la fuerza como árbitro único del desarrollo social. La fuerza es sólo «un momento del espíritu humano y de la vida de las sociedades, un momento eterno, el momento de lo cierto, perpetuamente seguido, mediante un desarrollo dialéctico, por el momento de la verdad, de la razón manifiesta, de la justicia y de la moral». La fuerza es destructora cuando se pone al servicio de un concepto autoritario del poder. Es creadora cuando se pone al servicio de un concepto del poder fundado en el consentimiento. «Como decían los antiguos -escribe Croce- primero es vivir, y después vivir bien. No hay vida económica y política que no sea a la vez vida ética, como no hay cuerpo sin alma. Y el hombre moral no ejercita su moralidad sino obrando políticamente y aceptando la lógica de la política». Esa es la posición de Croce en esta fase de su pensamiento político. No cabe duda de que está mucho más cerca de Vico y de Marx que de Maquiavelo.

En el declive de su madurez biológica, el pensamiento político de Benedetto Croce adquiere un sentido ético cada vez más acusado. La lógica inmanente de la necesidad histórica da paso a la conciencia de la libertad, como la más alta forma de expresión de la actividad humana. Su sonada polémica con Antonio Labriola sobre



el materialismo histórico y las concepciones económicas de Marx marca el punto de partida de esta nueva etapa, que habría de culminar magníficamente en su beligerante soledad en la Italia fascista.

No es en modo alguno sorprendente que Benedetto Croce se haya topado en su camino con Carlos Marx y el socialismo. Su experiencia hegeliana y su concepción dialéctica del universo y de la historia, por una parte, y su radical discrepancia con el liberalismo económico y el formalismo jurídico de la revolución francesa, por la otra, lo llevarían, como de la mano, a echar su cuarto a espadas en la polémica en torno a la virtualidad, el método y la praxis del marxismo, verdadero centro de imputación en los finales del siglo XIX de la teoría política y de la política de partido. Su difusión y arraigo en la clase obrera y en los círculos intelectuales era cada vez mayor. «El materialismo histórico -escribía Croce- es hoy la doctrina de moda».

Si bien era un hecho de notoria patencia que el movimiento socialista se extendía por toda Europa y el marxismo cobraba creciente autoridad y prestigio, no era menos evidente, sin embargo, que dentro del propio marxismo, y fuera de él, empezaba a someterse a severo análisis sus fundamentos teóricos, su estrategia y su táctica. Esta actitud criticista es la fuente del llamado revisionismo en la historia de las doctrinas sociales. Es ya indubitable que esa puesta en cuestión del marxismo tenía su raíz más profunda en la incompreensión de los nuevos desarrollos operados en la estructura del régimen capitalista. La corriente revisionista se nutría teórica y factualmente en el proceso de aburguesamiento de las condiciones de vida del proletariado y de la pequeña burguesía, como consecuencia de la expansión de los bienes materiales en los países metropolitanos de Europa, a expensas de la explotación de los territorios coloniales y dependientes. Millones de subhombres contribuían inconcientemente a crear, en el pensamiento socialista, una falsa conciencia de la situación real engendrada por la transformación dialéctica del capitalismo industrial en capitalismo financiero.

El teórico más sobresaliente del revisionismo dentro del propio marxismo fué Eduardo Bernstein. Tiempo hacía que alentaba el propósito de contrastar la efectividad del marxismo a la luz de los hechos. No era sólo una preocupación intelectual; aspiraba también a que, mediante ese contraste, el movimiento socialista se acomodara a circunstancias concretas no previstas por Marx y aplicase la táctica

congruente. La larga y ríspida controversia fué planteada por Bernstein en una serie de artículos aparecidos en el periódico del Partido Socialdemócrata Obrero Alemán. Su libro Socialdemocracia teórica y socialdemocracia práctica, acremente impugnado en el congreso de Hannove, contiene una amplia y sistemática exposición de la doctrina revisionista.

Según Bernstein, era falso que el socialismo tuviera que conquistar el poder exclusivamente por la violencia. El socialismo era -históricamente considerado- el desarrollo ulterior del liberalismo y, por ende, su acceso al poder no debía ser otro, mientras fuera ello factible, que el sufragio universal. No correspondía en sus resultados, a las predicciones de Marx, el proceso de concentración del capital en la industria, ni tampoco la depauperación de la clase obrera y la proletarización de la pequeña burguesía. La historia económica demostraba que las crisis eran generalmente fenómenos periódicos de crecimiento y excepcionalmente ofrecía un carácter catastrófico. La quiebra de la doctrina del valor saltaba a la vista: la homogeneidad universal del trabajo podía admitirse, a lo sumo, como hipótesis para explicar el “misterio” de la producción capitalista. De la doctrina de la plusvalía -implícita en la ley del valor- sólo quedaba en pie el concepto de riqueza no ganada, fijada ya antes que Marx por Sismondi, Saint Simon, Proudhon y Rodbertus.

No cabía desconocer la importancia del factor económico en la interpretación del proceso histórico; pero precisaba tener en cuenta que las necesidades de la evolución técnico-económica determinan cada vez en menor grado la evolución de la superestructura ideológica, manifestándose aquélla como una dinámica constelación de factores recíprocamente condicionados. Era ya indispensable, por ello, ajustar la concepción materialista de la historia al fluido y complejo desarrollo de la vida social y cultural; y era igualmente imperativo insertar el socialismo en la nueva coyuntura histórica y formular un programa de acción política de tipo democrático, a fin de crear una fuerte reacción popular contra las tendencias abusivas del capitalismo. La teoría de la revolución social -admisible como alternativa en un proceso de crisis general del régimen capitalista- era, a la sazón, una utopía. La fruta tenía que madurarse naturalmente. En época de prosperidad, lo «fundamental -decía Bernstein- no era fomentar artificialmente la miseria de los obreros, sino levantar su nivel cultural y político y dejar siempre abierta una perspectiva al movimiento socialista». El Partido Socialdemócrata Obrero Alemán, hizo suyas, en los congresos de Gotha y de Stuttgart, las conclusiones de Bernstein,

con la anuencia de Bebel y de Liebknecht, eterodoxos caudillos de la ortodoxia marxista. No tardaría mucho ésta en dejarse sentir. Carlos Kautsky y Jorge Plejanov asumirían la cerrada defensa del socialismo marxista.

Vasta y honda repercusión tuvo la corriente revisionista fuera del marxismo. El profesor Charles Andler declaró solemnemente en 1897 la «disolución del marxismo» y la necesidad de elaborar un nuevo programa socialista. En parejo sentido habría que pronunciarse el profesor Massaryck. Saverio Merlino mantuvo que el socialismo era, ante todo, un problema jurídico. La tesis fué recogida por Antón Menger en su obra *El derecho al producto íntegro del trabajo*, y rápidamente aceptada por los sindicatos reformistas. El profesor Rudolf Stammler propugnaría en su libro *Economía y derecho* -despistada crítica del materialismo histórico desde el ángulo de la teoría del conocimiento- la reelaboración del marxismo sobre una base kantiana. Jorge Sorel plantearía -después de denunciar enfáticamente la descomposición del marxismo por sus teóricos oficiales- la infusión en el movimiento socialista de los elementos voluntaristas y religiosos de la filosofía de Bergson y del mito sindicalista de la huelga general revolucionaria. Pero de toda esa revisión del marxismo fuera del marxismo, la de más rango teórico, objetividad de juicio y largo alcance, fué la intentada por Benedetto Croce en las buidas, documentadas y ágiles páginas de su *Materialismo storico ed economia marxistica*.

El hechizo que ejerció el socialismo en Benedetto Croce es ya cosa juzgada. Nunca militó en sus filas; pero alertó vivas esperanzas en una renovación del contenido total de la vida europea al influjo de su prédica y de su acción. Jamás fué marxista; pero la impronta de Marx en la dirección historicista de su filosofía y en el desarrollo de su pensamiento político es demasiado visible para que pueda discutirse. Croce mismo se encargaría de aseverarlo. «Quien dirija su pensamiento a la cultura italiana de los últimos decenios -escribe en el prólogo de su libro *Materialismo storico ed economia marxistica*- no podría, a mi entender, dejar de advertir la amplia y beneficosa influencia ejercida por el marxismo en los intelectuales italianos entre 1890 y el 1900. Gracias a esa doctrina, que penetró en las Universidades junto con el juvenil socialismo, los estudios históricos fueron, después de una larga decadencia, retomados a la incompetencia de los puros filólogos y literatos, dando excelentes frutos de historia económica, jurídica y social. El pensamiento filosófico se sintió también muy estimulado».

Benedetto Croce estaba ya en forma para su polémica con Antonio Labriola, cuando su antiguo profesor en la Universidad de Roma editó su vivaz y sugestivo ensayo *Del materialismo storico, dilucidazione preliminari*. Conocía hasta los más recónditos meandros del pensamiento de Marx, copiosa era su información del movimiento socialista y tenía sobre su mesa -leídas y anotadas- las obras de Bernstein, Massaryk, Andler, Merlino, Menger, Stammer, Sorel y Plejanov. Se enfrentaría a Marx en la propia actitud y con la propia responsabilidad con que se enfrentó a Hegel. Labriola mismo habría de reconocer, al replicarle, su cabal dominio de la doctrina marxista y su probidad polémica. A su vez, Croce empezaría por sentar que consideraba el ensayo de Labriola «como el más amplio y profundo estudio sobre la materia». La altura y dignidad de aquella controversia resulta hoy inconcebible.

Croce fijó claramente su posición en el debate planteado en torno a la revisión del marxismo. No era marxista ni antimarxista: su interpretación y crítica representaba dentro de Italia la misma tendencia que seguía en Francia el proceso incoado al marxismo por Jorge Sorel. «Esta tendencia -dice- procura liberar el núcleo sano y realista del pensamiento de Marx de los adornos metafísicos y literarios de su autor y de las exégesis u deducciones poco cautas de la escuela».

Según Labriola el materialismo histórico es «la última y definitiva filosofía de la historia». Croce disiente de la tajante afirmación. Cabe hacer historia de la filosofía y filosofar sobre la historia; pero lo que no puede hacerse es filosofía de la historia partiendo de un *a priori*. La reducción conceptual del multiforme contenido de la historia está reñida con la naturaleza singular, intransferible y concreta de los hechos históricos. Los esquemas de historia universal deductivamente contruidos son, cuando menos, caprichosas fantasmagorías. «No fué el propósito de Marx -puntualiza Croce- hacer una nueva filosofía de la historia». Federico Engels recordaría, más de una vez, que el materialismo histórico es un método y no una filosofía. «El mejor elogio que puede hacerse del materialismo histórico -afirma Croce- es que no es una filosofía de la historia». Pero tampoco considera adecuado que se presente como un nuevo método. A su juicio, el materialismo histórico es sólo un canon de interpretación.

La aportación fundamental de Marx a la historiografía es, para Croce, su completo y sistemático desarrollo de la teoría de los factores históricos. El proceso

histórico es producto de «una serie de fuerzas que se denominan condiciones físicas, formaciones sociales, instituciones políticas, individuos dirigentes». Pero el materialismo histórico no se contrae a señalar el hecho; procede, además, a «la indagación de las relaciones existentes entre esos factores, o mejor dicho, los considera todos juntos como parte de un proceso único». Ciertamente define el substrato de la historia como el conjunto de las relaciones sociales de producción; pero no lo es menos que su poder determinante queda reducido a un último análisis para explicar las configuraciones, cambios y reacciones de la superestructura ideológica, que no es mero reflejo.

No incurre Labriola en los ya sobados simplismos de los epígonos de Marx y de sus actuales espoliques. En su interpretación del materialismo histórico admite la complejidad del transcurso, el papel de las creencias, supersticiones, usos y costumbres, la fuerza de la raza, del temperamento y de las aptitudes naturales y la influencia, a veces preponderante, de los grandes hombres. No es distinta, en rigor, la perspectiva de Croce. «Yo admito, con las debidas precauciones, -escribe- que los hombres hacen su propia historia en condiciones preexistentes, entre las cuales las económicas, a pesar de que pueden sufrir el influjo de las otras, resultan, sin embargo, y en último análisis, las decisivas y constituyen el hilo rojo que atraviesa toda la historia y nos guía a su entendimiento». Labriola identifica materialismo histórico y socialismo. Croce cree, por el contrario, que se puede ser materialista histórico sin ser socialista.

Si el materialismo histórico está llamado a significar algo valedero en el terreno de la ciencia -concluye Croce- «no debe ser ni una nueva construcción a priori de la filosofía de la historia, ni un nuevo método del pensamiento histórico, sino simplemente un canon de interpretación histórica». Este canon aconseja tener presente el substrato económico de la sociedad para comprender mejor sus formas, relaciones y vicisitudes. No anticipa ningún resultado. Su fundamento es puramente empírico. Es una sencilla y fecunda norma para determinar las fuerzas impelentes del proceso histórico y esclarecer sus tendencias de desarrollo. En vez de llamarse materialismo histórico -fuente inagotable de polémicos equívocos- debía denominarse realismo histórico.

La cuestión social no es una cuestión moral para el socialismo marxista, ni lo es tampoco para Benedetto Croce; pero eso no significa que el socialismo marxista

sea amoral, ni contradictoria con su ética la posición de Croce al respecto. En lo que al socialismo marxista se refiere, acaso haya inducido a creerlo el pregonado carácter materialista de la filosofía social de Marx. El socialismo marxista puede renegar, y en efecto reniega, de toda concomitancia con la metafísica y el idealismo; pese a ello, resulta evidente -como afirma Croce- «que la idealidad o el absolutismo de la moral, en el sentido filosófico de estas palabras, son presupuestos necesarios del socialismo marxista». El socialismo marxista repudia la clásica teoría de los valores; pero los criterios de deber ser están presentes en el socialismo marxista. El concepto de plusvalía -derivado por Marx de la ley del valor-trabajo- verifica cumplidamente lo dicho. La plusvalía es más un concepto moral que una categoría económica. Su verdadera significación estriba en implicar una condena inapelable de la expropiación del trabajo ajeno no pagado. Sin «ese supuesto moral, ¿cómo se explicaría no ya la acción política de Marx, sino también el tono de violenta indignación y de amarga sátira que se advierte en cada página de El capital?».

Croce es claro y explícito al enfrentarse con el problema. La ética y la economía deben andar juntas, aunque no revueltas. El fundamento moral del socialismo como movimiento enderezado a impedir la explotación del hombre por el hombre es perfectamente compatible con el fundamento económico del socialismo como explicación objetiva del régimen capitalista; pero la plausible consideración ética de la cuestión social imbebida en el concepto de plusvalía, nada agrega ni quita -según Croce- a la validez científica de las doctrinas económicas expuestas por Marx en El capital. Marx se propone en esa obra -una de las más empinadas expresiones del pensamiento contemporáneo- «investigar las leyes que rigen el sistema de producción capitalista y las condiciones de producción y circulación que a él corresponden». Croce analiza la ímproba tarea de Marx desde el punto de vista de su forma y de su comprensión. Como forma, El capital es «una búsqueda abstracta». Los mecanismos y leyes del régimen capitalista son deducidos de un esquema racionalmente elaborado. Como comprensión, la búsqueda de Marx se limita «a una particular formación económica, que es la que tiene lugar en una sociedad con propiedad privada del capital, o como Marx dice, con expresión propia, capitalista».

Si «como forma El capital no es una descripción histórica, como comprensión no es un tratado de economía, y mucho menos una enciclopedia»; pero «tampoco es una simple monografía económica sobre las leyes que rigen la sociedad capitalista».

El objetivo céntrico de Marx es establecer la ley última que explique el “misterio” de la producción capitalista. Esa ley última es la del valor-trabajo, según la cual «el valor de los bienes producidos por el trabajo humano es igual a la cantidad de trabajo socialmente necesario para producirlos». Según Croce, se trata «no de una ley ni de una categoría, sino de un hecho entre otros hechos, de una fuerza entre otras fuerzas y sólo admisible como hipótesis». Igual acontece con la ley de la disminución de la tasa del beneficio, de la depauperación progresiva del proletariado y de la caída inexorable del capitalismo por una subitánea mutación de la cantidad en calidad en el proceso dialéctico de la historia. En cuanto a la «lucha de clases» - motor de la historia para Marx- es sólo cierta «donde hay clases, cuando existen intereses antagónicos y cuando se tiene conciencia de ese antagonismo». Ni «la economía marxista es la ciencia económica general, ni el valor-trabajo es el concepto general del valor». Es innegable que Marx «intentó un análisis completo del régimen capitalista; pero sus doctrinas económicas no corresponden en muchos aspectos a la realidad histórica». La idea de «una filosofía de la economía» es «quizás la más fecunda» que pudiera extraerse de la obra genial del discutido profeta de Tréveris.

Cuarenta años después de su polémica con Antonio Labriola, Benedetto Croce revalora el pensamiento de Marx y fija su postura ante el marxismo y el socialismo. Guarda admiración y gratitud para el hombre que le iluminó el turbio trasfondo de la sociedad capitalista, que reafirmaba con su concepto de la lucha por el poder y de la fuerza como energía de la voluntad y de la acción las más fecundas tradiciones del pensamiento político italiano y que contribuyó decisivamente a madurar su concepción de la fuerza y de la lucha por el poder como medios para la realización de la libertad. Pero ya la trama fundamental de las ideas del «gran pensador revolucionario -a quien consideraba superior y más moderno que Mazzini- le parecía irremediablemente envejecida y su núcleo sano emponzoñado por la filtración totalitaria. Los conceptos de poder y de lucha que Marx había trasladado de los estados a las clases retornaban de las clases a los estados y se transformaban descarnadamente en instrumentos de un nuevo imperialismo que le disputaba la hegemonía del mundo al imperialismo tradicional. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas -erigida en nombre de Marx y sobre sus doctrinas- ejemplificaba dramáticamente el fenómeno. El socialismo marxista estaba «definitivamente muerto como ideal de redención social». Había subordinado los fines a los medios y su concepción autoritaria del poder conducía a la degradación y

a la esclavitud. No se diferenciaba del fascismo en su radical desprecio a la dignidad humana. El camino de la libertad era la única salvación del socialismo.

La idea de la libertad como forjadora eterna de la historia está en la raíz misma de la concepción historicista de Benedetto Croce. No figura éste entre los que han prostituído el historicismo convirtiéndolo en una “filosofía” justificativa de la servidumbre, la abyección y la cobardía por darse objetivamente en la historia. «la conciencia moral -afirma en su ya clásico libro *La Storia come pensiero y come azione-* está en el fondo del historicismo. El verdadero enemigo actual, no ya adversario, de éste, es el amoralismo o immoralismo que ha venido desarrollándose, bajo mendaces formas historicistas, en las partes corrompidas de la gran filosofía alemana y ha llegado ahora a asumir figuras y proporciones monstruosas». La aberración totalitaria -sumidero de los más fétidos residuos de la vileza humana- inspira este corajudo juicio del egregio pensador napolitano, formulado en pleno señorío de la cachiporra y del aceite ricino. El filósofo está obligado a defender, al precio que sea, la dignidad de la filosofía. Nunca olvidó Croce que el filósofo debe vivir de tal modo que su muerte resulte suprema injusticia.

Vida y realidad son historia y nada más que historia para el historicismo. La filosofía de la ilustración había olvidado, en su cosmovisión, lo que existe de irracional en la vida humana y, por ende, en el proceso histórico. El historicismo representa la antítesis de esa postura. Ni todo lo real es racional, ni todo lo racional es real. Pero hay dos tipos fundamentales de historicismo: el historicismo abstracto, que pone el acento en lo puramente irracional, y el historicismo concreto, que supera la artificial escisión entre lo individual y lo universal creada por el racionalismo enciclopedista y funde dinámicamente lo racional y lo irracional, lo individual y lo universal en una comprensión dialéctica de la realidad y de la vida como historia de la libertad. Filosofía y política están teórica y prácticamente entramadas en el historicismo concreto. Los historicistas que pretendieron establecer un hiato entre filosofía y política fueron, en la pasada centuria, «mentes servidoras del rey y del estado» y, en la actual, alabarderos del mito ario o de la fuerza bruta como fuente del poder público. El historicismo concreto es, por el contrario, una teoría de la vida civil y del gobierno por consentimiento. Niega radicalmente -por boca de Croce- la virtualidad del liberalismo económico; pero trasfunde en una unidad superior el liberalismo político de la ilustración.



Fué Hegel quien lanzó el divulgado apotegma de «que la historia es la historia de la libertad»; pero su significado y alcance se refieren sólo a «una historia del primer nacimiento de la libertad, de su crecimiento, de cómo se hizo adulta y de cómo se mantiene firme cuando hubo alcanzado esta edad definitiva, incapacitada para ulteriores desarrollos, a través de la libertad de uno, de la libertad de varios y de la libertad de todos, etapas correspondientes al mundo oriental, al mundo clásico y al mundo germánico». La historia como historia de la libertad tiene en Croce intención y contenido distintos que en Hegel. No se trata de «asignar a la historia el tema de verse formada por una libertad que antes no existía y algún día habrá de ser, sino de la libertad como sujeto mismo de la historia». La libertad «es, por un lado, el principio explicativo del curso de la historia y, por el otro, el ideal moral de la humanidad».

Es sólo escuchar en nuestros días «el anuncio jubiloso, o la admisión resignada, o la lamentación desesperada de que la libertad ha desertado ya del mundo, de que su ideal ha traspuesto el horizonte de la historia, en un ocaso sin promesa de aurora». Según Croce, no saben lo que dicen los que así hablan o escriben. Si «lo supieran -observa- echarían de ver que el dar por muerta la libertad vale tanto como dar por muerta a la vida, por agotados sus íntimos manantiales. Y, por lo que toca al ideal, experimentarían gran embarazo si se les invitara a enunciar el ideal con que se ha sustituido, o pudiera llegar a sustituirse el de la libertad, y también con ello se darían cuenta de que no hay otro que lo iguale, otro que haga palpar el corazón del hombre, en su cualidad de hombre, otro que responda mejor a la ley misma de la vida, que es historia y, por lo tanto, ha de corresponderle un ideal en que la libertad sea aceptada y respetada y puesta en condiciones de producir obras cada vez más altas».

Es evidente que la libertad ha sufrido prolongados eclipses y afronta ahora riesgos decisivos; pero también evidente que la esclavitud y la opresión «despiertan en el hombre la conciencia de sí y lo encaminan a la libertad, que prosigue su marcha a despecho de sus frecuentes derrotas». Ni aún en las épocas más sombrías la libertad se extinguió en el alma de los pueblos. Incluso en las coyunturas más adversas, la libertad ardió solitaria y soberbia en algunos hombres que encarnaron en sí el ansia de libertad de todos los hombres. La historia «no es un idilio; pero tampoco es una tragedia de horrores, sino un drama en el cual todas las acciones, todos los personajes, todos los componentes del coro son, en el sentido aristotélico,

mediocres, culpables-inocentes, mixtos de bien y de mal, y el pensamiento directivo es siempre en ella el bien, al que el mal acaba por servir de estímulo, y su obra la de la libertad, que siempre se esfuerza por restablecer, y siempre restablece, las condiciones sociales y políticas de una libertad más intensa».

La vida de la libertad es, por esencia, peligrosa y combatiente. Nada la debilita tanto, en los países donde configura y rige la autoridad política, como la costumbre de gozarla, que suele mermar «la conciencia vigilante de sí misma y enmohecer los impulsos de la defensa». Estructuras de pueblos enteros se han derrumbado repentinamente por haberse adormecido o embotado el sentido de responsabilidad que conlleva el ejercicio de la libertad. Experiencias muy cercanas lo demuestran. Como también demuestran que, una vez disminuída o arrebatada, la libertad vuelve briosamente por sus fueros. De proezas ingentes está plagada la historia de la pugna del hombre por la conquista, dominio y disfrute de la naturaleza. Ninguna, sin embargo, puede compararse con su hazaña de concebir y hacer su propia historia como historia de la libertad.

No anduvo descaminado José Carlos Mariátegui al afirmar que «los orígenes espirituales del fascismo están en la literatura de D'Annunzio». Sería falso, desde luego, acusar al autor de *El Fuoco* de fascista; pero es indubitable que el fascismo tomó «del d'annunzianismo el gesto, la pose y el acento». Sobria, brutal y desnuda suele mostrarse la reacción en todos los países. No ha adoptado nunca ese enterizo cariz en Italia. En Italia, país de la elocuencia y de la retórica, -observa sagazmente Mariátegui- «el fascismo necesitó erguirse sobre un plinto suntuosamente decorado por los frisos, los bajorrelieves y las volutas de la literatura d'annunziana». La delirante oratoria de Benito Mussolini, el desenfrenado lenguaje de Roberto Farinacci y los emperifollados filosofemas de Giovanni Gentile -nutridos en el culto al héroe, a la violencia y a la guerra- responden a ese estado de espíritu d'annunziano que Benedetto Croce juzgó siempre como una patológica desviación de la tradición milenaria de Italia. El fascismo es, sin duda, la forma política de expresión de los regímenes capitalistas en proceso de bancarrota; en Italia fué también «la confluencia de todas las escorias de viejos derroteros de pensamiento y estilo que se creían ya superados hacía muchos años».

La subversión reaccionaria encabezada por Mussolini encontró el terreno pródicamente abonado. Italia era un polvorín de resentimientos, frustraciones y

exasperaciones en las vísperas de la marcha sobre Roma. La crisis de las clases dirigentes, el fracaso de la rebelión comunista, la arcaica perspectiva de los partidos democráticos, el descontento de la pequeña burguesía, la desorientación del movimiento obrero y la ceguera de los líderes socialistas le abrieron las puertas de la ciudad eterna a los fasci di combattimento. El fascismo conquistó el poder al zoológico grito de ¡Eia. Eia, alalá! Y, al par, la militante adhesión de una vasta capa de la inteligencia italiana. No era esa la primera vez que escritores y artistas le rendían acatamiento y pleitesía a la fuerza. La inteligencia –hembra en muchos hombres- gusta, a menudo, de dejarse poseer por el garrote. La grandeza moral de Croce estriba justamente en haberse mantenido en pie, sin prestarle oídas al flatulento coro de conciencias genuflexas.

En esa vertical actitud no estaría solo Benedetto Croce. Figuras eminentes de la inteligencia italiana -Guillermo Ferrero, Gaetano Salvemini, Roberto Bracco, Guido de Ruggiero, Tomasso Fiore, Giorgio Amándola, Piero Gobetti- suscribirían con él la Protesta de los intelectuales italianos contra el fascismo y los pseudointelectuales a sus plantas. Este ya histórico manifiesto constituye el más alto testimonio de la rebelión del espíritu italiano en horas decisivas para los ideales del risorgimento, los valores fundamentales de la cultura europea y la dignidad del género humano. Juzgo indispensable recoger las palabras finales de ese viril y hermoso documento: «Nuestra fe no es una excogitación artificiosa y abstracta, o un desvarío del cerebro, producido por dudosas o mal comprendidas teorías; sino que es la posesión de una tradición, convertida en disposición del sentimiento, en conformación mental y moral. Ni las trabas impuestas a la libertad, nos inducen a desesperar o a resignarnos. Lo que importa es que se sepa lo que se quiere y que se quiera algo cuya bondad sea intrínseca. La actual lucha política vendrá, por razones de contraste, a reavivar y hacer entender a nuestro pueblo, en forma más profunda y más concreta, el mérito de los mandatos y de los métodos liberales; y a hacer que sean amados con afecto más consecuente. Y quizás un día, contemplando serenamente el pasado, se juzgará que la prueba que ahora estamos soportando, áspera y dolorosa para nosotros, era una etapa que Italia debía recorrer para vigorizar su vida nacional, para cumplir su educación política, para sentir, en forma más severa, sus deberes de pueblo civilizado».

«Cuando oigo la palabra cultura, saco mi pistola y disparo» -profirió epilépticamente un “intelectual” nazi. «Muera la inteligencia» -berreó un general

falangista en la Universidad de Salamanca. No podría irles en zaga el verboso condotiero italiano. «Tengo a gran orgullo -gruñiría Mussolini en un ululante congreso de camisas negras- no haber atravesado nunca el umbral de un museo, ni haber leído jamás una página de Benedetto Croce». Ni siquiera era suyo el zafio exabrupto. Muchos años antes lo había lanzado y repetido por toda Italia un troglodita disfrazado de poeta. Pero Benedetto Croce no permanecería callado ante la avilandez del Duce. Su sarcástica réplica -publicada al día siguiente en *Il Mattino* de Nápoles- puso en soberano ridículo a Benito Mussolini.

No se haría esperar la represalia. Bandas de jóvenes intoxicados por una concepción gansteril de la vida, de la sociedad y del estado invadieron la casa de Croce e intentaron destruir su biblioteca. Su valor y serenidad impidieron la consumación de la típica fechoría totalitaria. La enorme repercusión nacional e internacional del incidente obligaría a Mussolini a respetarlo en lo adelante. Quedaría, sin embargo, sujeto a vejaminosa vigilancia. Pero su palabra y su ejemplo fueron durante veinte años, dardo y acicate. En ese interminable interregno, el espíritu de la verdadera Italia hablaría por la erecta pluma de Benedetto Croce. Su polémica con el fascismo forma ya parte de la historia del hombre como hazaña de la libertad.

Benedetto Croce tuvo la fortuna de asistir al oscuro derrocamiento del fascismo y al borrascoso renacer de Italia. Ministros y generales apelarían a su experiencia y a su consejo, en los agitados y confusos días subsiguientes a la terminación de la guerra civil. Croce fue entonces la única autoridad en un pueblo famélico, ofendido y desesperado. Empinada era ya su vejez y bastante agrietada su salud; pero no vaciló ante el angustioso reclamo de la patria. A su tacto, perseverancia y coraje se debió, en gran parte la rápida unificación de las dispersas energías, afanes y esperanzas de Italia y el pacífico retorno a las normas democráticas de vida. Las amarguras, desgarros y humillaciones de la ocupación aliada se alzarían más de una vez en el camino, entorpeciendo la delicada y compleja tarea.

La influencia de Croce fue decisiva en la orientación social del nuevo pensamiento democrático italiano. No podía ya ignorarse que los problemas planteados por la sociedad de masas obligaban a planificar la economía para salvar la libertad. Ni podía tampoco olvidarse el aporte del socialismo a la dignificación

del trabajo y al ascenso material y espiritual de la clase obrera. El liberalismo económico estaba definitivamente sobrepasado por los hechos. La democracia italiana debía fundarse, a juicio de Croce, en el liberalismo ético-político, perfectamente conciliable con las exigencias de una equitativa distribución de la riqueza mediante la intervención del estado. Desde esa ancha y clara perspectiva, enjuició Croce el movimiento comunista italiano y la experiencia soviética, concluyendo categóricamente que el reino de la libertad sólo podía florecer y fructificar en el ámbito de la democracia social.

La muerte sorprendería a Benedetto Croce laborando intensamente por la libertad, el decoro y la cultura de Italia. Entre los últimos escritos salidos de su pluma, está el que transcribo a seguidas, por constituir su testamento filosófico, a la vez que un reconfortante mensaje a los que luchan y esperan: «El contraste entre dos cosas contrarias ha sido a veces considerado como oposición entre una racional y otra irracional, más a decir verdad lo irracional no tiene aquí nada que ver puesto que se trata únicamente del acompañamiento necesario de un hecho que se justifica por su evidencia misma. Pero de esta proposición se deduce todo el aspecto de la realidad que llena el mundo y que está en lucha contra ella misma, dividida en hileras contrastables infinitas. El espíritu humano trata de componer esta lucha, o al menos de disciplinarla: mas la tentativa resulta vana y la lucha continúa siempre con la misma violencia y el mismo desgarramiento».

Es necesario observar que uno de los más fuertes motivos de las religiones es la necesidad de conducir el universo a la paz, incluso cuando para alcanzarla sea preciso pasar a través de etapas más diversas y graduales. Ahora bien, es precisamente esto lo que da a todas las religiones su carácter imaginario; todas, a fin de cuentas, se encuentran con las manos vacías. Los remedios por ellas propuestas, las adaptaciones, las transacciones, ponen al descubierto su nulidad. Y lo que subsiste es el estimulante a alejarse de todas ellas, al objeto de reemplazar la invención religiosa por la investigación filosófica.

«El individuo, en el curso de su vida, es un Cristo que sufre de dolores terribles y de azares atroces, y cada uno de nosotros lleva en sí el recuerdo, del que no puede desprenderse y del que sabe sólo se liberará merced a la muerte».

«Se tiene costumbre de pedir que cada uno proponga a su propia vida un fin, pero este fin no puede ser nunca una obra única hacia la que dirigir sus fuerzas; ésta no puede ser otra que la potencia misma de la obra individual, que se obstina en desafiar toda adversidad, y, puesto que se ha venido al mundo, no salir de él más que cuando se haya cumplido todo el deber moral que implica tácitamente -como sobrentendido- la vida».

«Parecerá que esta visión de la existencia es en sumo pesimista, pero es todo lo contrario puesto que el pesimismo es desconfianza y envilecimiento, mientras que la actitud que aquí se anuncia es un recogimiento por el hombre de todas las fuerzas de su espíritu, que sólo se cumple en la energía del hacer. Ella desafía al adversario y le hace doblegarse; el adversario, que no es otro que esa parte de sí que debe ser vencida y superada».

Acaso nunca sospechó Benedetto Croce, en su tranquila y estudiosa juventud, que el destino le reservaría una ancianidad en guerra abierta con la servidumbre y el poder. Pudo, como tantos, tirar la piedra y esconder la mano, o preservar su vida en el destierro. Prefirió decir su verdad a trueque de todos los riesgos y quedarse en Italia cumpliendo sus deberes intelectuales y civiles. Las suyas fueron también palabras de un combatiente.

No creo yo que Benedetto Croce haya puesto la piedra última en el magno propósito, ya en marcha, de construir una filosofía de efectiva y universal validez; pero lo importante es que su filosofía -luminoso fragmento de la totalidad de lo real- no es un saber de perdición, sino un saber de salvación. Nadie más distante que Benedetto Croce de la náusea existencialista, de la nada sin nada y de la hora veinticinco. No en balde fué un filósofo de la libertad y por ella padeció y pugnó con el coraje de Sócrates y el denuedo de Spinoza.

## **El ideario americano**

### **Aquel indio egregio y soberano**

Grande fue Benito Juárez por héroe, por revolucionario y por indio. Nacido en una extraviada aldea de Oaxaca, ascendió, sin más ayuda que su inteligencia, su voluntad y su corazón, de la oscuridad de la cuna humilde a la más alta y esplendente cima de la historia.

Su vida, como ha escrito Andrés Bello —otro mexicano ejemplar— «es una lección de energía». Juárez se forjó en la pobreza, se endureció en el sacrificio, se creció en la lucha, se magnificó en la ofrenda y se consagró en el poder. Casi solo inició su magno duelo con el virreinato sobreviviente y la intervención extranjera. Se fue a la montaña con treinta «locos», y tras cinco años de fatigar proezas, reveses y abnegaciones, salió, al fin, victorioso, juntando a los débiles, deshaciendo intrigas, resistiendo a pie firme, erguido siempre, intacta la fe, impasible e implacable. Hidalgo y Morelos hicieron libres a México. Benito Juárez consolidó su independencia, abatió la colonia, levantó al indio, emancipó la conciencia y enseñó a nuestros pueblos cómo defenderse de sus enemigos internos y de sus enemigos externos.

Su triunfo fue el triunfo del derecho sobre la fuerza, de la libertad sobre la coyunda, de la luz sobre la tiniebla. «El respeto al derecho ajeno —afirmó lapidariamente— es la paz». Quien entonces habló por su voz no fue solo México, mutilado y agredido, fue el espíritu mestizo de nuestra América irredenta. No en balde le llamamos el Benemérito. Para decirlo con palabras de José Martí, a ningún título es más acreedor «aquel indio egregio y soberano, que se sentará perpetuamente a los ojos de los hombres, al lado de Simón Bolívar y en quien el alma humana tomó el temple y el brillo del bronce».

Héroe incontaminado y terrible —héroe verdadero— fue Benito Juárez. Ni impurezas, ni ambiciones, ni desmanes, tan comunes en libertadores y guerreros, afearon su conducta. Supo arrostrar, como pocos, tentaciones y adversidades. Se irguió contra la violencia sin dejarse arrebatar por ella. Luchó por la libertad, sin uncirla ni mermarla. Aun en la batalla, mandó como civil. Practicó la democracia que predicaba y por ella, y por la desdicha ajena, padeció sin exhalar una queja.

Su sed de justicia, su amor a los desvalidos y su espíritu revolucionario plasmaron en las leyes de la Reforma, que removieron la estructura social,

económica y espiritual de México y sentaron las bases del ulterior desarrollo de la nacionalidad, ya en vísperas de total integración por el empuje popular. Héroe en la más noble acepción del vocablo, campeón del derecho de la autodeterminación de los pueblos. Benito Juárez fue, también, apóstol de los oprimidos y paladín de las libertades humanas. Antes que indio fue mexicano, y antes que mexicano hombre y, precisamente por ello, trasciende su sangre, su comarca y su escenario y alcanza dimensión universal.

En estos dramáticos tiempos, en que nuestra América siente otra vez gravitar sobre sí tremendos peligros y desaforadas codicias y andan haciendo de las suyas espadones, mercaderes y demagogos, la figura de Benito Juárez se alza de nuevo y se apresta a la brega. No solo necesita hoy, como nunca acaso, su coraje, su brazo y su espíritu; desde el río Bravo hasta el cabo de Hornos necesitamos todos al héroe, al revolucionario y al indio que simboliza a la América enhiesta, generosa y unida.

Tomado de *Retorno a la alborada* [Crónicas y ensayos], breve prólogo por Samuel Feijóo, Universidad Central de las Villas, tomo 2 La Habana, 1954

### **Día de las Américas**

Nadie ya ignora que el 14 de abril es el Día de las Américas. Muchos han olvidado, sin embargo, que el 14 de abril es también el día del advenimiento de la República Española.

Hace justamente sesenta y tres años que las naciones de este hemisferio — salvo Cuba, a la sazón presa ensangrentada de un poder extranjero— se juntaron en Washington para formar la Unión Panamericana. De las entrañas hirvientes de nuestra América surgió la idea que entonces cuajaba en moldes convencionales, bajo la mirada vigilante del «águila temible». Juntar, en una vasta y potente federación de pueblos, a las «repúblicas dolorosas del continente», fue el gran sueño de Simón Bolívar. José Martí ofrendaría su vida en Boca de Dos Ríos por el destino de América. Y, por sus patrias y por la patria común, pelearon Domingo Faustino Sarmiento y Manuel Sanguily, Eugenio María de Hostos y Juan Montalvo, José Enrique Rodó y Manuel González Prada, Justo Sierra y Enrique José Varona. Soñaron y quisieron toda una América nuestra unida, pujante y cordial, si amiga de la otra de Lincoln sobre el primado del respeto mutuo y de la efectiva reciprocidad en las relaciones económicas, presta siempre a rechazar las insolencias y depredaciones de la que personifican Walter y Cutting.



La antigua Unión Panamericana no fue, ni podía ser, el vehículo apropiado para llevar adelante la ingente empresa. Casi siempre operó como instrumento dócil del *big stick* y de la diplomacia del dólar y casi siempre fue tribuna de lacayos rameados que ensalzaban la democracia y la libertad en nombre de pueblos amordazados, exprimidos y dependientes. Análogo papel ha venido desempeñando en los tiempos de la «buena vecindad» — a despecho de sus hermosos principios y de las obligaciones contraídas en su carta fundamental— la Organización de Estados Americanos. Sus reiteradas declaraciones en favor de la autodeterminación, de los derechos humanos, del gobierno representativo y de la justicia social son pura filfa. Los dichos y los hechos están a las greñas en esta convulsa porción del planeta.

Símbolo de unidad, paz y libertad pretende ser el Día de las Américas. No puede ser más ancho y sombrío el trecho que va de la pretensión a la realidad. Mira uno en torno y sólo acierta a ver —exceptuando islotes circuidos de asechanzas— la unidad de los condotieros, la paz de los sepulcros y la libertad de los opresores nativos y extranjeros. De esa libertad, de esa paz y de esa unidad no se dirá nada hoy en la OEA. Ni nada tampoco en la prensa sometida o sobornada de aquende y allende el río Bravo. Se agotará el ditirambo para los que han secuestrado la voluntad popular, ofendida la dignidad humana y entregada las riquezas nacionales a la explotación colonial. Derribar gobiernos constitucionales, disolver parlamentos, intervenir universidades, clausurar sindicatos y perseguir, encarcelar, atropellar, proscribir y matar carece de trascendencia si los ejecutores y cómplices se alinean —de labios afuera— en la defensa internacional de la democracia. La otra América, la que sufre, trabaja, sueña y pelea por su libertad, independencia y desarrollo, ni siquiera contará como frívolo tópico de sobremesa en los festines oficiales. La salud, la educación, el bienestar y el decoro de ciento cincuenta millones de hombres pesan menos que el exiguo contingente que se enriquece a costa de su sangre, su miseria y su ignorancia, a la sombra de un bosque de bayonetas.

Cuba anda ya uncida, desde el 10 de marzo de 1952, al siniestro cortejo. En aquella infausta madrugada, las manecillas del tiempo giraron veinte años al revés. «**Cada vuelta** en nuestros países —advirtió Alcides Arguedas— es un salto atrás en su historia y en su desarrollo **p** (**Hico**, material y espiritual)». Si alguien todavía abrigaba dudas de que vamos derechamente a la violencia desenfrenada, deben ya haberse disipado después de lo acaecido recientemente a mi viejo amigo Rafael García Bárcena, poeta, escritor, periodista colegiado, director de la *Revista Cubana de Filosofía*, profesor del Instituto de La Habana y jefe del Movimiento Nacional Revolucionario, cuyas concepciones y métodos no comparto por confusas aquellas e

ineficaces estos. Pocas veces se ha urdido un «paquete» tan burdo. No es posible admitir racionalmente que Rafael García Bárcena se dispusiera a atacar el campamento de Columbia con unas cuantas pistolas, varios cuchillos, algunos estudiantes universitarios y un romántico pelotón de adolescentes. Pero no pareció suficiente el arresto de los hipotéticos conjurados. Conducidos al Servicio de Inteligencia Militar, fueron vejados, coaccionados y golpeados aprovechándose cobardemente de su total indefensión. Eso sí es harto grave por lo que entraña y augura. De ahí al terror organizado solo media un centímetro. Y del terror organizado al genocidio ni un milímetro media.

Se ha intentado desmentir lo que todo el mundo supo en seguida y corroboró después la señora Esperanza Valladares, atribulada esposa de Rafael García Bárcena. El valor de esas declaraciones es el mismo que lucen tener los artículos 26 y 28 de los estatutos y el artículo 5 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, reproducido —casi literalmente— en el artículo 25 de la Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre. Dice el artículo 26 de los estatutos: «Ningún detenido o preso será incomunicado». Reza el artículo 28: «No se ejercerá violencia ni coacción de ninguna clase sobre las personas para forzarlas a declarar. Toda declaración obtenida con infracción de este precepto será nula». El artículo 5 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos afirma, imperativamente, que «nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes».

La más alta condición del hombre es su dignidad. Abofetear a un ser inerme es —como diría José Martí— la negación misma de Dios.

El radical divorcio entre la letra y el acto es la más acusada característica que ofrecen la inmensa mayoría de los gobiernos hispanoamericanos este 14 de abril y, desde luego, el que tiene su sede en la Casa Blanca. De un lado, las constituciones, los tratados de ayuda mutua y las peroratas en la OEA, en la UNESCO y en la ONU; del otro, la violación de los derechos humanos, el desprecio a la soberanía popular y la represión como esencia del poder. En España —ya santificado el régimen totalitario franquista por la UNESCO y la ONU— se atropella, encarcela y mata en nombre del cristianismo y de la civilización occidental.

¡En el año del centenario de José Martí, Cuba conmemora el 14 de abril detrás de la cortina de sables de América, sementera fecunda de la unidad, la paz y la libertad de mañana!

**12 de Octubre**

Hoy es, oficialmente, el Día de la Raza. ¿De qué raza? Cuando las naos españolas hienden las doradas arenas de América —imagen concreta de un sueño milenario— sus tripulantes traían ya en las venas, fundidos, metales de diversos yacimientos y de varios quilates. Raza, por otra parte, como ha dicho Fernando Ortiz, es una mala palabra. Alude a caballo, a borrego, a buey. De sus implicaciones políticas se percató Hitler y a punto estuvo de arrebañar a los hombres bajo la totalitaria férula del pedigrí ario. Más que al ámbito de la vida humana, el concepto de raza pertenece al reino de la zoología. Dejémosla, ahí, tostándose en su propio fuego.

Ni siquiera sería apropiado festejar el 12 de Octubre como el Día del Descubrimiento. Sin menoscabar ni ensombrece la prodigiosa proeza de Cristóbal Colón, hay autores y autoridades que discrepan al respecto. Convienen, unánimemente, en reconocer al audaz genovés como protagonista del acto material que incorpora el Nuevo Mundo a la historia y redondea la tierra; disienten, empero, con pareja unanimidad, en cuanto a que esa fuera la primigenia intención que lo impulsara a desafiar mares hasta entonces ignotos. Algunos van más lejos. Afirman y sostienen, con impresionante despliegue dialéctico, que en vez de descubrirla lo que hizo Colón fue contribuir a encubrir y cubrir a América durante cuatro siglos.

De ahí que juzguen mas pertinente evocar hoy los genuinos timbres de la altura hispánica que las vidriosas glorias de la conquista y de la organización. No podríamos renegar de aquélla sin negamos a nosotros mismos. De estas abjuramos, definitivamente, al adquirir conciencia de **nación** y emancipamos en la búsqueda de nuestro propio destino. Si España forma ya parte de nuestra historia y nosotros de la suya, somos ya distintos y andamos por nuestra cuenta, aunque todavía cargando viejos y nuevos hierros, servidumbres y miserias. Española es la lengua en que hablamos y escribimos; pero americano es el espíritu que le infunde sentido y objeto al cristalizarse en formas de vida. Y esa es, justamente, la grandeza de España como potencia colonial: haber engendrado con su lengua un espíritu que al disputar y conseguir el albedrío, asegura y garantiza la continuidad de la cultura de que proviene. Aquello, como diría José Martí, ya también va con esto. Como nadie, lo intuyó Miguel de Unamuno al ensalzar las épicas hazañas de Don Quijote Bolívar.

Día de la Cultura es Día del Espíritu. Se repelen y antagonizan los cuerpos políticos y los imperios económicos. Se atraen y conviven los valores del espíritu. La cultura es punto común de referencia de las agonías y esperanzas del hombre y obligado abrevadero si es raíz de la lengua. En ese campo, nuestra América ha sido, es y seguirá siendo, so pena de traicionarse a sí misma, española con acento impar,

trasfondo indígena, **elan** criollo y aluvión africano. Como España solo ya podrá subsistir en plenitud histórica y cultural, si fertiliza su espíritu con jugos americanos, completándose a sí misma al librarse de las ataduras que la han convertido, paradójicamente, en colonia última de un imperio esfumado. El mito de la Hispanidad es únicamente eso: un mito.

Día de España y de América es, debía ser, el 12 de octubre. No me refiero, parece ocioso advertido, a deleznales estructuras temporales de allende y aquende el proceloso océano que señoreó Colón y surcaron, en pos de aventuras, riquezas y fama, los grandes capitanes de España. Eso, por fuerza, es transitorio y perecedero, y cualquier mañana se derrumba.

No me refiero a eso. Me refiero a las sustancias creadoras de España y de América, a su cuantioso aporte a la cultura, a la vocación de libertad de sus pueblos, a lo que representa y significa su espíritu en tiempos en que campean, azuzados por Mefistófeles y Shylock, el escudero Sancho Panza y el zafio Tirano Banderas. Hoy es, debía ser, Día de América y de España. De lo mejor de España y de lo mejor de América. Día en que se dan la mano los comuneros de Castilla y los vencedores de Ayacucho, Miguel de Cervantes y Rómulo Gallegos, Antonio Machado y Rubén Darío, Santa Teresa y Sor Juana Inés de la Cruz, Baltasar Gracián y Andrés Bello, Miguel de Unamuno y José Martí.

### **Simón Bolívar tiene aún qué hacer en América**

Hace ya muchos años arribó a Caracas un hombre que en vano pugnaba por ocultar la frente contrita de los americanos que aún no habían podido entrar en América. Ese hombre era el primogénito de mi patria, el hijo póstumo de Simón Bolívar, el amigo dilecto de Cecilio Acosta, el que llevó de la mano a Juan Antonio Pérez Bonalde. Se difuminaba el opalino resplandor de la tarde y la noche descendía presurosa de los cerros azules sobre el valle sereno. No inquirió el viajero dónde se comía ni dónde se dormía. Inquirió sólo donde estaba la estatua de Simón Bolívar. Y allá fue. «De América soy hijo: a ella me debo —diría luego acaso rememorando este encuentro—. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, esta es la cuna. Deme Venezuela en qué servirla; ella tiene en mí un hijo». Ese hombre era José Martí.

Yo también quise que mi primera visita en Caracas fuese a la plaza de "árboles olorosos y altos" donde el héroe vigila. Como si estuviera esperando siempre la hora de montar a caballo, hube de verlo aquella radiante mañana en que Rómulo Gallegos asumía la primera magistratura de Venezuela. Allí estaba, «en el

cielo de América, vigilante y ceñudo, calzadas aún las botas de campaña», el caraqueño indómito, el creador de pueblos, el profeta de la unidad hispanoamericana, el Libertador por antonomasia. Allí estaba envuelto aún en su capa de fuego, la frente circuida de estrellas, la pupila avizora, la boca apretada, el corazón fragante, la espada en alto, de pie sobre el estribo, demandándonos implacablemente ser lo que somos, hacer lo que falta, domeñar el destino. Y allí, junto a él, escribí en mi libreta de notas la página que ahora arranco y a seguidas leo.

Hubiera podido ser un varón de Plutarco, un héroe de Carlyle, un hombre representativo de Emerson. Su personalidad avasalladora, sus dichos inusitados y sus hechos fabulosos le imprimen centelleante perfil simbólico a su figura y valor de paradigma a su conducta. No tiene antecedentes ni pares en América. Simón Bolívar fue único. Y, porque lo fue, no tolera paralelismos. Solitario, señero, inmensurable. El picacho más inaccesible de los Andes sería el único pedestal de su estatua.

La tormentosa parábola de su vida es la de un predestinado de la historia. Se le advierte en la mirada, en el gesto, en la vibración del espíritu, que vino para darse a los otros en **grandioso** holocausto. Joven aún, tuvo en Roma, en la majestuosa soledad del Aventino, la deslumbrante revelación de su futuro. Allí, en un crepúsculo escarlata, en diálogo consigo mismo, la historia en aleccionador despliegue a sus plantas, jura consagrarse a la redención de la patria esclavizada. No cesaría ya en el magno propósito. No descansaría ya hasta alcanzarlo.

Vela enfebrecido sus armas en espera del alba. *El Contrato Social* de Juan Jacobo Rousseau es su libro de caballería. Y su numen la vasca María Teresa Rodríguez. La ama con pasión que tiene de llama y de flor; pero aquel amor de poseso se le malogra en primavera, sumiéndolo en una desesperación sin esperanza. Mas sólo es un instante. Su viudez prematura lo desposaría para siempre con la causa de la libertad americana. Como **Aldonza** Lorenzo al hidalgo manchego, María Teresa Rodríguez se le transformó en Dulcinea. Y por esa Dulcinea peleará sin descanso, para ella serán sus trofeos, sobre ella —heroína anónima del poema épico de 1810— se yergue hoy refulgente su gloria.

En las vísperas de la gran gesta revolucionaria, un violento terremoto sacude a Caracas. Bolívar esculpió entonces, entre las ruinas humeantes de la ciudad empavorecida, una frase que da la más exacta medida de su estatura humana: «Si la naturaleza se opone a nuestra independencia, lucharemos contra la naturaleza y la someteremos». La suerte del imperio español estaba echada.

Con un puñado de héroes, Bolívar inicia la más ingente y sobrecogedora empresa que recuerdan los siglos. Arremete de norte a sur y de sur a norte. Va y

viene por las cordilleras como por casa propia. Reta los ríos, los abismos, las ventiscas, el hambre, la adversidad. Destruye y funda. Somete a los díscolos. Disciplina las turbas. Libera a Venezuela, a Colombia, a Ecuador, a Perú. Fatiga la proeza. Gana la independencia y la inmortalidad. Y sueña con la unidad real de todos nuestros pueblos y porfía denodadamente por realizarla. La emancipación de Cuba obsesiona sus noches. Y todavía le sobran fuerzas para redactar constituciones, arengas, proclamas y cartas y para resistir a pie firme la ingratitud y la maldad de los hombres. Quijotesca fue su vida. Mucho más quijotesca su muerte.

Su faena, inconclusa, está sobremanera urgida de milites. Desunidos y dispersos, aun están nuestros pueblos a merced de la montonera y más que nunca los imperialismos ciernen su garra codiciosa sobre ellos. Hay que decirlo. Todavía tiene mucho que hacer en América el invicto acero de aquel que fue «grande en el infortunio, grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de su grandeza». Y, por eso, ahí está señalando la ruta el héroe impar, el profeta de la unidad hispanoamericana, el libertador sin segundo, el padre de todos, el que aró en la tierra. Mientras haya una injusticia que reparar, un derecho que restablecer, una miseria que redimir, un caudillo que derrocar y un explotador que expropiar, la obra de Simón Bolívar no estará coronada. Y hasta entonces le estará vedado el reposo, hasta entonces será nuestro guía, hasta entonces habrá que imitarle.

Eso escribí junto a la estatua de Simón Bolívar, mientras Caracas, enojada de orquídeas y resplandeciente de gozo, festejaba de nuevo la reconquista de la libertad. Extraviada mil veces por el **gendarme** necesario y el cesarismo letrado, vendida su entraña al imperialismo, ubre inagotable de generalillos y doctores, Venezuela reanudaba su verdadero camino, el que Simón Bolívar le roturó con su brazo, pero a la altura del tiempo. La Junta Revolucionaria de Gobierno, presidida sin vacilaciones ni dobleces por Rómulo Betancourt, le había restituido al pueblo venezolano —suceso que nunca se ponderará bastante— el pleno ejercicio de su soberanía, en cumplimiento solemne de la palabra empeñada. El sufragio universal, secreto y directo, promovería a la presidencia de la república, en comicios intachables, al primer novelista de América. Se repetía exactamente, ochenta años después, cuando la barbarie imperaba rampante en pueblos vecinos, el caso insólito de Domingo Faustino Sarmiento. La inteligencia, que tan decisiva participación tuviera en la hora memorable de la fundación, volvía por sus fueros desconocidos, ensanchando promisoriamente el angosto horizonte de la política americana.

Dejé a Venezuela disfrutando de un régimen democrático como probablemente no había otro igual en América. Su honda raíz popular, su autonomía de movimiento, su impulso creador y su espíritu de servicio le infundían características propias y le asignaban señero papel. Ni a movimiento revolucionario alguno en los últimos años le era dable exhibir personeros tan probos como los que habían forjado ese régimen, entre el asalto renovado de la reacción, la presión de las empresas petroleras y la hostilidad de las autocracias tropicales, cobijo y trinchera del gamonalismo acorralado. De aquellos auténticos servidores del pueblo a los mesías de pacotilla que por aquí nos gastamos, mediaba, ostensiblemente, un abismo insalvable. No sin profunda melancolía he de reconocerlo.

Era evidente, a todas luces, que los cambios fundamentales operados en la vida de Venezuela durante la última década pregonaban, a pleno pulmón, lo que iba de Juan Vicente Gómez a Rómulo Gallegos: Santos Luzardo había vencido a Doña Bárbara. Y, entre dificultades y asechanzas, el espectáculo maravilloso de un pueblo en marcha hacia el porvenir.

Si algún gobierno de nuestra América cumplía su cometido en consonancia con sus deberes, era, sin duda, el encabezado por el esclarecido autor de **Canaima**, por el hombre que plasmó vívidamente en sus novelas la oscura tragedia de los desheredados de su tierra. Venía este gobierno limpiamente de las urnas y contaba con el respaldo mayoritario del pueblo venezolano. Sus promesas electorales se iban cumpliendo. El poder civil había recobrado sus prestigios bajo la diestra dirección de Rómulo Gallegos. Se administraban los fondos públicos con ejemplar pulcritud. Un profundo espíritu de justicia inspiraba las relaciones entre el capital y el trabajo. Difundía las luces, promulgaba la reforma agraria, fomentaba la marina mercante, ponía a raya la desapoderada explotación del petróleo venezolano, respetaba todos los credos, mantenía celosamente incólume la dignidad nacional. Venezuela volvía a ser otra vez, bajo el gobierno constitucional de Rómulo Gallegos, gonfalon y vanguardia. Y otra vez se daba la singular circunstancia de que América pudiera ser lo que Venezuela quisiera que fuese.

El cuartelazo militar, urdido por Carlos Delgado Chalbaud y alentado por las empresas petroleras, las oligarquías montaraces, los partidos reaccionarios, los usurpadores fugitivos y los dictadores del continente, torcería de súbito el rumbo de Venezuela en el camino de la democracia. No importan los pretextos que la Junta Militar haya invocado para justificar su criminal atentado a la voluntad, libremente expresada, del pueblo venezolano. Lo importante es que ha derogado la constitución de 1947, disuelto el Congreso, ilegalizado el partido Acción Democrática,

clausurado su prensa, encarcelado a sus dirigentes, perseguido a sus afiliados y establecido un régimen de terror de típica factura gomecista. Lo importante es que en Venezuela impera hoy la paz de los cementerios y ha retornado La Rotunda con su tenebroso halo de torturas y crímenes.

No reviste menos trascendencia la enorme repercusión que ha suscitado en nuestros pueblos el golpe militar que depuso a Rómulo Gallegos. La protesta se generaliza por instantes y la solidaridad con el movimiento popular venezolano ha ido creciendo por días. Prueba inequívoca de ello es la cálida acogida que se le ha tributado en Cuba a los proscriptos venezolanos y, particularmente, a Rómulo Gallegos. Cuba entera se ha alzado vibrante y generosa junto a éste, que es hoy el más alto símbolo de la democracia americana.

El drama es común y en común se precisa afrontarlo. Los pueblos que Simón Bolívar redimió con su brazo viven hoy la coyuntura más crítica de su historia. La cuesta fatigosamente escalada en un siglo, a precio de sacrificios inauditos y de torrenceras de sangre se está desandando con ritmo vertiginoso. De nuevo, **Facundo** resurrecto anda en jeep haciendo de las suyas. No hay hacerse ilusiones. Mientras le rendimos ferviente homenaje esta noche a Venezuela en el aniversario de su independencia, la siniestra maquinaria que derrocó al régimen democrático de Rómulo Gallegos conspira activamente en todos los parajes aun libres de nuestra América, en solapado contubernio con los monopolios extranjeros, Nadie puede sentirse seguro en esta hora de no ser alevosamente asaltado por estas fuerzas cerriles y uncidos por la violencia a la coyunda de mandones rapaces y de camarillas sin entrañas.

De toda suerte, es al pueblo venezolano a quien incumbe pronunciar la última palabra en el sombrío acto que le ha tocado vivir en este drama americano. Esa palabra ya está siendo escuchada. La lucha ha comenzado y sus frutos están madurando a ojos vista. En esta contienda el pueblo venezolano no está solo. Ya la han reanudado, con indomable coraje, sus líderes en el destierro. Nuestros pueblos todos están ya en la trinchera. Hay que impedir, a todo trance, que la Junta Militar sea reconocida por los gobiernos legítimos que aun restan en nuestra América. Reconocer esa Junta —ha dicho Rómulo Gallegos, el presidente que supo caer del lado de la honra— es una inmoralidad histórica, es una vergüenza para el gobierno que lo haga». Y hay que luchar, en pareja medida, por el restablecimiento de la democracia en Venezuela. Lidar por ella, para Venezuela, es lidiar por ella para Cuba. La libertad es indivisible y la felonía de Carlos Delgado Chalbaud puede repetirse en cualquier parte y en cualquier momento.



Simón Bolívar ha vuelto al camino. Y de nuevo en Venezuela y Perú, en Santo Domingo y Nicaragua, en Argentina y España, en Puerto Rico y Paraguay, para decirlo con los versos flamígeros de Rubén Martínez Villena:

Hace falta una carga para matar bribones,  
para acabar la obra de las revoluciones;  
para vengar a los muertos, que padecen ultraje;  
para limpiar la costra tenaz del coloniaje;  
para que nuestros hijos no mendiguen de hinojos  
la patria que los padres nos ganaron de pie.

Tomado de *15 años después*, Editorial Librería Selecta, La Habana, 1950

### **España y América**

El recrudecimiento de la campaña submarina nazi y la grave amenaza que parece cernirse sobre Australia constituyen hoy el toque de alarma para muchos comentaristas. No es esa, sin embargo, la más inquietante característica que ofrece la guerra en estos momentos. Si resulta asaz ingenuo suponer que la rendición incondicional, o la derrota aplastante, están a punto de producirse, es indubitable, en cambio, que el desenlace del conflicto no puede ser ya otro que la derrota militar del eje. Lo alarmante no son los múltiples reveses y alternativas que aún quedan por arrostrar. Lo que preocupa y angustia es el ostensible retraso político que se observa en algunos círculos dirigentes de las Naciones Unidas en relación con el progreso general de las operaciones bélicas.

No resulta exagerado afirmar que, a partir del desembarco norteamericano en el norte de África y de la contraofensiva soviética de invierno, el ritmo entre ambos aspectos se ha ido desarrollando en detrimento de las fuerzas liberadoras que pugnan por descuajar las raíces del fascismo. En ese sentido, estamos hoy mucho peor que en 1940, no obstante los denodados esfuerzos de los líderes más sagaces y precavidos de las Naciones Unidas, que saben sobradamente que por ese camino la postguerra será la continuación de la guerra por otros medios. A ese sombrío refloreCIMIENTO de las tendencias reaccionarias y apaciguadoras, responden el confinamiento indefinido de Gandhi y de Nehru, el predominio de los elementos pro Vichy en la administración del norte de África, el tratamiento colonial a

determinados países de nuestra América y, sobre todo, la política contemporizadora con el régimen franquista, palafrenero convicto y confeso de las potencias totalitarias. La repulsa popular a esta concepción fascista de la guerra, que conlleva dialécticamente una concepción fascista de la paz, ha sido tan vigorosa y sostenida que ha sido preciso aplacarla urgentemente: a eso responden el viaje de Anthony Eden a Washington, el periplo de Henry A. Wallace a la América del Sur, la trascendental perorata del embajador de México en nuestro país el último de 14 de abril —replicada en aclarador discurso por el embajador de Estados Unidos y la inesperada entrevista de los presidentes Roosevelt y Avila Camacho, en la que hubo de ratificarse los objetivos antifascistas de la guerra.

No basta, desgraciadamente, el mero canje de palabras para cegar los focos reaccionarios que destilan su ponzoñoso influjo aquende y allende el Atlántico. Es preciso extirparlos sin contemplaciones, como pústulas malignas, lo mismo en Inglaterra, que en Estados Unidos, en México o en Cuba, cundida de falangistas, saboteadores y espías; pero poco habríamos conseguido si no se resuelve a fondo el virulento problema de la India, la turbia situación del norte de Africa y la dramática cuestión de España, que tan vivamente hiere la sensibilidad democrática de nuestra América. Sobre ésta he de concentrar hoy mi atención,

Sería en verdad ocioso, a estas alturas, ponerse a demostrar que la guerra de España fue el sangriento prólogo de ésta que ahora se libra en escala universal. Es cosa sabida y aceptada por todos los que nada tuvo, ni tienen que ver, con las fuerzas que concibieron, organizaron y llevaron a cabo el asalto gansteril a la república española, uno de los más efectivos y promisoros baluartes de la democracia, del progreso y de la justicia social. Pero lo que no resulta ya ocioso demostrar y sí obligado difundir es que el pueblo que se enfrentara solo con las potencias totalitarias, en impar despilfarro de bravura y sacrificio, yace hoy olvidado y ofendido en manos de sus verdugos por aquellos que se proclaman campeones de la libertad humana. De ahí que la piedra de toque para definir qué es ser antifascista sea —hoy más que ayer— la actitud que se adopte frente al problema español. Quien lo soslaya o posterga, evidentemente no lo es, por mucho que lo proclame, Y, menos aún, si intenta justificar su postura por razones de tipo pragmático. En este caso se comete delito de lesa democracia. Se es autor póstumo del crimen perpetrado con España.

Si la política española de las Naciones Unidas se ha caracterizado hasta ahora por su desconocimiento de la causa republicana y por su manifiesta tolerancia de los reiterados pronunciamientos totalitarios de Franco y de su descocada ayuda a las

armas italoalemanas en el norte de África, inmovilizando una gran masa del ejército norteamericano, los pueblos todos han reclamado, con significativa insistencia, una abierta ruptura con el régimen fascista dominante en España. Aun no hace mucho que los obreros portuarios de Estados Unidos se negaron a cargar mercancías para España, por considerar a ésta como simple estación de trasbordo de Alemania e Italia. La mayoría de nuestros pueblos se ha producido constantemente contra toda clase de ayuda a Franco. Este general repudio es un síntoma magnífico; lo que ahora urge y precisa es lograr que en la invasión que preparan del continente europeo las Naciones Unidas rompan todo contacto con Franco y se apresten a liberar al pueblo español de la terrible coyunda que padece —en gran medida por la negligencia y complicidad de aquellas con los agresores— e incorporarlo como merece y reclama la honra universal, en la vanguardia de los ejércitos que marchen sobre Roma y Berlín.

Contribuir a que ello acontezca, es uno de los deberes fundamentales de los pueblos hispanoamericanos, obligados, por imperativos históricos, a reconquistar a España para la libertad, en una guerra de independencia contra los españoles que negaron la nuestra y aspiran hoy a arrebatárnosla en connivencia con los guerrilleros y voluntarios de nuevo cuño. En esta noble, generosa y democrática empresa, que nuestros próceres hubieran encabezado resueltamente, nos va, en rigor, nuestra salvación futura, como herederos y custodios que somos de un reservorio de valores, tradiciones y estilos que caracterizan y definen nuestra posición en el mundo de la cultura. No cabe ya ignorarlo. La libre comunidad cultural hispanoamericana es la única forma de existencia histórica en que podrán convivir y entenderse la nueva España y los pueblos de este hemisferio, otrora sojuzgados y exprimidos por la España que tiene en el régimen franquista su más acabada expresión y contra la cual se levantaron los buenos españoles, los que sufrieron, por no querer ser ofendidos en sus almas libres, la persecución, la arbitrariedad, el despojo y la muerte, en descomunal epopeya que se inicia con los comuneros de Castilla, se magnifica ante la invasión napoleónica, sacude al mundo con la defensa de Madrid y rezuma hoy sangre, dolor y miseria en los campos de concentración de la democracia y en la dramática dispersión del exilio. Esa España, la España vital que José Martí contrapuso a la España oficial, la España de los españoles que aman la libertad, la que **nos respeta** y nosotros respetamos —raíces calcinadas en invisible retoño— es la que forma parte de nuestra herencia histórica y la que es deber nuestro salvar ahora y ayudar después en la hora decisiva de la reconstrucción.

La emocionada apelación dirigida recientemente a nuestros pueblos por Gustavo Pittaluga —figura representativa de la España en éxodo— será, sin duda, escuchada. Ya lo está siendo. Pero, si a su voz esclarecida se sumaran la de todos los desterrados ilustres que representan hoy las esencias más alquitaradas de su pueblo en América, y se lograra sellar la unidad inquebrantable de todos los españoles republicanos en un programa de acción inmediata y de amplias perspectivas ulteriores, se habría dado un extraordinario paso de avance en el establecimiento de un mundo libre, justo y pacífico.

Tomado de *Viento Sur* [Trabajos y artículos], Editorial Selecta, La Habana 1953

### **José Martí y el destino americano**

De cara al enemigo, como había soñado en las noches interminables del exilio y pedido en versos anhelantes, murió José Martí el 19 de mayo de 1895. Moría por la independencia de Cuba y Puerto Rico y por el destino de América y el decoro humano. Momentos antes de partir rumbo a Santo Domingo —donde lo aguardaba ya impaciente y calzado y con la estrella rutilante en el sombrero mambí el generísimo Máximo Gómez— había escrito al Club 10 de Octubre de Puerto Plata: "Estamos haciendo obra universal Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos". "Hasta hoy —dirá enseguida en nuestra tierra oriental— "donde las palmas son más altas y aguardan a los guerreros como novias, no me he sentido hombre. He vivido avergonzado y arrastrando la cadena de mí patria toda mi vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo; este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio." Y el 18 de mayo, en el pórtico mismo de su caída estremecedora, en carta a Manuel Mercado, recogería, con emoción difícilmente sofrenada, lo más puro y perdurable de su pensamiento revolucionario: "Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimo con que realizarlo— de impedir, a tiempo, con la independencia de Cuba y Puerto Rico, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso." La urgencia ineludible del combate dejó trunca esa carta y trunca también la obra magna a la que José Martí había ofrendado su vida.

Pero esa vida y esa obra no han muerto en Dos Ríos. Mientras la colonia siga viviendo dentro de la república y Puerto Rico se debata a nuestras propias puertas en duelo heroico con el imperialismo norteamericano y casi toda América sufra en sus

carnes laceradas la tenaza mortal de la dominación extranjera y sienta sus entrañas roídas por el buitre de la tiranía, ahora miméticamente revestido con plumaje **pseudo fascista**, la obra de José Martí necesitará ser completada y su pensamiento político tendrá todavía mucho que hacer en América, junto con la espada de Simón Bolívar y **el rifle de Sandino**. Y cabalmente por eso, porque José Martí vive y alienta y está presto de nuevo, en su caballo piafante, a pelear por la libertad americana y la justicia social, urge rescatarlo de los falsos intérpretes de su doctrina, de los que usufructúan desvergonzadamente su sacrificio, de los que, titulándose discípulos suyos, no han vacilado en transformar su devoción en cheque y de los que, entre estos últimos, han exhibido, con inaudito descoco, como propios, sus inconfundibles tesoros literarios. Hay que rescatarlo de manos purulentas y de labios impuros y convertirlo otra vez en bandera de fe y esperanza, en tribuna y trinchera. Es hora ya, en fin, de que José Martí viva, como anheló y pidió vivir, diluido, como misteriosa esencia, en las raíces más insobornables de los desheredados y perseguidos de América. A contribuir a lograrlo estamos imperiosamente obligados cuantos formamos en la vanguardia de nuestra segunda guerra de independencia. Y a coadyuvar a ese rescate urgentísimo vengo precisamente esta noche, invitado por una sociedad juvenil que ha puesto sus levantados afanes bajo la advocación iluminada de José Ingenieros, un excelso animador de juventudes, desaparecido en plena granazón de sus fecundas inquietudes con el perfil bizarramente vuelto hacia los tiempos nuevos.

No se ha dado aún una versión condigna de la vida trepidante y generosa de José Martí ni se ha sustanciado plenamente el alcance de su pensamiento político. Julio Antonio Mella —que amó tanto a Martí como el más ferviente martiíolatra— juzgó esa faena "una necesidad, no ya un deber con la época". Y más de una vez soñó escribir un libro sobre Martí "en una prisión, sobre el puente de un barco, o en el vagón de tercera de un ferrocarril, o en la cama de un hospital, convaleciente de cualquier enfermedad", ya que esos eran para él —espíritu atorbellinado, totalmente dado a la apostólica tarea de transformar el mundo— "los instantes que más incitan a trabajar con el pensamiento". Balas arteras troncharon aquella vida impetuosa y resplandeciente que era esperanza y clarín de los oprimidos. Mella —como nosotros— anhelaba arrancar a Martí de "tanto mercachifle, de tanto adulón, de tanto patriotero, de tanto hipócrita que habla o escribe sobre él". Ese libro, empero, aún por hacerse, tiene que escribirse y sólo una pluma limpia y viril, genuinamente revolucionaria, podrá rematar victoriosamente tamaña empresa. Ese libro deberá devolvernos, como fue, aquella vibrante y poemática figura, "la personalidad más

conmovedora, patética y profunda —para decirlo con palabras de Fernando de los Ríos en ocasión memorable— que ha producido hasta ahora el alma hispana en América." En las páginas de ese libro, deberá estar todo Martí —el poeta más preocupado de la utilidad de la belleza que de su goce subjetivo, el escritor coruscante y personalísimo, el tribuno de vuelos inusitados y abisales hallazgos, el amador infatigable que calcinó brumas y malogró primaveras—; pero estará sobre todo, como síntesis radiante de esas descollantes cualidades, el revolucionario ejemplar. Y ya estaremos entonces en aptitud de mensurar en toda su estatura al hombre que afirmó, para siempre, que "las etapas de los pueblos no se cuentan por sus épocas de sometimiento infructuoso sino por sus instantes de rebelión.". Quién realice ese libro se hará digno de gratitud permanente. Mientras no se realice, que contribuya cada cual en su medida a difundir los momentos estelares de la vida de José Martí y a desentrañar la esencia de su pensamiento revolucionario, proyectando su luz potentísima sobre las tinieblas enconadas del presente americano, solo rotas por esa claridad de alba que viene de México.

No es posible en el reducido perímetro de estas palabras hacer un ordenado relato biográfico de José Martí. Ni centrar la atención en un análisis taladrante de su señera individualidad literaria. "Nunca la lengua nuestra —sentenció Rubén Darío— tuvo mejores tintes, caprichos y bizarrías. **Sobre el Niágara castelariano milagroso Iris de América**". En definitiva, ello no afecta sustancialmente al desarrollo de la tesis que me propongo mantener: fijar el sentido americano de la concepción revolucionaria de José Martí y los batientes aún beligerantes, denodadamente combativos que conserva, no obstante vivir el continente un nuevo tiempo histórico.

La vocación revolucionaria despuntó tempranamente en José Martí. A los diez y siete años apenas, fue llevado, junto con Fermín Valdés Domínguez, ante un Consejo de Guerra y condenado a seis años de presidio. Fue su primer contronazo con el aparato represivo de la España colonial. Inevitablemente, sube al recuerdo su condenación inapelable: "Si Dante hubiera estado en presidio, no hubiera tenido necesidad de pintar al infierno: lo hubiera copiado". Conmutada la pena por la de destierro, Martí fue deportado a España donde radica hasta 1874. Al instaurarse la República en España, Martí se enfrenta con ella, demandándole el reconocimiento inmediato de la independencia cubana, ya ganada en desigual contienda contra los ejércitos bien nutridos y equipados de la monarquía. De España, pasó Martí a Francia y de Inglaterra embarcó para México. Fue aquel, sin duda, un momento crucial de su existencia. México era América, la América de Juárez, "más grande por infeliz

y por nuestra que la América de Lincoln". Allí, a la vera de los volcanes humeantes y de la indiada exprimida, trabó Martí conocimiento entrañable con nuestra realidad americana, una realidad amasada de injusticias y pletórica de ímpetus. Una realidad que "no venía de Washington ni de Rousseau sino de sí misma" y urgida, en consecuencia, de "plasmar en formas nuevas propias un fermento largo tiempo en maceración". América fue así, para José Martí, el "continente de la esperanza humana". Y al declararse hijo suyo se consagró a su "revelación, sacudimiento y fundación urgente", en un afán desbordado de "poner alma a alma y mano a mano a los pueblos de nuestra América".

La estancia de Martí en México fue pródiga en afanes literarios y políticos. La Revista Universal guarda en sus páginas huellas refulgentes de su genio. Y aún resuena en el Liceo Hidalgo el eco de su oratoria espejeante, muy apretada de ideas y lujosa de imágenes. México le robó el corazón y le maduró la pupila, incendiada por la guerra cubana. "México —escribe— no yerra, y se afianza y **agrega** mientras se encona y desempone el vecino del Norte". En México, como en Guatemala —añade— hay indios puros que no se han rendido jamás. Sus caballos son águilas y sus ojos son flechas. Caen como una avalancha, lancean el aire y desaparecen. A lo lejos se ve, por entre la polvareda, el dorso del jinete, echado sobre el potro y la línea del monte. Y eso es, en verdad, el alma de México, que hace bien en deshelar, como deshiela ahora, la raza india, donde residen su libertad y su fuerza". Años más tarde, y en acto organizado por la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor a México, saludará en éste "al pueblo ejemplar y prudente de América, la república que viene a ser en América como la levadura de la libertad". Y angustiado por su destino le recordará severamente su heroico e ineludible deber continental: " ¡Oh México querido! ¡Oh México adorado, ve los peligros que te cercan! ¡Oye el clamor de un hijo tuyo, que no nació de ti! Por el Norte un vecino avieso se cuaja. Tú te ordenarás, tú entenderás, tú te guiarás; yo habré muerto, ¡oh México!, por defenderte y amarte; pero si tus manos flaqueasen y no fueras digno de tu deber continental, yo lloraría, debajo de la tierra, con lágrimas que serían luego velas de hierro para lanzas, como un hijo, clavado a su ataúd, ve que un gusano le come a la madre las entrañas".

México le abre las talanqueras de América y por ellas se entra Martí jubiloso e inquieto, como quien penetra en selva virgen. Pero América seguirá siendo México y Martí volverá de la hazaña con el jolongo repleto de maravillas y mieles y hondamente perturbado el espíritu por el destino de esas tierras, presas codiciadas del "Norte revuelto y brutal que las desprecia". A Guatemala —que arrancó de su

pecho un dolor perfumado que su don lírico le transfundirá vida eterna— tributa Martí, en célebre folleto, un elogio ferviente mil veces reproducido. "Bella y notable, fraternal y próspera dice— la tierra guatemalteca donde el trabajo es hábito, naturaleza la virtud, tradición el cariño, azul el cielo, fértil la tierra, hermosa la mujer y bueno el hombre". Para Costa Rica, vuelca la cornucopia inagotable de su admiración y cariño: "tierra que siempre defendí y amé por justa y por viril, por hospitalaria y trabajadora, por sagaz y por nueva". Y le suplica a sus amigos de Costa Rica que le "permitan servirla como hijo". Ante Honduras —"pueblo generoso y simpático en que se debe tener fé"- alterna la loa con la observación previsor: "De tiempo atrás venía apenando a los observadores americanos la imprudente facilidad con que Honduras, por sin razón visible más confiada en los extraños que en los propios, se abrió a la gente rubia que con la fama de progreso le iba del Norte a obtener allí, a todo por nada, las empresas pingües que en su tierra se les escasean o se les sientan". Venezuela y sus manes heroicos se le asocian en el recuerdo estremecido: "Yo no sé que haya derecho más grato que el de admirar como hijo al pueblo por donde América mostró al mundo cómo la libertad vence desnuda, sin más cureña que el lomo del caballo ni más rancho que recortes de cuero, al poder injusto que se socorre de las riquezas de la tiranía y del mismo ciego favor de la naturaleza; de venerar como hijo a la tierra que nos ha dado en nuestro primer guerrero nuestro primer político y el más profundo de nuestros legisladores en el más terso y artístico de nuestros poetas: **ele amar como hijo a la república donde las almas, a modo de espada, de fábrica finísima, son todas de acero, que pica frente a frente, para quién les pellizca la dignidad o les rebana la tierra del país, y para el que afuera va a pedirles tierra y pan son todas puños de oro**". "De sociología —concluye— se sabe poco y de sus leyes tan precisas como esta: los pueblos de América son más libres y prósperos a medida que más se apartan de los Estados Unidos."

Formulada en las entrañas mismas del "monstruo", fruto directo de la observación y del estudio de la realidad norteamericana, esta ley sociológica ya no se apartará nunca de la meditación y de la acción política de Martí. Sobre esa ley sociológica se levanta su concepción revolucionaria del problema antillano y de sus implicaciones y consecuencias continentales. "El fiel de América —afirma con perspicacia asombradora— está en las Antillas que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder —mero fortín de la Roma americana—; y si libres —y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora— serían en el



continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aun amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio —por desdicha feudal ya, y repartido en secciones hostiles— hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orden por el predominio del mundo." "La libertad de Cuba y Puerto Rico —añade— son indispensables para la familia hispanoamericana en el continente, donde los vecinos de habla inglesa codician la clave de las Antillas para cerrar con ellas todo el norte por el istmo y caer luego, con todo su peso, por el sur".

La revolución cubana no podía, pues, sin traicionar su alto destino histórico, enmarcarse egoístamente a la isla oprimida. La revolución cubana tenía, a la vez que liberar a Puerto Rico del yugo español, levantar, con su triunfo, un farallón inexpugnable a la expansión norteamericana, ya a punto de **cuajar** en proceso imperialista. Y para lograrlo precisaba ensanchar y revitalizar el contenido histórico de esa revolución e impedir que, con su participación, los Estados Unidos capitalizaran en provecho de sus financieros y **polítiens** el movimiento emancipador. José Martí se dio a esa tarea consciente de sus limitaciones y dificultades.

El alcance histórico de esa tarea plantea una cuestión polémica que es necesario ventilar definitivamente. Se ha discutido más de una vez entre nosotros si Martí trascendió o no en su concepción teórica y práctica el ámbito de la revolución de independencia nacional dentro del cuadro de la democracia burguesa. Es posible, sin duda, subrayar en el ideario martiano más de un luminoso atisbo socialista. Aún más. Cuando Carlos Marx muere, Martí escribió palabras que evidencian, no solo su simpatía vivísima por la figura y la obra portentosa del eximio pensador y revolucionario, sino también una buída penetración política. "Como se puso del lado de los pobres —dijo— merece honor. No fue solo Marx movedor titánico de la cólera de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas y en los destinos de los hombres y hombre comido del ansia de hacer el bien. El veía en todo lo que en sí propio llevaba: **“rebeldía, camino a lo alto, lucha. Suenan músicas y resuenan cantos; pero se notan que no son los de la paz”**". El propio Martí expresó en el poema, en la tribuna y en el artículo, su anhelosa decisión de echar su suerte con los pobres de la tierra.

A mi juicio resultaría sobremanera aventurado hablar de un socialismo martiano. No basta reunir un haz centelleante de frases aisladas y aducirlo como prueba. De todas maneras, aunque Martí hubiera sido íntimamente socialista —que

no lo fue— no habría podido operar como tal en aquella coyuntura. Es incuestionable que cuando el mundo se aprestaba a yugular la nueva opresión, José Martí se disponía a liberar a Cuba y Puerto Rico de un régimen oprobioso, cuya antítesis histórica —realidad terrible— devenía ineluctablemente, en aquella circunstancia, en estadio social en trance de superación. Pero no es menos incuestionable que no existía otra salida real a nuestro problema de entonces que el desencadenamiento de la violencia revolucionaria contra la dominación española, cada día más exasperante y sangrienta. De no haberse percatado de ello, habría revelado Martí una incompreensión sustantiva para interpretar la correlación de fuerzas dominante en aquel momento. Hombre inmerso en la realidad, no obstante la aureola romántica que coronaba su frente montuosa, Martí se dispuso, por lo contrario, a trabajar con los materiales y modos que la coyuntura ofrecía. Y en esta vinculación profunda de Martí a la necesidad histórica, en ese nexo entrañable suyo con el estado de conciencia de la gran masa cubana, radica, primordialmente, su genialidad política, su ejemplar realismo revolucionario. "Hay que hacer en cada momento —proclamó en alta voz— lo que en cada momento es necesario" y eso hizo él. Hacer en cada instante lo que el instante demandaba. No se trataba sólo de expulsar violentamente a la monarquía española de su último baluarte en América: la revolución de independencia nacional, debía, asimismo, al propio tiempo que sentara una base material de resistencia vigorosa a la ambición yanqui en América, contener los gérmenes de su ulterior superación.

Esta concepción genial de Martí, que lo convierte en pionero de la revolución antiimperialista, hubo de tropezar, naturalmente, con los resabios castrenses de los jefes del 68, prodigiosamente duchos en bélicos menesteres pero cortos de visión política y en algunos núcleos de emigrados, víctimas aun del complejo de inferioridad creado por la prédica falaz de los anexionistas.

Martí fue implacable con unos y con otros. Cuando Máximo Gómez solicita su apoyo para el movimiento armado de 1884, Martí le responde enérgicamente: "Es mi determinación no contribuir con un ápice, por amor ciego a una idea en que está yendo la vida, a traer a mi tierra a un régimen de despotismo personal que sería más vergonzoso y funesto que el despotismo político que ahora soporta, y más grave y difícil de desarraigar porque vendría excusado por algunas virtudes, establecido por la idea encarnada en él y legitimado por el triunfo. Un pueblo no se funda, general, como se manda en un campamento". Y en carta posterior le ratifica que la emancipación de Cuba y Puerto Rico debe "asegurar la independencia amenazada de las Antillas y el equilibrio y porvenir a la familia de nuestros pueblos en América".

Y cuando entre los cubanos de la emigración se encarecen los jugosos beneficios que implicada para Cuba convertirse en un estado más del imperio norteamericano Martí enrojece de cólera y con el látigo quemante de su apóstrofe azota despiadadamente el rostro de los claudicantes. Sólo ante los autonomistas experimenta Martí pareja repulsa que ante los anexionistas de entonces, que son los entreguistas de hoy, los mismos que pretendieron sentarlo en la Mesa Redonda de la Mediación, en contubernio con el imperialismo y los representantes del machadato.

Yo quiero entresacar, como muestra relevante de la actitud irreductible de Martí ante todo intento anexionista y ante todo pupilaje o zalema, estos párrafos convulsos, tomados de su panfleto, publicado en inglés, *Vindicación de Cuba*. "Ningún cubano honrado —escribe— se humillará hasta verse recibido como unapestado moral, por el mero valor de su tierra, en un pueblo que niega su capacidad, insulta su virtud y desprecia su carácter. Hay cubanos que por móviles respetables, por una admiración ardiente al progreso y la libertad, por el presentimiento de sus propias fuerzas en mejores condiciones políticas, por el desdichado conocimiento de la historia y de las tendencias de la anexión, desearían ver la isla ligada a los Estados Unidos. Pero los que han peleado en la guerra y han aprendido en los destierros; los que han levantado, con el trabajo de las manos y la mente, un hogar virtuoso en el corazón de un pueblo hostil; los que por su mérito reconocido como científicos y comerciantes, como empresarios e ingenieros, como maestros, abogados, artistas, periodistas, oradores y poetas, como hombres de inteligencia viva y de actividad poco común, se ven honrados donde quiera ha habido ocasión para desplegar sus cualidades, y justicia para entenderlos; los que, con sus elementos menos preparados, fundaron una ciudad de trabajadores donde los Estados Unidos no tenían más que unas cuantas casuchas en un islote desierto; esos, más numerosos que los otros, no desean la anexión de Cuba a los Estados Unidos. No la necesitan. Admiran esta nación, la más grande de cuantas erigió jamás la libertad; pero desconfían de los elementos funestos que, como gusanos en la sangre, han comenzado en esta república portentosa su obra de destrucción. Han hecho de los héroes de este país sus propios héroes y anhelan el éxito definitivo de la Unión norteamericana, como la gloria mayor de la humanidad; pero no pueden creer honradamente que el individualismo excesivo, la adoración de la riqueza, el júbilo prolongado de una victoria terrible, estén preparando a los Estados Unidos para hacer una nación típica de la libertad, donde no ha de haber opinión basada en el apetito inmoderado de poder, ni adquisición o triunfos contrarios a la bondad y a la justicia. Amamos a la patria de Lincoln tanto como tememos a la patria de Cutting".

Al cabo la tenacidad de Martí logró quebrantar los diques que la miopía de unos y la incompreensión de otros habían fabricado, vertebrando al gran objetivo que el instante demandaba a Maceo y a Moncada, a Máximo Gómez y a Flor Crombet, a los pinos viejos y a los pinos nuevos, a los héroes curtidos del 68 y a los combatientes bisoños del 95. Y para viabilizar ese gran objetivo, para obtener "la independencia de Cuba y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico: surgía y se organizaba el Partido Revolucionario Cubano, que convocaba a la guerra "para bien de América y del mundo". "Pelemos en Cuba —declara Martí ante América y el mundo— para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana". Y en su artículo "Las Antillas" **H. Baldorioty Castro** se refiere a "las tres islas que en lo esencial de su independencia y en la aspiración del porvenir, se tienden los brazos por sobre los mares y se estrechan ante el mundo, como tres tajos de un mismo corazón sangriento, como tres guardianes de la América cordial y verdadera, que sobrepujará al fin a la América ambiciosa, como tres hermanas, las tres Antillas que juntas han de salvarse o juntas han de perecer, las tres vigías de la América hospitalaria y durable, las tres hermanas que de siglos atrás **se vienen cambiando los hijos y enviándose** los libertadores, las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo".

Pero donde se evidencia cumplidamente que el movimiento revolucionario organizado y dirigido por José Martí, se proponía, como objetivo cardinal, impedir que Cuba y Puerto Rico cambiaran de arreos coloniales, o que la independencia teórica fuera sólo vestidura formal de un protectorado efectivo, y a su sombra asfixiante se conjugaran, alegremente, para desangrarnos y empobrecernos, el **millonario** del Norte y el caporal nativo, es en el sentido que Martí le imprime a la guerra y en la misión y contenido que le asigna a la república. La guerra necesaria no va dirigida contra el español ni contra España: va exclusivamente proyectada contra la dominación exhaustiva y opresora de ésta, alimentada y mantenida por la monarquía borbónica y su nobleza manganzona. Como su conocimiento del rol hegemónico que aspiraban a ejercer los Estados Unidos no le impidió enaltecer sus glorias legítimas y sus hombres representativos y **juzgar aliado suyo de la** causa cubana al pueblo norteamericano, víctima, a su vez, de la injusticia y la rapacidad oficiales, Martí advirtió parejamente la coexistencia de dos España radicalmente distintas: la España artificial, desapoderada, cruel, ambiciosa y parasitaria y la España vital, la verdadera, la única, feudo infortunado y transitorio de la otra, contra la cual habría de alzarse para siempre el 18 de julio de 1936 en formidable epopeya. De vivir, José Martí, el último gran enemigo de la España colonial en América, se

inclinaría hoy alborozado y reverente ante el pueblo español en pugna impar contra la invasión extranjera y la reacción monarquizante y feudal y cruzaría su pluma libertadora con el acero invicto y glorioso del general José Miaja, Quijote del antifascismo internacional.

Aunque los fundamentos económicos de la república democrática tienen que enraizarse necesariamente en el sistema general capitalista, Martí quiere que la república cubana —amiga cordial del vecino poderoso y acechante, pero sin interferencias, ni sumisiones, ni hipotecas que la subordinen, esclavizándola, al interés económico y político de su casta dominante— satisfaga la necesidad y el anhelo de cada ciudadano, sin distinción de razas ni de clases, mediante la abolición de todas las desigualdades sociales y una equitativa distribución de la riqueza. Una república de nítida y potente raíz popular, adentrada en el subsuelo nutricio y apoyado en las masas. Su criterio, a este respecto, no admite dudas. Martí encarna en América las esencias más puras y progresistas del pensamiento democrático. "¿La revolución? —responde el líder obrero Baliño— La revolución no es la que vamos a iniciar en la manigua, sino la que vamos a desarrollar en la república." "Si la república —advierte con palabra tajante— no tiene por base el carácter entero de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como un honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre, la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una gota de sangre de nuestros bravos. Para verdades trabajamos y no para sueños. Para libertar a los cubanos trabajamos y no para acorralarlos. Para ajustar en la paz y en la equidad los intereses y derechos de los habitantes leales de Cuba trabajamos y no para erigir a la boca del continente de la república, la mayordomía espantada de Veintimilla, o la hacienda sangrienta de Rosas o el Paraguay lúgubre de Francia." "Hay que impedir —postula categóricamente— que las simpatías de Cuba se tuerzan y esclavicen por ningún interés de grupo, o la autoridad desmedida de una agrupación militar o civil, ni de una comarca determinada, ni de una raza sobre otra". "El hombre —observa certeramente para entonces y para hoy— no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza o a otra: dígame hombre y ya se dicen todos los derechos. El negro, por negro, no es inferior ni superior a ningún otro: peca por redundante el blanco que dice mi raza; peca por redundante el negro que dice: mi raza. Todo lo que divide a los hombres, todo lo que especifica, aparta o acorrala es un pecado contra la humanidad. Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. Dos racistas serían igualmente culpables: el racista blanco y el racista negro". Y

**redondeando** su concepción de la república por cuyo establecimiento efectivo luchaba concreta su aversión profunda a la explotación del hombre por el hombre. El anhelaba —síntesis de su pensamiento político— una república holgada, libre y cordial, donde la ley primera y fundamental fuese el culto a la dignidad plena del hombre. Una república laica y generosa, con "la mesa de pensar al lado de la de ganar el pan", una república sin siervos, ni mendigos, ni apapipios, ni esclavos. "Esclavo -puntualiza- es todo aquel que trabaja para otro que tiene dominio sobre él". "Con los oprimidos —agrega con visión y lenguaje actualísimo— habrá que hacer causa común para afianzar el sistema opuesto a los intereses y al hábito de mando de los opresores. Mientras haya un pobre, a menos que no sea un perezoso o un vicioso, hay una injusticia".

Y, porque así pensaba, José Martí motorizó el movimiento revolucionario de 1895 con las capas sociales más sufridas y humilladas de la colonia. No figuran, por ello, magnates y terratenientes como fuerzas activas del mismo, que en esa circunstancia han encontrado natural guarida —como en 1868 en el anexionismo— en las filas autonomistas, de cuyo seno letrado brotan los más crudos epítetos y las más elegantes y eruditas diatribas contra la cruzada emancipadora. La revolución de 1895 se caracteriza, fundamentalmente, por su acusada fisonomía popular. El núcleo central que la alimenta y viabiliza está constituido por los esclavos, guajiros y obreros, por los callados, amorosos, generosos obreros cubanos, los héroes de la miseria, los pobres de la tierra, esos a quienes el elegante Ruskin llamaba lo más sagrado entre nosotros; esos de quienes el rico colombiano Restrepo decía que solo en su seno se encontraba la absoluta virtud; esos que **“jamás niegan su bolsa a la caridad ni su sangre a la libertad”**. "Todo trabajador —resume Martí— es santo y cada productor es una raíz; y al que traiga trabajo útil y cariño, venga de tierra fría o caliente, se le ha de abrir un hueco ancho, como un árbol nuevo".

Cuando llega la hora ineludible de hacer buena su prédica, de desatar el incendio revolucionario contra una sujeción inquisitorial e insaciable, que sólo representaba los intereses de una minoría parasitaria y dinástica apoyada exclusivamente en la fuerza, mientras el pueblo español sufría la persecución, la ignorancia y el hambre, y por sí mismo, y a través de sus voces más nobles y alertas, se pronunciaba en favor de la independencia cubana, José Martí reitera a Federico Henríquez Carbajal, en carta imperecedera, su visión amplísima del problema cubano: "De Santo Domingo, ¿por qué no le he de hablar ? ¿Eso es cosa distinta de Cuba? Usted no es cubano, ¿Y hay quien lo sea mejor que usted? ¿Y Gómez no es cubano? ¿Y yo que soy ¿Y quien me fija suelo? ¿No fue mía, y orgullo mío, el alma

que me envolvió, y alrededor mío palpitó la voz de usted, en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquello y va con aquello. Yo obedezco, y aún diré que acato como superior dispensación y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de la libertad de Cuba. Hagamos, por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo del mar hace la cordillera del fuego andino. Yo alzaré al mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo." Cuando partió rumbo a Cuba —en débil barquichuelo y la mar tormentosa— llevaba consigo, junto a su pecho jadeante de dicha y de angustia, el destino de América.

La caída de José Martí, fulminado por la metralla española, fue catastrófica para Cuba y Puerto Rico en el más legítimo sentido del vocablo. Y, también para América. El nuevo Delegado, Tomás Estrada Palma, hizo cuanto pudo por hipotecar, antes de nacida, la república de Cuba. Y la causa puertorriqueña fue miserablemente abandonada a su suerte. Coincidiendo con estas torpezas, hizo su aparición en Estados Unidos —ya completada su expansión interior a expensas de las regiones más Opulentas de México— el capital monopolista, ávido de nuevos mercados y de nuevos territorios, preferentemente poco desarrollados, donde volcar el excedente de su producción mecánica, extraer materias primas fundamentales para la industria en ascenso e invertir óptimamente sus dólares inactivos. Pero a la vez necesitaban los Estados Unidos robustecer por imperativos estratégicos y ulteriores miras —singularmente la hegemonía del istmo de Panamá— su posición en el mar Caribe, disputada tercamente por Inglaterra durante un siglo. Su intervención en la guerra hispano cubana señala el inicio de la etapa imperialista en dicho país. El derrumbamiento del poderío español en América —que coincidió con una resurrección de la voluntad histórica de España, expresada, enérgicamente, en un repertorio homogéneo de ideas políticas, sociales y literarias encaminadas a remover los fundamentos mismos de un Estado oligárquico, corrompido y obsoleto, que despilfarraba sus recaudaciones en sostener la intolerancia religiosa y una maquinaria militar hipertrofiada e incapaz— fue substituido, de esta manera, por la dominación colonial de los Estados Unidos en Puerto Rico y por el control económico y político de Cuba mediante la Enmienda Platt y facilitado por la apertura, sin limitaciones, de nuestras posibilidades y riquezas, a sus banqueros y negociantes. "El suelo —había prevenido Martí— es la única propiedad plena del

hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás". Nada valió la palabra admonitoria, y profética de Manuel Sanguily en el Senado de la república y mucho menos su proyecto de ley -que ni siquiera fue discutido -prohibiendo la enajenación de nuestras tierras y bienes raíces. La obra generosa, trascendental y revolucionaria de José Martí quedó así frustrada, por su muerte prematura y por la conjunción de factores hostiles. Las consecuencias de esa frustración la hemos sufrido durante treinta y seis años de farsa pseudodemocrática, y de realidad colonial, en que Cuba ha sido patrimonio sangriento de una minoría victoriosa y factoría azucarera, presidio de cañas amargas. Contra lo que él predicó y se propuso, la república ha sido —es hoy más que nunca— "la perpetuación con formas nuevas, o con alteraciones más aparentes que esenciales del espíritu autoritario y burocrático de la colonia". La curva del sojuzgamiento económico marca ya sus temperaturas más altas. Cuba —tierra de feracidad milagrosa, verdadero paraíso antillano por su clima y estupenda posición geográfica— vive una vida anémica y empantanada, a merced de las barreras arancelarias norteamericanas y de los unilaterales tratados de reciprocidad.

Martí dejó, a este respecto, observaciones que son indispensables recordar en esta hora cubana todavía puerilmente embriagada con la fanfarria demagógica de la Conferencia de Buenos Aires:

"Quien dice unión económica dice unión política. El pueblo que compra manda. El pueblo que vende sirve. Hay que asegurar el comercio para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir vende a un solo pueblo y el que quiere salvarse vende a más de uno. El influjo excesivo de un país sobre otro, se convierte en influjo político. La política es obra de hombres, que rinden sus sentimientos al interés, o sacrifican al interés una parte de sus sentimientos. Cuando un pueblo fuerte quiere dar batalla a otro, compele a la alianza y al servicio, a los que necesitan de él. Lo primero que hace un pueblo para llegar a arruinar a otro, es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir a alguno, prefiera al que lo necesita menos, al que lo desdeñe menos. **Ni unidos de América** contra Europa ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga, sino en la mente de algún candidato, o algún bachiller, a unión política. El comercio va por las vertientes de la tierra y agua detrás de quien tiene algo que cambiar por él, sea monarquía o república. La unión con el mundo, y no



con una parte de él, contra otra. Si algún oficio tiene la familia de repúblicas de América, no es ir de arría de una de ellas contra las repúblicas futuras".

Por su parte, Puerto Rico pasó a poder de los Estados Unidos, para ser "civilizado", el 25 de julio de 1898, sin el consentimiento de su pueblo y como consecuencia del Tratado de París de 11 de abril del propio año, suscrito exclusivamente por plenipotenciarios españoles y norteamericanos. Mientras Cuba, a pesar de la Joint Resolution quedaba temporalmente intervenida, Puerto Rico era cedido graciosamente por la monarquía española a la democracia yanqui: Yo me imagino la ira tempestuosa que debe sacudir al pueblo borinqueño al recuerdo de la promesa mendaz: "El pueblo de los Estados Unidos —afirmó enfáticamente el general Nelson A Miles, comandante en jefe de las fuerzas usurpadoras— viene a Puerto Rico en nombre de la humanidad y de la justicia, portando el estandarte de la libertad, inspirado en un noble propósito. La bandera roja y gualda fue solemnemente arriada y en su lugar desplegada la de las barras y las estrellas. El gobierno y las autoridades peninsulares fueron substituidos por funcionarios norteamericanos. Sin preguntarle su opinión al pueblo puertorriqueño, la Constitución Autonómica —que ofrecía relativas ventajas económicas y políticas— quedó inmediatamente derogada. El pueblo borinqueño —que tan corajudamente había afirmado su voluntad **de ser libre**— cambiaba simplemente de amo. Y un amo todavía más odioso porque traía la esclavitud en nombre de la libertad.

A partir de entonces, Puerto Rico ha vivido en franco proceso involutivo. El gobierno intruso tropezó, al iniciar su faena "civilizadora", con algo verdaderamente intolerable: Puerto Rico carecía de deuda pública y su divisa monetaria se cotizaba altamente. Se encontró, asimismo, con algo más intolerable aún: Puerto Rico estaba casi enteramente cuajado de pequeños propietarios. Había cerca de cincuenta mil fincas rústicas. El terreno cultivable era en extremo fértil: el 15 por ciento estaba sembrado de caña de azúcar, el 32 por ciento de frutos menores y el 42 por ciento de café, producto éste que constituía el primer renglón de su comercio de exportación. Y se encontró, por último, con un pueblo de personalidad definida, adulto política y culturalmente. Este cuadro se daba, indudablemente, de cachetes con los propósitos "civilizadores" del gobierno y de los capitalistas norteamericanos: Puerto Rico atravesaba todavía, según ellos, por la fase de la barbarie. Urgía, por consiguiente, transportado a un estadio superior de vida. Y para lograrlo **existencia un expediente rápido y seguro**, un expediente que no faltaba: bastaba expropiar compulsivamente a los campesinos de sus tierras y transformarlos en jíbaros. La civilización y la parcelación agraria eran términos excluyentes. El latifundio azucarero entrañaba, en

cambio, una etapa más elevada en el desarrollo histórico de Puerto Rico. Muy pronto, casi cinematográficamente, Puerto Rico abandonaría la barbarie: el ingenio asomó su testa chispeante y dominadora por sobre el cañaveral empenachado y ondeante y los campesinos se entregaron mocha en ristre y en jornadas de sol a sol, a convertir en áurea miríada el esfuerzo de su brazo so pena de morir de hambre. La moneda, deliberadamente desvalorizada, depreció a su vez el numerario existente y a la propiedad en general. El nuevo "gobierno civil" —dictadura militar enmascarada— se apresuró, con ímpetu digno de mejor suerte, a impedir el libre ejercicio de las libertades civiles y a engrosar el capítulo, hasta entonces inédito, de la deuda pública; La etapa "civilizadora" se inauguraba, pues, con perspectivas prometedoras para el capital absentista. Puerto Rico había sido rescatado, definitivamente, de las garras peludas y feas de la barbarie.

Puerto Rico, bajo la égida del nuevo trato rooseveltiano, que no es otra cosa, en rigor, que una variante yanqui del criollísimo trato del esqueleto, es ya solo rico de nombre. La transformación económica operada en el país en beneficio exclusivo de los intereses extranjeros ha determinado un estado crónico de miseria y de paro. La pequeña propiedad —espina dorsal de la economía borinqueña **otro**ra— ha desaparecido. Sus títulos están hoy en poder de las compañías azucareras norteamericanas. Como en Cuba, impera el monocultivo, con todas sus consecuencias sociales. La institución pública, tan celosamente atendida en la metrópoli, ha retrogrado de modo alarmante. La Universidad de San Juan ha sido sometida, para acallar su renovada protesta contra las condiciones de vida vigentes, a un oprobioso régimen cuartelario. Se han abolido todos los derechos ciudadanos. Y no hace aun muchos meses que Franklyn Delano Roosevelt ha impuesto, con típico gesto cesáreo, el uso del inglés como idioma oficial de la isla. Lo cual no empece para que, cada mañana entre el *corn flake* y el tabaco, lance una tremenda andanada contra las dictaduras totalitarias. La cimera posición que ocupa no parece haber afectado el humor sense del egregio demócrata.

Esta situación terrible —culminación obligada de un régimen deformador y esclavista— ha causado estragos irreparables en la población de la isla. El hambre y la enfermedad, el pauperismo y la ignorancia se han enseñoreado cruelmente de Puerto Rico. El ex-gobernador Teodoro Roosevelt ha dejado una pintura escalofriante del drama puertorriqueño en un informe oficial presentado en 1930 al gobierno de los Estados Unidos. Por venir de quien viene, ofrece autenticidad fidedigna. "He encontrado —escribe— 600,000 pacientes de uncinariasis, 200,000 enfermos de malaria, 35,000 tuberculosis declaradas, la más alta mortalidad, el 76

por ciento de la población adulta en forzoso desempleo". "En las últimas seis semanas —agrega— he visitado muchas escuelas, he visto cientos de miles de niños y escribo ahora, no lo que he oído o leído, sino lo que he visto con mis propios ojos. He visto madres cargando criaturas que eran pequeños esqueletos. He observado en un salón de clase, niñitos y niñitas raquíticos y pálidos tratando de obligar a su cerebro a pensar cuando sus cuerpecitos estaban desnutridos. Los he visto tratando de estudiar y sosteniéndose con solo una escasa comida al día, compuesta de un poquito de arroz y de habichuelas. He visto en las cocinas de las casas un puñado de habichuelas, y algunos plátanos, que constituían la comida para toda la familia”.

La represión imperialista ha asumido, de un año a esta parte, formas típicamente fascistoides. Aun palpita en el recuerdo —y es índice de acusación permanente contra un sistema social intrínsecamente viciado— la cavernaria masacre del Domingo de Ramos, que sólo tiene par en la historia con el ataque alemán a la ciudad abierta de Almería y con el bombardeo de Veracruz ordenado por Wilson. Miles de puertorriqueños están sepultados en mazmorras inmundas y centenares de ellos se han visto compelidos a escaparse al exilio. El paladín de la protesta puertorriqueña, Pedro Albizu Campos, en unión de Juan Antonio Corretjer, fue detenido por el procónsul Winship y arbitrariamente recluído, cargado de cadenas y de años, en la penitenciaría de Atlanta.

Esclavizado Puerto Rico y controlada Cuba económicamente, el imperialismo norteamericano, apoyándose en ellas, ha penetrado e invadido las tierras del sur, en alianza estrechísima con los cesarillos y sátrapas de la política hispanoamericana. El imperialismo británico, por su parte, ha conquistado posiciones económicas estratégicas. Y Alemania e Italia aspiran afanosamente a emularlo. Nuestra América está hoy infectada de emisarios de Mussolini y de Hitler, dirigentes supremos del gangsterismo internacional y fautores de la regresión corporativa, del retorno brutal a la gleba y a los autos de fé. Sobre la América que José Martí quiso salvar con la independencia verdadera de Cuba y Puerto Rico se ciernen hoy asechanzas disociadoras y nuevas y más sombrías servidumbres. Sólo México ha permanecido fiel a sí mismo y al destino americano. Sólo México ha cumplido —ha podido cumplir— "su deber continental". No han "flaqueado sus manos". Y es hoy, por impulso incontrastable de su valeroso pueblo y bajo la dirección progresista de Lázaro Cárdenas, vigía y esperanza de América. Ahora mismo acaba de erguirse virilmente ante el imperialismo británico devolviéndole el vientre con una estocada a fondo. Si Inglaterra quiere y necesita usar petróleo azteca, no tendrá otro camino, que comprárselo en sonantes libras esterlinas al pueblo mexicano, que es su dueño

legítimo y con su sudor lo avalora. Y si pretendiera obtenerlo por la técnica consabida —financiando insurgencias militaristas y revueltas reaccionarias— México entero le saldría decididamente al paso y de raíz extirpará a los traidores.

México está dando el ejemplo. Hay que seguir ese ejemplo. La cuestión inmediata que a nuestra América se le plantea en esta madrugada germinal de un mundo nuevo es la reconquista de su destino histórico. Y no hay otra vía válida para reconquistarlo que organizar popularmente la expropiación general del imperialismo y transformar sustantivamente la realidad americana. Juntarse para la pelea es otra vez la consigna.

Nuestra América lo ha comprendido y está ya con un pie en el estribo y dispuesta a la pugna. Un estremecimiento auroral le sacude la entraña. Y José Martí, comprometido a la cita, a la que no faltará, como estuvo presente el 19 de mayo de 1895 para morir, de nuevo, de cara al enemigo, como había **solido** y pedido, por la independencia de Cuba y Puerto Rico y por el destino de América y el decoro humano.

Raúl Roa, *José Martí y el destino americano*, Habana, Rambla y Bouza, 1938

### El drama de Puerto Rico

Descubierto inesperadamente por Cristóbal Colón en su segundo viaje, Puerto Rico debió parecerle al gran almirante un regalo de la naturaleza flotando sobre el mar azul del Caribe. Montañas resplandecientes, playas sensuales, acantilados hirsutos, tropel de palmeras, bosques impenetrables, valles floridos, ríos serenos, frutas maravillosas, brisas fragantes, cielo limpio, «copo de tierra» ceñido de espumas. Isla encantada de un collar codiciado de islas. Según Francisco García **Guadiana** en carta al emperador Carlos V, «el mejor pedazo de todo lo conquistado». La llamaban indistintamente Boriquen, Borinquén, Borinquen, **Buriquen, Buriquén**. Sus primitivos moradores eran gente mansa, dulce, frágil, abúllica. Vivían perennemente sobresaltados por los terremotos, los huracanes y las invasiones en un territorio de 161 kilómetros de largo por 56 de ancho. No sumaban 30,000 en total al arribo de los conquistadores.

Hoy Puerto Rico es uno de los países más densamente poblados del orbe. Su índice demográfico, en progresión creciente desde 1800, alcanza ya un aumento anual de un 22 por ciento. Cuatro siglos estuvo uncido a la coyunda española.

Medio siglo acaba de cumplir bajo la dominación de Estados Unidos. De las Antillas mayores, la menor, Puerto Rico —territorio estable, tradición cultural, historia propia, personalidad cuajada, conciencia de nacionalidad— aún no ha podido entrar en América. Dotado de los atributos constitutivos de una nación, el pueblo que José Martí quiso emancipar con el nuestro es el único de los pueblos **de América de** raíz hispánica que jamás ha sido libre. Ese es, precisamente su drama. Un drama que es común a todas las naciones de nuestra América y particularmente a las que conviven en el arco antillano.

Datos sobremanera escasos se poseen sobre la época anterior al descubrimiento de Puerto Rico; pero lo que sí se sabe a ciencia cierta es que la isla fue largo tiempo una «frontera de choques entre las subrazas **aruacas** que habitaban las Antillas mayores y la feroz familia caribe que ocupaba las menores». Durante el siglo XVI, la isla desempeñó el triple papel, como precisa certeramente Tomás Blanco, de puesto militar fronterizo contra barlovento, de base auxiliar de las conquistas hacia el poniente y de primera avanzada estratégica en la conquista del trópico por la cultura occidental. El pueblo puertorriqueño remonta sus orígenes a este proceso germinal de la colonia española. Víctima del régimen brutal de trabajo, de las matanzas, de las persecuciones, de las enfermedades, del mestizaje, del éxodo y de la supremacía avasalladora de la civilización trasplantada por los españoles, la población indígena desaparece rápidamente. Agotados los exigüos yacimientos auríferos y **desviados** la emigración peninsular hacia los fabulosos emporios de tierra firme, Puerto Rico se sume en una vida obscura, vegetativa, sórdida, miserable. En el siglo XVII, batido el poderío español por Inglaterra, Francia y Holanda, la olvidada **fundación** se transforma de súbito en antemural del imperio. Se fortifica, artilla y provee hasta convertirse en la segunda plaza fuerte de América y en presidio militar de España. México contribuye con el «situado» a su progreso. Se cultiva el café, el tabaco, el azúcar. Da comienzo a la inhumana cacería del negro en los bosques exorcizados de África. Prosigue la conquista del trópico. Se entroniza la mezcla de sangre. El clima impone su sello. Las fiebres malignas hacen su agosto. La población crece y la selva virgen deja de ser un misterio.

El perfil de la sociedad puertorriqueña empieza a integrarse en los albores del siglo XVIII. La compleja organización colonial va abriéndose paso paulatinamente. Mediando la centuria, Puerto Rico cambia de fisonomía y de estructura. Ya no es «una catedral sin rentas» . Ya no es un «peñón fortificado». Se aflojan las tuercas del monopolio comercial, se funda la Real Factoría Mercantil, se incrementa el cultivo del café, se dispone la «distribución y venta de los hatos realengos», se

construye el hospital civil, se pavimentan las calles de San Juan, se organiza el servicio de correos, aumenta la población. La guerra civil de independencia sorprenderá a Puerto Rico en pleno proceso de formación como pueblo.

No permanecerá indiferente el boricua a los objetivos y azares de la contienda, ni a las glorias marciales de Simón Bolívar; pero sin sentirse partícipe de la épica empresa. La repercusión más profunda del movimiento emancipador en la isla es la supresión del «situado» al rebelarse México en 1810 contra la metrópoli. Abandonada a su propia suerte económica, Puerto Rico pudo conjurar la tremenda crisis que sobreviene gracias a la política de alto bordo del intendente Alejandro Ramírez, fundador de la Sociedad Económica de Amigos del País, del *Diario Económico* y de los mecanismos apropiados para fomentar la agricultura, el comercio y la industria. El salto subsiguiente, en orden a la organización social, administrativa y económica de la colonia, es extraordinario; pero, lo más importante es que ya la comunidad puertorriqueña se siente distinta y con destino propio de quienes la subyugan y explotan. Sus diputados en las Cortes españolas abogan encendidamente por la autonomía de la isla. Los partidarios de la independencia se juntan, vertebran y conspiran. No tardarán Cuba y Puerto Rico en ser de «un pájaro las dos alas».

Los esfuerzos concertados de cubanos y puertorriqueños, para liberarse del régimen colonial español, datan de mucho antes de la revolución de Yara y del grito de Lares. Uno de los más relevantes y desconocidos jalones de la gesta común fue la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico, organizada en New York, por Cirilo Villaverde, Juan Clemente Zenea, Jun Manuel Macías, Juan F. Bassora y Ramón Roa, durante la guerra del Pacífico. La suerte de Puerto Rico fue preocupación cardinal de las figuras Representativas del pensamiento revolucionario cubano. Nadie, sin embargo, calaría tan a fondo en la entraña del problema antillano, ni se daría tan férvidamente a la ardua tarea de resolverlo, como José Martí. «El fiel de América —escribió— está en las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder —mero fortín de la Roma americana—; y si libres —y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora— serían **en** el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del norte, que en el desarrollo de su territorio —por desdicha feudal ya y repartido en secciones hostiles— hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orden por el

predominio del mundo». «La libertad de Cuba y Puerto Rico —añade— es indispensable para la familia hispanoamericana en el continente, donde los vecinos de habla inglesa codician la **clave** de las Antillas para cerrar con ellas todo el norte por el istmo y caer luego, con todo su peso, por el sur». El Partido Revolucionario Cubano surgió y se organizó justamente para obtener la independencia de Cuba y «fomentar y auxiliar la de Puerto Rico». «Peleamos en Cuba —declaró solemnemente Martí— para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana.» Cuando partió rumbo a la manigua, en débil barquichuelo, la mar tormentosa, iba con el pensamiento obsedido por el futuro de América y el corazón estrujado por "las tres islas que en lo esencial de su independencia y en la aspiración del porvenir, se tienden los brazos por sobre los mares y se estrechan ante el mundo, como tres tajos de un mismo corazón sangrante, como tres guardianes de la América cordial y verdadera, que sobrepujará al fin a la América ambiciosa, como tres hermanas, las tres Antillas que juntas han de salvarse, **o juntas han de perecer**, las tres vigías de la América hospitalaria y durable, las tres hermanas que de siglos atrás se vienen cambiando los hijos y enviándose los libertadores, las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo".

La fulminante caída de José Martí en Dos Ríos fue catastrófica para Cuba y Puerto Rico. El nuevo Delegado, Tomás Estrada Palma, abandonó radicalmente la línea antillana. Y la causa puertorriqueña fue abandonada cuando parecía más urgida de ayuda. El 10 de abril de 1897 se publicó en *La Gaceta de Madrid* un real decreto concediendo la autonomía a Puerto Rico. La causa de la independencia siguió mantenida en alto por una constelación de héroes en la isla y por los abnegados prosélitos de Hostos y Betances en el destierro. La intervención de Estados Unidos en la guerra hispano cubana variaría, decisivamente, el destino de Puerto Rico. El 25 de julio de 1898 desembarcaban en **Guánica** las avanzadas del ejército yanqui de ocupación. «El pueblo de Estados Unidos viene a Puerto Rico —advirtió enfáticamente el general Nelson A. Miles, comandante en jefe de las fuerzas expedicionarias— en nombre de la humanidad y de la justicia, portando el estandarte de la libertad, inspirado en un noble propósito».

A pesar de la Joint Resolution, Cuba quedaba temporalmente intervenida; Puerto Rico pasaría como botín de guerra, sin el consentimiento de su pueblo y como consecuencia del Tratado de París, suscrito exclusivamente por diplomáticos españoles y norteamericanos, a una potencia extraña y poderosa, bajo un gobierno militar absolutista que volvería a convertirla en puesto militar fronterizo y en zona

polémica. La bandera española fue arriada y sustituida por la norteamericana entre los vítores clamorosos de los separatistas ingenuos y de los **pitiyanquis** en potencia.

Sin previa consulta al pueblo puertorriqueño, la carta autonómica de 1897 — que representaba un apreciable paso de avance en la lucha del pueblo puertorriqueño por la plena conquista de su autodeterminación nacional— fue inmediatamente derogada. Los puertorriqueños no estaban aún preparados para el gobierno propio. Necesitaban una dilatada educación paternalista, olvidar su pasado y admitir gozosos, como bienandanza futura, la puritana tutela de sus generosos redentores. Ya lo había anunciado Beveridge al proclamar que la guerra contra España era «el gran propósito de Dios manifestado en los instintos de la raza anglosajona, cuya fase presente es nuestro lucro personal, pero cuyo fin remoto es la cristianización de la humanidad». No podía ser de otra manera tratándose de un pueblo racialmente inferior, de cultura distinta, de mano de obra barata y en condiciones de producir azúcar en gran escala a bajo costo. Ser colonia de plantaciones y mercado de bolsa negra era, sin duda, el "destino manifiesto" de Puerto Rico. Los partidos políticos isleños organizados a raíz de la invasión se apresuraron, no obstante, a propagar que "la América del norte es un estado de estados y una república de repúblicas. Uno de esos estados, una de esas repúblicas, debe ser Puerto Rico en el porvenir." La voz acusadora y profética de Hostos caería en el vacío. «Nosotros debemos declarar, una vez por todas, —se cansaba de repetir— que nunca hemos pedido ningún otro régimen, gobierno o administración que no sea el de nosotros mismos. Una anexión forzada es una agresión criminal». Saltaba a la vista que el pueblo puertorriqueño simplemente había cambiado de amo. Un amo aún más odioso porque traía la esclavitud en nombre de la libertad. Y, como era lógico, del deslumbramiento se pasaría abruptamente al desconcierto, del desconcierto a la confusión, de la confusión al escepticismo, del escepticismo a la desesperación, de la desesperación a la rebeldía.

Puerto Rico es el mentís más rotundo de la sobada teoría del imperialismo civilizador. No faltan aún quienes pregonen jubilosamente sus excelencias por estas latitudes. Hasta hubo un texto de cívica —obligatorio en nuestro bachillerato— que justificaba y encarecía, en nombre del progreso y de la civilización, la ocupación de los "pueblos débiles y atrasados" por los "pueblos fuertes y desarrollados". Olvidó lamentablemente el autor de la "tesis" lo que ha solido significar para esos pueblos "débiles y atrasados" la civilizadora gestión. Y olvidaba, asimismo, no obstante vivirla a diario, la democracia de factoría que hubo de imponernos la Enmienda Platt.



La dominación colonial de Estados Unidos encontró a Puerto Rico sin deuda pública, con una moneda sana y la pequeña propiedad profusamente difundida. Había cerca de cincuenta mil fincas rústicas. De la tierra cultivada, **15 %** estaba sembrado de caña de azúcar, 32% de frutos menores y 41 % de café, principal fuente de riqueza a la sazón. No trascendía de 17% el desempleo de la población trabajadora. Semejante situación se daba incuestionablemente de cachetes con los propósitos "civilizadores" del gobierno y de los capitalistas estadounidenses. Apremiaba, pues, transportar a Puerto Rico a un estadio superior de vida. La "civilización" y la parcelación del agro eran términos excluyentes. El latifundio azucarero expresaba, en cambio, una etapa más elevada en el desarrollo histórico de los pueblos atrasados.

Muy pronto, casi cinematográficamente, Puerto Rico abandonaría la barbarie: el ingenio asomó su testa humeante y **dominadora** sobre los rubios penachos del cañaveral y los jíbaros despojados de sus tierras se entregaron, mocha en mano y en jornadas de sol a sol, a trocar en áurea miríada el esfuerzo de su brazo, so pena de morir de hambre. Se suprimió la libertad de comercio con los demás países, el café perdió sus mercados, el tabaco entró en crisis crónica, la tierra laborable pasó en su casi totalidad a empresas radicadas en el extranjero, la moneda desvalorizada depreció a su vez al numerario existente y a la propiedad en general. El nuevo gobierno civil —**dictadura militar enmascarada**— apercibió, con ímpetu digno de mejor causa, a impedir el libre ejercicio de los derechos individuales y a engrosar el capítulo de la deuda pública. La etapa "civilizadora" se inauguraba, pues, con radiantes perspectivas para el capital absentista y la administración colonial. Puerto Rico había sido rescatado definitivamente de las garras peludas de la barbarie.

El 2 de mayo de 1919 el pueblo puertorriqueño fue obsequiado con una carta orgánica, que le otorgaba, sin pedirla, la ciudadanía norteamericana. Esta carta orgánica, promulgada a tambor batiente, es mucho más restrictiva que la de 1897. Nada tiene ella que ver, desde luego, con la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, ni inspira su articulado el espíritu inmortal de la convención de Filadelfia. La carta orgánica creaba una cámara insular puramente decorativa: el gobernador yanqui conservaba las prerrogativas del señor feudal en tierra conquistada. El congreso federal se reservaba, por su parte, todo lo relativo a la política económica y fiscal de Puerto Rico. La carta orgánica de 1919 suscitó encrespada repulsa en vastos núcleos de opinión borinqueña; pero los supuestos partidos políticos de la isla —primordialmente el "Partido Socialista" que dirigía el español pitiyanqui Santiago Iglesias— la defendieron a capa y espada.

Al Puerto Rico actual, le resta de rico sólo el nombre. La transformación económica y social operada en la isla, bajo la administración colonial estadounidense, ha determinado un estado endémico de miseria y de paro. La pequeña propiedad, otrora espina dorsal de la economía borinqueña, ha desaparecido. Sus títulos están hoy en poder de las compañías azucareras. Impera el monocultivo. El hambre, la enfermedad, el pauperismo y la ignorancia se han adueñado de la isla. El ex gobernador Teodoro Roosevelt ha pincelado magistralmente el drama puertorriqueño en un informe oficial al gobierno de Estados Unidos. Por venir de quien viene, ofrece autenticidad fidedigna. «He encontrado —escribe— 800.000 pacientes de **uncinariasis**, 200,000 enfermos de malaria, 350,000 tuberculosos declarados, la más alta mortalidad en el campo, el 76% de la población adulta en forzoso desempleo. En las últimas seis semanas, he visitado muchas escuelas, he visto cientos de miles de niños, y refiero ahora no lo que he oído o leerlo, sino lo que he visto con mis propios ojos. He visto madres cargando criaturas que eran pequeños esqueletos. He observado en un aula niñitos y niñitas raquíticos y pálidos, tratando de obligar a sus cerebros a pensar cuando sus cuerpecillos estaban desnutridos. Los he visto tratando de estudiar y sosteniéndose con solo una escasa comida al día, compuesta de un poquito de arroz con habichuelas. He visto en las cocinas de las casas un puñado de habichuelas y algunos plátanos, que constituían la comida para toda la familia».

A la sombra escalofriante de esa tragedia, se ha ido, templando y robusteciendo el espíritu independentista del pueblo puertorriqueño. La juventud estudiantil es la vanguardia del movimiento nacionalista. Varias veces, en los últimos años, la Universidad de San Juan ha sido sometida a un infamante régimen cuartelarlo. Aún palpita en el recuerdo la monstruosa masacre del Domingo de Ramos, que solo tiene par en la historia contemporánea con el bombardeo de Veracruz ordenado por Wilson y la destrucción inmisericorde de Guernica por la aviación nazi franquista. Mujeres y niños fueron despiadadamente ametrallados ese día por la infantería de marina yanqui destacada en la isla. La obra "civilizadora" de la gran democracia nortea escribió, paradójicamente, una de sus páginas más sombrías bajo la égida luminosa de la buena vecindad. El procónsul **Winship** fatigó, durante su mandato, las peores tropelías y crueldades de los capitanes generales españoles. El Partido Nacionalista puertorriqueño —obra y alma de Pedro Albizu Campos, no de los más denodados paladines de la nueva cruzada— fue perseguido a sangre y fuego. Y el propio Albizu Campos y su lugarteniente Juan Antonio

Corretjer arbitrariamente detenidos y condenados a diez años de reclusión, cargados de cadenas, en la penitenciaría de Atlanta.

A Franklin Delano Roosevelt —a quien, por otra parte, debe el pueblo puertorriqueño una ayuda económica considerable durante la guerra y un trato menos expeditivo durante el gobierno de **Rexford G. Lugwell**— corresponde la histórica responsabilidad de haber impuesto el inglés como idioma oficial de la isla. Dislate mayor no pudo concebirse. No parecía bastar ya el desprecio racial, la enseñanza regimentada, la propaganda cinematográfica, la sustitución de las costumbres, la pseudo ciudadanía. Era indispensable también la agresión a la lengua materna, a la forma cultural de expresión, al "sedimento del pensar de un pueblo", a lo más suyo e intransferible. La pureza del habla se ha mantenido, sin embargo, casi intacta en el campo. El jíbaro, si no ha ido a la escuela, suele hablar un español que, al decir de Tomás Navarro Tomás, conserva «los rasgos de nobleza, decoro y seriedad que se aprecian en los textos y referencias del habla de los primeros españoles que se aposentaron en el país». «En el otro **extraño** —puntualiza Luis A. **Santullanos**— salva la lengua una minoría culta que habla y escribe, un castellano difícil de mejorar». Terrible es, en cambio, la corrupción del lenguaje en las poblaciones urbanas. Incluso el puertorriqueño que ignora el inglés, emplea comúnmente en su conversación palabras como **issue, record, injunction, estatement, disbarrement, swimmingpool, outline, field day, box, partner, party, junior, toastmater, chairman, speaker, floor, leader, at large, couch y matress**. Abunda la gente que españoliza los vocablos ingleses. Ni faltan, desde luego, los que trituran ambos idiomas. La prensa culta denuncia, a diario, estas interferencias y deformaciones. «Un niño que vive de dos idiomas —concluye Epifanio Fernández Vega— no llega nunca a ser un hombre doble; se queda siempre en medio hombre». No otro es el fruto que está ya cosechando Puerto Rico del bilingüismo. Y la cultura perdiendo, en consecuencia, como señala Antonio S. Pedreiras, su dimensión de profundidad.

No puede decirse que la administración colonial norteamericana en Puerto Rico haya sido enteramente negativa. La isla ha progresado, sin duda, en el orden material. El país está cruzado por una espléndida red de carreteras. Se han construido numerosos edificios públicos. El analfabetismo se ha reducido de un 80 por ciento a un 50 por ciento. La mortalidad de un 30 por mil a un 23 por mil. Se han creado centenares de escuelas, la Universidad de San Juan y una Facultad de Medicina Tropical, que tiene bien ganada la fama de que disfruta. Las condiciones sociales de la clase obrera han mejorado, ostensiblemente, por obra de su

organización sindical y de sus periódicas luchas. Y existe una verdadera tolerancia religiosa. No obstante, la vida es catorce veces más cara que en New York, se importan de Estados Unidos los artículos de consumo diario, el salario está por debajo de las necesidades de subsistencia y más del 60 por ciento de la población trabajadora se ve compelida a la holganza la mayor parte del año. Reducido el cultivo cafetalero a su mínima expresión, la industria del tabaco prácticamente arruinada, la única fuente efectiva de riqueza y trabajo es la siembra y refino de la caña de azúcar, controlada por empresas extranjeras sin otro afán que obtener las más pingües utilidades y los más altos dividendos. El azúcar es también la gran amargura de Puerto Rico.

No puede tampoco afirmarse que Puerto Rico viva hoy en estado de sitio; pero no es menos cierto que las actividades del movimiento independentista están severamente constreñidas por la metrópoli, de la cual es mero títere el puertorriqueño que gobierna la isla. La reciente clausura de la Universidad de San Juan es buena prueba de ello. Numerosos estudiantes han sido expulsados de sus aulas y varios profesores de sus cátedras por haberse manifestado en favor de la independencia de su patria. El rector de la Universidad, Jaime Benítez, ha pretendido justificar su reprochable conducta escudándose en el impresionante alegato de que la "política" debe excluirse de los centros de enseñanza; mas, se le olvidó agregar que el móvil determinante de su discutida actitud fue asimismo puramente político, en cumplimiento de una orden recibida del partido a que pertenece. Interesado sobre todo, en la coyuntura electoral que se avecina, en el mantenimiento del **status quo** puertorriqueño, ya parece importarle un comino a Luis Muñoz Marín, jefe de ese partido e inventor del lema "vergüenza contra dinero", que además de sus tierras los puertorriqueños puedan perder sus guitarras y sus canciones.

Los enemigos de la independencia de Puerto Rico aducen que sería imposible mantenerla en un país pequeño, de escasos recursos naturales, carente de economía propia y poblado en exceso. Nadie ha demostrado, tan contundentemente, la falacia de esa propalada argumentación, como uno de los más decididos adversarios del separatismo. «Los recursos naturales de Puerto Rico —escribe el ex gobernador Tugwell— son tan ricos como los que cuentan países en los que prevalecen niveles de vida más elevados. Es un mito creer que la falta de recursos naturales conduce un nivel de vida inferior. En Massachussets, Rodhe Island y New Jersey la población es más densa que en Puerto Rico y los recursos agrícolas y minerales de esos estados son inferiores a los de Puerto Rico, mientras los niveles de vida de su población

están entre los más altos del mundo. Estados como Mississippi, Tennessee y Oklahoma, que poseen los mayores recursos naturales per cápita, se encuentran a la cola de la producción. En Europa los más altos niveles de vida se encuentran en Suiza, que casi no tiene recursos naturales, y en Holanda, que tiene una densidad de población mayor que Puerto Rico. Los países de altos niveles de vida en el mundo no poseen más tierra cultivable per cápita, ni más minerales, ni mayor suma de cualquier otro recurso natural, que Puerto Rico. El verdadero problema de Puerto Rico, consiste en transformar una economía colonial, agrícola, de bajos ingresos, en una economía diversificada, mercantil e industrial, en la que los ingresos se eleven debido a la alta productividad del trabajador».

Puerto Rico es un pueblo ya maduro, histórica y culturalmente, para el ejercicio de su propia soberanía. Aspira a ser libre, quiere serlo y tiene derecho. El artículo tercero de la Carta del Atlántico estatuye la autodeterminación nacional de los pueblos coloniales. En vano Puerto Rico ha reclamado su independencia al amparo de ese documento memorable. La disyuntiva es clara y la ha planteado, terminantemente, un puertorriqueño esclarecido: «O tomar en nuestras manos, con serenidad y firmeza, nuestro destino, o someternos, como retrasados mentales, a una lenta agonía, prolongada por paliativos y aparatos ortopédicos, hasta llegar al límite de la miseria física y la postración moral, hasta la total y completa transformación del pueblo isleño en peonaje de parias, en hato de coolíes. Entonces sólo se salvarían los muertos».

Tomado de *15 años después*, Editorial Librería Selecta, La Habana, 1950

### **Dictadura y democracia en América**

Si las formas democráticas de gobierno vienen sometidas a las más duras pruebas en los últimos tiempos, en ninguna parte se han visto tan ferozmente atacadas y puestas en tan grave quebranto como en nuestra América. De sur a norte, las logias militares, los señores de la tierra, los mercaderes del poder, las oligarquías montaraces y las grandes empresas, en siniestro consorcio, han ido aboliendo, sin que la ONU y la OEA les diesen el alto, las libertades fundamentales del hombre y del ciudadano. La cínica adulteración de la voluntad popular, o la violenta sustitución de gobiernos constitucionalmente elegidos por autocracias de típico pergeño totalitario, caracterizan este dramático proceso, que amenaza generalizarse a todo el continente.

No se precisa ya apelar a los países sojuzgados tras la cortina de hierro en Europa para poner de manifiesto los horrores del neofascismo militarista. En nuestras propias barbas, se está atropellando, torturando, asesinando, encarcelando o deportando a mansalva, sin que se adopten medidas de ninguna índole por los gobiernos democráticos que aun restan, para impedirlo o atenuarlo siquiera en defensa propia. Esa torpe actitud y la falta de sanción internacional a los fautores de esa brutal embestida a las libertades públicas, al desarrollo nacional independiente y a las reformas sociales, es la manera más segura de darle vía franca a la expansión de los movimientos políticos reaccionarios y de las corrientes ideológicas autoritarias que, de imponerse, harán de nuestra América un inmenso campo de concentración, al arbitrio de los capitalistas extranjeros y de las potencias rivales. No puede pensarse, en semejantes circunstancias, contraponer un efectivo bloque de naciones en defensa de las libertades públicas, la independencia económica y la justicia social a los que explotan la opresión, la miseria y el atraso en beneficio de una política de dominación universal. La punta de lanza de Franco, el quintacolumnismo pseudo marxista y la codicia imperialista señorean hoy sobre un haz de naciones invertebradas, a merced de espadones, gamonales, politicastros, banqueros y empresarios sin escrúpulos. Escasos gobiernos de raíz popular, la mayoría minados por la corrupción administrativa, los desajustes sociales, la demagogia electorera y la explotación colonial, completan este cuadro sombrío.

No cabe ya duda de que la suerte de la democracia está echada. La inaplazable urgencia de formar un amplio frente de resistencia, a la desmandada agresividad de los enemigos de las libertades populares, salta a la vista. La situación es gravísima; pero, no estamos ya, por fortuna, en la ominosa época en que tiranuelos y caudillos se apoderaban del poder sin que los pueblos se aprestasen de inmediato a la reconquista de sus derechos arrebatados. Hoy, desde Argentina hasta Santo Domingo, pasando por Venezuela y Perú, hombres y mujeres se enfrentan a las dictaduras, fatigando la abnegación y la proeza. Páginas épicas se están escribiendo a diario por héroes anónimos. Las figuras más representativas del pensamiento democrático se movilizan, en todas partes, señalando el peligro y alumbrando la ruta. La Conferencia Interamericana Pro Democracia y Libertad, que inaugura hoy sus tareas en nuestra capital, es fruto legítimo de la preocupada convergencia de cuantos en el campo de la cultura, del trabajo y de la política, aspiran a una vida más justa y a un destino más alto para esta porción del mundo que José Martí denominó el continente de la esperanza humana.

A los desvelos y entusiasmos de Rómulo Betancourt, uno de los líderes hispanoamericanos de más bizarra conducta como revolucionario y como gobernante, débese, en gran medida, que haya podido efectuarse. Hombres de la jerarquía intelectual y de la ejecutoria democrática de Emilio **Frugoni**, Eduardo Santos, Alfredo L. Palacios, Eduardo Rodríguez Larreta, Dardo Regules, Rómulo Gallegos, Germán Arciniegas, **Daniel** Cossío Villegas, Archibald **Mc Leish**, Vicente Sáenz, Luis Alberto Sánchez, Fernando Ortiz, Álvín Johnson, Gustavo Pittaluga, Aureliano Sánchez Arango, John Dos Passos, Federico Córdova y José Figueres garantizan el carácter progresista y la independencia de criterio de esta trascendental reunión. *Bohemia* —trinchera inexpugnable de la libertad— estará presente en ese areópago democrático con Miguel Ángel Quevedo, que a toda hora ha sabido respaldar su pensamiento con su conducta. Dirigentes de importantes organizaciones sindicales y parlamentarios de distintos países participarán, también, en sus deliberaciones y acuerdos.

La prueba más concluyente del espíritu genuinamente democrático de esta conferencia es la irritación que, por igual, ha suscitado en los extremistas de derecha y de izquierda. Los vituperios de unos y de otros evidencian su carácter antifascista, antiimperialista y antirreaccionario. Ningún gobierno la aupa. A ningún gobierno se debe. A nadie le hace el juego. No es un ballet con música del Cominform, ni un show con letra del State Department. Es una tribuna libre, en un mundo ensombrecido por la violencia, la mordaza y la purga. Y Cuba es su sede, porque aquí, incluso los guerrilleros de la reacción y los voluntarios del neofascismo, pueden mentir, insultar y boconear a su conveniencia y capricho. La "coincidencia" del *Diario de la Marina* y de *Hoy*, en su hidrofobia verbal contra la Conferencia Interamericana Pro Democracia y libertad, no puede ser más significativa y aleccionadora.

Tres puntos capitales constituyen el temario que va a discutirse: medios de fortalecer la democracia en América, cooperación del continente a la paz mundial y formas de establecer una organización permanente en favor de la democracia americana. Estos tres puntos están implicando el reconocimiento, factual y teórico, de la profunda crisis que afronta el régimen democrático en nuestra América. Es indiscutible que la concepción democrática de la vida, la sociedad y el estado es consustancial al espíritu y al desarrollo histórico de nuestros pueblos; pero, no lo es menos, que esa concepción está actualmente amenazada por las fuerzas más regresivas y rapaces de nuestra época. La cuestión céntrica a debatir es cómo galvanizar el régimen democrático, hasta el punto de promover, en los pueblos, la

apasionada determinación de defenderlo, a precio de vida, en todas las contingencias y avatares. Un régimen democrático sin contenido económico, sin ancha base social y sin activa participación del pueblo en la orientación del poder público, es un trasto inútil en esta coyuntura histórica de transición. Sobre esto no pueden caber circunloquios ni eufemismos. El problema fundamental que tiene planteado la democracia, en esta hora, es cómo organizar la sociedad sin que la libertad sufra menoscabo alguno. En un plano universal, resulta ya imperativo que la democracia distinga, nítidamente, los derechos subjetivos de los derechos patrimoniales. Las cuestiones que atañen a la persona humana sólo pueden resolverse con el "hallazgo y establecimiento de una estructura jurídica más justa, que permita reducir el problema a sus verdaderos términos". Los derechos patrimoniales únicamente pueden ya existir en función de la sociedad. Ningún interés individual, que pretenda oponerse al interés social, es legítimo. Si aspiramos a que el hombre recobre su "fertilidad perdida" y desarrolle, a plenitud, sus aptitudes y potencias, es indispensable disciplinar socialmente las cosas.

Sobremanera compleja es la faena que tiene, por delante, el movimiento democrático. En el caso particular de nuestra América, hay que contar con lo que nos viene dado por la historia. Seguimos siendo, políticamente, un archipiélago. Desde el punto de vista demográfico, la mayoría abrumadora de **indios** complica y agrava el problema de la unidad de medios y de objetivos. El indio permanece, todavía, al margen de la comunidad nacional. Mera bestia de trabajo, vive recluido en sí propio, sin que los esfuerzos por incorporarlo a la vida política y cultural hayan rendido el fruto apetecido. Bajo las constituciones democráticas de las repúblicas hispanoamericanas millones de indios han sido, y son, vilmente explotados. El latifundio impera en todas partes. Enormes y ricas zonas continúan vírgenes. Faltan caminos, ferrocarriles, represas, tractores, escuelas, buques, aviones. Las materias primas fundamentales —petróleo, azúcar, café, cacao— están, en su mayoría, en manos del capital extranjero. El analfabetismo y la insalubridad cunden por doquiera. Vida y hacienda suelen depender de generales y caciques. La desorganización administrativa, el peculado, el soborno y la licencia hacen su agosto en las repúblicas más vigorosamente asentadas. En el orden material y cultural, se ha progresado mucho en lo que va del siglo. Visto el proceso en perspectiva de conjunto, hay que convenir, sin embargo, en que la estructura económica, social y administrativa de los pueblos hispanoamericanos está urgida de una sustantiva transformación. Esa transformación debe ir conjugada con el respeto a las libertades públicas y con una política internacional de militante repudio a todos los regímenes



atentatorios a la dignidad humana. Si la conferencia que hoy se inicia, quiere contribuir, eficazmente, al renacimiento de la fe colectiva en la democracia americana, debe insistir en que sólo mediante elecciones limpias, honestidad administrativa, libertades públicas, bienestar económico, justicia social, difusión de las luces y consolidación de la soberanía podrán salvarse las instituciones representativas en este hemisferio.

La oportunidad es única para dotar de contenido y proyección histórica a la lucha contra las dictaduras americanas. No se trata sólo de condenar, enérgicamente, las transgresiones a los derechos humanos que están cometiendo Perón, Trujillo, Somoza, Odría, Ospina Pérez y los triunviros de Caracas. Es necesario, además, arbitrar los medios posibles y prácticos para lograr que la solidaridad de los regímenes democráticos, con los pueblos uncidos a la coyunda militarista, se exprese en forma positiva y dinámica. En este sentido, la situación actual es mucho más favorable que antaño. Ahora existen y actúan las Naciones Unidas, la Oficina Internacional del Trabajo y la Organización de Estados Americanos. Están en vigor los instrumentos jurídicos adoptados por diversas conferencias convocadas por la ONU. Los estados americanos han adquirido el compromiso de garantizarle libertad y justicia a los pueblos, al suscribir la Carta de los Derechos Humanos en la ONU a la Carta de los Derechos y Deberes del Hombre en la IX Conferencia Interamericana de Bogotá. La reunión examinará, sin duda, las vías más adecuadas para conseguir que la acción colectiva de la ONU se haga sentir en América; y para que la OEA, que en cumplimiento del pacto de Río Janeiro ha estado impidiendo que desavenencias entre varios gobiernos devengan conflictos bélicos, actúe, en pareja medida, ajustándose a normas también vigentes del derecho público interamericano, a fin de lograr que, en todos los países incorporados a esa organización, existan libertad de prensa, libertad de reunión, libertad sindical, derecho de asilo y garantías a todos los grupos políticos para concurrir a comicios honrados; y recabe, virilmente, el cese de la persecución, el encarcelamiento y el destierro —cuando no la tortura o el asesinato— de ciudadanos sin que se les haya sometido a juicio previo por los tribunales ordinarios.

La Conferencia Interamericana Pro Democracia y Libertad habrá de condenar, seguramente, la guerra como instrumento de política nacional e internacional. No puede ser de otro modo dado su posición y su ideario. La paz es la aspiración suprema del hombre que siente la libertad como imperativo de conciencia. Pero no cumpliría cabalmente sus deberes si olvidara, en sus debates, que el problema de la seguridad continental está a la orden del día. Y tendrá que dar

cumplida respuesta a esta interrogante: Si están capacitados, realmente, para repeler a una agresión extranjera, los pueblos hispanoamericanos en los cuales existe un abismo insalvable entre minorías opresoras y mayorías oprimidas por un régimen de estructura oligárquica **y de carácter policiaco. Y, junto** con la anterior interrogante, esta otra: se contribuye a acrecer, o a debilitar, la capacidad de resistencia del continente cuando se aumenta el potencial bélico de los dictadores, quienes utilizan esas armas para afianzar en el interior de cada nación su omnímoda férula.

El papel que desempeñarán los dirigentes de las fuerzas obreras es de primera línea. Nadie, como ellos, podrán aportar las fórmulas de mejoramiento social más apremiantes y efectivas para fortalecer el régimen democrático. Ni nadie, más autorizado que ellos, para ofrecer un acabado resumen de las violaciones de las libertades sindicales realizadas por las dictaduras y proponer los medios de preservar el ejercicio de esas libertades.

No podrá tampoco dejar de controvertirse el problema de la industrialización de nuestra América. Aumentar la potencialidad económica de nuestros pueblos, es uno de los medios más efectivos de robustecer y consolidar el régimen democrático y de poner a raya a los imperialistas de todo signo y de toda laya. La forma, en que los países más desarrollados pueden contribuir a este aumento de nuestro potencial económico, deberá considerarse, a la luz de esta interrogante: ¿podrían situarse, en un pie de igualdad, en cuanto a esta ayuda, los gobiernos representativos y respetuosos de las libertades públicas y los que han nacido de la usurpación de la voluntad popular y niegan a sus gobernados el disfrute de los derechos esenciales del hombre y del ciudadano?

Ni podrá soslayarse, la batallona cuestión del reconocimiento de los gobiernos de facto. Sobre esta materia no existen pautas dentro del derecho público interamericano, ni unanimidad de criterio en las cancillerías. No se repetirá nunca bastante, que la llamada Resolución XXXV de la Conferencia de Bogotá no resolvió este problema. La propia Resolución remitió su estudio a la Comisión de Jurisconsultos de Río Janeiro. La disparidad de puntos de vista de las cancillerías se manifiesta, claramente, en el hecho de que varios gobiernos se han negado a mantener relaciones diplomáticas normales con regímenes de facto, surgidos del asalto alevoso de diques militares contra gobiernos dimanados del libre ejercicio del sufragio en comicios irreprochables. Ninguna referencia más ilustrativa, a este respecto, que la de Venezuela. Resulta obvio subrayar la utilidad que reportaría un pronunciamiento de la conferencia sobre esta cuestión. Pudiera servir de base, a un

cambio de perspectiva, en la actitud asumida, por otros gobiernos democráticos, con las dictaduras americanas.

Ni que decir tiene, que los hombres que se han juntado en La Habana para iniciar una cruzada en defensa de la libertad y de la democracia, están absolutamente convencidos de que la emancipación de los pueblos subyugados será obra de los pueblos mismos. En todos los países oprimidos y saqueados por el neo fascismo militarista, se desarrollan vastos y potentes movimientos de resistencia, que desafían todos los rigores y todos los peligros. Los acuerdos y pronunciamientos de esta conferencia estimularán aun más a los que —héroes y mártires de una gesta civil que dejara huella indeleble en la historia— prefieren morir de pie a vivir de rodillas.

En los instantes mismos en que la Conferencia Interamericana Pro Democracia y Libertad comienza sus labores, en Venezuela arde la protesta popular contra la Junta de los tenientes coroneles traidores. Las cárceles están cuajadas de presos políticos. El terror se ha intensificado, a medida que la resistencia ha crecido. Numerosos periódicos han sido clausurados y sus directores detenidos. Centenares de estudiantes yacen sepultados en inmundas mazmorras. Se allanan y saquean las casas de los opositores al gobierno sin miramientos de ningún linaje. Prolifera el descontento en las fuerzas armadas. Luis Augusto **Dubuc**, secretario del Partido Acción Democrática, ha sido aprehendido y absolutamente incomunicado. Juan **Lizcano**, combatiente de vanguardia en la era gomecista y una de las más brillantes figuras de la inteligencia venezolana, fino poeta y director del Instituto de Investigaciones Folklóricas, está siendo objeto de los más rudos castigos en la cárcel de Caracas. La huelga que ha paralizado la industria petrolera de Venezuela, dirigida por el Partido Acción Democrática, es nuncio inequívoco de que los días del triunvirato están contados. No tardarán Carlos Delgado Chalbaud, Luis Felipe Llovera Páez y Marcos Pérez Jiménez en balancearse, como vulgares piratas, de los árboles "olorosos y altos" de la plaza Bolívar.

Si la democracia necesita de ambas América para superar la honda crisis que atraviesa, es imprescindible que la política de buena vecindad sea efectivamente restaurada. Después de la muerte de Franklyn Delano Roosevelt, en muchas ocasiones los "buenos hemos sido nosotros y los vecinos ellos". ¡Ojalá que esta conferencia coopere decisivamente a que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, deje de ser el gobierno en nombre del pueblo, sin el pueblo y contra el pueblo! ¡Y ojalá que contribuya a que vivan en un pie de igualdad, en paz y en armonía, la América de Juárez y la América de Lincoln!

### Diálogo con Víctor Raúl Haya de la Torre

Víctor Raúl Haya de la Torre, virtualmente secuestrado durante cinco años, tres meses y cuatro días, es otra vez hombre libre. Se hospeda en un pequeño apartamento de la calle Varsovia, cerca del Paseo de la Reforma, a unos pasos de la Columna de la Independencia. Cuando me franquea la puerta su anfitrión y entrañable amigo Manuel Vázquez Díaz, la salita parece un set cinematográfico. Un enjambre de camarógrafos se disputan el inquieto objetivo. Haya de la Torre, va y viene por la habitación, saluda a los recién llegados, discute con un redactor de *Life*, lee párrafos de un libro, sorbe un jugo de tomate y pide una estilográfica. De pronto, se tropieza conmigo y a poco me estruja los huesos al estrecharme en sus brazos.

-Excúseme un minuto.

Y dicho esto, después de saludar a Armando Hernández, quien fue uno de los fundadores del Partido Aprista en Cuba, y me acompaña, da media vuelta, agarra un micrófono y graba un mensaje.

Se tenía por seguro que al ser liberado, Haya de la Torre iría a radicarse en Montevideo. De ahí que a todo el mundo le tomara por sorpresa el comunicado de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, anunciando que le concedía asilo político a instancia del gobierno peruano. La sorpresa fue, aún mayor, cuando se supo que venía en calidad de expulsado.

No obstante conocerse muy tardíamente la hora de su llegada, centenares de personas acudieron al aeropuerto a recibido y vitorearlo. El núcleo más significativo lo constituían los exilados peruanos, nicaragüenses, dominicanos, argentinos, venezolanos y cubanos. Menudearon, como era de rigor, los vivas y abajo, y difícil fue rescatar a Haya de la Torre de aquella muchedumbre enfebrecida. Apenas yo pude concertar la cita para esta entrevista especial que le hago por encargo de *El Mundo*.

Henos ya aquí solos y a libre plática.

-Ante todo —me dice— quiero expresarle mi gratitud al diario *El Mundo* por su continuado interés en mi caso y por la oportunidad, que ahora me brinda de hablarle al pueblo cubano. En cuanto a usted, somos viejos conocidos, sé como piensa, encaramos el mismo destino y estoy a sus órdenes.

-¿No le parece lo más propio empezar por el principio? Creo que sería muy interesante que dijera algo sobre estos cinco años de forzado encierro en la embajada de Colombia.

Se reconcentra unos segundos, como para fijar sus recuerdos, y de súbito abre la espita de su caudalosa verba, en tanto sus manos arañan el aire y se le aguileña aún más el perfil.

-No voy a referirme a hechos de sobra conocidos en toda América. Aludo, claro está, al golpe de estado de Odría y a la subsiguiente maquinación de que fui víctima. El 3 de enero de 1949 me vi obligado a refugiarme en la embajada de Colombia para salvar la vida. Inmediatamente, el suntuoso palacete fue rodeado por soldados y policías y se estableció un verdadero asedio. El embajador de Colombia, don Carlos Echeverri Cortés, me declaró su huésped de honor. Siempre me sentó a su mesa y me hizo sentirme como en casa propia. Yo invertía la mayor parte del tiempo leyendo y escribiendo. Pero hubo instantes de tremenda tensión. Una vez estuvimos a punto de ser asaltados. El acoso llegó, a inauditos extremos. Los vecinos fueron arbitrariamente desalojados de sus casas y el cordón de tropas se extendió a varias manzanas. Carros patrulleros y motociclistas vigilaban las inmediaciones. Se cavaron trincheras y se emplazaron ametralladoras en las azoteas. Durante la noche, potentes reflectores perforaban los cristales y ventanas del **edificio**. **Y** no se perdía pie ni pisada a los funcionarios y empleados de la embajada.

Mientras le oía, yo evocaba, a grandes trazos, la vida sin tregua del ya veterano combatiente. Desfilaron, por mi memoria, sus mozas rebeldías, sus prisiones y destierros, sus ardorosas polémicas, sus andanzas revolucionarias y sus batallas políticas. Treinta años en pie. Admirable ejemplo, sin duda, de vocación a un destino.

Ahora se yergue y recorre la habitación a zancajadas.

-Mire usted Roa. Eso hay que precisarlo bien. Es cierto que debo mi liberación a dos sentencias del Tribunal de Justicia Internacional, a las gestiones del gobierno colombiano y al convenio suscrito recientemente en Caracas por los ministros de Relaciones Exteriores de Colombia y de Perú. Pero, no es menos cierto, que nada se hubiera obtenido sin la presión y el concurso de la opinión pública. Mi libertad es un triunfo legítimo de la conciencia hispanoamericana.

-¿Y su expulsión a contrapelo de lo convenido?

-Es la prueba más inequívoca de la derrota de Odría. No sólo me impide ir a Uruguay y me expulsa a México; además, se reserva el «derecho» de pedir mi extradición y prácticamente me inmoviliza. Vea, esta anotación de mi pasaporte.

Leo, copio y subrayo: «El presente pasaporte ordinario se expide a Víctor Raúl Haya de la Torre para viajar a México, únicamente, en cumplimiento del Decreto Supremo No. 2679 de seis del presente que ordena su expulsión del país».

Y, a seguidas, una pregunta a fondo:

¿Cree usted que el Partido Aprista Peruano está en condiciones de medirse ventajosamente con Odría?

La respuesta es concisa y también a fondo:

-Estoy absolutamente seguro. El Partido Aprista es hoy la más poderosa, disciplinada y combativa fuerza política de mi país. Tiene una tradición, un martirologio y una fe. Ha llegado a la madurez con los arrestos de su juventud. El futuro del Perú le pertenece por entero.

Nuevos tópicos, cada vez más riscosos, sirven de base a nuevas preguntas.

Nadie puede poner en duda sus radicales discrepancias con el movimiento comunista. ¿Comparte usted el criterio de los que sostienen que el gobierno de Guatemala es una punta de lanza de la Unión Soviética?

- Una estruendosa carcajada anticipa su contestación.

-¡Tonteras, puras tonteras! No niego que haya comunistas en Guatemala, como los hay en todas partes y especialmente en los países de bajo nivel de vida. Pero, de ahí a que el gobierno de Arbenz sea una cabeza de playa del comunismo internacional, media un abismo.

Afianzar la soberanía nacional, distribuir más equitativamente la riqueza y poner a raya la explotación de las empresas extranjeras, es lo que está haciendo el gobierno guatemalteco. El truco es demasiado conocido y ningún gobierno nacionalista ha dejado de sufrir sus consecuencias. ¿No se tildó de comunista al general Lázaro Cárdenas al expropiar la industria petrolera, y no se tilda **de tilda a** Víctor Paz Estensoro por haber nacionalizado el estaño? ¡Bah, tonteras, puras tonteras! El canciller Guillermo Toriello, por lo demás, puso los puntos sobre las íes en Caracas. De acusada, Guatemala concluyó en acusadora.

- A propósito de la Conferencia Interamericana de Caracas, ¿qué opina usted de la actitud adoptada por México?

-Si algún país ha mantenido en los últimos años una política de principios en las relaciones internacionales, es este que hoy me acoge, generosamente. Su actitud en Caracas lo evidencia una vez más. Desde luego, la conferencia, en sí misma, fue a mi juicio, un fracaso. Los problemas fundamentales que afrontamos —ejercicio efectivo del sufragio, respeto a los derechos humanos, concentración de la riqueza, dependencia económica, atraso social y cultural— quedan en pie. Lo único positivo fue la consolidación del derecho de asilo y la repulsa de toda intervención extranjera en nuestros asuntos internos. Uruguay, México, Guatemala, Bolivia y Chile se batieron en la vanguardia.

Hace una pausa y añade, como para redondear su pensamiento: -Soy antiimperialista sin fisuras ni quiebras; pero jamás he creído que todos nuestros males provengan de fuera. Muchos de ellos provienen de dentro. Es infantil achacarle al prójimo nuestras culpas. Los que entregan nuestras riquezas al extranjero son tan responsables como los que se apoderan de ellas en beneficio propio. La historia es un juego de fuerzas intercurrentes.

-De acuerdo. Más ¿no piensa usted que nuestra América carece de opción en el llamado conflicto entre oriente y occidente?

-Eso es absolutamente falso. Ya lo creo que tiene opción, y **a Da destino propio**. Pero, déjeme precisarle antes, algunos puntos de vista en relación con lo que le estaba diciendo. No podemos según balcanizados y a remolque de los acontecimientos. El siglo XIX fue el siglo de los estados nacionales. Hoy vivimos en un mundo de interferencias dinámicas y en marcha hacia un estado supranacional. Esta época es la época de los continentes. Parodiando a Rubén Darío, los Estados Unidos son potentes y grandes por constituir un continente. Rusia es grande y potente por ser un continente. Tenemos que recuperar a toda velocidad el tiempo perdido. El problema de nuestra América no es sustituir un militar por otro, ni una oligarquía por otra. Nuestro problema es sentar las bases de una vasta y dinámica confederación política, de continentalizarnos histórica y culturalmente. Sin la efectiva unidad de nuestros pueblos no puede haber democracia ni justicia social. Reclamo para el APRA la prioridad de haberlo señalado. Más todavía: el APRA es el único partido político del continente que siempre ha mantenido una perspectiva americana. Simplemente hemos cumplido con un mandato de José Martí.

Y, como yo intentara atraerlo al tema inicialmente planteado, me ataja sonriente:

-Ahí voy. Hay, en efecto, un formidable ..... entre la Unión Soviética y los Estados Unidos una tercera posición.... . -¡Cómo! ¿Es usted peronista?

-La tercera posición a que me refiero nada tiene que ver con el dictador argentino. Su «doctrina» de la unidad continental es una añagaza demagógica y conduce al vasallaje. La tercera posición que propugno descansa en una nueva teoría del espacio tiempo histórico. Se la resumiré, aún a trueque de parecerle simplista, en llanas palabras: Rusia ofrece pan sin libertad, la democracia capitalista libertad sin pan y la nueva democracia pan con libertad o sea democracia con justicia social. Esa es la tercera posición. Y en cuanto a nuestras relaciones con los Estados Unidos, entiendo; que deben basarse en una genuina cooperación económica y en el mutuo respeto. Innatamente estoy escribiendo un libro sobre el tema. Considero

inaplazable, además, contribuir a despejar la tremenda confusión imperante hoy en ese país. Su principal promotor, es, sin duda, el senador Mc Carthy. Si no se le para a tiempo, las consecuencias pueden ser catastróficas para todos. Mc Carthy es un epígono yanqui del fascismo.

Y, a manera de resumen, entonó sentencioso:

-El día en que los Estados Unidos se transformen en un régimen policiaco no se diferenciará políticamente en nada de la Unión Soviética. No cabe abogar por la democracia, suprimiéndola. Es un monstruoso contrasentido defender la libertad con una retaguardia de dictaduras. Ya también existe una cortina de hierro en América. Muy pocos pueblos gozan hoy de libertades civiles y políticas en este hemisferio.

Pero la charla se ha prolongado en demasía y es hora de cortarla. El «asilado silencioso» ha hablado hasta por los codos y ya en su rostro asoma la fatiga. Hace cuarenta y ocho horas que está en vela y bajo el embate de fuertes y encontradas emociones.

Dos últimas preguntas antes de despedirnos. Una, relativa a sus recuerdos de Cuba; referente, la otra a, sus proyectos inmediatos.

-Mis recuerdos de Cuba los llevo prendidos en el corazón. De paso para México, ya desterrado, viví allí días inolvidables. Fui objeto de cálidos agasajos y honrosa distinciones. Entonces conocí a Julio Antonio Mella y anudamos una honda amistad. Fui designado, a propuesta suya, presidente de honor de la Federación Estudiantil de la Universidad de la Habana. Después, usted lo sabe, nuestras rutas se bifurcaron y tuvimos enconada controversia: Hoy me inclino conmovido ante el recuerdo del gran líder asesinado.

Ya de pie:

Pienso quedarme, por el momento, en México. Traigo dos libros terminados y dos en elaboración. Varios más me bullen en la mente. Yo nací para trabajar y luchar. Mi mayor ilusión es morir en plena juventud de espíritu.

Pide papel y redacta un breve y elocuente saludo que trasmite por conducto de este periódico al pueblo de cubano.

-Gracia, Víctor Raúl.

-Gracias a usted **y al diario *El Mundo*. Vuelva pronto.** Era ya casi mediodía cuando Armando Hernández y yo enfilamos hacia el Paseo de la Reforma. El sol centellante en la fronda y el cielo parecía de cristal. De la Columna de la Independencia brotaba un surtidor de llamas y como rayos de oro despedía la lanza de Cuauhtémoc.



## Posición y rumbo

En coyuntura decisiva para el futuro de nuestros pueblos, inaugura **Humanismo** una nueva etapa de su denodada, erecta y fecunda existencia. Quienes tomamos ahora el timón —venezolanos y cubanos identificados en el pensamiento y en la conducta— salimos a desafiar la tormenta proa al viento y el gallardete de combate clavado en el palo mayor.

No es esta, conviene advertirlo, nuestra primera aventura en mal tiempo. Durante los últimos veinte años, nuestra vida ha sido, salvo fugaces paréntesis, arrostrar sirtes y borrascas sin quebrantos de rodilla ni fisuras de conciencia. Somos ya veteranos en la ingente batalla entre la democracia y la dictadura, la cultura y la barbarie. Nuestra juventud maduró prematuramente en las persecuciones y las cárceles y nuestra madurez proscripta rejuvenece en la agonía y la esperanza. Pertenece a una generación americana que puede hablar alto y claro por haber permanecido fiel al legado de Juárez, Bolívar y Martí, y sensible a los reclamos de la época. Ese es nuestro único patrimonio; pero también nuestra mejor credencial.

Sobremanera nos importa fijar nuestra posición y trazar nuestro rumbo a fin de que se sepa lo que somos, lo que queremos y a dónde vamos. Sólo en esta columna editorial dirá *Humanismo* su palabra intransferible.

Aunque nada humano nos es ajeno, y cuanto acontece en el mundo nos afecta, preocupa e interesa, hijos somos de América y a ella nos debemos, primordialmente, por ser la porción de humanidad en que nos ha tocado vivir, soñar, sufrir, luchar y morir. No olvidamos, sin embargo, que hay en América dos América y dos América en cada América: la inglesa y la hispana, la oficial y la vital.

Independientemente de su respectivo origen, tradición, estilo, desarrollo y papel, en ambas coexisten los desniveles, tensiones y polaridades de toda sociedad escindida en líneas antagónicas de convivencia y las fuerzas creadoras que pugnan por eliminarla y devolver al hombre su señorío perdido y su dignidad mancillada. Admiramos y queremos la América de Lincoln y despreciamos y combatimos la América de Cutting. Con la América de Lincoln podríamos entendernos y recíprocamente beneficiarnos. Zarpazos y despojos, ultrajes y agresiones es el trágico saldo de la América de Cutting. Pero por grande que sea la América de Lincoln y ungida que esté para los hombres libres, «para nosotros —como dijera José Martí en trance memorable— en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo, ni nos lo pueda tomar a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez».

Con entraña y calor de humanidad se pone esta revista al servicio de nuestra América. Su editores están convencidos de que nuestras patrias acorraladas, escarnecidas y dispersas sólo podrán salvarse definitivamente haciendo “por sobre la mar, a sangre y cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino». De lugareñismos estériles y de artificiales rencillas están escarmentados nuestros pueblos, que ya despiertan y se alzan y buscan para encarar, apretados y unidos, a los que pisotean su soberanía, estorban su evolución y fomentan su aislamiento para uncirlos y explotarlos más fácilmente. Nunca como ahora —en que la política del *big stick* y la diplomacia del dólar han sustituido al New Deal y la buena vecindad— precisa tener presente que fuimos uno y lo mismo en la matriz de la fundación y seguimos siendo uno y lo mismo. Común es nuestro origen, nuestra lengua, nuestra historia, nuestro dolor y nuestro afán. Si la libertad fue siempre nuestra auténtica vocación como pueblos, la fuerza nos vino siempre del concierto y la unidad. En nuestra carne y en nuestro espíritu, hemos padecido, más de una vez, la ceguera de andar solos o a las greñas. En cambio, juntos pudimos sacudirnos ayer el yugo de la dominación española y juntos podemos hoy impedir que manos intrusas —las que sean— y apetitos voraces —los que fueren— tuerzan nuestro camino o nos lleven de **arrias** de una parte del mundo contra otro o de otra contra una.

A fortalecer la conciencia de nuestra comunidad de destino y a galvanizar la voluntad de afirmarla y defenderla, pueden contribuir, eficazmente, los hombres de letras hispanoamericanos. No sólo pueden: deben. En horas de peligro, aumenta la obligación y la responsabilidad de los intelectuales. No tienen otra alternativa, en rigor, so pena de traicionarse a sí mismos, que salir al palenque y aprestarse al envite. La neutralidad de la cultura fue antes, como es ahora, como siempre será, el apoliticismo mentido de los que militan en el «partido de los saciados», reverso cómplice de los escritores que se alquilan, descocadamente; a la reacción, al poder y la riqueza. «La palabra ha caído en descrédito —escribió José Martí— porque los débiles, los vanos y los ambiciosos han abusado de ella; pero todavía —añadió— tiene oficio la palabra». Esclarecer, fundar y guiar es el oficio de la palabra. «Los versos se han de hacer —sentenció quien jamás pudo ver un crimen en calma— para castigar con ellos, como un látigo, a los que quieren quitarle a los hombres su libertad; se han de hacer para ser útil al mundo. En el mundo, si se lleva con dignidad, aun hay poesía para mucho. ¡Corona de cenizas para los poetas cortesanos! ¡Corona de himnos para el honrado poeta de los pobres!»

Humanismo es una revista de cultura con definido y beligerante acento político. No implica ello, en modo alguno, que vaya a asumir una postura sectaria o partidista. Tal designio está radicalmente excluido de la perspectiva de sus editores. Política no significa, necesariamente; adscripción a determinado credo o emblema. Significa, también, preocuparse por intereses, aspiraciones y valores que trascienden la órbita de los partidos políticos y que, constituyen, no obstante, la trama misma de la vida espiritual de los pueblos y la clave profunda de su devenir histórico. Preocuparse, en suma —tal es nuestro caso— por la creciente dignificación de la vida humana, el acceso de todos a los bienes materiales y el libre desarrollo de nuestros pueblos.

No somos pro soviéticos, ni pro imperialistas. Somos juaristas, bolivarianos y martianos y, por eso creemos que nuestra América debe ser leal a sí misma y conquistar su propia forma de expresión en el pleno uso de su soberanía y, a través del gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Combatir a cuanto se oponga a que nuestra América sea lo que quiere ser, es el compromiso previo que contrae *Humanismo* y el objetivo céntrico de su brega.

Humanismo invita a, los escritores de nuestra América a colaborar en esta magna empresa de esclarecimiento, fundación y guía. Los invita a pelear por la dignidad humana y por la libertad, el progreso y la dicha de nuestros pueblos: Toda pluma limpia, enhiesta y veraz será jubilosamente acogida en sus páginas. Difícil es hoy poder decir lo que se siente y piensa sin limitaciones, ataduras, reservas o desvíos. *Humanismo* no ha suscrito pactos expresos ni tácitos con la mentira, el silencio culpable o la verdad a media voz. Es una tribuna abierta, independiente e insobornable. Es una revista que podrá morir de honrada; pero nunca dejará de serlo.

Tomado de *En pie*, Universidad Central de las Villas, La Habana, 1959

# **Teoría y práctica de la democracia**

## **El canto de gallo de la democracia burguesa**

### **1. El siglo de las luces y de las revoluciones**

Si la revolución industrial condiciona la estructura económica y la índole de las relaciones sociales del capitalismo moderno, la revolución francesa, coetánea y complemento suyo, vigoriza y afianza las formas políticas, jurídicas y culturales del predominio de la burguesía como clase, desarrollando hasta sus últimas consecuencias el proceso que inician el renacimiento, el estado nacional, los grandes descubrimientos geográficos, el mercantilismo, la reforma religiosa y las revoluciones inglesas del siglo xvii, este descomunal acaecimiento, que derriba la sociedad absolutista sustituyéndola por una relación de poder fundada teóricamente en los derechos del hombre y del ciudadano y en la soberanía popular, es el canto de gallo de la democracia, del régimen constitucional y del sistema parlamentario, que generalizándose durante el siglo xix por las principales naciones de Europa y América, configura y rige el destino ulterior de la modernidad hasta nuestros días, en que los desniveles y contrastes originados por la concentración de la riqueza y la creciente supeditación del poder público a la alta fianza y a las grandes corporaciones han puesto en cuestión las bases mismas de existencia de la sociedad capitalista. Nada de esto, sin embargo, menoscaba ni enturbia el trascendental significado de la revolución francesa en la historia de la evolución política, social y espiritual del mundo, su enorme contribución al proceso de emancipación de la conciencia humana y al progreso general de la sociedad solo puede valorarse efectivamente adoptando como punto de partida este hecho, no en balde la revolución francesa ha pasado a la posteridad con el apelativo de grande y el siglo xviii con el sobrenombre de siglo de las luces.

Podría rotularse también el siglo de las revoluciones, la ingente transformación histórica de 1789 fue precedida, allende el atlántico, por el alzamiento revolucionario de las trece colonias inglesas, que obtienen al cabo de épica brega su independencia nacional y sientan los fundamentos de una organización social análoga a la que establecería la revolución francesa, la conexión entre uno y otro proceso es más profunda de lo que fue le suponerse, ambos forman parte de la misma constelación histórico-social y representan el ascenso de la burguesía al primer plano de la vida histórica. Explica la sustantiva unidad de principios que muestran en sus documentos capitales, el influjo de la teoría política y social inglesa en las concepciones norteamericanas y la indeleble impronta que

deja en la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano el Bill of Rights del estado de Virginia según George Jellinek, la génesis y la forma de la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano? Hay que buscarlas en los Bill of Rights de los estados de la Unión Norteamericana y no en el Contrato Social de Juan Jacobo Rousseau «la influencia de la revolución norteamericana en la francesa -afirma- es notorio; los sucesos son, ciertamente, momentos de una misma evolución política.

Ningún pueblo ha alardeado tanto del impulso ideal que modele sus orígenes como el norteamericano, ningún pueblo, sin embargo, «surgió jamás tan claramente de un directo y consciente impulso material», los peregrinos del «Mayflower» pudieron imaginar, por constituir un grupo religioso y socialmente discrepante con su circunstancia, que venían a edificar en la América del Norte la *civitas* tierra puritana, no deja lugar a dudas en este sentido el pacto solemnemente suscrito, entreviéndose ya la costa rizada de espuma del nuevo, y suspirado albergue: «nosotros, los abajo firmantes, habiendo emprendido, para gloria de Dios y avance de la fe cristiana y honor de nuestro rey y país, un viaje para establecer la primera colonia en la parte norte de Virginia, en presencia de Dios pactamos y combinamos por el presente, mutua y solemnemente, nuestras personas en un cuerpo político civil, para nuestra orden acción y conservación y consecución de los fines antedichos y en virtud de ello para elaborar, constituir y construir aquellas justas e iguales leyes, ordenanza, actas, constituciones y cargos que en el curso del tiempo se consideren más adecuadas y convenientes para el bien general de la colonia, a las cuales prometemos todos la debida sumisión y obediencia,» desde esta perspectiva teocéntrica se organizó la comunidad de Nueva Inglaterra, la historia demuestra palmariamente que la causa determinante de aquella emoción afanosa de una sociedad limpia de impurezas y limitaciones, era este resultado directo de la transformación agrícola e industrial acontecida en Inglaterra en los siglos XVI y XVII.

La comunidad puritana, fundada por los peregrinos del «Mayflower», trajo ya consigo la dualidad de desarrollo que habría de caracterizar la historia de las trece colonias inglesas: la gran propiedad rural que se expande hacia el sur la estructura capitalista, liberal y democrática que se establece y propaga hacia el norte y el este con un propósito consciente de poder político, libertad religiosa y creación e riqueza, «el *seeker* carolino y el teócrata jacobita --escribe Vernon Luis Parrington en su libro *Main currents in American thought*- el demócrata y el calvinista coloniales, el republicano fisiócrata y el financiero defensor del capitalismo representan en forma concreta las diversas tendencias primitivas norteamericanas; y

alrededor de estos centros mayores vendrían a formarse grupos menores en la gran lucha de aquellos primeros años, que con el tiempo condujo al desconocimiento de las doctrinas monárquicas y aristocráticas y ala ejecución atrevida de un experimento político de alcance continental» la proclamación de los derechos del hombre y del ciudadano el 12 de junio de 1770 por el pueblo de virginia fue un acto de universal trascendencia, la constitución promulgada en marzo de 1780 es un documento imperecedero en la historia política de la humanidad, «esta constitución - afirma bryce-- supera a cualquiera otra constitución escrita debido a la excelencia intrínseca de su plan, a su adaptación alas circunstancias del pueblo, a la sencillez, concisión y precisión de su lenguaje y a la formación juiciosa como fija los principios con claridad y firmeza, en tanto que a la vez permite elasticidad en los puntos de detalle,» pero et ritmo que presidio la compleja Organización y el prodigioso desarrollo de estados unidos fue fundamentalmente económico, basta asomarse a los debates de el federalista en tomo a la constitución para percibir la preponderancia de las consideraciones económicas en el pensamiento realista y pragmático de Hamilton, madison y jay, partidarios fervientes del capitalismo industrial y de un poder federal fuerte y decidido, la corriente liberal de raíz fisiocrática tuvo en Thomas jefferson su mas autorizado vocero,

Harto visible es la influencia de montesquieu, locke y paine en el pensamiento político y social norteamericano para que necesite ser subrayada, jefferson es el mas brillante expositor de la teoría del contrato social y del derecho de resistencia a la tiranía, no ofrecen originalidad alguna sus ideas, «su merito estaba -dice raymond g, getell- en adaptar las concepciones de Sydney y de locke a las condiciones de america,» sus puntos de vista fundamentales -igualdad humana, gobierno por consentimiento, predominio de la agricultura- contribuyeron, en pareja medida, a la formación de la conciencia democrática, a la independendencia de la metrópoli y al fortalecimiento de los intereses sectoriales del sur, william a, dunning ha fijado magistralmente la postura de jefferson en su obra a history of political theories, alexander hamilton, la mentalidad mas aguda y vigorosa de la época, era partidario de la centralización administrativa, del libre juego de los intereses capitalistas y del fomento dirigido de la navegación y del comercio, sus artículos de el federalista demuestran su amplio y cernido saber en materia política, administrativa, fiscal y financiera y su fina intelección del curso y sesgo del proceso capitalista en estados unidos, james madison formulo una doctrina de la sociedad según la cual el origen de las pugnas facciosas se debe a los diversos intereses y sentimientos que separan a

ricos y a pobres, a deudores y acreedores, a manufactureros y a comerciantes, a jornaleros y a empresarios.

No escapo tampoco a la buida pupila de madison, como observa Juan clemente Zamora en su libro el proceso histórico, la supuesta eficiencia de la democracia para evitar los efectos de la desigualdad económica, las discrepancias y distinciones provocadas por la diversidad de opiniones, propiedades y pasiones, no pueden desaparecer por decreto, mucho mas rotundo y diáfano resultaría posteriormente Daniel webster al examinar la influencia ejercida por la riqueza en la determinación de las formas políticas, «me parece evidente -afirma- que, excepto cuando interviene la fuerza militar, el poder político, natural y necesariamente, pasa a manos de quienes tienen la propiedad, en mi opinión, una forma republicana de gobierno descansa, tanto o mas que en la constitución política, en las leyes que regulan la transmisión de la propiedad,» «el mas libre de los gobiernos -dirá mas tarde- no seria tolerable durante mucho tiempo si la tendencia de sus leyes fuera crear rápidamente una acumulación de riquezas en pocas manos, haciendo a la gran masa de la población miserable y dependiente, en tales casos, el poder del pueblo tiene que destruir los derechos de la propiedad, si no quiere que la influencia de la propiedad limite y controle el ejercicio de la autoridad popular,» webster desentraña meridianamente el origen económico de las instituciones políticas norteamericanas, «nuestros antecesores de nueva Inglaterra --escribe- no trajeron de europa grandes capitales; pero si los hubieran traído en nada hubieran podido invertirlos, llegaron a un país nuevo en el que no había aun ni tierras arrendadas, ni arrendatarios que prestaran servicios, los conquistadores se hallaban todos en un nivel económico semejante, su situación requería la división y reparto equitativo de las tierras, y puede asegurarse que este acto necesario determino el carácter del gobierno que establecieron, el tipo de sus instituciones políticas quedo determinado por las leyes fundamentales que regían la propiedad,» pero nadie ha esclarecido tan agudamente los factores económicos condicionantes de la historia social de estados unidos como charles a. beard, las dos interpretaciones clásicas de las instituciones políticas de estados unidos siguen siendo la democracia en america de alexis de tocqueville y the american commowealth de james bryce, y habrá siempre que acudir a el federalista si se trata de aprehender el sentido de la teoría política y social norteamericana en los días tumultuosos y promisoros en que el gallo de la democracia saludaba el alba de una nueva vida y de una nueva esperanza,

El siglo de las luces y de las revoluciones, que removi6 la conciencia universal con las concepciones de montesquieu, vico, voltaire, jefferson, diderot,

quesnay, hamilton, condorcet, madison, dalambert, smith y rousseau, apporto también con Washington, mirabeau, danton, marat, saintjust, robespierre, babeuf y napoleón, valores imperecederos a la historia política, social y militar de la humanidad, rivalizan unos y otros en estatura humana y en estilo de vida, unos y otros atestiguan que el siglo de las luces y de las revoluciones fue el mas fecundo criadero de titanes del pensamiento y de la acción que recuerdan los tiempos, sus hazañas fueron dignas de prometeo,

## II. Significación del reinado de luis xv en el proceso de la decadencia del antiguo régimen

La revolución francesa constituye, desde el punto de vista sociológico, el tipo clásico de las revoluciones, se puede precisar su curso nítidamente desde sus orígenes hasta su violento desenlace, mucho antes de que la gigantesca conflagración ilumine el cielo de Francia y reduzca a pavesas el antiguo régimen síntomas visibles acusan su gestación en el ámbito de las ideas, manifestaciones objetivas delatan el deterioro irremediable de los tejidos vitales de la sociedad absolutista, Aun están lejos las barricadas y los sans culottes; pero ya la fermentación popular y el estado de los espíritus preludian el parto, «Una generación antes -escribe Harold J, Laski- se predijo su advenimiento, La gente percibía que estaba viviendo tiempos peligrosos; mas los preparativos de la explosión final fueron graduales y acumulativos,»

El drama de la decadencia del antiguo régimen tiene en Luis XIV, Luis XV y Luis XVI sus protagonistas mas descollantes, «Nada puede acaso indicar mejor el abismo que se había abierto entre el monarca y los súbditos -observa sagazmente Kohn Bramstedt- como la forma en que el populacho parisien reacciono ante su muerte respectiva,» La de Luis XIV fue coreada, no obstante el soleado refulgir de su reinado, por un trompeteo ensordecedor de maldiciones, La de Luis XV fue recibida por el publico con el escarnio y la befa de la caza y del amor, sus dos distracciones favoritas, La de Luis XVI fue saludada, al subir al cadalso en 1793, con el grito exultante de una democracia recién nacida: ¡ Vive la Nación! «Luis XVI -afirmo Kohn Bramstedt- ya no era la personificación, sino meramente la sombra de una institución gastada, que había perecido por la ceguera de sus defensores y la indolencia de las clases elevadas,»

Fue, sin duda, el reinado de Luis XV el que tuvo una importancia decisiva en la formación de la conciencia del Tercer Estado y en el desarrollo del espíritu enciclopedista, No obstante la severa critica de que fue objeto por Vauban y Boisguillebert, La Bruyere y Saint-Simón, Claude y Bayle, Boulanvilliers y



Fenelon, la institución real mantuvo su esplendor y el respeto popular en la época de Luis XIV, Ciertamente es que en este había alcanzado el absolutismo la más alta concentración de poder personal de que tiene data la historia, (No tuvo la osadía de proclamar que el Estado era él? Ciertamente también que su reinado fue la palanca impulsora del renacimiento intelectual de Francia y del apogeo de su crédito exterior, Voltaire no vacilaría en comparar la época de Luis XIV con las épocas de Pericles, de Augusto y de los Médicis,

El reinado de Luis XV se caracterizó por el descrédito internacional de Francia y el saqueo sistemático del tesoro en beneficio de la corona y de la nobleza, La desproporción entre la pujanza económica de la burguesía y su impotencia política se hizo evidente incluso a las clases privilegiadas, El poder absoluto se agrietó profundamente y la dignidad del trono sufrió un radical quebranto, La autoridad del régimen se mantuvo mediante la intimidación, el soborno y la licencia, Luis XV no tenía otra preocupación que sus caballos, sus lebreles y sus amantes, Madame Pompadour llegaría a regir, durante algún tiempo, los destinos de Francia, Como gráficamente se ha dicho, el rey «no fue ya el amo, sino el servidor de las clases ociosas»,

Ni que decir tiene que semejante situación solo podía darse en un estado social cuyos mecanismos centrales se hubieran roto y en trance de desmoronarse sus bases mismas de sustentación, De otro modo, no hubiera pesado decisivamente, en el catastrófico derrumbamiento del antiguo régimen, la mera estupidez, corrupción y frivolidad personales de Luis XV y de Madame Pompadour, No son la causa de la decadencia y ruina del absolutismo, Ambos son el efecto de esa decadencia y de esa ruina, Nada lo demuestra más rotundamente que la cínica predicción de Luis XV: *Après nous, le déluge*,

### III. Estructura y carácter de la sociedad absolutista

Un rápido análisis de la estructura política y administrativa de la sociedad absolutista y de la posición de las distintas clases que la componían nos permitirá precisar los factores determinantes de esa decadencia, la sociedad absolutista se asentaba en una burocracia centralizada, que asume el efectivo control de la vida pública de Francia a partir de 1614, fecha en que dejaron de convocarse los estados generales, Alexis de Tocqueville ha caracterizado admirablemente esta burocracia corrompida y omnímoda en su clásico libro *L'Ancien Régime*) los propios armamentos, cuerpos representativos de las clases privilegiadas, estaban unidos a la voluntad del Conseil royal, efectivo regente del poder, el Conseil Royal, integrado

por cuarenta miembros escogidos en su mayoría entre los ministros de estado y los favoritos de la corte, tenía amplias facultades y controlaba el régimen fiscal, su figura principal era el Controleur General des Finances, que reunía en sus manos las atribuciones de ministro de comercio, agricultura y orden público, funcionarios capaces y honestos habían desempeñado este cargo en épocas anteriores, sirva de ejemplo Colbert, en el periodo inmediato a la revolución, fue designado para ocuparlo Jacques Turgot, hombre de vigoroso carácter, extraordinario talento, amplia cultura y espíritu progresista, sus famosos edictos aboliendo el sistema gremial y reformando el régimen tributario le ganaron la admiración de los enciclopedistas, la repulsa de la nobleza, la antipatía del tercer estado y la inmediata dimisión al perder el favor de la corona, el Conseil Royal tenía jurisdicción, finalmente, sobre los intendants de las provincias, que eran, según John Law, «los verdaderos gobernantes de Francia».

En las vísperas de la revolución, imperaba la confusión, el peculado y el desorden, la institución real de origen divino sirve ya solo «para cubrir todas las arbitrariedades, todos los despilfarros y todos los abusos», los ministros y los intendentes «son detestados en su mayoría y la centralización imperfecta que personifican, lejos de fortificar a la monarquía, hace que se ponga en contra de ella la opinión pública», nadie ha descrito tan vividamente el caos administrativo de Francia en esa época como Albert Mathiez, ya las intendencias constituyen una rémora del progreso general de la nación, ni siquiera pueden precisarse las fronteras provinciales ni las que separan a Francia de los pueblos limítrofes se ignora en donde empieza y en donde acaba la autoridad territorial del rey, el sacro imperio romano-germano sobrevive en algunos municipios, hay regiones que «pagan tres veces, por vecino cabeza de familia, a sus tres señores feudales: el rey de Francia, el emperador de Alemania y el príncipe de Condé», La Provenza, el Delfinado, la Bretaña y la Alsacia «invocan las viejas capitulaciones en méritos a las cuales se habían unido a Francia y consideran, ufandose de ello, que en sus territorios el rey no es otra cosa que el señor, el conde o el duque», El reino de Navarra se niega a designar su representación en los Estados Generales, Se mezclan y confunden las viejas circunscripciones judiciales, Las diócesis eclesiásticas «se entrecruzan a través de las fronteras políticas», Resulta frecuente que sacerdotes franceses dependan de prelados alemanes y a la inversa, «Francia --afirmaba Mirabeau un agregado inconstituido de pueblos desvinculados,»

La imagen que ofrece la estructura social de Francia en la segunda mitad del siglo XVIII es sobremanera compleja, No puede decirse todavía que ya estén

maduras las condiciones objetivas de desarrollo de la forma capitalista de producción, Tampoco puede negarse que las fuerzas económicas en que se apoyaba el antiguo régimen estaban ya en franco proceso de agotamiento, Francia seguía siendo, en lo fundamental, una nación agrícola, La nobleza compartía con la corona y la jerarquía eclesiástica el señorío sobre la tierra, La plebe nobiliaria, como la denominara acertadamente Mathiez, integrada por los segúndones que no habían podido ingresar en la milicia o en la Iglesia, «vegetaba ensombrecida en sus modestas y cuarteadas casas solariegas, detestaba a la alta nobleza poseedora de los empleos de la Corte, despreciaba y envidiaba a la burguesía de las poblaciones que progresaba y se hacía rica en el ejercicio del comercio y de la industria, defendía con aspereza sus últimas inmunidades fiscales contra los ataques de los agentes del rey y se hacía más arrogante cuanto más pobre y menos poderosa», De los 20 000 000 de habitantes de Francia, solo alrededor de 147 000 pertenecían a la alta nobleza, Esta reducida capa social, que poseía las tres cuartas partes del territorio nacional, absorbía la quinta parte del presupuesto del Estado, estaba exenta de impuestos, disponía a su antojo de los puestos de la Corte, controlaba la oficialidad del ejército y disfrutaba de jugosos emolumentos y numerosas sinecuras.

La caza, el juego, la prostitución, la intriga y el agio constituían la trama fundamental de la vida de la Corte, No es raro que los cortesanos más despiertos y ambiciosos se aburran de esa dorada molición y aspiren a trocar el papel de figurones por el desempeño de funciones más útiles y dignas, Las ideas nuevas encuentran abono propicio en sus conciencias, A esa constelación de inconformes pertenecen Lafayette, Custine, Vioméril, Lameth y Dillon, que ofrecieron su brazo a la independencia de las trece colonias y se opusieron luego al antiguo régimen, A la hora que se precisaba ofrecerlo todo en la defensa del trono en peligro, la alta nobleza se presentaría desunida, vacilante, escéptica y medrosa, Ya se había extinguido en su espíritu la verte que otrora le infundiera objeto y significado a las aristocracias en la historia.

La jerarquía eclesiástica era dueña de una cuarta parte de las tierras labrantías, Los cardenales, obispos y abades percibían una crecida renta anual de sus diócesis y bienes, En 1789 todos los obispos de Francia, sin excepción, eran nobles y Vivían en la Corte, Parece obvio añadir que entre la jerarquía eclesiástica y los humildes curas de misa y olla existía un profundo abismo, El clero constituía, sin embargo, como estamento, un grupo orgánico y solidario del régimen, compartiendo con la nobleza las responsabilidades y los frutos de la explotación del paísanaje, Los

propietarios del suelo ejercían derechos feudales sobre los campesinos y las tierras que cultivaban en usufructo

Los campesinos constituían la clase social mas numerosa de la época y su situación era el índice mas expresivo de la bancarrota del antiguo régimen, según Arthur Young, cronista ingles que visito Francia en los preludios de la revolución existían cuatro categorías de personas vinculadas al régimen de la tierra: Los propietarios estrictamente feudales, los propietarios de pequeñas parcelas, los colonos con renta en metálico y los cultivadores que subarrendaban sus fondos en aparcería, Este ultimo grupo era el mas vasto, «En Flandes, en Alsacia, en las riberas de Gerona y en la Gran Bretaña-refiere Young- me he encontrado con habitantes que tenían bastante para vivir, En la baja Bretaña encuentra uno incluso gente rica; pero la mayor parte de los labriegos viven pobres y desdichados, debiendo atribuirse esto al reparto de las tierras, por pequeñas que sean, entre todos los hijos, Yo he visto, y no una vez sino muchas, repartos que llegan hasta el punto de entregar a una familia, como único modo de sustento, un árbol frutal y doscientos pies cuadrados de tierra,»

El campesinado estaba sometido, como clase, a un férreo sistema de restricciones y cargas que le impedían un desarrollo económico independiente, La mayor parte de sus ingresos iba a engrosar las áreas de la nobleza y del alto clero, Solía habitar en chozas de barro, Su alimentación era escasa y deficiente, Trituraba la carne de res solo en las grandes solemnidades, El azúcar le era prácticamente desconocido, Venia obligado a pagar anualmente a los dueños del suelo ciertas cantidades en dinero o en especie, Debía también pagar tributos si compraba alguna parcela de tierra o la transfería a sus herederos, impuestos especiales gravaban el transporte de sus frutos al mercado por caminos y puentes, No podía efectuar la recolección de las cosechas hasta tanto no lo hicieran los señores, Sus sembrados se encontraban a merced de las partidas de caza organizadas por los nobles, A estas obligaciones de tipo feudal se asociaban las impuestas por la Iglesia y la mayor parte de las tasas nacionales, En el orden político y civil, carecía de todos los derechos, «Los campesinos --concluye Mathiez- son las bestias de carga de esta sociedad,» Su problema no tenga, pues, solución efectiva en el antiguo régimen: su solución dependía de la subversión total de la sociedad absolutista, De ahí que su destino estuviera directamente vinculado al destino de la burguesía, La situación del artesano era análoga a la anteriormente expuesta, En su mayoría, estaba compuesto por trabajadores de la industria y de la manufactura, por oficiales y aprendices de los gremios de arte y oficio, La industria francesa no había logrado

aun entrar, no obstante los esfuerzos de Colbert y las demandas de los comerciantes, en pleno dominio de la manufactura capitalista, existían ya en París, en Picardía y en Lorena numerosas, Manufacturas centralizadas; pero preponderaba todavía la organización gremial, del trabajo, la reglamentación mercantilista de la producción y el taller doméstico, muchos comerciantes trasladaron sus industrias al interior de Francia para, librarse de estas restricciones, la mano de obra se reclutaba entre los campesinos desocupados, la industria rural y la manufactura centralizada de las ciudades contribuyeron decisivamente a la desintegración del artesanado, no tardaría en introducirse la máquina en la industria textil y producir al par las transformaciones del artesano en jornalero, Sobremanera duras fueron las condiciones sociales de vida de este en los albores de la industrialización de Francia, « En general--escribía un ministro de Luis XVI-, los salarios son demasiado bajos y hay una gran masa de hombres víctimas de los intereses particulares de unos cuantos, los aprendices del gremio de sastres de Marsella tienen derecho a declarar que viven en la desventura,» abundan los ociosos, los vagabundos y los mendigos, los despidos y las rebajas de salario, son crónicos, manifestaciones de protesta contra ese estado de cosas se dejaron sentir en toda Francia, en abril de 1789 los obreros de París destruyeron los talleres del fabricante Revaillon por haberse negado a subir el salario durante el invierno, los despilfarros de Luis XVI, las concupiscencias de la corte y las orgías de María Antonieta han colmado ya la paciencia del pueblo.

Las trabas impuestas al desarrollo industrial perjudicaron principalmente a la burguesía, el ámbito del mercado interno estaba limitado por la mínima capacidad adquisitiva de la mayoría de la población, la burguesía se vio obligada a constreñir su actividad creadora al abastecimiento de las clases privilegiadas y a la manufactura de artículos de lujo para el extranjero, la confección de telas de lino, algodón, lana y seda era la rama fundamental de la industria francesa, los jabones y perfumes, tan encarecidos entonces y ahora por su calidad exquisita, encontraron amplia y creciente demanda en los círculos adinerados de toda Europa, a esta forzosa reducción de su mercado añádese los trastornos ocasionados por el progreso técnico de la manufactura inglesa, las mercancías británicas, mejor elaboradas y más baratas, compitieron ventajosamente con las francesas, mermando considerablemente el volumen del comercio exterior, la hostilidad de la corona a la burguesía la llevó a suscribir un tratado comercial con Inglaterra en virtud del cual se reducían los derechos de importación a los productos manufacturados ingleses en Francia y se rebajan los aranceles al vino francés en Inglaterra, este convenio,

enderezado exclusivamente a beneficiar los intereses de la nobleza, suscito una vigorosa protesta de la clase mercantil y un gran desconecto en el pueblo,

La fuerza social de la burguesía francesa dimanaba de su situación económica, en los años inmediatamente anteriores a la revolución es ya dueña de la riqueza mobiliaria y se ha fortalecido aun mas con la continua adquisición de tierras a los nobles y a la iglesia, el núcleo principal de esta clase lo constituían los comerciantes e industriales de Marsella, Burdeos, Lyon y Nantes, enriquecidos con el comercio colonial, las operaciones bursátiles, el tráfico de esclavos y las compañías por acciones, su objetivo céntrico era la abolición de las restricciones que embarazan el desarrollo de sus intereses industriales y agrarios y el establecimiento de un régimen político que promoviese y garantizara su libertad de acción en el campo económico, la porción mas numerosa la formaba la pequeña burguesía, que reclutaba a sus miembros en el comercio al por menor, en el artesanado rural y en los obreros de las ciudades, era, conjuntamente con el campesinado, el estrato social mas revolucionario, la delgada capa superior de la burguesía se hallaba integrada por banqueros y prestamistas, que eran los arrendatarios del tesoro publico, su objetivo se ceñía a una reforma del sistema fiscal que asegurara unicamente el cobro de sus deudas, la incompetencia y venalidad de la administración era el blanco fundamental de su critica, su preocupación era la bancarrota del estado.

No solo la burguesía se ha adueñado de los resortes fundamentales de la vida económica y financiera de Francia, en el plano de la cultura ha logrado apoderarse también de la conciencia social, las condiciones estaban ya maduras para la histórica empresa que derribaría la sociedad absolutista, a la burguesía le corresponderá dirigirla arrastrando tras si a todas las capas urbanas y campesinas sojuzgadas por la monarquía, la nobleza y el alto clero, «los campesinos y todo el país -escribe Jean Jaures- se alzaron contra el viejo régimen, no solo por la miseria de la agricultura, sino también porque ese régimen entorpecía el desarrollo inicial del capitalismo, esa fue la causa fundamental de la gran revolución francés

#### IV. El iluminismo y el tercer estado: el antiguo régimen ante la razón

Signo inequívoco de la boga que ha adquirido en nuestro tiempo la concepción irracional del mundo, de la vida y de la sociedad es el generalizado desde los siglos XVIII y XIX incluso en círculos responsables de la filosofía y de las ciencias sociales, de «superficial» suele motejarse al iluminismo y de «estúpida» la época que gestó las mas altas proezas intelectuales y técnicas de la nuestra, Jose Ortega y Gasset es uno de los grandes culpables de ese radicalismo de salón que

hizo su agosto en las juventudes desorientadas y escépticas de la preguerra, no es la primera vez que la concepción racional del mundo, de la vida y de la sociedad se ve sometida a implacables sanciones, ya el romanticismo hubo de incoar juicio sumario a la ilustración. La experiencia totalitaria ha sido el correlato político de esa postura reaccionaria en nuestros días.

No se trata, en modo alguno, de pedirle al iluminismo respuestas para la solución de nuestros problemas, se trata, por el contrario, como ha dicho Ernst Cassirer, de valorar objetivamente la ilustración prescindiendo del haz de prejuicios que todavía impide su genuina estimación histórica, «me parece llegado el momento -afirma- de que nuestra época se mire en el claro y luminoso espejo que le presenta la época de la ilustración, muchas de las cosas que nos parecen hoy en día resultados de! progreso, perderán sin duda su brillo miradas en ese espejo, y otras muchas de las que nos gloriamos, se ofrecerán desdibujadas y dislocadas, pero sería un juicio precipitado y una ilusión peligrosa atribuirle alas imperfecciones del espejo, en lugar de buscar la razón en tras parte, la consigna que kant señala como lema de la ilustración -¡Sapere ande!-- se aplica también a nuestra propia relación histórica con ellas lugar de rebajarla y de mirarla despectivamente desde nuestra alma, debemos osar el volvemos a medí y confrontarnos íntimamente con el siglo que ha contemplado y reverenciado en la razón y en la ciencia la fuerza suprema del hombre no puede ni debe estar pasado y perdido para nosotros; debemos encontrar un camino, no solo para contemplarlo como fue, sino también para liberal las fuerzas radicales que le dieron forma,» mucho antes que cassirer ya hegel y dilthey habían intentado la revalorización filosófica del iluminismo con fecundos resultados.

Si, se pretende juzgar al iluminismo desde una perspectiva filosófica, no puede reducirse al «puro cuerpo doctrinal que elaboro y trato de fijar dogmáticamente», en punto a las ideas que lo informan y a sus motivaciones intelectuales mas profundas, el iluminismo se ha concretado a recoger la herencia cultural del inmediato pasado y a desarrollarla hasta sus intimas consecuencias sobre una base antimetafísica y en forma omnicomprendiva; pero esta manifiesta relación de dependencia con el optimismo renacentista y el racionalismo cartesiano es sobrepasada por el iluminismo en la forma totalmente nueva y singular que aporta al pensar filosófico, incluso cuando ha trabajado «con un material intelectual dado de antemano, como ocurre sobre todo con su imagen científico-natural del mundo, y no ha hecho mas que construir sobre los fundamentos colocados por el siglo XVII, ha dado, sin

embargo, a todo lo que sus manos tocaron un sentido nuevo y ha abierto un nuevo horizonte filosófico»,

Cassirer ha precisado certeramente la posición del iluminismo en la historia del pensamiento, si bien es cierto que la ilustración comienza destruyendo la forma del conocimiento filosófico, el sistema metafísico hereditario, arremetiendo contra el espíritu de *systema*, no lo es menos que acepta y utiliza deliberadamente el espíritu sistemático que en su empeño de transformar los conceptos abstractos en fuerzas activas, en lugar de encerrar la filosofía en los límites de un edificio doctrinal firme escribe Cassirer, en vez de vincularse a unos axiomas determinados, establecidos para siempre, y a sus consecuencias deductivas, la ilustración se esfuerza en andar desembarazadamente y, en esta marcha inmanente, trata de develar la forma fundamental de la realidad, la forma de todo ser natural y espiritual,» la filosofía representa así al espíritu «en su totalidad, en su función pura, en su modo específico de indagar y preguntar, en su metódica y en su marcha cognoscitiva»,,,la ciencia natural se convierte en el soplo vivificador de la historia, del derecho y de la política, lo que singulariza al iluminismo es «el uso que hace de las ideas filosóficas, el lugar que les asigna y la misión que les encomienda», aun va más lejos Cassirer, «cuando el siglo XVIII se designa soberbiamente a sí mismo como siglo filosófico - afirma- la pretensión resulta justificada en la medida en que, de hecho, a la filosofía se le restaura en su derecho primordial y se la comprende en su sentido integral, clásico, no permanece aprisionada en el círculo del pensamiento puro, sino que reclama y encuentra una salida hacia ese orden más profundo del que, como pensamiento, surge también todo el obrar espiritual del hombre y en que, según la convicción fundamental de esta filosofía, tiene que fundarse, se desconoce, por lo tanto, el sentido de esta filosofía de la ilustración cuando, considerándola una mera filosofía reflexiva, se intenta ponerla de lado, de hecho, el sentido fundamental y el objetivo esencial de la filosofía de la ilustración no se reducen a acompañar a la vida y a captarla en el espejo de la reflexión, antes bien, cree en la espontaneidad radical del pensamiento; no le asigna un trabajo de mera copia, sino que le reconoce la fuerza y le asigna la misión de conformar la vida, no se ha de contentar con articular y poner en orden, sino que debe conjurar y realizar el orden, comprendido como necesario, para mostrar en el acto mismo de la verificación su propia realidad y verdad,»

No resulta ya admisible, desde el punto de vista filosófico, contemplar el iluminismo como una «mera suma de doctrinas particulares», el contenido y desarrollo de la filosofía del siglo xvii puede caracterizarse fácilmente en sus



distintos sistemas, No cuesta mayor esfuerzo aislar sus hilos conductores de descartes a malebranche, de spinoza a leibniz, de bacon y hobbes a locke; pero «estos hilos conductores se rompen en el umbral mismo del siglo xviii», ya el sistema filosófico, como tal, ha perdido su fuerza vincula teoría y representativa, ni siquiera christian wolff, que se ase desesperadamente a la concepción sistemática, logra abarcar y comprender la problemática filosófica de su época, «el pensamiento de la ilustración -resume cassirer- quiebra constantemente los limites rígidos del sistema y, en los espíritus mas ricos y originales, trata de sustraerse siempre al rigor de la disciplina sistemática, su carácter y su destine no se manifiestan en la forma mas clara y pura cuando logra cuajar en cuerpos doctrinales, en axiomas y preceptos, sino cuando la vemos trabada en la marcha del pensar mismo, cuando duda y busca, cuando allana y construye, cuando se escriba una historia de la razón, cuyo ámbito trato de perfilar kant, no se podrá menos que destacar, por encima de todas las épocas que descubrió, la primera, la autonomía de la razón y combatió apasionadamente por haciéndola valer y regir en todos los dominios del ser espiritual,»

No basta, sin embargo, a nuestro propósito, enjuiciar el iluminismo desde una perspectiva meramente filosófica, el iluminismo fue también la piqueta demoledora que manejo la burguesía en el plano de la cultura, la agitación espiritual que precede a la toma de la bastilla madura y cuaja la conciencia política del tercer estado, suministrándole ,una clara visión e sus intereses de sus objetivos, el centro de la teoría política y social se desplaza de Inglaterra donde al calor de los hechos y de la especulación filosófica, dilata sus horizontes y renueva su problemática desde montesquiu hasta los enciclopedistas,

Sobremanera importante fue el papel desempeñado por las controversias teológicas en el proceso de formación de la conciencia burguesa, Bernhard Groethuysen, uno de los mas esclarecidos discípulos de Dilthey, ha dedicado un denso y jugoso volumen a mostrar como la clase burguesa, con su conciencia de clase y visión del mundo, es producto en buena parte de su contraposición a las ideas y valores religiosos de la sociedad que pretende derribar, La burguesía conquista en esa pugna sus propias ideas y sus propios valores, Las formas de vida que podía ofrecerle la Iglesia se alzaban como un obstáculo al pleno desarrollo de sus aspiraciones, intereses e ideales, Necesitaba, pues, forzosamente, crearse una ideología propia en rispido disentiimiento de las concepciones religiosas tradicionales, «En tal ideología -escribe Groethuysen- se despliega la visión de un mundo que se basta a si mismo y en cuyos valores encuentra el burgués la

justificación de sus obras y de sus aspiraciones, Esa visión del mundo se convierte en una parte integrante de la conciencia burguesa, o mejor dicho, justamente con el desarrollo de esta nueva ideología en la oposición a las viejas formas de existencia se torna el burgués consciente de sí mismo,» El hombre burgués posee una naturaleza histórica distinta a la de sus antecesores mediatos e inmediatos, Difiere, sobre todo, del hombre medieval, No le interesa darle a su vida un sentido trascendente, Su patria es este mundo terrenal que aspira a dominar y regir para sí en nombre de todos, De esa actitud brota, precisamente, su concepción laica de la sociedad y del Estado, Pero, al propio tiempo que tiene clara conciencia de su peculiar actitud ante el mundo y la vida y de sus tajantes discrepancias con la Iglesia, la nobleza y la corona, acepta y cultiva hábilmente en beneficio propio la fe ingenua del pueblo, Como los iluministas, aboga denodadamente por la monarquía y por la ciencia para sí; pero propugna y defiende la religión para los demás, «No cabe negar que la religión ---decía Rivarol- es útil para la conservación del orden social establecido, La propiedad está mucho más segura bajo el amparo de la religión que bajo el de una moral laica emancipada,» «Cuando más sumido esté el pueblo en la miseria y la aflicción a consecuencia de los impuestos elevados -escribía Necker- tanto es mayor también la necesidad de darle una educación religiosa,» Esta pragmática dualidad de postura ante la religión culminaría paradójicamente en Voltaire, Al emanciparse socialmente, la burguesía se emancipa también de la coyunda de la religión positiva; pero sigue utilizando sus dogmas en defensa del orden social establecido por ella,

En la última mitad del siglo XVIII resulta fácil advertir que Francia está ya en trance de parto, Las contradicciones entre el antiguo régimen y el Tercer Estado no parecieron tener otra salida que un choque violento, se acentúa, por instantes, la presión de las ideas nuevas, como observa Laski la sociedad absolutista no estaba ya en condiciones de resistir el reto, la polémica expresiva de esa aguda tensión social se mantiene todavía, sin embargo, en el plano de las ideas, el tercer estado protesta, acusa y demanda; pero aun no ha elegido marchar a paso de carga sobre los bastiones del absolutismo, se limita a cuestionar, a través de sus teóricos, todo lo existente, pocas veces régimen social alguno fue tan seriamente enjuiciado, el principio monárquico se salvó en parte, durante algún tiempo, de la embestida dialéctica, no es propiamente hasta 1789 en que se le vitupera y desahucia, al ingresar en la asamblea nacional aun Maximiliano Robespierre era monárquico, la iglesia, en cambio, fue combatida a sangre y fuego, los derechos de la nobleza la base económica del régimen, la corrupción administrativa, la tradición feudal

sobreviviente en las costumbres y el origen divino del poder fueron igualmente censurados sin piedad, se partía del supuesto que todo lo que constreñía el libre desenvolvimiento, del individuo era nocivo para la sociedad y altamente beneficioso cuanto le libraba de ataduras, impedimentos y trabas, la propaganda de las ideas nuevas se filtró incluso en la academia y en la sorbona, el teatro y la novela se convirtieron en tribunas, sobremanera ilustrativos resultan los informes de la policía, las delaciones alcanzaban frecuentemente a miembros de la nobleza y a favoritos de la corte, el nuevo espíritu se ha difundido y arraigado de tal suerte que sus propios adversarios se consideran impotentes para repudiarlos, males herbe, auspiciando la publicación de la enciclopedia, demuestra hasta que punto el antiguo régimen había perdido la confianza en sí propio.

La razón, erigida en instancia suprema de todas las cosas, es la daga afilada que desgarrá implacablemente las instituciones y las ideas en que se apoya la sociedad absolutista; para, al par que niega y derriba, la razón afirma y quiere, operando como ariete y fuerza creadora, su radicalismo no tiene precedente, nada aguarda ni desea del pasado, lo espera todo de sí mismo y del futuro, Su fe en su poder creador carece de límites, se sueña capaz de modelar la vida, la sociedad y el mundo a su albedrío, ese optimismo matinal de pura estirpe renacentista, es una de las características más acusadas del espíritu y del pensamiento de la época, que en el abate saint-pierre y en condorcet se expresara en forma de verdadero transporte, en la entraña de ese candoroso mesianismo, bullían las fuerzas sociales que aspiraban a regir su vida por cuenta propia sin más limitaciones ni dogmas que los impuestos por sus propias conveniencias, las viejas ideas petrificadas desconocían sus necesidades y aspiraciones; las nuevas les servían de vehículo y de arma para satisfacer y legitimarlas, «(¿que es el tercer estado? -preguntaba Sieyès ante la nación-- todo, ¿Qué ha sido hasta ahora? nada, ¿Qué exige? ser algo,». La interrogación de Sieyès no demoraría en tener cumplida respuesta a los acordes estremecedores de la Marsellesa.

La visión de conjunto con que suele apresarse el iluminismo ha inducido casi siempre a presentarlo como unidad perfecta de pensamiento, actitud y conducta, nada menos cierto, Laski ha contribuido decisivamente a subvertir esta imagen falaz -que amplifica y enriquece Cassirer- en su libro el liberalismo europeo, «lo que voltaire deseaba -dice- difería en mucho de los ideales de Rousseau; y si hay una alianza entre Turgot y los fisiócratas, hay también distinciones de importancia que hacer en sus ideas, también Holbach y Helvetius participan en mucho de la concepción volterrina; pero ni su programa ni su método concuerdan con los suyos,

maby habna aprobado ucho de lo que el deseaba; pero aquel tiene una concepción, que en puntos importantes, niega todo lo que es vital en la filosofía de voltaire. Por añaduria, en un sentido, la actitud mas notable del siglo es la del abate Meshed; y mientras que el se habría unido a los filósofos en su intento de derribar, es cierto que habría combatido contra ellos tan apasionadamente como los bolcheviques combatieron contra los socialdemócratas en su intento de realizar, en la actitud de ellos hacia Inglaterra hay diferencias de interés; era una inspirador instante para voltaire; para rousseau y holbach mas una advertencia que un ejemplo, y hay corrientes vitales de pensamiento en el periodo; de diderot en metafísica, por ejemplo, y de linguet en teoría social, que no podemos ,encajar en ningún plan nítidamente trazado, la época es de tremenda confusión.»

Unánime es, sin embargo, la coincidencia en el ansia y necesidad de libertad, as discrepancias comienzan en la fundamentación y límite e sus principios y en la manera de conquistarla y establecerla. El estrato superior de la burguesía y determinados núcleos de la nobleza, y del bajo clero se hubieran transado jubilosamente con una monarquía constitucional. Miraeau desplegó su verbo magnifico al servicio de ese objetivo. El estrado medio de la burguesía solo aspiraba a fa instauración de un régimen político en el que estuvieran inmutablemente garantizados el derecho de propiedad, la seguridad socia1 y la libertad de mercado y de trabajo. Danton puso su encrespada elocuencia al servicio de ese propósito, el estrato inferior de la burguesía soñaba y quena una republica democrática de propietarios iguales, la intransigencia fecunda de robespierre estuvo al servicio de esa utopía, al desorbitado, empeño del gran líder jacobino deberán los banqueros, industriales y comerciales el predomine de su propiedad, seguridad y libertad. El impulso revolucionario del iluminismo culmina y se agota en el inflexible discípulo de Juan Jacobo Rousseau, Danton es el heroe de la burguesía, Robespierre el héroe de la revolución.

Si el pensamiento nuevo de la época adopta posiciones diversas e incluso antagónicas ante, los problemas que afronta y enjuicia, un aguzado sentido criticista lo vincula y contrapone al ancien régimen, Carlos de Second at, Baron de Montesquieu, inicia el pliego de cargos en 1721 can sus arias persas, en las que satiriza la sociedad absolutista poniendo a contraluz la falsificación del parlamento, la corrupción administrativa, la incompetencia de los gobernantes y la riqueza de los obispos, «avaros que siempre toman y nunca entregan», la critica del despotismo que Montesquieu desarrolla en este libro prefigura ya la doctrina de la separación de poderes expuesta en el espíritu de las leyes, en 1734 publica sus consideraciones

sabré las causas de la grandeza y la decadencia de los romanos, el espíritu de las leyes parece en 1748, Montesquieu colaboro en la enciclopedia con un artículo titulado «gout», sus viajes por europa y principalmente su estadía en Inglaterra influyeron en su concepción pragmática de la sociedad y del estado, en un principia, su concepto de la libertad tiene una raíz puramente ética; pero su observación directa de las instituciones inglesas lo llevo a concluir que la libertad es la resultante necesaria de una organización adecuada del estado.

No solo el espíritu de las leyes es uno de los tratados políticos mas importantes de todos los tiempos, es también un rico venera de reflexiones y atisbos históricos, económicos y sociales, el problema central que se planteo Montesquieu fue la salvaguardia del individuo de los ataques y restricciones de la arbitrariedad y del despotismo, inicia, sin duda, la línea política de desarrollo del pensamiento liberal, sus reservas ante los peligros de la libertad proceden de su espíritu fundamente apegado a la prueba de los hechos, el mantenimiento del orden publico constituye verdadera obsesión en sus meditaciones político.

La definición de las leyes como «relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas» es el punto de partida de la filosofía social de montesquieu, no se preocupa mucho este en explanar el concepto, lo que le interesa es dejar claramente establecido que la naturaleza «aporta un canon de justicia absoluta anterior al derecho positivo», negarlo resultaría tan absurdo como decir que «antes de trazar un circulo no eran iguales todos los radios», se imponía, pues, unificar en un derecho natural común la disparidad de leyes, costumbres e instituciones, «he examinado previamente a los hombres -afirma-, y he creído que su infinita variedad de leyes y costumbres no eran inducidos solo por su fantasía, he planteado los principios y he visto que los casos particulares se plegaban a ellos dócilmente, sin que las historias de las naciones sean sino continuidades y estando cada ley particular unida con o dependiente de otra ley mas general,» en rigor, lo que a montesquieu le importa es la determinación de los plurales factores que condicionan y singularizan el carácter de las leyes, el supuesto de que todas son modalidades de un derecho natural común era mera hipótesis de trabajo, ya Aristóteles en la antigüedad y bodino en el despunte de los tiempos modernos habían subrayado la influencia del régimen social y de los facto res naturales en la índole de las relaciones jurídicas; pero ninguno se había planteado el problema con la perspectiva cósmica de montesquieu.

Según montesquieu, las leyes civiles y políticas deben asentarse en la justicia, que «es una relación de conveniencia que se halla realmente entre dos cosas», el

espíritu de las leyes emerge, como natural fluido, de los principios de cada gobierno, los que a su vez se fundamentan en tres postulados: la virtud el honor y el temor, estos tres postulados configuran respectivamente, la república, la monarquía y el despotismo. En la república, el pueblo se gobierna a sí mismo; en la monarquía es gobernado; en el despotismo es sometido, solo en la república impera la libertad, «la libertad consiste -sentencia montesquieu- en poder hacer lo que se debe querer y no ser obligado a aquello que no se debe querer, la libertad es el derecho de hacer todo que permitan las leyes,» en el principio de la libertad como vas, el equilibrio político, hace descansar montesquieu su celebre teoría de la división de poderes, que habría de convertirse en uno de los dogmas fundamentales del pensamiento democrático, no era nueva la idea en el campo de la doctrina política y social, la forma mixta de gobierno aparece ya en las leyes de Platón y fue esclarecida por Aristóteles y Polibio, Harrington la había propuesto en el Océano como base de todo gobierno libre y Locke la había desenvuelto magistralmente en los dos tratados del gobierno civil, de Locke la tomaría montesquieu; pero no sin antes vaciarla del contenido revolucionario que le insufla el pensador inglés.

En cuanto al candente problema de la transformación del antiguo régimen, montesquieu se declara en favor del posibilismo político, no aboga, en ningún momento, por soluciones de tipo revolucionario, se concreta a auspiciar el acomodamiento progresivo de la sociedad absolutista a las nuevas circunstancias, el desarrollo lógico y práctico de su argumentación conduce al establecimiento de una monarquía constitucional análoga a la inglesa, su posición dentro del iluminismo es típicamente reformista.

Ningún punto de contacto ofrece la concepción de la ley natural de montesquieu con la doctrina del derecho natural a la sazón en boga, en este sentido, está mucho más cerca de Juan Bautista Vico que de Juan Jacobo Rousseau, ignora también montesquieu el problema de los derechos inherentes del individuo y las prerrogativas de la soberanía popular, muestra, en cambio una buida percepción de circunstancias y factores hasta entonces subestimados por la doctrina política y social, recogiendo la tesis desenvuelta por Harrington en el Océano. Montesquieu precisa la correlación existente entre el poder político y el régimen social de propiedad y la influencia recíproca entre las condiciones sociales, económicas, geográficas y culturales y las instituciones políticas, jurídicas y religiosas, su teoría sobre las relaciones entre la esclavitud y la libertad con el clima gozan aun de predicamento en determinadas esferas del tradicionalismo social, la libertad es fruto privilegiado de las zonas templadas, la esclavitud es producto típico de las zonas

calientes, este punto de vista no resiste el mas leve análisis a la luz de los hechos, venia, en cambio, como anillo al dedo, a los traficantes de esclavos de la época.

Su actitud ante la pobreza, el trabajo y la propiedad difiere de la adoptada por la mayoría de sus contemporáneos, «un hombre no es pobre porque no tenga nada, sino porque no trabaja,» su repulsa a la caridad es terminante: «las limosnas que se dan a un hombre en la calle no llenan las obligaciones del estado, el cual debe a todos los ciudadanos una segura subsistencia, alimentos, vestidos decorosos y un genero de vida que no sea contrario a su salud,» en su estimativa del trabajo y de la propiedad fija las relaciones entre ambos sin detrimento del primero, «el que no tiene ningún bien y trabaja -afirma- ha de encontrarse tan satisfecho como el que tiene cien escudos de renta sin trabajar, aquel que no tiene nada, pero si un oficio,<sup>1</sup> no es mas pobre que el que posee diez hectáreas de tierras propias y que ha de trabajarlas para subsistir, el obrero que ha dado a sus hijos su parte por herencia les ha dejado unos bienes que se multiplican en razón de su numero, no le ocurre lo mismo al que tiene diez hectáreas para vivir y las reparte entre sus hijos,» pero lo que mas interesa destacar en montesquieu es su posición metodológica, su orientación histórico-inductiva, que va a contribuir a la rigurosa fundamentación científica de la teoría política y social, en este sentido se aparta igualmente del normativismo jusnaturalista predominante en su tiempo.

La personalidad de Voltaire descuella severamente en el siglo xviii francés y tiene ya aposento propio en la historia, fue un trabajador incansable, escribió acerca de cien volúmenes en prosa y verso sobre filosofía, política y religión, voltaire compartió la admiración de montesquieu por las instituciones inglesas, de su viaje a Inglaterra, trajo el proyecto de popularizar la física de newton y la filosofía de locke, ambas concepciones le servirían de base a su ya decidido propósito de someter la sociedad absolutista y la religión a una critica racional, ningún escritor de la época le aventajo a voltaire en su lucha por la libertad de conciencia, en sus *lettres sur les anglais*, voltaire se ocupa detenidamente de la naturaleza y alcance del régimen político y social que observo en Inglaterra, interpreta la historia de este país como un proceso ascendente hacia la libertad política y religiosa, en manifiesto contraste con el desenvolvimiento de Francia hacia el despotismo y la intolerancia, sobremanera sagaz es su análisis de la evolución de la autoridad civil y de los factores condicionantes del acceso del pueblo al poder publico, el impulso decisivo de este proceso lo atribuye a la liberalidad imperante en la monarquía de los Tudor. Escaso papel le asigna a la carta magna en el desarrollo de la libertad política.

Voltaire es el representante mas caracterizado del posibilismo político del siglo de las luces, nada le fue mas ajeno que el pathos revolucionario, «voltaire era -escribe laski- el reformador social por excelencia, descuidado acerca de la consistencia y la hechura de los sistemas; afanoso de conseguir resultados prácticos inmediatos,» no fue, como rousseau o saint-just, un creyente en la lógica de la justicia absoluta, estos atacaron a fondo el orden social existente y comprometieron mas de una vez la santidad del derecho de propiedad, la psicología de voltaire era «la de un propietario para quien la conservación del orden era la primera ley de la naturaleza», nadie advirtió tan lucidamente como ella la descomposición del antiguo régimen; pero siempre se mostró reacio a propalar ideas enderezadas a derribarlo por la violencia, en el orden político y social se manifestó profundamente cauteloso, nunca propugno reformas que pudieran alterar sus cimientos, «voltaire simboliza en su mejor aspecto -afirma laski- la concepción normal del burgués bueno y humanitario de su generación, quien reconoce la existencia de un profundo error y ansia el mejoramiento compatible con la seguridad de su propio bienestar, pero en el fondo de su mente hay siempre el temor a ir demasiado lejos en el sentido del cambio, temor a que, una vez que las compuertas se abran, no quede nada en pie al desbordarse la marea, busca, en consecuencia, condiciones de acomodamiento que convengan a las necesidades inmediatas, ciena su mente a las conclusiones de muchos fondo con las que resulta demasiado arriesgado enfrentarse.

Si voltaire encuentra dialécticamente irrefutable la doctrina democrática, en la practica concluye que «los hombres no son dignos de gobernarse a si mismos», en frase lapidaria, proclama su repudio al antiguo régimen en nombre de la dignidad humana: «un ciudadano de amsterdam es un hombre; un, ciudadano a unas pocas millas de distancia de allí, no es mas que una bestia de carga,» pero, advierte enseguida, que «teme mas la tiranía de un hombre de leyes que la tiranía del rey», en su concepción política, solo hay cable para la libertad civil según el modelo ingles, declarándose «republicano realista»,

nadie ha superado todavía a voltaire en su diatriba contra la iglesia católica, jamás cejo en su persecución y denuncia, las ultimas energías de su dilatada existencia las concentro en combatirla, «venid conmigo, bravo diderot, intrépido o alembert, --escribe en el diccionario filosófico- combatid el fanatismo, destruid las insípidas declamaciones, las miserables argucias, la historia mendaz, ¡guerra a la infame! la iglesia le ofreció como prenda de reconciliación, por conducto de madame pompadour, un cápelo cardenalicio; pero voltaire replico a la tentadora



oferta escribiendo su tratado de la tolerancia, que es una verdadera catapulta contra el clero y la religión,, , ,

esta furia volteriana contra el dogmatismo y las supersticiones se disuelve con apagado rumor de resaca ante el farallón inmovible de la propiedad privada, la religión, incompatible con la libre conciencia de los espíritus superiores, es indispensable para impedir que «el pueblo ásenme a los finos en sus lechos», sin ella, «no habría freno a la conducta de los hombres», la religión «es una necesidad social para el mantenimiento del orden», esta concepción policíaca de dios reitera la postura humanista, en el libre arbitrio ni la inmortalidad del alma -declara crudamente voltaire- existen para mñr ni siquiera como principios metafísicos; pero es necesario defenderlos como si en efecto fuesen verdad,»

voltaire se pronuncia contra la igualdad social, la propiedad comunitaria, en que pretende basarse, es pura quimera, «es imposible en nuestro mundo infeliz -afirma- que los hombres que viven en sociedad no estén divididos en dos clases: ricos y pobres,» la inteligencia esta desigualmente distribuida, s premio e ,la propiedad, los ricos compensan a los pobres de sus fatigas y inisenas abriéndoles la oportunidad de hacer fortuna, de su inteligencia dependerá exclusivamente que lleguen o no a conseguirla, la idea que supone una relación proporcional entre riqueza y felicidad es, por lo demás, mas falsa de lo que suele creerse, «un pastor --:concluye voltaire- es con frecuencia mas feliz que un rey,» su actitud ante la gente común es la misma que asumieron los humanistas ante el pópulo minuto, la cañaílla es indigna, por naturaleza, de los nobles goces de la ilustración, «es esencial -- escribió damilaville- mantener las masas en perpetua ignorancia; todo que el posea una propiedad y necesite criados no puede pensar de otra manera,» «todo esfuerzo gastado en instruir al criado y al zapatero -le dice a d alambert- es sencillamente malgastar el tiempo, «todo esta perdido -postula- cuando el pueblo se mezcla en la discusión,»

laski ha fijado definitivamente la posición de voltaire en el iluminismo, «lo esencial en el-resume- es un profundo respeto para el orden establecido, en términos generales, los cambios que pedía eran los de la prospera propiedad burguesa, deseaba una libertad compatible con oportunidad máxima para los propietarios, escribió una defensa ardiente del lujo bajo el influjo d mandeville, en el crecimiento del comercio vía un beneficio social independiente de la distribución de sus resultados, protesto contra la legislación suntuaria como una violación de los derechos de propiedad, su requisitoria contra la iglesia se funda, en gran parte, en la incompatibilidad entre la disciplina de ella y la prosperidad nacional, su interés por

los pobres no llegaba mas allá de un deseo piadoso por mejorar su suerte en lo mas indispensable, nada hay en el de la indignación apasionada contra un orden social injusto que constituye la clave del pensamiento de rousseau; ni siquiera tiene esos momentos que diderot conoció, en los que estaba dispuesto a dudar de si un hombre de sentimientos podría aprobar alguna vez el irracionalismo de la vida social, el mundo que el deseaba constituir era, por supuesto, infinitamente mejor que el que había heredado, pero en mucho las mejoras habrán de limitarse en sus beneficios a los propietarios, mas allá de las necesidades de estos no penetraba, como un principio activo y consciente, su liberalismo,»

la filosofía tiene su primera fundamentacion materialista moderna en buffon, la mettrie, condillac y cabanis, en denis diderot madura este materialismo filosófico de clara raíz metafísica, que anticipa en cuarenta años la explicación de la naturaleza de lamark y de darwin, diderot en el supplement au voyage de bougainville sobrepasa a rousseau en su celebre requisitoria contra los fundamentos de la civilización; pero mantiene, por lo general, una franca defensa de la propiedad privada, incluso de la territorial concebida a la manera fisiocrática, se produce enérgicamente contra el lujo y la licencia y propugna el impuesto progresivo, la distribución equitativa de la riqueza y la difusión de las luces, la teoría social tiene en diderot a uno de los mas bizarros paladines de la dignidad humana, no son menos valiosos sus aportes a la historia de las ideas estéticas, «sin la ayuda de diderot - afirma lessing- no hubiera podido yo escribir mi laakoon,» «filisteo será -dijo goethe- quien no sepa apreciar a diderot,» la enciclopedia, magna summa del saber profano, fue obra suya y de d'alambert, en sus paginas colaboraron montesquieu, los fisiócratas, el baron de holbach, condorcet y jacobino rousseau, los fisiócratas fortalecen con su teoria de la libertad natural y del impuesto único la conciencia económica del tercer estado, holbach, emigrado alemán, postula, revolucionando la física y la filosofía, que todo nace de la materia y todo vuelve a ella, condorcet proclama el progreso ilimitado de la sociedad, profetizando, con turgot, un mundo en perenne proceso de perfeccionamiento, jacobino rousseau sienta, en el contrato social y en el discurso sobre el origen de las desigualdades humanas, las bases de la ideología política revolucionaria,

Rousseau es, in duda, la figura mas sugestiva singular de la época, el pensador que refleja mas descarnadamente las condiciones sociales dominantes y propone soluciones concretas para superarlas, los grandes revolucionarios franceses descienden espiritualmente de este hombre reflexivo, sentimental y atormentado en quien culmina el racionalismo político y alumbra el romanticismo social, este

dramático dualismo se refleja en su estilo de vida y en su pensamiento, entre su apasionada agresión a la sociedad, al arte y a la ciencia contenida en su memoria premiada por la academia de dijo en 1750 y su construcción racional de la sociedad democrática desarrollada en el contrato social hay, en efecto, un abismo insalvable, el mismo que parece existir entre las reflexiones de un raseante solitario y el discurso sobre el origen de las desigualdades humanas,

En la primera fase de su pensamiento, rousseau irrumpe contra el racionalismo de la ilustración, naturaleza y cultura constituyen estados contrapuestos y el predominio de esta sobre aquella es la causa de la desdicha humana y del desorden social «cuando mas se han perfeccionado las artes las ciencias -decía- tanto mas depravadas se han vuelto nuestras almas»(1); el distanciamiento entre la vida y el pueblo es obra de la civilización, el estado de naturaleza es constitutivamente superior al estado de civilización, en este impera el desfreno, el adulterio, la explotación y la propiedad privada, origen último de todos los contrastes sociales y de todas las perturbaciones políticas, en el estado de naturaleza impera la inocencia, la fraternidad, la libertad, nadie simboliza mas acabadamente ese ideal perdido que el buen salvaje sobreviviente en las islas inaccesibles del pacífico, la tesis va insita en varios discursos, en sus novelas y en sus escritos sobre educación, especialmente en el Emilio,

En la fase última de su pensamiento, la perspectiva de rousseau cambia enteramente, la propiedad privada no es ya una negación de la vida social;

es su fundamento mismo, el estado de civilización, la garantía de la convivencia racional, la doctrina del derecho natural, elaborada sucesivamente a través de althusius, grotius, hobbes, pinoza y pufendorf adquiere en el contrato social a plenitud de significado,

Según el pensador ginebrino, la sociedad política, antecedida por el estado de naturaleza en que los hombres son libres e iguales y viven en comunidad de bienes, se crea mediante un pacto voluntario en que, a cambio de ceder sus derechos naturales a la totalidad social, el hombre recibe una parte igual e inalienable de la soberanía, recobrando de nuevo bajo la protección del estado los derechos naturales que había transferido, las voluntades individuales de cuantos resignan sus derechos y poderes en el seno de la organización política se fusionan después dando paso a la voluntad general, que es la expresión misma de la soberanía, frente al pueblo soberano, los individuos no tienen ningún derecho, frente al desconocimiento de su soberanía, los individuos tienen todos los derechos, incluso el de derrocar por la fuerza a los usurpadores, la legitimidad del gobierno descansa en el mantenimiento

de la libertad, de la seguridad y de la propiedad, derechos naturales, inalienables e imprescriptibles del individuo, su ilegitimidad comienza en el instante mismo en que ignora o vulnera,

La teoría del contrato social de Rousseau difiere de la de Hobbes en tres puntos capitales, en el Leviatán, el pueblo hace un pacto voluntario con el exclusivo propósito de transferir inmediatamente su poder supremo al soberano, en el contrato social, la voluntad general es el producto del recíproco, intransferible e inalienable concierto de los individuos, Hobbes identifica soberano y gobierno, Rousseau los distingue y separa postulando que el gobierno es solo un agente temporal del soberano, Hobbes considera que el régimen de propiedad privada está sometido, en última instancia, al interés del estado, Rousseau sostiene, por el contrario, que el derecho de propiedad privada es un derecho natural inherente al individuo y, en consecuencia, fuera de la jurisdicción del estado, organización positiva cuya función cardinal es precisamente salvaguardarlo, el ideal social de Rousseau es el establecimiento de una república democrática de propietarios iguales, nadie llega, pues, dentro del Iluminismo, más lejos que en el problema de la distribución del poder y de la riqueza, esto explica el fervoroso culto que le rendirá Francisco de Babeuf a Jean-Jacques Rousseau,

Ni que decir tiene que la concepción roussoniana de la genética de la sociedad está radicalmente reñida con la historia y con la lógica, rousseaunismo hubo de advertir que la teoría del pacto social era un puro expediente y faltó agregar, en cambio, que la presentación del estado como producto de la voluntad humana era, en una estructura social asentada sobre el absolutismo político de origen divino, la forma más eficaz de hacer patente sus arbitrariedades y de incitar a la confección de un nuevo estado con forma a la naturaleza racional del hombre,

El aporte de Rousseau a la formación de la conciencia moderna es rearmado considerable, nadie afirmó antes que con tanto rigor y claridad los principios de igualdad y libertad, su influencia sobre Klinger, Herder, Goethe, Fichte, Kant y Schiller fue decisiva, en el campo de la filosofía religiosa, su huella es clara principalmente en Hamann y Jacobi, las concepciones religiosas de Rousseau se transfunden al movimiento romántico a través de Schleiermacher, suyo es ese «sentimiento del infinito, con la inmersión en la propia interioridad como condición y camino a la intuición de la divinidad» que caracteriza a las figuras representativas del romanticismo, en cierto sentido, Rousseau, como observa Rodolfo Mondolfo, es un precursor del pragmatismo «en cuanto confiere a la certidumbre moral la prioridad sobre la certidumbre intelectual y hace de aquella casi la premisa y el fundamento de

esta», y es también precursor de stuart mill y de renouvier en el planteo y consideración del problema del mal, su posición ante el problema de la vida recuerda a la de henri bergson, no en balde de ruggero lo llama el rousseau de la gnoseología, mondolfo ha trazado un admirable paralelismo entre rousseau y bergson, «muchas tendencias -escribe-los acercan: profundo sentimiento de la vida y aversión al intelectualismo; retorno a los datos inmediatos de la conciencia como a genuina fuente de una filosofía que no de sea permanecer exterior al espíritu, sino que tenga el conócete a ti mismo como santo y sena; inmersión en la profundidad de la conciencia en forma de una intuición que nos identifica la vida con todo,»

Fácil resulta percibir en la doctrina política y social de rousseau los elementos constitutivos de la ética kantiana, «rousseau -confiesa el gran filosofo alemán- me abrió los ojos; yo aprendía honrar a los hombres,» este sentimiento de «la belleza y dignidad de la naturaleza humana permaneció siempre vivo en kant; también la critica de la razón practica habla de la sublimidad de nuestra naturaleza, aun derivando el sentimiento de ella de la idea de la personalidad, a la cual reduce la exigencia expresada en la segunda formula del imperativo: que se considere la humanidad en la propia persona y en la de los demás siempre como fin en si y nunca como medio», no solo eso, el sentimiento absoluto que distingue la voluntad general aparece como «el sentimiento distinto de los sentimientos especiales particularistas, como el que juzga lo particular solo en lo universal», pero el sentimiento absoluto a que se refiere rousseau no excluye la razón ni la voluntad, «la conciencia de la actividad y de la libertad -escribe- solo se afirma cuando se agüe la razón,» y al elevarse este sentimiento absoluto a «la visión universal isla de la personalidad se hace capaz de inspirar la ley antes que la máxima particularista y conducir ala intuición de la humanidad como fin en si y del reino de los fines»,

la contribución de rousseau a la pedagogía contemporánea no necesita ser destacada, es ya, por conocida, un tópico de uso casero, rousseau enseñó «el respeto del niño, la admiración entusiasta de su natural perfección de niño; la necesidad del desarrollo activo y libre de las capacidades naturales, que solo adquieren su fuerza y fecundidad cuando son una auto conquista y una auto formación; la exigencia de la unidad y de la plenitud de la personalidad, que en todo hombre debe presentar en forma integral y completa a la humanidad», las teorías pedagógicas de kant, pestalozzi, froebel, fichte, herder y richter son frutos sazonados al calor de las concepciones de rousseau, la influencia de rousseau en la literatura y el arte se manifiesta en chateaubriand, lamartine, musset, george sand, hugo, byron, goete, puschkin, turgeniev, tolstoi, gorki y arnie!, significación capital tienen las

confesiones de rousseau en la historia de la literatura, la conciencia del dramático antagonismo entre «la nobleza ética de la naturaleza y la depravación de la corrupción social» palpita desnudamente en este impresionante documento

a contribución mas importante de rousseau a la formación de la conciencia moderna es, sin duda, en el ámbito de la doctrina política y social, se ha controvertido largamente si la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano estuvo o no inspirada en el contrato social de rousseau, ya se ha visto que jellineck lo niega terminantemente, no puede negar, sin embargo, que el contrato social fue el evangelio de los grandes revolucionarios de 1789, «le contrato social- escribió augusto comité- inspira plus de confiance et de veneration que nen obtinrentjamais la bible et le coran,» de lo que no cabe duda, como afirma mondolfo, es que «la acción de la doctrina roussoniana tal como era sentida por los hombres de la revolución resulta indisputable en su potencia e intensidad; queda en discusión solamente si lo mismo corresponde a la doctrina tal como era realmente sobre este ultimo extremo del venció ha dado la pauta, nada puede sentarse con carácter definitivo si antes no se fija el significado del contrato y de la declaración, el fundamento del contrato social es el principio de la persona como sujeto de derechos y principalmente del derecho de libertad, que constituye la garantía misma de la dignidad humana, «los derechos del hombre -precisa mondolfo- son la fuente y la meta de toda institución política, base de la soberanía en cuanto la ley es expresión de la voluntad general, fin de su acción en cuanto el estado debe dirigirse a la satisfacción de las exigencias del derecho natural, so pena de perder su legitimidad de existencia,» no tiene otro significado, en rigor, la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano ondolfo llega incluso a afirmar que los bills of rigths están fundamentalmente inspirados por rousseesta cuestión esta aun en trance polémico, pero lo que si es ya indiscutible es que la revolución norteamericana y la revolución francesa forman parte de un mismo proceso histórico y sus doctrinas están perneadas por el espíritu del tiempo, y es indiscutible también que el contrato social fue una poderosa fuerza revolucionaria, que ha operado en todos los procesos democráticos a través de sangrientos conflictos hasta cuajar en regímenes fundados en el estado de derecho y en la soberanía popuimerosos socialistas y anarquistas se han apoderado de la diatriba de rousseau contra las injusticias y viejos de la sociedad civil vertiéndola como propia, «ei valor moral y la fuerza instigadora de todo movimiento social moderno --concluye mondolfo- estriba en que, aun cuando cree haber superado el ángulo visual ético-jurídico, saca siempre de las exigencias éticas sus reivindicaciones, volviendo siempre, si bien inconscientemente, al

derecho de naturaleza de rousseau con su principio de la personalidad, rousseau habla superado la antitesis del individualismo y del panteísmo social, al extraer de «la nature de l'homme la légitimité des droits et la notion de justice», ponía la personalidad con sus derechos naturales por norma y por fin de la constitución social; mas querer el desarrollo libre de aquella, significaba para él tender al perfeccionamiento común de la humanidad, porque la exigencia de la personalidad y de la libertad es universalista y porque la interioridad espiritual es impulso de amor, conciencia de la unidad y armonía del propio ser con el de todos los demás hombres y del universo entero, por esta superación de la antitesis de individuo y sociedad, por esta fundación del principio ético de la personalidad, por este otorgamiento de un valor humano al principio de libertad, rousseau está siempre vivo en la conciencia moderna,

en el proceso criticista que armó al tercer estado de la ideología que necesitaba para abatir al absolutismo en el plano de la cultura, el pueblo descubrió su propia existencia y, consecuentemente, su derecho al poder político, la convocatoria de los estados generales selló el destino del antiguo régimen, el nexo entre este y el pueblo, quebrado en la época de Luis XV, saltó hecho pedazos y las masas populares, en irresistible alud, conquistaron, con la Bastilla, la base objetiva y espiritual en que fundara su predominio histórico hasta hoy la burguesía,

Es necesario mencionar, por último, la aparición de una corriente de pensamiento que se desarrolla en discrepancia con la sociedad absolutista y con la sociedad burguesa en proceso de cuajo, este conjunto de reflexiones, unificadas por el concepto de la igualdad social, tiene en Meslier, Mably y Morelly sus más descolantes voceros, en el terreno político, se manifiestan adversarios de los enciclopedistas y simpatizantes de Rousseau, en el terreno económico, se muestran enemigos irreconciliables de los fisiócratas, el abate Meslier, apenas conocido por sus contemporáneos, adquirió fama póstuma al publicarse su testamento político, que contiene una puntiaguda crítica de la monarquía, del absolutismo, de la religión y de la propiedad privada, Morelly propugna, en su código de la naturaleza, la regulación de la vida social sobre la base de un régimen comunitario de propiedad, y, anticipándose a sus coetáneos, Mably afirma que la cuestión social es una cuestión obrera, impugnando la doctrina fisiocrática y, en particular, a Mercier de la Rivière en su libro dudas propuestas a filósofos economistas, este movimiento va a tener en Francisco Noel Babeuf, en la época del directorio, su caudillo y su mártir, en el fondo, el denominado social igualitario es una prolongación radicalizada del utopismo renacentista, mezcla o con las ideas filosóficas de la ilustración,

La revolución francesa atraviesa en su desarrollo tres grandes fases que cronológicamente encuadrarse entre 1789 y 1799, en la primera de dichas fases, gobierna la estrato superior de la burguesía, esforzándose por establecer, un compromiso con el antiguo régimen sobre la base de una monarquía constitucional, en la segunda fase, culminante en el régimen del terror, la anarquía es derrocada y se enfrentan, en duelo memorable, girondinos y jacobinos, por voces, respectivamente, a la burguesía industrial y comercial y de la pequeña burguesía, apoyada por el pueblo bajo de París, durante este turbulento periodo se liquidan las supervivencias del absolutismo, se confiscan las propiedades de la iglesia y de la nobleza, se destruye la tierra entre los campesinos y se proclama por boca de Robespierre, el ideal roussoniano de una república democrática, propiedades iguales, en la tercera fase, es abatido el gobierno revolucionario y se instala en el poder la coalición temidorianista que le prepara el camino al consulado y al imperio napoleónico, cuya gran faena histórica sana atacar el feudalismo en escala continental y defender frente a monarquías y republicanos, las posiciones económicas conquistadas por la burguesía industrial y el campesinado a lo largo del tormentoso proceso revolucionario,

La aparición en la época del directorio de un movimiento en pugna con el saldo que desarrollo e los acontecimientos ha servido de base para que tradicionalistas y revolucionarios difundieran, al finalizar el siglo pasado, la creencia de que la revolución francesa tuvo un acusado carácter socialista. Esta perspectiva, originada en una tendenciosa interpretación de los hechos y de las fuerzas operantes, fortaleció sobremanera al generalizarse el proceso revolucionario en su conjunto, apoyándose el aserto en un impresionante despegue de datos relativos a la presencia del espíritu socialista en muchas medidas, proyectos de ley, folletos y libros y cuadernos de aquella época, según Hipólito Taine, la revolución francesa fue socialista en sus actos y en sus dogmas, en lo que al primer aspecto concierne, se presenta como una subversión contra propiedad privada, confiscándose en favor de la burguesía los bienes legítimos de la nobleza y del clero, en las doctrinas, la impronta del espíritu socialista es también diáfana, la propiedad fue considerada una creación social por Mirabeau, el abate Fauchet sostuvo que todos los ciudadanos tienen derecho, por ser acreedores natos del estado, a cuanto necesiten y, sobre todo, a la tierra, celebre fue su campaña en favor de una ley que suprimiera la propiedad



de terrenos cuyo valor excediera de 50 000 libras tornesas y, de la, necesidad de fijar un máximo a las dotes y a las herencias, algunos girondinos, siguiendo a Rousseau, se manifestaron contra la desigualdad social y las grandes fortunas, Brissot de Warville y Rabaut de Saint-Étienne abogaron por la erosión del dinero de los ricos en fundaciones y establecimientos públicos. Los jacobinos se produjeron en favor de la regulación pública de la riqueza y el provecho de los desvalidos, su líder negro categóricamente que la propiedad fuera un derecho natural, definiéndola en forma comprometedora, «la propiedad es -afirmó Robespierre- el derecho que tienen todos los ciudadanos a disfrutar y disponer de la parte de sus bienes que garanticen las leyes, según Robespierre, el estado tiene derecho a limitar la propiedad, a castigar a los acaparadores, a regular el derecho sucesorio, a establecer un impuesto progresivo sobre las grandes fortunas y a garantizar la vida y el trabajo, su discípulo Saint-Just, transponiendo a la Francia de su tiempo el régimen social espartano, propugna el reparto regimentado de tierra, el trabajo obligatorio, la educación militar y la supresión del comercio y de la industria, la culminación de esta tendencia socializadora, que fluye por los actos y las doctrinas de la revolución francesa, caracterizándola al decir de Taine, es la conspiración encabezada por Babeuf bajo la consigna de igualdad o muerte,

No cabe duda que la propiedad fue objeto, durante la revolución francesa, de numerosos y violentos ataques; pero nunca, ni aun en los momentos más agudos de la dictadura jacobina, se atentó contra su esencia por los caudillos del tercer estado, las confiscaciones de los bienes del clero y de la nobleza no se hicieron con vista a suprimirla ni a socializarla, sino, como ha dicho Giorgio del Vecchio, «a difundirla, a generalizarla, a libertarla de la opresión y de las trabas feudales». La revolución se presenta, en este aspecto, como una lucha sin cuartel entre la propiedad de manos muertas y la propiedad individual, triunfante esta, quedaría robustecida y garantizada como nunca lo estuvo desde la época romana, fueron las circunstancias y no un determinado propósito socialista las que obligaron a dictar a Saint-Just, en nombre, la convención, medidas que revisten un claro carácter de terror de clase «el representante de la nación -se dice en un bando suscrito por Saint-Just- ordena al burgomaestre de Estrasburgo que en el transcurso del día de hoy, coloque, distribuyéndolas entre los distintos barrios de la ciudad, cien mil libras de obligaciones, que deberán reunirse entre los ricos y socorrer a los patriotas pobres y a las viudas y huérfanos de los soldados muertos por la causa de la libertad,» «en el ejército -se dice en otro- hay cien mil hombres descalzos, ordeno y mando que en el transcurso del día de hoy se despoje de su calzado a los aristócratas de Estrasburgo y

que para mañana a la , z antes meridiana se entreguen en el cuartel general diez mil pares de zapatos,» significación análoga tienen las leyes dictadas pila convención regulando el precio máximo de los artículos de primera necesidad y el salario de los obreros y las medidas encaminadas a impedir la especulación con los bienes nacionales, El principio de la propiedad privada fue invocado siempre en toda esta emergencia, ni aun los mas exhalados jacobinos intentaron resolver el problema agrario fuera de las reclamaciones patrimoniales establecidas por la burguesía, el propio rosspierre, que , define a propiedad como una institución positiva y ansia extender su disfrute a toda la población, se concreta a incorporar en la constitución de 1793 este precepto: «la sociedad debe a los ciudadanos carentes de recursos los medios de subsistencia, estando obligada a suministrarle trabajo o garantizar a los que no pueden trabajar los medios de vida,» la pugna entre jacobinos y girondinos sobre la naturaleza del régimen de propiedad se reduce a, manteneros aquellos el derecho del estado a fijar los limites de la acumulación capitalista; la acumulación en si esta fuera de toda controversia , «decaemos -rousodanton- que todas las propiedades comerciales, industriales y tomen tonales serán mantenidas eternamente,» «la propiedad -preceptiva la constitución jacobina, recogiendo la formula de las constituciones anteriores, que a su vez la toman de la declaración de los derechos del hombre del ciudadano- es un derecho inviolable y sagrada ilustra, sin embargo, tan límpidamente el sentido indivisa de la revolución como la ley chapellier, aprobada el 14 de junio de 1791, según esta, (toas las asociaciones de artesanos, obreros y jornaleros, o los que por ellos melgados, atenten contra el libre ejercicio de la industria y el trabajo, pertenecientes a toda clase de personas, y bajo toda especie de condiciones, convenidas mutuamente, contra la acción de la policía y el exacto cumplimiento de las sentencias, así como contra las subastas y adjudicaciones publicas de diversas empresas, serán consideradas como reuniones sediciosas, y como -tales disueltas por los depositarios de la fuerza publica, a tenor de las ordenes que, reciban, serán castigados con todo el rigor de las leyes, los autores, investigadores y jefes de dichas asociaciones y todos los que pasen avías de hecho y cometan actos de violencia», marat protesto enérgicamente contra la ley chapellier por considerar que reconocía implícitamente el derecho de los patronos a concertarse para fijar los salarios y los precios y constituir una maniobra de la contrarrevolución enderezada a impedir las reuniones políticas contra las intrigas reaccionarias, esta apreciación de marat fue terminantemente desmentida por robspierre en esos mismos días al solicitar que se arma, la ciudadana, medida mucho mas peligrosa a todas luces que la coahgacion obrera para obtener mejores

condiciones económicas de vida, la ley chapellier, que marx calificó erróneamente de golpe de estado burgués una manifestación evidente, como dice Jaures, «del exacerbado individualismo de la revolución insurgencia de Babeuf, único movimiento definitivamente socialista dentro de la revolución francesa, constituye el primer vagido del socialismo moderno», la primera protesta socialista organizada contra el, orden burgués, en eso estaba, ,precisamente, su extraordinaria significación ; y la necesidad, en consecuencia, de darle tratamiento propio y detenido

## VI. La conspiración de los iguales

La etapa mas agitada y fecunda de la revolución francesa es la que corre entre 1792 y 1795, en este periodo, la monarquía es abolida, se proclama la república popular, se lleva hasta sus ultimas consecuencias el proceso de transformación de las relaciones feudales de propiedad, se establece la dictadura revolucionaria contra la reacción interna y los poderes concertados del exterior, se regulan los precios y los salarios y se reorganiza la enseñanza, los jacobinos, encabezados por Robespierre, bevan el peso de esta lucha formidable, enfrentándose en la convención con los republicanos de derecha de Danton y los extremistas de izquierda de Santiago Roux,

Partidarios de la comunidad de bienes y de la igualdad social extremistas de izquierda, insignificante facción denominada los rabiosos combatían violentamente a Robespierre, imputándole complicidad con «los explotadores del pueblo que habían convertido la libertad en un fantasma», junto a Robespierre, pero trascendiendo sus objetivos sociales, estaba Francisco Noel Babeuf, conocido popularmente por Cayo Graco, apoyándolo en su lucha encamisaba contra los girondinos, los agiotistas, los acaparadores y la reacción extranjera, el punto central de su programa inmediato era la defensa de la constitución de 1793, si bien esta constitución consagraba taxativamente el derecho de propiedad privada, permitía, sin embargo, por la amplia esfera que otorgaba ala libertad política, la propaganda de sus ideas; y aplicada hasta sus ultimas consecuencias podía, en una coyuntura propicia, viabilizar su propósito mediato de establecer «la dictadura que conduce al comunismo mediante la democracia», esta concepción de Babeuf, desarrollada ulteriormente por Felipe Buonarroti en su libro la Conjuración de los iguales, constituye una anticipación elemental de la doctrina marxista de la dictadura del proletariado,

La caída de Robespierre el 9 termidor y asenso al poder de la coalición financiera-industrial que tiene en el directorio su instrumento político determino un

reagrupamiento de los partidarios mas decididos de la revolución, el jefe de este movimiento fue cayo graco babeuf, que organizo sus huestes secretamente en la sociedad de los iguales y concentro todas sus energías en un golpe de mana contra el directorio, el ideólogo de esta conspiración es felipe buonarroti, emigrado italiano descendiente de miguel angel y nacionalizado francés por la convención, «cuanto ha pasado en Francia desde la proclamación de la republica -escribía- no es, a mi entender, mas que expresión del conflicto existente entre los partidarios de la riqueza y de los privilegios una parte, y los amigos de la igualdad y de la clase trabajadora, por la otra,

Los conspiradores se reunían sigilosamente en el club del panteón, periódico la tribuna dupeuple, dirigido por babeuff, recogía y propagaba las aspiraciones del movimiento, el objetivo cardinal de este era destruir la desigualdad creada por la revolución al absorber los ricos todos los bienes y monopolizar el mando político y la educación y sustituirla por una sociedad basada en la igualdad absoluta, «dejamos sentado --afirma babeuf repitiendo conceptos de su celebre articulo de la guerra de los ricos con los pobres-- que la igualdad perfecta es de derecho primitivo; que el pacto social, lejos de ir contra este derecho natural, solo de be servir para dar a cada individuo la garantía de que este derecho no será violado jamás, y que, por lo tanto, no debían haber existido instituciones que favorecieran la desigualdad y la codicia, que permitieran que lo necesario de uno pudiera ser usurpado para formar lo superfluo de otros, que no obstante, había sucedido lo contrario; que absurdos convenios se habían introducido en la sociedad y que habían protegido la desigualdad y permitido el despojo del mayor numero por los menos; que había épocas en que los últimos resultados de estas mortíferas reglas sociales se traducían en que la universalidad de todos se hallaba sometida en poder de unos cuantos; que la paz, que es natural y lógica cuando todos son dichosos, se alteraba necesariamente en casos tales; que imposibilitaba la masa de vivir, hallando todo fuera de su posesión y no encontrando sino corazones despiadados en la casta que lo habían acaparado todo, todos estos hechos reunidos determinaban la época de esas grandes revoluciones, fijaban esos periodos memorables, pronosticados en el libro de los tiempos y del destino, en que una transformación general en el sistema de las propiedades viene a ser inevitable y en que la rebelión de los pobres contra los ricos es de una necesidad invencible, hemos demostrado que des de 1789 habíamos llegado a este punto y que, por eso, estallo entonces la revolución, hemos demostrado que desde el 89 y, particularmente, desde el 94 y el 95, la aglomeración de las calamidades y de la opresión publica hacían muchísimo mas urgente

izamiento majestuoso del pueblo contra sus expoliadores y sus opresores igualdad de hecho no es una quimera, todos los moralistas de buena fe han admitido este principio superior y han tratado de realizarlo, los que lo han enunciado mas claramente han sido, ami juicio, los mas estimables y distinguidos tribuneros, el judío jesús no merece en absoluto ese titulo por haber expresado con demasiada oscuridad la máxima ama a tu prójimo como a ti mismo, según el decía, estas palabras insinúan algo; pero no dicen de una manera suficientemente explicita que la primera de todas las leyes es que ningún hombre pueda aspirar legítimamente a que ni uno solo de sus semejantes sea menos dichoso que el, juan jacob rousseau ha concretado mejor este principio cuando escribe: «para que el estado social sea perfecto, es menester que cada uno tenga bastante y que nadie tenga demasiado, este corto pasaje es, en mi sentir, el elixir del contrato social,

Publicado y distribuido en hoja sueltas días 21 y 22 de germinal, el programa social de babeuff contenía los puntos siguientes: 1) la naturaleza ha dado a todos los hombres un derecho igual al goce de todos los bienes, 2) el objeto de la sociedad es defender esa igualdad, atacada con frecuencia por el fuerte y el malvado, en el estado de naturaleza, y aumentar mediante la cooperación de todos, los goces comunes, 3) la naturaleza ha impuesto a cada uno la obligación de trabajar, nadie puede, sin cometer un crimen, sustraerse al trabajo, 4) el trabajo y los goces deben ser comunes, 5) hay opresión en el hecho de que uno se extenué trabajando y carezca de todo, al paso que otro nade en la abundancia sin hacer absolutamente nada, 6) nadie ha podido, sin cometer un crimen, apropiarse exclusivamente los bienes de la tierra de la industria, 7) en una verdadera sociedad civil no debe haber focos i obres 8) los ricos que no quieren renunciar a lo superfluo a favor de, los indigentes son los enemigos del pueblo, 9) nadie puede, por la acumulación de todos los medios privar a otro de la instrucción necesaria para su felicidad, 10) el fin de la revolución es destruir la desigualdad y establecer la felicidad,

entre los socialistas de la época, babeuff es el único que se propone como ha advertido laski, la superación efectiva del régimen social creado por la revolución, elaborando un programa definido y un plan concreto de ciclón para alcanzar sus objetivos, el movimiento insurreccional, preparado cuidadosamente, no llegaría a estallar, babeuff y buonarroth fueron delatados por un confidente del directorio que figuraba entre los conspiradores, babeuff fue condenado a la pena capital, en el instante mismo en que le comunicada la sentencia volviéndose dramáticamente a los jueces pronuncio estas palabras, justificarías de su conducta: «la propiedad privada es la fuente ,de todas las desdichas de este mundo, prefiriendo esta doctrina,

que desde siglos vienen enseñando los filósofos, quise hacer solidario de la república al pueblo de París que, cansado de revoluciones y desanimado por su infortunio, volverá a la monarquía por la intriga y los atentados de los enemigos de la libertad,» Babeuf fue guillotinado en la madrugada del 8 prairial, alta la cabeza rotatoria la mirada subió al cadalso, cumpliendo gallardamente uno de los términos de su propia disyuntiva Buonarroti fue recluido en la isla del diablo: vivió quince años fuera de Francia-al ser libertado, en ese interregno, publicó la conjuración de los iguales, la más completa historia crítica de la génesis, desarrollo y fracaso de la insurgencia socialista encabezada por Babeuf, que fue la Biblia de los revolucionarios de 1830 y de 1848

#### VII. Sentido social de la revolución francesa

Fuera esta ya de toda controversia el criterio de Hipólito Taine revolución francesa fue la explosión más exaltada y cabal de individualismo y de individualidades que registra la historia; pero fue, sobre todo, la revolución de la burguesía contra la monarquía, absurda y las reacciones feudales de propiedad, la afirmación victoriosa del liberalismo económico y del racionalismo político, la transformación social que desplazó en favor de las estratos medio y superior del tercer estado el control del poder, la riqueza y la cultura y la llamada que inflamó a los pueblos oprimidos en su lucha por la libertad y la independencia, la contribución de nuestra América al personal e social será estudiada en capítulo aparte en segundo volumen de esta obra.

La revolución francesa ignora la autonomía «burguesía y proletariado» tema cardinal del socialismo moderno, no podía ser de otra manera, esa antinomia aun no había adquirido expresión objetiva ni era dable que la burguesía la concibiera subjetivamente, no es la conspiración de los iguales, ni las manifestaciones esporádicas del espíritu socialista a lo largo de su desarrollo, lo que caracteriza y define su sentido social, lo que la caracteriza y define son las fuerzas económicas y políticas que la impulsan y la declaratoria de pena de muerte, aprobada por la convención a propuesta de Robespierre, a todo el que abogase por una ley agraria «que implicara el reparto de los bienes nacionales» o cualquiera «otra subversión de las propiedades territoriales, industriales o comerciales,

El contenido preponderantemente burgués de la revolución francesa cristaliza en el código civil de Napoleón, si cada una de las constituciones revolucionarias declaró inviolable y sagrado el derecho de propiedad privada, el código de Napoleón, punto de partida del régimen actual de bienes, excepción hecha de la unión de

republicas socialistas soviéticas) de las naciones bajo su dominio, establece las plenas garantías procesales del principio. El estrato inferior del Tercer estado poco cuenta en este cuerpo jurídico, se prohíbe la huelga y la coligación de los obreros, el contrato de trabajo queda asimilado al de locución de servicios, radicalmente distinta es la posición del patrono, tiene derecho a organizar se, a cerrar sus industrias o comercios y a imponer las condiciones del salario,

La era de los privilegios feudales había concluido, se iniciaba ahora, en nombre del pueblo, la era de los privilegios burgueses, todos los hombres eran formalmente iguales ante la ley, todos eran efectivamente desiguales ante la riqueza y la cultura, la libertad natural consistía en dejar hacer a los patronos y en no dejar pasar a los obreros, la fraternidad se reducía a un bello vocablo de coruscantes efectos retóricos en las conmemoraciones solemnes, estos principios, aun irrealizados, constituyen, sin embargo, con la doctrina de los derechos internamente del hombre y la teoría del gobierno por consentimiento, el aporte imperecedero de la revolución francesa y continúan siendo la obligada premisa de toda fundamentación económica de las relaciones de convivencia sobre el primado de la justicia distributiva, que es la aspiración céntrica de la democracia social, surgida dialécticamente de sus propias entrañas, la revolución francesa fulgida por los siglos de los siglos en el devenir de la humanidad,

la tremenda conmoción social y espiritual que acompaña al advenimiento del capitalismo moderno y de la democracia individualista galvaniza y madura la reflexión teórica sobre el ser de las nuevas formas de existencia y el deber ser de la sociedad, el pensamiento social asume, a partir de esta coyuntura, una forma sistemática de expresión, la concepción individualista de la convivencia, que abre el segundo volumen de esta obra, inicia propiamente la historia de las doctrinas sociales, sin este apresurado bosquejo del proceso de integración de esas doctrinas como parte constitutiva de su historia, el vasto panorama de escuelas, tendencias y corrientes que se han venido disputando el favor de la opinión pública durante los últimos cien años carecería de trasfondo y de perspectiva.

Tomado de *Historia de las doctrinas sociales*, t. 1, Imprenta de la Universidad de La Habana, La Habana, 1949, 2 ed. «Liminar», de Raúl Roa Kourí, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 2001

## **De súbdito a ciudadano**

Dos efemérides de significación universal se conmemoran en el mes de julio: la Declaración de Independencia de los Estados Unidos y la Toma de la Bastilla por el pueblo parisién. La conexión entre ambos acaeceres es más profunda de lo que suele imaginarse. Ambos forman parte de un mismo proceso y viabilizan el ascenso del «tercer estado» a las responsabilidades y deberes de la política, de la economía y de la cultura. Eso explica la sustantiva unidad de principios que muestran en sus documentos capitales las revoluciones norteamericana y francesa, la influencia de la teoría política y social inglesa en las concepciones norteamericanas y la indeleble impronta del Bill of Rights de Virginia en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

Aunque la revolución como hecho es ya registrada en las leyendas, tradiciones y anales de las altas culturas antiguas, no fue objeto de reflexión doctrinal hasta la aparición de Aristóteles. En su tratado *La Política* analiza, con riguroso criterio sistemático e impresionante acopio de datos; la naturaleza, las causas y los modos de evitar las revoluciones. El distingo que establece entre rebelión y revolución ha sido reiteradamente verificado por la experiencia histórica; pero aun suelen confundirse a menudo. Según el estagirita, la rebelión, producto de la desigualdad de honores, provechos y licencias, se contrae a la mera remoción de los gobernantes. La revolución, producto del despotismo político, de la injusticia económica, de los desniveles sociales y de la corrupción de las costumbres, se caracteriza por ser un intento de transformación total de la estructura y sentido **tic** vida de un pueblo. A tal punto es certero y fecundo el planteo aristotélico, que la sociología contemporánea lo adopta como un punto metódico de partida en el tratamiento del tema.

Ya hoy sabemos que las revoluciones no se inventan, ni se promulgan, ni se imponen, como puede acontecer, y acontece, con las rebeliones, hijas legítimas del apetito de fusta y la ambición de riqueza. No se entra en ellas por generación espontánea. Un largo, hondo desarrollo las incuba, prepara y desata. Solo cuando un pueblo se ve coactivamente impedido de labrar su propio destino, la revolución germina y madura. Su triunfo o fracaso dependerá, fundamentalmente, de la conciencia de sus fines, de la calidad de sus líderes, de la movilización de las masas populares y de las nuevas metas que brinde. Pero, aún fracasada, seguirá alentando mientras no se culmine. «Cuando un pueblo entra en revolución —sentenció José Martí— no sale de ella hasta que la corona».

La revolución francesa sigue siendo el modelo clásico de las revoluciones. La piqueta demoledora fue precedida por un estado de espíritu en radical



disconformidad con la conformación histórica circundante. Los supuestos materiales y espirituales en que asentaba su dominio la monarquía absoluta habían sido ya removidos en la esfera del pensamiento, cuando ni siquiera se vislumbraban las barricadas. El pensamiento se tradujo en acción al adquirir esta nítida conciencia de su cometido histórico, y, en consecuencia, legitimarse, como tal, ante la razón, el derecho y la moral. No se apelaba, pues, a la violencia como *prima ratio*, sino como *ultima ratio*, que es el más noble homenaje que puede rendirle la fuerza a la razón, su «previo rendimiento —como ha dicho Ortega y Gasset— a las normas racionales». El acto revolucionario genuino ha sido siempre fruto de la razón exasperada por la irracional conversión del poder en nudo instrumento de opresión, medro y befa.

En el turbulento curso de la formación del nuevo espíritu que abatió la ciudadela ideológica del absolutismo, el pueblo descubrió su propia existencia y, por ende, su insito derecho a gobernarse a sí mismo. De la subalterna condición de súbdito que había sufrido durante siglos, el hombre pasó a la categoría de ciudadano, ser de fines inalienables y de derechos inmanentes. El albedrío y la dignidad de la persona humana como raíz y ápice de la filosofía política y de la convivencia social—barrunto socrático que el cristianismo recoge y expande y el renacimiento redescubre y exalta— fue el aporte cardinal de la centuria de las luces a la concepción de la historia como hazaña de la libertad. Y, si bien algunos de sus frutos han perdido ya jugos y aromas, este conservará, perennemente, su pulpa y lozanía. No en balde proporcionó al pueblo conciencia de su destino y le reveló al hombre las vías de su integral redención.

Si torrenteras de sangre se han vertido desde entonces por infundirle carne histórica a ese ideal, jamás se han levantado tan enormes obstáculos en su camino como en nuestro tiempo. Los recursos de que ahora disponen los dictadores para enyugar a los pueblos son más numerosos y potentes que cuando la humanidad tremaba de esperanzas al oír los vibrantes y promisorios clarines del gallo de la democracia. A las viejas sujeciones de tipo autocrático, se aúnan hoy las de tipo totalitario. La libertad es perseguida y acosada en vastas zonas del planeta y, particularmente, en la cuenca del Caribe; pero ni se da por vencida ni convencida. Se nutre y robustece en la persecución, en la cárcel, en la tortura, en el destierro y en la muerte. Y de nuevo la suerte está echada, como en 1776 y 1789.

## Presencia de Juan Jacobo Rousseau

En una pintoresca isleta del lago Lemán —espejo revuelto en que suele desdibujarse la apacible fisonomía de Ginebra— el viajero curioso encuentra a Juan Jacobo Rousseau solitario y cogitabundo perennemente sentado en su estatua de mármol. Van allí cada día en sentimental peregrinaje los que practican el culto a la libertad y conciben al hombre como fin en sí mismo. Allí fui yo a rendirle tributo una reverberante mañana de estío. Olvidé comprar unas rosas; pero llevaba conmigo el *Contrato social*.

No había un alma en el recoleto parquecillo. Estaba sobremanera fatigado y me eché sobre un banco bajo la fronda refrescante de un añoso ciprés. Abrí el libro inmortal por aquellas luminosas páginas en que Rousseau empieza a desenvolver la teoría de los derechos naturales de la persona, raíz y ápice de la concepción democrática del mundo de la sociedad y del estado; pero mi vista se distrajo unos minutos en la fructuosa contemplación del paisaje.

A uno y otro lado del Ródano que fluía fragoroso, escarpadas estribaciones y feraces **alcores**. Montañas enormes se alzaban sombrías y adustas en la orilla opuesta del lago. En la lejanía fulgurando al sol los nevados picos del Monte Blanco. Pero cerca de la isleta el fresco imponente se tornaba en graciosa acuarela. Ágiles balandros y veloces cruceros surcaban las aguas entre alegres tumultos de espumas. Centenares de ciclistas congestionaban el puente que une la bruñida ciudad con sus románticos suburbios. Los cisnes desfilaban silenciosos y erectos, como cándida procesión de fantasmas matizando el trémulo verdor del remanso con la deslumbrante blancura de sus plumajes. Cantaban los ruiseñores y del aire encendido trascendían suaves aromas. Y en mi memoria en tanto se iba recortando la sombra atormentada de Juan Jacobo Rousseau en extraño coloquio con Juan Calvino, Maximiliano Robespierre, Benjamin Constant y Federico Amiel.

En estos días inciertos que vivimos he vuelto a leer y a meditar el *Contrato social*. Es cierto que la concepción roussoniana de la sociedad y del estado responde al espíritu enciclopedista, a los factores condicionantes del proceso revolucionario que encabeza él «tercer estado» y a la constelación de valores correspondiente; **pero no es menos cierto que Rousseau es, por antonomasia, el filósofo de la libertad. El concepto de la dignidad humana, ya ínsito en la ética cristiana adquiere en el autor del *Emilio* sus más claros timbres.** En la *Crítica de la razón pura*, Emmanuel Kant estampó esta frase que es todo un testimonio: «Rousseau me abrió los ojos; leyéndolo yo aprendía honrar a los hombres».

No cabe ya duda de que el *Contrato social* fue una poderosa fuerza revolucionaria que ha operado en todos los movimientos democráticos hasta cuajar en regímenes fundados en el Estado de Derecho y en la soberanía popular. El fundamento del *Contrato social* es el principio de la persona como sujeto de derechos y principalmente del derecho a la libertad, que constituye la garantía misma de la inviolabilidad de la conciencia. Los derechos del hombre y del ciudadano son la fuente y la meta de toda institución política, base de la soberanía en cuanto la ley es la expresión de la voluntad general y fin de su acción en cuanto el estado debe encaminarse a la satisfacción de las exigencias del derecho natural, so pena de perder su legitimidad de existencia.

Nadie ha expuesto la teoría del origen democrático del poder constituyente — matriz de todo orden social en el cual los poderes públicos dimanen del pueblo y cobran sentido, objeto y expresión en una norma jurídica suprema— con la precisión y el rigor de Juan Jacobo Rousseau. Intentaré resumirla. La sociedad civil, antecedida por el estado de naturaleza en el que los hombres son libres e iguales y viven en comunidad de bienes, se crea mediante un pacto voluntario en que, a cambio de ceder sus derechos naturales a la totalidad social, el hombre recobra, bajo la protección del estado, una parte igual e inalienable de soberanía y los derechos naturales que había transferido. Las voluntades individuales se fusionan libremente integrando la voluntad general, que es la personificación de la soberanía. «Frente al pueblo soberano —concluye Rousseau— los individuos no tienen ningún derecho. Frente al desconocimiento de su soberanía, los individuos tienen todos los derechos, incluso el de resistencia a la agresión. La legitimidad del gobierno descansa en el mantenimiento de la libertad, de la seguridad y de la soberanía, derechos naturales, inalienables e imprescriptibles del hombre y del ciudadano. Su ilegitimidad comienza en cuanto los ignore o vulnere».

Esta concepción democrática de la sociedad y del estado es la que inflamó el verbo y armó el brazo de los próceres y libertadores de nuestra América. José Martí alimentó en ella su pensamiento y su corazón. Fue la levadura de nuestras constituciones mambisas y es uno de los zumos que fertiliza el espíritu de la constitución derribada.

Singular destino el de Juan Jacobo Rousseau. Nació en Ginebra y murió en París. Francia lo amó y Suiza persiguió. Ya muerto dirigió el asalto a La Bastilla y presidió las jornadas de la Convención.

Fue hijo de su siglo y padre, con Carlos Marx, de los que vinieron. Y por eso, hoy está también presente en cuantos pugnamos en Cuba por devolverle a la república el gobierno del pueblo por el pueblo y para y para el pueblo.

Tomado de *Retorno a la alborada* [Crónicas y ensayos], breve prólogo por Samuel Feijóo, Universidad Central de las Villas, tomo 2 La Habana, 1954

### **Bicentenario de Montesquieu**

Dos egregias figuras del intelecto europeo se asocian al nombre de Burdeos: Montaigne y Montesquieu. La barroca y febril ciudad de Aquitania ha conmemorado este año el bicentenario de la muerte del ya clásico autor de *El espíritu de las leyes*. No podría decirse en este caso que la ocasión sirvió de pretexto para actualizar, momentáneamente, un genio olvidado. La densa sustancia del pensamiento de Montesquieu conserva, aún, su lozanía y su sabor. Ha resistido, incólume, el impacto de todas las mudanzas y de todos los conflictos, algunos descomunales, que registra la historia de las dos últimas centurias. Su célebre teoría de la división de poderes es, todavía, la piedra de toque de la doctrina y del régimen democrático. Algunas páginas suyas son, hoy, tan subversivas en la mayor parte del orbe, como pudieron serlo en las vísperas de la revolución francesa.

Miríadas de artículos, folletos y libros se acumulan refulgentes, corona de letras, sobre el nombre y la obra de Montesquieu. Casi todos se contraen a la glosa, exégesis, exposición y crítica de sus ideas. Los estudios biográficos escasean y ninguno satisface por incompletos o desvaídos. Ya Sainte-Beuve se quejaba de ello al trazar su admirable boceto del esclarecido pensador francés. Es sobremanera extraño, por lo demás, que ningún gran biógrafo contemporáneo se haya sentido tentado a resucitar su sosegada y tensa vida de escritor en el turbulento fresco de su época.

No deja de ser también extraño que haya pasado inadvertido en Cuba el bicentenario de la muerte de Montesquieu. Ciertamente que el año ahora en tramonto ha sido duro, amargo y sombrío, como pocos, para el pueblo cubano. El margen para el comentario público de sucesos de esta índole es asaz reducido cuando el cuerpo y la conciencia sufren, diariamente, los brutales empujones de la autoridad desmandada y tupidas nieblas ensombrecen las perspectivas económicas. Pero, por lo mismo, es que resulta oportuno evocar a quien se planteó, como tema central de sus cogitaciones, la salvaguardia efectiva de la persona contra los abusos y

restricciones de la arbitrariedad y del despotismo. Es como mentar la soga en casa del ahorcado. Nada más. Nada menos.

La razón argüida era suficiente para inducir a honrar la memoria del hombre que le puso las peras al cuarto al absolutismo. Pero, hay otras razones, igualmente válidas, que se derivan de la naturaleza de la profunda y vasta crisis que encara hoy el mundo y de la imperativa necesidad de infundirle nuevo contenido y mayor alcance al ultrajado ideal democrático. El camino más corto para poner en raya a la política de poder es la política de principios. No conviene olvidarlo. Sin ideas claras y definidas, rigurosamente articuladas en un programa y en una conducta, es muy difícil cambiar el curso de la historia. El río sigue fluyendo bajo un trémulo dosel de hojas secas.

Nació Montesquieu en el castillo de **Brede**, cerca de Burdeos, en 1669. Siguió, como su padre, la carrera de jurista. Fue consejero de estado y presidente del parlamento de Guayana. Este alto cargo lo renunció en 1723 para consagrarse, exclusivamente, a leer, meditar, escribir y viajar. Meses antes había publicado las *Cartas persas*, que abre el pliego de cargos de la ilustración contra el antiguo régimen. Ingresó en la Academia Francesa en 1728. Recorrió media Europa, deteniéndose, principalmente, en Suiza, Holanda e Inglaterra. De vuelta en Francia, editó en 1731 las *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y decadencia de los romanos*, uno de sus libros más penetrantes, enjundiosos y eruditos. Veinte años más tarde, vio la luz *El espíritu de las leyes*, la obra que le daría fama universal y rango señero en la historia del pensamiento político. Fue amigo y contertulio de todos sus pares y colaboró en la Enciclopedia con un fino ensayo sobre el gusto.

Montesquieu expiró en París, ya casi ciego, el 10 de febrero de 1755. A su concurrido sepelio solo asistió, paradójicamente, un escritor: Denis Diderot. Como ha observado sagazmente Sainte Beuve, el siglo XVIII, que muy pronto iba a marchar con ímpetu juvenil y que todo él se iba a dar cita —la última cita— en los funerales de Buffon, no estaba alistado ni aún en pie cuando murió Montesquieu.

La visión de conjunto conque suele apresarse el iluminismo inclina, fácilmente, a caracterizarlo como unidad perfecta de pensamiento, estilo y conducta. Nada menos exacto, Harold Laski ha contribuido sobremanera a subvertir esa imagen falaz —tarea proseguida y coronada por Ernst Cassirer— en su libro *El liberalismo europeo*. Basta asomarse, un poco, a sus figuras representativas para percatarse, en seguida, de las diferencias de móviles, concepciones, perspectivas, objetivos y métodos que distinguen o separan a Montesquieu de Rousseau, a Turgot

de Quesnay, a Holbach de Voltaire a Condorcet de Linguet, a Helvetius de Diderot y a D'Alambert de Meslier.

Pero, si el pensamiento que aflora enérgico y llameante en el siglo XVIII adopta posiciones diversas e incluso antagónicas ante los problemas que arrostra y enjuicia, un ansia profunda de libertad y un aguzado sentido criticista lo vertebró, y contraponen, al *ancien régime*. Este es el rasgo que singulariza y define el espíritu enciclopedista. Quien abre la marcha es, precisamente, Montesquieu. Su censura de las supeditaciones y trabas insitas en los mecanismos políticos, económicos, administrativos, jurídicos y sociales de la monarquía absoluta, corre pareja con su apología de la solidez y flexibilidad del sistema constitucional inglés. En las *Cartas persas*, cuajada anticipación de madurez en plena mocedad, satiriza la organización social de su tiempo, poniendo, a contraluz, la servidumbre del parlamento, la dependencia del poder judicial, la corrupción administrativa, la incompetencia de los gobernantes y la riqueza de los obispos, «avaros que siempre toman y nunca entregan». Las ideas troncales de *El espíritu de las leyes*, su obra cimera, están ya en germen en este libro irreverente, picante y embozado. No se atrevió a suscribirlo por justificado temor a dar con sus huesos en la Bastilla.

*El espíritu de las leyes* es, sin duda, uno de los tratados políticos más importantes de todas las épocas. No resulta hiperbólico paranganarlo con *La política de Aristóteles*, *De la monarquía* de Dante, *El Príncipe* de Maquiavelo, *La república* de Bodin, el *Leviatán* de Hobbes y el *Contrato Social* de Rousseau. Cierra un ciclo de pensamiento e inaugura otro. Los zumos que fertilizarán el Estado de Derecho, el movimiento constitucionalista, la doctrina democrática y el liberalismo social, manan, a borbotones, de sus páginas. No sólo eso. El libro contiene, además, tan rico veneno de reflexiones y atisbos históricos, sociológicos, jurídicos y económicos que Maxime Leroy llega a atribuirle, a su autor, la paternidad de las que denominara Dilthey ciencias del espíritu. Me parece excesivo. Pero, es indudable que, sentó cardinales premisas y fecundas orientaciones para la fundamentación científica de la historia, la sociología, la economía, la teoría del estado y la política social. En este sentido, Montesquieu se apartó, radicalmente, del normativismo iusnaturalista a la sazón predominante.

La meditación central de Montesquieu gira en torno a la preservación de la soberanía de la conciencia y de la dignidad de la persona humana contra los desafueros y restricciones del poder público. Era el tema vital de su tiempo, como vuelve a serlo en el nuestro. A crearle un sistema de garantías inviolables al libre desenvolvimiento, del individuo, iba justamente enderezada su teoría de la división

de poderes, que desarrolla, con ejemplar laconismo y convincente argumentación, en el capítulo VI de *El espíritu de las leyes*.

Según Montesquieu, en toda sociedad políticamente bien constituida la estructura del Estado debe reposar en tres poderes autónomos, que operen entre sí a manera de frenos y contrapesos: el ejecutivo, el legislativo y el judicial. «Echaríase todo a perder —advierte— si el mismo hombre, o el mismo cuerpo de principales, o de nobles, o del pueblo ejercieran estos tres poderes: el de hacer las leyes, el de ejecutar las soluciones públicas y el de juzgar los crímenes y disputas particulares». En su viaje a Inglaterra, había observado que, a esa efectiva división de poderes, se debía la estabilidad de sus instituciones políticas y la fluidez de su vida social. No lo pasaría por alto la Asamblea de 1789. El Artículo XVI de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano reza textualmente: «Toda sociedad en la cual no se halle asegurada la garantía de los derechos, ni determinada la separación de los poderes, carece de constitución».

Puede afirmarse que, a partir de esa memorable coyuntura, la relación entre el principio de la división de poderes y el principio del respeto a los derechos del hombre se ha impuesto como suprema norma constitucional. Donde los poderes se confunden discrecionalmente en una persona, en una oligarquía, en una clase, o en un partido, la persona humana se halla a merced de la persecución, la cárcel, la tortura, el destierro o la muerte. El derecho dimana de la fuerza y la fuerza se trueca en derecho. Impera, en suma, lo quo Montesquieu llamó el despotismo.

Tomado de *En pie*, Universidad Central de las Villas, La Habana, 1959

## **Oriente y Occidente**

Hasta el advenimiento del nazismo en Alemania circundaba a los Balcanes la siniestra aureola de ser el polvorín del mundo. Allí, entre reyezuelos de opereta y mariscales de cartón, las potencias rivales urdían intrigas y planeaban complots de todo género sin dar nunca la cara. Ni un comino les importaba que Belgrado, Sofía o Bucarest fuesen reducidas a pavesas y los pueblos de la levantisca península quedaran a merced de la indigencia. Iban a su negocio y eso lo justificaba todo. La demagogia a todo trapo y los historiadores a sueldo se encargarían luego de distribuir las responsabilidades entre los derrotados.

El polvorín ha cambiado hoy de sitio y bulle ya, preñado de amenazas, en el explosivo encuentro de Oriente y Occidente. No se trata solo del conflicto

ideológico y factual planteado entre la «democracia» y el «comunismo» y que tiene en Estados Unidos y en Rusia sus más destacados personeros. Es indiscutible, que de la solución adecuada de este conflicto depende, en gran medida, la estructura venidera de la convivencia humana y el sólido establecimiento de la paz. Pero, con ser tan notorio y tan grave, como dice F. S. Northrop, «no es en modo alguno el único, ni tampoco el más importante». En un libro muy sonado, recientemente vertido al castellano, el citado autor, catedrático de filosofía y director del Colegio **Silliman**, en la Universidad de Yale, ha abordado este candente y complejo problema con singular claridad, enérgico ademán y abundante información. Es, sin duda, una de las más valiosas contribuciones que se hayan hecho al estudio objetivo de las posibilidades de un entendimiento mundial.

No resulta ocioso referir, rápidamente, la historia de este libro. Hace algunos meses se efectuó en Honolulu, patrocinada por la Universidad de Hawai, una conferencia de filósofos orientales y occidentales con el objeto de hacer un análisis comparativo de la historia cultural de Oriente y Occidente. Northrop fue uno de los concurrentes a dicha reunión. En las sesiones de trabajo y en el curso de los debates, se distinguió por su buida interpretación de las cuestiones examinadas y por su nobilísimo afán de encontrarle armónico reajuste a los contrastes culturales y a los antagonismo políticos que minan hoy las relaciones internacionales y el mutuo entendimiento de los pueblos. Incitado por sus colegas, Northrop se comprometió a elaborar una tesis sobre la solución del problema básico de nuestro tiempo. El libro que inspira este artículo es el óptimo fruto de ese compromiso.

El estado de espíritu que ha seguido a la segunda guerra mundial difiere, radicalmente, del que vino en zaga de la primera. Northrop da por sentado, este punto de vista, en el prólogo mismo de su obra. En la postguerra anterior, la beligerancia de las ideologías jugó un papel subalterno en el desarrollo de los acontecimientos subsiguientes a la firma del armisticio. Se creía, simplemente, que se había, peleado por «salvar al mundo para la democracia»; y se creía, asimismo, que la democracia había triunfado, definitivamente, al desmoronarse el imperio alemán. **No demoraría** mucho tiempo en cundir el desaliento, la intranquilidad y la confusión. El viento de otoño se llevó, con las hojas secas, los catorce puntos de Woodrow Wilson. El pacto de Versalles —que debía garantizar una paz justa— traía en su seno los gérmenes de la nueva hecatombe. Nadie se percató entonces —embriagadas las **masas** populares por el espejismo— de que se había sustituido el campo de batalla por la continuación de la guerra, mediante otros medios. Ahora, por el contrario, saltan, por todas partes, los conflictos ideológicos. Ninguno más



visible y pavoroso que la pugna creciente entre la «democracia» y el «comunismo». Son ya muy pocos los que admiten, de buena fe, la coexistencia pacífica de ambos. El sangriento episodio de Corea —puro campo de experimentación de gigantes que se tantean antes de acometerse en lucha abierta— demuestra, inequívocamente, la actitud resuelta del denominado bloque occidental, encabezado por Estados Unidos ante la política de expansión soviética en Asia y Europa. Sobremanera grave sería que la independencia de Corea quedase comprometida y la asolada nación transformada en mera cabeza de playa del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Stalin se frotaría los bigotes de gozo.

Pero hay otros conflictos ideológicos, no menos voluminosos, ni menos trascendentes que el aludido. Northrop traza una animada pintura de las principales discrepancias que desgarran a la humanidad en esta coyuntura decisiva. Palestina es un foco activo de desavenencias, incomprensiones y celos. Judíos y árabes están a la greña. Acaece lo propio entre hindúes y mahometanos en la India. El inmenso país está escindido y perturbado por contrapuestas concepciones sociales, religiosas y culturales. No es distinto el conflicto, en el plano de las divergencias religiosas, en Europa y América. La dogmática católica choca con la dogmática protestante. De análoga manera, incluso en Japón las doctrinas políticas y las observancias religiosas inspiradas en el sintoísmo combaten las provenientes del confucionismo, el taoísmo y el budismo. Y, en esta zona del planeta, los ideales y valores tradicionales de nuestra cultura están en discrepancia con los que encarna la América anglosajona. Parece evidente, a todas luces —concluye Northrop— que en estos casos el disenso tiene raíces más éticas que empíricas. Aun se sigue apelando a Ariel frente a Calibán.

Según el filósofo norteamericano, ha llegado el momento de afrontar, y de ser dable, de resolver a fondo, estos conflictos ideológicos. De soslayarse pragmática o cobardemente los requerimientos de la realidad, las concepciones políticas, las instituciones sociales, los ideales éticos y las aspiraciones religiosas, a causa de su recíproca incompatibilidad, continuarán engendrando la incomprensión, el odio y la guerra. Vasta, fatigosa y difícil tarea la de unir a los hombres en un mundo enemistado y convulso. No cabe ya seguir creyendo, que las enmarañadas y profundas motivaciones de esos conflictos, pueden eliminarse, en la práctica, dentro de los areópagos diplomáticos o en la caldeada atmósfera de la plaza pública, donde se enarbolan irreflexivamente las consignas, actúan intereses soterrados y se encienden las más bajas pasiones, a no ser —advierte Northrop— que los problemas planteados sean primero escudriñados hasta sus raíces y resueltos después, en teoría,

dentro de la serenidad del gabinete de trabajo, donde puede determinarse cuidadosamente el significado de vocablos tales como democracia y comunismo y examinarse de modo más objetivo los problemas que entrañan». A ese empeño —oportuno, importante y difícil— es que se consagra, precisamente, su libro.

El encuentro de Oriente y Occidente —ya previsto por Hermann Keyserling y anhelado por Romain Rolland— ha promovido conflictos ideológicos de tan hondo y largo alcance que los otros han venido a convertirse en ingredientes parciales de la situación general. Si la primera guerra mundial tuvo su origen en los Balcanes y la mayoría de las batallas se sostuvieron en el continente europeo; la segunda comenzó en Oriente, con la invasión japonesa de la Manchuria. La ausencia deliberada de Estados Unidos en la Sociedad de Naciones y su torpe política aislacionista le roturan el surco a las potencias totalitarias, que se despachan a su gusto, con la complacencia y apoyo de los círculos reaccionarios de los países democráticos. Mussolini abrió la marcha con la conquista de Abisinia. Estalló, en seguida, la «guerra civil» española, en la que participaron, en propio beneficio, Italia y Alemania, por un lado, y Rusia por el otro, mientras Inglaterra y Francia, dominadas sus esferas dirigentes por una obtusa perspectiva del curso de la historia, propiciaron el desplome de la república y la instauración de un régimen típicamente fascista, al servicio del eje Roma-Berlín Tokio. Serían muy pocos los asombrados al contemplar, pocos meses después, la vergonzosa rendición de ambas naciones en Munich. Bajo el agorero paraguas del primer ministro más nefasto de Inglaterra, se pactaría, descocadamente, el desmembramiento de Checoslovaquia. Arrastradas Inglaterra y Francia a la guerra por la artera invasión de Polonia, las divisiones nazis darían pronto cuenta, en fulgurantes paseos militares, de Dinamarca, Noruega y Bélgica, en tanto que la Rusia soviética —retorciendo maquiavélicamente, una vez más, la dialéctica marxista— pactaba con el agresor nazi, hasta entonces considerado como el enemigo público número uno de la democracia, el progreso y el socialismo. Pero Alemania no se contentaría ya con los territorios sometidos. Su voluntad de imperio no era una entelequia. Sorpresivamente, Rusia fue atacada; y, culminando la cadena de asaltos iniciada en la Manchuria, aviones japoneses bombardearon, sin previa declaración de hostilidades, la base naval de Pearl Harbor, cerrándose así el dramático ciclo. No fue, pues, ni la invasión de Polonia, ni la caída de Francia, ni los bombardeos de Londres, ni la agresión a Rusia, lo que determinó la entrada oficial de Estados Unidos en la guerra; fue el ataque de una potencia oriental.

Los fenómenos universales que se manifiestan en la postguerra más agitada de que se tiene memoria, corroboran, palmariamente, el carácter global del conflicto. No solo en Occidente el nacionalismo prolifera con rabioso ímpetu. También el nacionalismo está haciendo su agosto en las tierras secularmente oprimidas, depauperadas y resentidas de Asia. Nada bueno augura, para la paz del futuro, esta oscura torrenciosa de pasiones exacerbadas. Las consecuencias que implica este peligroso avatar ahí están: mientras no se logre una efectiva concordancia de los múltiples intereses y apetencias discordantes, armonizándose los contrastes que hoy parecen irreductibles, las guerras que en cada generación ha sufrido el Occidente, cada vez más dilatadas y brutales, se propagarán no sólo al Japón, sino a la totalidad de Asia. «Ya no bastará —precisa Northrop— clavar la mirada vigilante en los Balcanes, el corredor polaco o el territorio del Rin. Donde quiera existen puntos de peligro: en el Pacífico meridional, en Manchuria septentrional, en la Mongolia exterior, en Birmania, en la América hispana e inclusive entre las provincias musulmanas e hindúes de la India.

Pero este es sólo un aspecto del problema. No se limita el Asia desperezada y revuelta a responder, agresivamente, a la dominación económica, política y cultural de Occidente. Se esfuerza, al par, por transmitir e imponer sus concepciones políticas, culturales y religiosas. Dos lecciones debe derivar el Occidente de estos hechos: la primera, que ya el Oriente ha abandonado su actitud tradicional, ovejuna y receptiva; la segunda, que esta aproximación, en forma de impacto, lo mismo puede ser perniciosa y desmoralizadora que saludable y benéfica. «El resultado depende —afirma Northrop— no sólo de Oriente, sino también de Occidente, y, en particular, de que cada uno de los dos conozca los valores e intereses del otro así como los propios». Pero lo primordial es tener siempre presente que Asia ha resuelto labrarse su propio destino y aspira a participar en la solución de los problemas mundiales.

Conviene puntualizarlo. Es esta, la primera vez en la historia, que Oriente y Occidente se encuentran envueltos en un ciclo histórico, cuya naturaleza, características y modalidades, están dadas por ambos. Urge, pues, la convivencia y la fusión. Hora es ya de que el Occidente se apreste a comprender al Oriente si quiere comprenderse a sí mismo y a combinar los intereses y valores en pugna para evitar nuevas tragedias, amarguras, frustraciones y derramamientos de sangre. No fue una guerra racial, entre Oriente y Occidente, la segunda guerra mundial. El Oriente estuvo tan dividido como el Occidente. China y parte de la India pelearon junto a las potencias democráticas y Rusia; los japoneses anudaron sus intereses y aspiraciones a los regímenes totalitarios de Hitler y Mussolini. El camino para el

entendimiento y la amistad está abierto. Y, podrá transitarse fecundamente, si se resuelven los problemas fundamentales que tienen, a la vez, planteados en su seno, Oriente y Occidente.

Es sumamente significativo que lo mismo el belicoso samurai, que el vegetariano Gandhi, que el avisado Mao Tse Tung o el pacifista Nehru, hayan recurrido, para justificar su posición, a la idea occidental del nacionalismo político. No lo es menos que el alemán Marx y el ruso Lenin, que propugnan la plena realización de la democracia, se opongan, implacablemente, a la libertad de creencia y de expresión que constituye su esencia. Y, unos y otros protestantes y católicos, judíos y árabes, mahometanos e hindúes, ortodoxos y ateos, se muestran recelosos entre sí, cuando no francamente hostiles, a pesar de la influencia recíproca de sus ideas costumbres, sentimientos y apetitos. El abismo suele ser más hondo en el campo de la conciencia religiosa. Los adherentes al cristianismo motejan, despectivamente, de falsa, inferior, negativa o **pagana** a las religiones orientales. No se quedan atrás los sabios orientales al juzgar las religiones occidentales.

Esta situación de hecho indica, meridianamente, que los problemas relativos a la guerra y a la paz precisa plantearlos, prescindiendo de criterios puramente valorativos. La pretensión de monopolizar la fe, la verdad y la virtud complica y ahonda el conflicto ideológico entre Oriente y Occidente. No hay otra vía, para superarlos, que lograr una fórmula de entendimiento que salvando los particularismos históricos, culturales y religiosos, sustente en una síntesis dinámica la convivencia de todas las ideologías, y todas las estructuras sociales. Si Estados Unidos, Inglaterra... Rusia, Francia y China aspiran a vivir en paz, es indispensable que teórica y prácticamente arriben a un acuerdo que elimine los obstáculos que hoy se alzan erizados de riesgos en el horizonte visible. Esa interpenetración pacífica de los contrarios, conducirá, paulatinamente, a la integración orgánica de un solo mundo y reino, hasta ahora utópico, de la paz perpetua soñada por Kant. «La solución del problema básico de nuestro tiempo —concluye el profesor Northrop— está en la elaboración de un ideal cultural de carácter más vasto y verdaderamente internacional, que proporcione las bases intelectuales y sentimentales, científicamente fundadas para una soberanía parcial del mundo. Dicho ideal debe definir también el criterio para conectar la democracia y el comunismo, los valores medioevales del catolicismo y los modernos del protestantismo, así como las institucionales occidentales y orientales, de suerte que se apoyen y sostengan entre sí, en lugar de combatirse y destruirse».

Los hechos del inmediato futuro dirán si la audaz y generosa tesis de Northrop es válida o no. Ya dijo Heráclito, hace veinticinco siglos, que la contradicción es la madre de todo progreso. Pero, mucho antes que el enigmático profeta de Efeso, el filósofo chino Mo-Ti había lanzado esta interrogación, todavía sin respuesta, «Donde difieran las normas habrá oposición. Mas, ¿cómo pueden unificarse las normas del mundo?»»

Tomado de *15 años después*, Editorial Librería Selecta, La Habana, 1950

### **Sermón Laico**

La Asociación de Estudiantes Evangelistas Universitarios, que lleva a orgullo como oriflama encendida su fe religiosa, ha querido que yo, desvinculado radicalmente de todo credo, confesión a iglesia, diga unas palabras en este acto. Y aquí estoy, entre vosotros, en trance de predicador laico. No hubiera podido ser de; otra suerte. Los sectarios del César-papismo me habrían exigido abjurar, previamente, a mis ideas, para recibirme entre ellos. Los jóvenes evangelistas me aceptan como soy. Entre aquéllos y resulta ocioso aclararlo, no hay punto de contacto alguno. Entre éstos y yo existe, en cambio, más allá de nuestras discrepancias -lo testimonia ampliamente mi presencia en este púlpito- un vínculo entrañable: nuestro culto común a la soberanía de la conciencia, que es la raíz misma de toda libertad.

Los César-papistas no conciben la libertad sino como derecho inalienable a imponer, totalitariamente, sus criterios, interés y apetencias hasta la hoguera inclusive. Los jóvenes evangelistas y yo la concebimos como suprema flor de tolerancia. Sin tolerancia no hay disidencia. Sin disidencia, no hay libertad. La libertad necesita, para vivir, del oxígeno de la polémica. Necesita, para ser, el flujo constante de la contradicción. La libertad se agota y muere en el invernadero del dogmatismo. De la disputa brota la luz. De la contradicción, la concordancia de lo discordante. No comprenden -afirmó hace dos mil años Heráclito de Efeso cómo la verdad, discrepando de sí misma, concuerda consigo misma armonía de lo antagónico como en el arco y la flecha.» Decir la que se piensa, ya sobre lo temporal, ora sobre lo divino, es pues un derecho natural. Impedir que se diga, un pecado de lesa humanidad. Desde Sócrates hasta hoy, el hombre defendió siempre este derecho a señorear sobre sí mismo con dramático denuedo.

Necesita ahora defenderlo como nunca. Medio mundo tiene hoy la conciencia secuestrada. Reinan en él la mentira y el odio. El otro medio pugna, desesperadamente, contra ese dogal siniestro que enmudece y humilla. Sin la total destrucción del complejo de relaciones sociales que engendra el odio y la mentira, la libertad no tendría ya asiento en el mundo. El triunfo de la intolerancia -esa «extensión hacia afuera del dominio exclusivo ejercido dentro de nosotros por la fe dogmática» como dice Guyau- será el triunfo de la muerte sobre la vida, la muerte del hombre sin sábado de gloria. La libertad tiene otra vez que blandir la espada, tiene que transfigurarse de nuevo en arcángel rebelde, tiene que hacer la guerra de la paz, tiene que mostrarse irreductiblemente intolerante con la intolerancia. Sólo así cobrará sentido esta gigantesca catástrofe. Y sólo así podrá instaurarse en el mundo el poder de la verdad y la autoridad del amor.

Conviene advertir, sin embargo, que ni la verdad ni el amor se dan por añadidura. Para merecerlos, precisa conquistarlos; para conquistarlos, hace falta fe profunda, fe de mártir, en la verdad y el amor. La fe que precisamente vengo a defender esta noche. La misma, en el fondo, estoy seguro, que os inflama a vosotros jóvenes evangelistas. Permitidme, en consecuencia, que os hable más como compañero y amigo que como profesor. En horas como ésta, en que está en juego el destino mismo de la especie, la única profesión genuina es la de hombre. Ningún título más alto que éste. Ni actividad más fértil y enaltecedora, que la de ejercitar los espinosos deberes que su doctorado impone.

Si se examina objetivamente la actual estructura social del mundo, el sistema de relaciones en que nuestra vida está inserta, resultará forzoso concluir que no responde ni a la verdad ni al amor. El juicio asume universal validez si se aplica a las épocas pretéritas. Jamás, en ningún momento de la historia, la estructura social ha respondido, en efecto, a la verdad y al amor. Oíd esta voz milenaria que viene abrasada por el fuego de Judea: « ¡Anatema sobre quienes añaden casa a casa y añaden tierra a tierra, hasta que ya no quede sitio libre y posean solos el país! ¡Anatema sobre quienes decretan leyes inicuas y suscriben amenazas injustas para oprimir a los pobres en el juicio y violan el derecho de los desheredados de mi pueblo, para hacer de las viudas y de los huérfanos una presa de los ricos.» Escuchad esta otra, que tiene en vosotros resonancia inefable: «Más fácil entrará un cable en el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos.» Y ahora ésta, catorce siglos después: «Os digo, amados hermanos, que nunca marcharán bien las cosas en esta Inglaterra mientras los bienes no sean propiedad común de todos, mientras existan siervos y señores. ¿Por qué derecho son los lores más poderosos

que nosotros? ¿Cómo ganaron aquéllos sus privilegios? ¿Por qué nos tienen bajo su servidumbre? Si todos procedemos del mismo tronco, de Adán y Eva, ¿cómo podrán decir y aún probarnos, que son ellos mejores que nosotros, si no es porque malversan con su opulencia lo que nosotros ganamos con el sudor de la frente? Ellos gozan del reposo y bienestar en magníficas casas, mientras nosotros sufrimos el yugo del trabajo bajo la inclemencia del viento y la intemperie.» LaS palabras que ahora transcribo pertenecen a Tomás Münzer, el gran orador sagrado de Turingia, compañero de Martín Lutero: «Contemplad esta casta de usureros; el robo y el latrocinio ejercen su imperio sobre nosotros, queriendo extender su dominio sobre todas las criaturas, peces del agua, pájaros del cielo y plantas de la tierra, como si todo fuera suyo. No robarás: Dios lo ha mandado. El pobre aldeano, el artesano humilde ha de vivir matándose; pero si tocan lo más mínimo que es propiedad ajena, entonces se les condena a morir en la horca. En cambio, el señor puede hacer impunemente lo que al hombre le está prohibido. Manifiesta injusticia, origen de las revueltas y de las que nada bueno puede esperarse.» «Nosotros enseñamos -afirma el pastor protestante Federico Maurice, fundador con Charles Kingsley del cristianismo social- el verdadero socialismo y la verdadera igualdad. Nada espero del *laissez faire*. La escuela de Manchester, que proclama la sumisión del hombre a una naturaleza artificialmente eternizada en beneficio de la plutocracia, es una escuela de mezquindad, de hipocresía, de anarquía y de ateísmo. Todo sistema social que favorezca la acumulación del capital en un reducido número de manos, que despoje a las masas del suelo que sus antepasados cultivaron y las conduzca a la condición de jornaleros y de siervos, que tengan que vivir de salarios y de limosnas, es contrario al reino de Dios que Jesús ha proclamado.» «Si sois cristianos -concluye sentenciosamente- debéis ser socialistas. La bandera del socialismo es la cooperación; la del antisocialismo es la competencia. Hay que hacer penetrar en la iglesia el mensaje social de Jesús y poner de manifiesto que el socialismo es necesariamente la expresión económica de la vida cristiana. El mundo no podrá ser cristianizado mientras no lo esté previamente la industria.»

Yo podría complementar, esta apresurada reseña, con la crítica social laica frente a la problemática en cuestión. Resulta innecesario a mi propósito. Discrepa, sin duda, de la crítica social religiosa en la fundamentación filosófica y en los métodos enderezados a superarla; pero coinciden ambas en el repudio de la actual estructura social del mundo, incompatible, por naturaleza, con la verdad y el amor. Verdad es, para los que rigen el poder público y usufructúan la riqueza, sólo lo que sirva a su predominio. Ya se ha visto como Adolfo Hitler define el derecho: es todo

aquello que conviene a Alemania. Los grandes magnates de todos los países no la definen, en rigor, de otra manera. «Precio justo,-sostenía Tomás de Aquino- es aquel que permite vivir holgadamente al propietario sin poner a ración al consumidor. Salario justo es aquel que garantiza las condiciones de existencia del trabajador y le permite llevar una vida decorosa.» Acrecer el patrimonio propio, a expensas del consumidor y del obrero, es hoy el objetivo que persigue el propietario. Cuanto se encamine a lograrlo, es derecho; cuanto se oponga, desorden, injusticia, rebeldía. El derecho a la vida de los demás no entra en sus cálculos ni se registra en sus libros de cuentas. Lo que importa es hacer primar el suyo. Y, en ese camino, nada los detiene, ni preocupa. Ni aún las cosas más solemnes y respetadas. Si pudieran convertir el templo en bolsa o en mercado, no vacilarían en hacerlo. En algunas partes ya lo han hecho.

«Nadie -postuló, San Pablo- debe comer sin trabajar»; pero nadie, añadido yo, tiene derecho a vivir del trabajo ajeno. Mientras esta fórmula no rija las relaciones entre los hombres, no habrá, no podrá haber, justicia social. Y son muchos, desgraciadamente, los que están empeñados en que no la haya. Son muchos los que enfeudan el espíritu de la democracia a la letra del capitalismo. Son muchos los que recitan, de lengua afuera, los versículos centelleantes del evangelio. Son muchos los que tiran la piedra y esconden la mano, los que le encienden una vela a Dios y otra al diablo. Forman toda la sombría legión de los asesinos de la verdad y del amor, los enemigos de la tolerancia y de la libertad los que sobre las espaldas flageladas de los pueblos entonan cánticos sagrados, los que enarbolan el ideal religioso para enmascarar el puro afán de señorío temporal que los inspira. Para perpetuar este monstruoso maridaje se han concitado, en es últimos tiempos, las potencias tenebrosas de la historia, disputando su hegemonía en los campos de batalla. Si triunfasen al cabo también vosotros seríais derrotados aunque vuestros templos permanecieran abiertos, perspectiva por demás sobremanera problemática. La experiencia de los pueblos invadidos por la mesnada de Hitler demuestra que la camisa de fuerza del nazismo no tolera más voz que la del cómitre, en el campo de concentración ni otra protesta que el gemido de dolor o la rabia de la impotencia. La esclavitud total es el fruto maldito de la guerra total Igual acontecería si los regímenes democráticos no se transformasen internamente en el curso de este magno duelo, si no se cristianizaran efectivamente, para decirlo en vUestro lenguaje. Es necesario, en consecuencia, pelear contra el eje totalitario y contra todos los ejes; pelear por nosotros, por todos los que han perdido su libertad o la seudoviven. La libertad, como idea o como impulso histórico, no tolera supeditaciones, so pena de



perder su raigal significado. La democracia, que tiene en la libertad su fuerza motriz, es horizonte ascendente y no coto de caza, es patrimonio de todos y no capellanía de mercaderes y demagogos. Hasta ahora, en gran parte, no ha sido otra cosa. No precisa sacar el pescuezo de esta isla infortunada para verificar lo que digo; basta sólo asomarlo por la ventanilla del tranvía. Si peleamos por la democracia es, precisamente, para transformarla en estilo auténtico de vida, para que llegue a la granazón de sus frutae mejores, para que el hombre se realice a sí mismo en la plenitud de sus afanes y aptitudes. Sólo, mediante la regulación equitativa de la vida patrimonial, podrá salvarse la soberanía de la conciencia el santo derecho a la herejía. Sólo, mediante una organización nacional de la sociedad, podrá salvarse la verdad, podrá el hombre mirar en torno sin vendas impuestas ni antifaces hipócritas en infatigable braceo por ver las cosas como son, por encontrarse con ellas cara a cara y demandarle a la naturaleza, la frente alta y el pecho descubierto, el secreto de su destino. Sólo, mediante la fraternidad entre todos los hombres, podrá salvarse el amor. Y, sólo así, la democracia dejará de ser lo que ha sido, en buena medida, hasta ahora: el gobierno en nombre del pueblo, sin el pueblo y contra el pueblo. Para ser efectivamente, el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo; y, por eso, es a éste a- quien corresponde, a nosotros que formamos parte de él, ponerse al servicio de la verdad y del amor.

Esa es mi fe, mi fe profunda, mi fe de mártir, que es también la vuestra. No necesitáis decírmelo. Está en vuestros ojos, riega vuestras venas, alimenta vuestra conducta. Somos, además, hijos de un mismo espíritu: juntos hemos aprendido a honrar a nuestros héroes, a indagar sin prejuicios en la naturaleza de las cosas, a comportarnos siempre con el espinazo inflexible, a acunar en lo más íntimo de nuestro ser el ensueño y la esperanza. Somos jóvenes y nada puede arredrarnos. Por muy cargado que aparezca el horizonte, sabemos que el callejón sin salida no se da nunca en la historia. No hay crisis sin solución. La nuestra, ésta que vivimos dentro y fuera de nosotros, no puede ser excepción. Crisis significa cambio. Nuevas metas y nuevos mitos. Frente al alma desencantada, se alza siempre, en bizarro desafío, un alma encantada, limpia de angustia y repleta de fe. Pico de la Mirándola saludó, estremecido de júbilo, el advenimiento de la dignidad humana, en un mundo retorcido de terrores y en desintegración progresiva. Hoy, de la entraña deletérea. de un mundo en crisis, brota un esperanzado clamor por el hombre pleno, dueño de su circunstancia y apto para transformarla en beneficio suyo, hasta ahora frustrado por la convivencia antagónica. El Renacimiento y la Reforma aportaron al hombre la idea de su unidad inalienable. La crisis actual conlleva, de superarse

victoriosamente, los elementos de su efectiva integración. Contribuir a ello, es el gran deber que a todos nos impone nuestra profesión de hombres. Sepamos cumplirla con entera dignidad. Derrotados o triunfantes, habremos colmado nuestra vida de sentido. Triunfantes o derrotados, habremos ofrendado lo mejor de nosotros a instaurar en el mundo el poder de la verdad y la autoridad del amor. «En la cruz - dijo José Martí- murió el hombre un día; pero hay que aprender a morir en la cruz todos los días.»

Tomado de *15 años después*, Editorial Librería Selecta, La Habana, 1950

### **La lección de Jesús**

Si a lo largo de su curso el rico y potente caudal de la civilización occidental se ha nutrido de numerosos afluentes, debe, empero, sus aguas más profundas, a la cultura grecolatina y a la tradición cristiana. Aporta la primera el concepto de la estructura racional de la naturaleza humana y la segunda el problema de la responsabilidad del hombre, por ser la libertad, que es elección, la esencia que lo caracteriza y define, como sujeto creado por la divinidad. En los dualismos descubiertos por aquella en el mundo de la conciencia, hunden sus raíces las más ingentes hazañas del pensamiento moderno; el descubrimiento de la unidad de espíritu y cuerpo, que proyecta socialmente al hombre a partir de sí mismo y hace de la inviolabilidad de la conciencia la clave de la dignidad de la persona, representa la contribución imperecedera del cristianismo a la convivencia humana.

Ni que agregar tengo que es la síntesis de ambas visiones de la vida y de la historia la que le infunde sentido a la totalidad del proceso. Ni razón frente a espíritu, ni naturaleza frente a albedrío, ni inmanencia frente a trascendencia: razón y espíritu, naturaleza y albedrío, inmanencia y trascendencia dialécticamente fundidos en la comprensión de las limitaciones de la realidad y en el querer, iluminado por la llamarada inextinguible del ideal. Bacon y Moro simbolizan, en la *vita nova* entrevista por Dante, la antítesis de esa síntesis, y Vives y Galileo, la síntesis de esa antítesis. Pudo superarse, en aquella sazón, la antinomia generada por el Renacimiento y la Contrarreforma si hubiera triunfado la tesis del **erasmismo** español, que propagaba la integración de la herencia grecolatina y de la tradición cristiana con las nuevas creaciones de la razón liberada.

Las tensiones y polaridades originadas por este desgarramiento de la conciencia europea configuran y dominan, hasta nuestros días, las etapas posteriores

del desarrollo de la sociedad occidental. Si bien es cierto que el derrocamiento del absolutismo, la filosofía de la ilustración y las revoluciones emancipadoras de América tienden a soldar la fractura, no lo es menos que ésta se ahonda y agrava por el predominio del régimen de mercado y la patológica desviación de la técnica. Cada vez más se contraponen espíritu y razón, naturaleza y albedrío, inmanencia y trascendencia. Se rompe el connubio entre derecho y obligación. Saber y deber se bifurcan y convergen mando y riqueza. La concepción mecanicista de la naturaleza humana, bisectriz de un triángulo formado por Maquiavelo, Hobbes y Marx, se impone avasalladora y el hombre queda reducido a mera tuerca. El contenido moral de la justicia positiva se evapora y, por ende, el derecho se descristianiza. Medios y fines se confunden y pervierten. La emoción evangélica truncase en dogma y se marchita el sentido religioso de la vida. Se compra y vende el trabajo como una mercancía. «Las cosas —había sentenciado Kant— tienen precio; los hombres, dignidad». Al ponerse precio a la dignidad, el hombre se cosifica y la persona deja de ser el centro de la vida civil, comenzando, en vastas áreas del planeta, la progresiva declinación de sus fueros, que el poder va sustrayendo, compulsivamente, hasta llegar a subsumirla en el idiotismo aquiescente del rebaño. El drama alcanza su clímax en los estados totalitarios y, particularmente, en el Leviatán soviético, en que imposición y obediencia son términos correlativos. y ofrece rasgos muy semejantes en los países, aquende la Cortina de hierro, en que la única fuente de la autoridad es la violencia. Con pareja carencia de entrañas se humilla, persigue, encarcela, tortura, proscribire o aniquila al disidente.

Resignarse ante la injusticia, la degradación, el despotismo y la miseria, es signo de flaqueza ante los retos de la historia. El dolor lacerante de estos tiempos no es producto, precisamente, de la fatalidad, como creyeron los griegos y romanos testigos y actores de la decadencia de la polis y de la caída del imperio. Lo trajo el hombre y el hombre puede extirparlo. Nada nuevo necesita inventar para conseguirlo. Bástale poner la ciencia al servicio de una concepción justa de los fines de la vida y renovar los supuestos del régimen democrático, fundado en la autoridad consentida y legitimada por el espíritu, la razón y la voluntad. Cristianizar, en suma, como dijera Toynbee, el contenido de la organización económica, política, jurídica y social emergente de la revolución industrial y, en consecuencia, restituirle al hombre el albedrío que le arrebató el Estado-poder, la dictadura de partido y la **mecanolatría**, en nombre de una seguridad apócrifa y de un progreso externo. Cada pueblo merecerá el pleno disfrute de lo que haya conquistado en la consecución de la meta.

Hace muchos siglos Jesús ofrendó su sangre para garantizar, a los hombres la inmortalidad de su sobrevivencia en el seno de Dios. Muchos siglos después bien valen los riesgos, sacrificios y abnegaciones que comporta esta empresa de salvación del género humano en el mundo temporal en que hace su historia perdurable. Morir con sábado de gloria es la egregia lección que nos legara el dulce y valeroso rabí de Galilea.

Tomado de *En pie*, Universidad Central de las Villas, La Habana, 1959

### **Abstracciones concretas**

El problema de la discontinuidad del derecho plantea dos cuestiones aunque conexas, de orden distinto: una lógico-jurídica y otra ético-política. Importa y, preocupa más la primera, por su índole técnica, al jurista; la segunda interesa y afecta, por su alcance, social, al común de la gente. Ni que añadir tengo que es sobre este aspecto del tema que he de ocuparme.

Si en el terreno ético la continuidad-el fluir de que hablara Leibniz-se traduce en la querencia histórica de un ideal que jamás agota sus contenidos, en el campo político es, como ha, dicho Fernando de los Ríos, un arquetipo hacia el que tiende la comunidad anhelosa de «concordar, plena y radicalmente, las acciones de la voluntad con la norma o principio que define la naturaleza de esta misma voluntad». Cuando es nudo afán de poder, la política se mueve fuera del ámbito de la ética y, carece, por ende, de fines trascendentes y, de tabla de valores; mas, cuando es medio para satisfacer propósitos cardinales a la vida humana-redimir sus miserias, ampliar su horizonte, enriquecer su sentido-la ética es su cauce natural de desarrollo.

Los diversos obstáculos que se oponen a que el sujeto individual alcance el ideal de su voluntad moral y a que el deber ser jurídico prime en la política constituyen la trama misma del fenómeno de la discontinuidad del derecho., La arbitrariedad y la injusticia son, sin duda, los más relevantes y nefastos. Ninguna de ambas entraña, sin embargo, una ruptura tan decisiva de la continuidad del derecho como la revolución; pero ésta, al traer consigo un estado más justo, adquiere significado ético y legitima su acción;

La historia de la política condicionada por la ética puede definirse como la lucha secular del sentimiento jurídico de los pueblos contra la arbitrariedad y la injusticia. En los tiempos modernos, y como resultante de la confluencia de la tradición grecolatina, del espíritu del cristianismo primitivo, del individualismo

renacentista y de las corrientes doctrinales que alimentan el movimiento constitucionalista, esta lucha le asigna al derecho el reconocimiento de la persona como ser de fines y de arbitrios inmanentes. La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, el Bill of Rights de Virginia y el advenimiento del régimen democrático son jalones estelares de ese proceso; y la consagración de los derechos económicos y sociales del individuo en el tratado de Versalles y su prolija recepción, conjuntamente con los relativos a la persona, en años recientes, representan la luminosa coronación de una batalla ungida con «sangre, sudor y lágrimas».

Suele identificarse, a menudo, la arbitrariedad y la coacción. La arbitrariedad, residuo impuro de la combustión jurídica, es «el mandato coactivo, esto es, provisto de imperium, llevado a cabo por órganos del poder, fuera de las leyes». Su fundamento es el capricho, y, a la par que contradice la generalidad de la ley, que es su característica, la vacía de contenido al vulnerar su esencia. Se trata, desde el punto de vista jurídico, de «mandar contra ley y con imperium».

La coacción, elemento constitutivo del derecho según Ihering, «es la exigencia de una obligación resultante del mutuo consenso social y fijada en la ley». Asienta su cumplimiento en un imperativo moral y no en el sometimiento de la persona. Es, pues, tanto derecho cuanto deber para el Estado. No cabe decir, en consecuencia, que toda coacción es una arbitrariedad. En el régimen constitucional, el elemento fuerza que aparecía en la coacción se disuelve al convertirse el mandato inexorable de la ley en obligación personal, en adhesión de conciencia, ya que es el ciudadano quien crea aquella a través de su participación en las decisiones del poder público. Sólo cuando éste es fruto del consentimiento cabe afirmar que la ley es mía, y, por tanto, acatarla y complicarla es deber insoslayable.

El derecho a la revolución y de resistencia a la tiranía surge, precisamente, para restablecer el arbitrario quebrantamiento del orden jurídico emanado de la voluntad soberana del pueblo. Los antecedentes de ambos derechos, recogidos y exaltados en las revoluciones francesa y norteamericana, se remontan a la Carta Magna y a los Fueros Aragoneses, y cuenta con defensores del calibre de Tomás de Aquino, Salisbury, Mariana, Locke, Rousseau, Jefferson y Martí.

La solución de los problemas planteados por la discontinuidad los derechos hartos conocidos por quienes sufren sus trágicas consecuencias aquí, allá y acullá es la organización de la convivencia sobre bases genuinamente democráticas. Hijo de la voluntad colectiva libremente expresada, el poder se tuerca aparato de sojuzgamiento en fuente de garantías, autolimitándose responsablemente y reduciendo al mínimo la arbitrariedad y la injusticia.

## **Elecciones en México**

La crisis del régimen democrático en nuestra América data desde los albores mismos de la independencia. No precisa acudir a interpretaciones biológicas, psicológicas, climáticas o éticas para explicarlo. Basta simplemente apelar a nuestra propia historia y a sus factores condicionantes en el plano de la historia universal. Su razón última hay que buscada en las sobrevivencias de la estructura colonial, en el desarrollo económico dependiente, en el predominio político de las oligarquías, en el concepto patrimonial de la administración pública, en la concentración de la cultura, en la pugna imperialista por el control de materias primas esenciales y en la etapa de tránsito social que vive el mundo.

Nunca, sin embargo, ha sido tan profunda y generalizada esa crisis como en los días que corren. De sur a norte, espadones y caudillos andan haciendo de las suyas con manifiesta complacencia del State Department y sin que la ONU y la OEA se den por enteradas de los atropellos y crímenes que se cometen detrás de la nueva cortina de hierro. El siniestro mecanismo, lubricado con grasa nacional y extranjera, ha yugulado ya en casi todo el continente las libertades públicas, las reivindicaciones sociales y los avances económicos obtenidos tras largas y enconadas luchas. La cínica adulteración de la voluntad popular, o la violenta sustitución de gobiernos constitucionalmente electos por minorías castrenses o civiles, con una típica concepción autocrática del poder, caracterizan este tormentoso proceso que amenaza extenderse a las contadas repúblicas en que todavía el pueblo participa en la conducción de sus destinos. En algunas de ellas, la tambaleante situación política obra de grupos cerriles al servicio de intereses foráneos nada bueno augura. Ningún caso más típico que el de Guatemala. La única democracia que tolera allí el State Department es el imperio de la United Fruit.

En esta dramática coyuntura para la democracia americana y en una atmósfera cargada de explosivas tensiones y alarmantes presagios, se efectuarán hoy en México elecciones generales. No se trata esta vez, como en las anteriores, de un traspaso normal del mando público mediante el ejercicio del sufragio. Ya estábamos acostumbrados a que en México la sucesión presidencial se produjese sin otras dificultades que las inherentes a la propia naturaleza del suceso en las democracias más maduras. Esa era, a todas luces, una de las conquistas fundamentales de la

revolución mexicana. En estas elecciones México se juega la pervivencia del régimen democrático y el desarrollo ulterior del movimiento revolucionario iniciado por Francisco Madero y Emiliano Zapata. Las logias militares, cebadas en las doctrinas más autoritarias de nuestra época, tienen voz, brazo y bolsa en la justa comicial. Eso es, precisamente, lo que le infunde significación y trascendencia americana.

Seis partidos políticos y cuatro candidatos se disputan hoy la primera magistratura de la nación, ocupada durante seis años, con fructífero rendimiento, por el licenciado Miguel Alemán. De esos partidos, en rigor solo cuentan dos. Ni el Partido de la Revolución, ni el Partido Acción Nacional, ni el Partido Popular, encabezados respectivamente por el general Cándido Aguilar, el licenciado Efraín González Luna y el licenciado Vicente Lombardo Toledano, poseen suficiente fuerza política y caudal popular para presentar batalla con probabilidades de éxito. Mucho menos cuenta el Partido Comunista. Los dos grandes núcleos de opinión que polarizaría hoy el interés del electorado son el Partido Revolucionario Institucional y el Partido del Pueblo Mexicano. Sus candidatos son el licenciado Adolfo Ruiz Cortines y el general Miguel Henríquez Guzmán.

El Partido Revolucionario Institucional es, como se sabe, el partido de gobierno. Pero es también mucho más que eso. Ha sido hasta hoy el órgano de expresión y el vehículo del movimiento revolucionario. Su prestigio y autoridad es enorme en la clase obrera y en el sector campesino. No en balde han recibido positivos beneficios de la política desenvuelta sucesivamente por sus líderes en el campo del trabajo, de la organización sindical y de la educación. Algunas zonas de la clase media y la mayoría de los funcionarios y empleados figuran en los cuadros del PRI. Es cierto que algunos de sus dirigentes se han enriquecido a la sombra del poder; más no lo es menos que muchos otros han laborado afanosamente por el progreso nacional de México y pueden exhibir los limpios credenciales. Pero lo importante es que el PRI ha desarrollado desde Plutarco Elías Calles hasta Miguel Alemán, pasando por Lázaro Cárdenas y Manuel Avila Camacho, una obra social y cultural de vastas proporciones y una audaz política en defensa de la economía y la autodeterminación nacional. Los gobiernos revolucionarios, y particularmente el de Alemán, le han abierto plurales caminos al fomento de la riqueza, han **atribuido** la tierra con un criterio al par equitativo y técnico, **han sentado** las bases de una ya pujante industria pesada, que tiene en la nacionalización del petróleo su premisa indispensable. Si la revolución mexicana ofrece flancos vulnerables, frustraciones evidentes y máculas visibles, es indubitable asimismo que el PRI ha impulsado

vigorosamente la república por la ruta del progreso y su haber sobrepasa largamente a su debe. De ahí que el PRI siga siendo el partido de las masas populares y que su candidato Ruiz Cortines —hombre de progenie revolucionaria, experiencia política, sólida preparación y probidad reconocida— represente la continuidad democrática del proceso de cambios y reformas operados en México en los últimos treinta años.

No puede ser más sospechoso el origen del Partido del Pueblo Mexicano. Ha surgido, exclusivamente, para aupar la aspiración presidencial del general Henríquez Guzmán. Sus furibundos ataques al gobierno y a Ruiz Cortines han hecho mella en muchos incautos y en no pocos logreros. Su plataforma electoral carece de relieve doctrinal y marca el acento en la honestidad administrativa. No aporta nada propio a la solución de los problemas planteados, ni señala nuevas metas al proceso revolucionario. Su verdadero objetivo —burdamente enmascarado en retóricas consignas— es conquistar por la violencia lo que las urnas han de negarle de manera palmaria. Es ya un secreto a voces que el general Henríquez Guzmán ha estado conspirando contra los poderes legítimamente constituídos y se apresta a levantarse en armas so pretexto de haberle sido arrebatada la victoria electoral. Sus conexiones en el ejército, la confusión creada en las capas políticamente más atrasadas de la población por su propaganda demagógica y el espontáneo concurso que obtendría de las clases conservadoras —nostálgicas de su perdido señorío— sitúan a México a las puertas de una sublevación reaccionaria. Pero hay sobradas razones para presumir que, de perpetrarse el criminal atentado, el pueblo mexicano defenderá, a precio de sacrificio, su derecho a regir libremente su vida.

Los pueblos todos de América tienen hoy puesta su pupila en la brava y generosa tierra de Benito Juárez. De lo que allí acontezca dependerá, en buena medida, el futuro de la democracia y de la dictadura en esta porción del planeta.

Tomado de *Viento Sur* [Trabajos y artículos], Editorial Selecta, La Habana 1953

### **Caudillo en el horizonte**

Áurea historia la de nuestra vida pública en el siglo pasado. No solo abundaban los talentos robustos, las inteligencias lúcidas y las conductas ejemplares, abundaban también las ideas y los idearios. Eran tiempos de prueba y lo que se ventilaba —ya con la pluma, bien con el verbo, ora con las armas— eran los destinos de Cuba.



No cabe ya discutirlo. El papel desempeñado por los hombres de letras en la porfiada contienda emancipadora fue decisivo en capitales extremos. Sobre las bartolinas, los cepos y los cadalsos se alzaron nubes encendidas de palabras. En la hora del machete, solo se escuchó su relampagueante chasquido; pero, cuando aquella cedió el paso a los envites de la razón, esta señoreó avasalladora, en fecundante despliegue dialéctico. Ni la vieja, ni la nueva política republicana, han producido un documento que pueda siquiera compararse, no ya al Manifiesto de Montecristi —ápice luminoso del proceso de nuestra integración nacional— sino a la más comedida exégesis de la Junta de Información. Se solía, entonces, traspasar el cascabullo de las cuestiones. Se iba, derechamente, a la entraña de los problemas. El análisis crítico suplantaba el sulfuroso regüeldo. Los principios primaban sobre las personas. Un tribuno de vuelos arrebatados, Manuel Sanguily, la emprendió, implacablemente, contra el concepto mágico del caudillo y contra la política como juego desenfrenado de pasiones. Enrique José Varona se enfrentó, severamente, con los desmanes, exacciones y crímenes del régimen colonial, sin que su tersa prosa sufriera el más leve encrespamiento. Nunca se polemizó tanto en Cuba como en la época que va del Zanjón hasta Baire; y nunca fue tan elevado el tono y tan respetuosa la discrepancia, a pesar del abismo insalvable que separaba a los contendores. No tuvo necesidad Sanguily de recurrir al dicterio para impugnar la tesis autonomista de Rafael Montoro. La pulverizó con sus ideas, con su ideario y con su conducta. José Martí mismo, a pesar de su sangre española y del halo romántico que circuía su apostólica testa, fue, a toda hora, un consumado realista. Un revolucionario capaz de hacer, en cada momento, lo que en cada momento es necesario. De su proteica y vasta obra, podría entresacarse una clara, articulada y madura doctrina de la política como método y del gobierno como ciencia.

La historia civil de la república se caracteriza hasta 1930 por el fulanismo, el puro apetito de poder y la subordinación inverecunda a la cancillería norteamericana. El verbo desafiante de Manuel Sanguily y la apolínea requisitoria de Enrique José Varona encuentran un vacío de campana neumática. No se equivocaba José Antonio González Lanuza al decir, irónicamente, que nada se parecía más a un liberal que un conservador. La insurgencia miguelista contra las arbitrariedades y pucherazos del general Mario García Menocal jamás trascendió, por su índole y objetivos, el chabacano ámbito de un pleito por el jamón.

La tiranía de Gerardo Machado marca el punto culminante de ese proceso; pero, el movimiento revolucionario que le puso término, varía, radicalmente, la actitud y el contenido de la conciencia cubana. Se plantea, entonces, por primera

vez, el problema ya inaplazable de transformar la colonia superviva en estado económicamente soberano y efectivamente democrático. El saldo entre lo querido y lo realizado, es demasiado notorio para que sea necesario pormenorizar ahora el balance; mas, lo que sí puede afirmarse es que el frustrado vuelco produjo, en vastas zonas populares, un nuevo sentido político. De otra suerte, no hubiera habido ni huelga de marzo, ni convención constituyente, ni 19 de junio.

Aventurado resultaría concluir, sin embargo, que nuestra vida pública ha rebasado ya, definitivamente, la etapa prelógica. El mesianismo continúa siendo el centro de gravitación de la actividad ciudadana. Tirios y troyanos de viejo y nuevo pergeño están inficionados, en gran medida, de ese virus morboso. Fulgencio Batista rigió la república, durante una década, a título de hombre providencial. Ramón Grau San Martín, el Antibatista por antonomasia, ascendió al poder con los místicos atributos de un profeta antiguo. En peregrino reniego de sus propios orígenes, el movimiento popular que lo instala en la presidencia termina, grotescamente, por erigirlo en fetiche. La consecuencia inexorable de esta aberración tenía que ser la taumaturgia, la defraudación y el revolisco.

Parejo camino han tomado, hasta ahora, algunos que aspiran a suceder lo. Se elaboran fórmulas, se lanzan slogans, se crean nuevos partidos, se brindan milagros y el anatema y la predicción inflaman la atmósfera, augurando la epifanía después del Apocalipsis; pero, todo eso, si se hinca, se disuelve de súbito en pintoresca logomaquia de feria. En realidad, lo que importa es el fulano antes que el programa, la demagogia antes que el plan, el exorcismo antes que el estudio de nuestros enmarañados y apremiantes problemas. Ningún ambiente más propicio que éste, para que pululen ufanos y se aperciban a hacer de las suyas, los santones, resentidos, simuladores, pachecos y vándalos. El Antigrau que se pregona, por unos y por otros, lleva, fatalmente, consigo, los gérmenes de Tirano Banderas.

No puede uno llamarse a engaño con este simbólico engendro de Ramón María del Valle Inclán. Es un personaje que nuestra América ha padecido con asaz frecuencia. Suele ser, por naturaleza, un histrión. En las jornadas anteriores a la conquista del poder, aparece investido con los más seductores y democráticos arreos. Encarna la rectificación, la pulcritud, la esperanza. Se declara rendido servidor de las masas populares. Distribuye sonrisas y palmaditas entre los humildes. No vacila en comprometerse a todo y con todos. Y lo menos que ofrece es el paraíso.

Ya en el poder, todo cambia, como por ensalmo. Tirano Banderas no tolera el consejo, ni la advertencia, ni el disentimiento. Se juzga omnisciente y exige la

sumisión. La garrulería es su forma consustancial de expresión. Merceda y quita honores y privilegios. Su tabla de valores es el único código de moral pública y privada que acepta. Desprecia la jerarquía espiritual. Repudia la inteligencia. Difama, persigue, encarcela, destierra y mata. Y dispone del patrimonio nacional como si fuera propio. Únicamente admite, en su torno, a mediocres y cortesanos. Detrás de Tirano Banderas —lo prueba la historia— sólo viene el diluvio.

Yeso es lo que nos espera con un nuevo caudillo, llámese como se llame y prometa lo que prometa.

Atravesamos, sin duda, por una de las fases más confusas, complejas y graves de nuestra existencia republicana. Ya están a punto de darse a la desbandada las alegres golondrinas de la prosperidad. Las cadenas, que remacharán la tradicional servidumbre del azúcar al mercado yanqui, resuenan, lúgubrementes, bajo la alba cúpula del capitolio de Washington. Días de miseria, agitación y desesperanza vendrán otra vez para Cuba, si el gobierno no adopta las medidas pertinentes. Nada ha hecho hasta ahora el mesías auténtico en ese sentido. Nuestra estructura industrial, en incipiente desarrollo, está sufriendo fundamentales quebrantos. Ya se percibe el soterrado crujido de nuestra economía. De seguir como vamos, las vacas flacas nos sorprenderán, como a la cigarra del cuento.

¿Cuáles son los aspirantes presidenciales y los partidos políticos que se preocupan y desvelan ante la dramática perspectiva? ¿Cuáles son sus soluciones a los problemas de hoy y de mañana? ¿Se han aprestado ya a prevenir la debacle en ciernes? ¿Reincidiremos de nuevo en el elegido? ¿No se habla ya de la necesidad de un nuevo caudillo para enmendar los entuertos del último y convertir la isla en una Jauja de América? ¿Será demasiado tarde para salirle al paso a ese mito, que cobra fuerza y arraigo por días?

Juzgo un deber indeclinable de la juventud revolucionaria combatir la nueva dominación carismática, que se está incubando so pretextos electorales. No es un nuevo mago, ni un jefe infalible, por muchos votos que arrastre, lo que el país necesita en 1948. Lo que el país necesita es un ciudadano capaz, responsable, conocedor a fondo de nuestros problemas y con verdadero sentido político, que es el menos común de los sentidos. Un ciudadano que interprete y encarne, racionalmente, las aspiraciones y necesidades del pueblo cubano y lleve, a su debido término, el trunco proceso de nuestra liberación nacional y social. Un ciudadano, en suma, que se disponga a servir un programa y no a servirse de éste, como banderín de enganche para fines distintos a los pregonados. Nada más. Nada menos.

## **El Estado y la cultura**

¿Está en coyuntura de crisis la cultura cubana?

Aunque la cuestión ha sido planteada y debatida en los últimos tiempos con dramática insistencia, no es este el sitio ni la ocasión para encararse con tema de tamaño volumen y tan complejas y **varias** implicaciones. De lo que si no cabe ya duda es que, a partir de 1902, es notoria la desproporción entre nuestro progreso material y nuestro progreso cultural. Solo en pintura se ha logrado un alto coeficiente de madurez y un ritmo de desarrollo, relativamente semejante al de la plástica mexicana. En el campo de la filosofía de la historia y de la música la siembra está ya dando frutos jugosos; pero lo más significativo y promisor es la continuidad en el esfuerzo que en ese campo se observa. Contamos, sin duda con escritores de fibra y poetas de primera línea. Hay gente moza rebosante de ímpetus. En su conjunto, sin embargo, la literatura cubana contemporánea está aún distante de su hora de plenitud.

Diversos son los factores que han contribuido a este manifiesto retraso del proceso cultural en la época republicana. Ha faltado, sobre todo la atmósfera espiritual indispensable a las empresas intelectuales de genuina envergadura. Sin cámara de resonancia no hay cultura y ha faltado también el interés, el calor y el apoyo del estado. No podría decirse, sin faltar a la verdad, que la república haya auspiciado, formulado o desarrollado una política de la cultura. En modo alguno se trata, por supuesto, de regimentar sus actividades o de prefabricar en serie poetas, novelistas, pintores o músicos. De lo que se trata es, como ya he dicho en otra ocasión de poner a quienes conservan, transmiten o generan la cultura en condiciones de fecundarla, enriquecerla o impulsarla hacia nuevos y más amplios horizontes.

Servir a la nacionalidad cubana y a los valores del espíritu es la norma fundamental que ahora rige las actividades de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación. No ignoraba, ni podía ignorar, al asumir dicho cargo, la situación en que se hallaba esa dependencia, su ya larga vida vegetativa, las múltiples dificultades que me aguardaban y las facilidades que se me ofrecían. Se ponían a mi disposición recursos y medios para lubricar el mecanismo, desbrozar la vereda y marchar adelante. Traía, desde luego, un plan, una perspectiva y un propósito. Fácil me hubiera resultado diseñar deslumbrantes proyectos. Pero, como por

temperamento soy alérgico a la simulación y a la demagogia, me atuve, desde el principio, a lo que debía hacer, dentro de lo que pudiera y con lo que tuviese a mi alcance, previo riguroso discernimiento y al margen de grupos, capillas y sectas. En el ámbito de la cultura caben, como en un prisma, la refracción de todos los colores. No importa el significado de esos colores lo que importa es que los colores tengan significado. Discrepo, radicalmente, de los ahítos sicofantes de la neutralidad de la cultura. La cultura es un proceso socialmente condicionado y expreso, en consecuencia, el sentido de la constelación dominante en cada ciclo de la historia. Pero, igualmente discrepo de los que intentan reducirla a feudo propio, mediante el desahucio de los que no piensan o sienten como ellos. Sin libertad de expresión, la capacidad creadora se agosta, languidece y marchita. El derecho a la herejía es "ala y raíz" de todo progreso cultural y humano. Ni otro es el espíritu que informa el plan de realizaciones concretas que, en cabal ajuste con la orientación y el tono de la política del Dr. Aureliano Sánchez Arango, y bajo sus auspicios, vengo desarrollando con paso firme, voluntad tensa y sostenido entusiasmo.

Ya, por lo pronto, la Dirección a mí confiada, ha dejado de ser un aparato meramente burocrático para convertirse en un dinámico instrumento de la cultura cubana. No es, por cierto, una hazaña cumplir los deberes inherentes al cargo que uno desempeña; mas, sí constituye la demostración más palmaria de que se viene a servirlo y no a servirse de él. En tres meses escasos de labor, la Dirección de Cultura ha evidenciado que desenvuelve sus actividades conforme a un plan, a una perspectiva y a un propósito. Me place consignar que no hubiera sido ello dable sin la eficaz cooperación de cuantos allí trabajan en las distintas Secciones y Negociados y, particularmente, en mi propio Despacho.

Dos publicaciones periódicas edita la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación: la Revista Cubana y la Revista Cubana de Filosofía. De ilustre prosapia y denso contenido la primera. Órgano, la segunda, de la heroica minoría vocada en nuestro país al saber principal. Este Mensuario de literatura, arte, historia y crítica, se aparta de ambas por su índole, su estructura y su mensaje. No es vocero de determinada tendencia literaria o artística, ni es un aséptico minarete de elegidos. Es un palenque abierto a todos los escritores y artistas cubanos de ayer, de hoy y de mañana. Este Mensuario aspira a recoger y a traducir las palpitaciones de la vida literaria y artística de Cuba y del extranjero y su objetivo céntrico es abrirle al pueblo nuevas vías de acceso al banquete platónico.

Velar por el destino de la cultura es deber primario del estado. La difusión de las luces es el más firme baluarte de la soberanía popular. Si la ignorancia es madre de todas las esclavitudes, la cultura ha sido siempre hontanar nutricio de la libertad.

Tomado de *Viento Sur* [Trabajos y artículos], Editorial Selecta, La Habana 1953

### **En Guáimaro un día**

Marca hoy nuestro calendario histórico una fecha prócer. En el pueblo libre de Guáimaro un día como este fundida el alma nacional al pie del estribo, la revolución emancipadora cuajó en estado de derecho el hecho de su razón política económica social y cultural.

No solo se deponían ambiciones, localismos y rencillas en generosa ofrenda a la patria en peligro. Se articulaban también las formas democráticas de conducir la guerra y se suscribía a la lumbré de la estrella solitaria, la carta de libertades que había de poner sobre su cabeza y colgar del pecho de su caballo, todo militar de honor.

Nada resulta más oportuno en estos días que recordarlo y difundido. La constitución promulgada aquel glorioso 10 de abril de 1869, fruto legítimo de la voluntad soberana del pueblo cubano, subordinaba, en plena guerra, con ejemplar acatamiento de los hombres de armas, el poder castrense al poder civil. Del fondo del tiempo brota ahora, con chasquido de látigo el juramento de Carlos Manuel de Céspedes, general en jefe del ejercito mambí y presidente provisional. **La Cámara de Representantes es la única y suprema autoridad pura todos los cubanos.** Aquel día la sublevación popular iniciada en Yara adquiría objeto, estructura y sentido: acababa de nacer la república de Cuba.

Ochenta y tres años más tarde conquistada la república, y esta urgida de cambios sustanciales, un pronunciamiento militar so pretexto de suprimir el peculado y extirpar el gangsterismo derrota el régimen constitucional y sustituye el estado de derecho por el imperio de la fuerza. Sería igualmente reprochable —presunción imposible— de haberlo encabezado Máximo Gómez o Antonio Maceo.

Desde el 10 de marzo de 1952, el país vive en estado de sitio arrebujado en papel crepe. Ya podrán apelar los juristas de campamento a todos los sofismas y a todas las servidumbres. La asonada triunfante es, sin duda, objetivamente un hecho consumado; pero ni le asiste derecho formal ni sustantivo alguno, ni genera otro

derecho que la arbitrariedad como norma del poder. No podría ser de otra manera tratándose de un gobierno usurpador.

Es hora ya de que nos entendamos en el lenguaje común de la ciencia política. Según Gastón **Jeze**, tratadista eminente en el campo del derecho publico, hay tres tipos fundamentales de gobierno: de jure, de facto y usurpador.

Teórica y prácticamente, gobierno de jure significa gobierno de derecho formal **ni sustantivo alguno ni genera otro derecho que la se funde en el estado de derecho**. Muchos gobiernos de jure —todas las monarquías absolutas consuetudinarias— han permanecido al margen o sobrepuestos al estado de derecho. Muchos gobiernos de facto —todos los que han sustituido una totalidad histórica por otra sabré el primado de la soberanía popular— tienen como objetivo céntrico crear el estado de derecho. Gobierno de jure es aquel pues, en que la fuente de la autoridad política se nutre en el derecho institucionalizado.

Nadie ya controvierte a estas alturas el derecho a la revolución ni tampoco el derecho de la revolución. Ninguna revolución se produce por generación espontánea. Solo cuando la sociedad, o parte esencial de ella, se ve coactivamente detenida en su evolución germina y estalla. Toda revolución se define y singulariza por ser la expresión de una voluntad política enderezada a remover las bases y condiciones de la vida institucional en beneficio de las masas populares. El gobierno revolucionario es el típico gobierno de facto. No ejerce su autoridad conforme al derecho hasta entonces vigente; **pero la legitima y consagra por la investidura** plausible que le otorga la aquiescencia del pueblo en cuyo nombre actúa. La mayoría de los gobiernos de este tipo suele alcanzar la integridad del estado de derecho mediante el orden constitucional dimanado del poder constituyente. No otra es la raíz democrática de la organización civil de la sociedad.

Gobierno usurpador es aquel que se apodera por la violencia, la simulación, el engaño, o el fraude de los órganos del poder y ejerce la autoridad política a su entero arbitrio. Sus actos son, por naturaleza nulos y deben reputarse inexistentes. Nada importa que el gobierno usurpador se proclame respetuoso de la ley y de la voluntad popular, o encubra su desprecio al estado de derecho instaurando un sistema de normas denominado constitución o estatuto. El estado de derecho deja de existir en el instante mismo en que los gobernantes actúan sin sujeción a un ordenamiento jurídico que proteja y garantice a los gobernados de las extralimitaciones, caprichos o abusos del poder. De ahí que no se conciba el estado de derecho sin constitución, ni un gobierno democrático sin consentimiento popular libremente manifestado.

Ni gobierno de jure, ni gobierno de facto: el gobierno engendrado en Columbia es un gobierno usurpador. No solo ha derribado la estructura constitucional de la república; ha destruido los frenos y contrapesos de una estable y permanente seguridad política. El camino de la convivencia civilizada y del traspaso pacífico del poder está erizado de tremendos escollos.

El 10 de abril de 1869 se promulgó en Guáimaro la primera constitución de la república. La constitución abolida —ápice de ingente contienda por darle a Cuba su plenitud **de destino**— se promulgó también en Guáimaro el 5 de julio de 1940. Seis días antes de la efemérides que hoy conmemoramos la suplantaba una autoritaria pragmática que en vano pretende ocultar la averiada mercancía con preceptos que le son ajenos.

Soldados de Ignacio Agramonte escondieron en tierra amorosa el acta de la constitución. «Es necesario ir a buscarla»... clamaría José Martí en vísperas de su radiante inmolación. Y a buscarla fueron legiones de jóvenes y viejos.

La constitución de 1940 yace hoy, en resplandeciente urna de cristal, en el Salón de los Mártires de la Federación Estudiantil Universitaria. No rige ya efectivamente su letra; pero, se ha hecho carne y espíritu del pueblo cubano. De la Universidad saldrá algún día —téngase por seguro — en busca de sus fueros arrebatados.

Tomado de *Viento Sur* [Trabajos y artículos], Editorial Selecta, La Habana 1953

### **Pies de arena**

Si la historia de las doctrinas y de los hechos políticos es un copioso hontanar de formas ideales y de estructuras reales de poder en rigor los tipos de mando público pueden reducirse sustancialmente a dos: el que se impone y el que se consiente. Aun a trueque de parecer simplista diría que el primer tipo se funda en el terror y el segundo tipo en la adhesión. En realidad esas características son las que importan primordialmente y, al cabo, bastan para definir si el poder es injusto o justo y plantean respectivamente el problema de su ilegitimidad y su legitimidad. En la Antígona de Sófocles aflora ya el tema del poder como pugna irreconciliable entre el derecho injusto y el derecho justo. Veinticinco siglos después esa pugna continúa siendo el nudo dramático de la realidad y del pensamiento político.

Aunque esa dualidad existencial del mando público se remonta a los tiempos aurales de la humanidad sin embargo es a partir del siglo XVIII que adquieren neta



fisonomía y adviene centro de la polémica política ambas formas de regir la sociedad. El progreso de la técnica, la creciente complejidad de la estructura social, el desarrollo del pensamiento político y la madurez de la conciencia individual y colectiva, contribuyen decisivamente a esclarecer la bipolaridad de esencia y de fines que a tenor de las fuerzas que lo configuran e impelen, adopta el poder como expresión de la forma dominante de Estado. En el poder se conjugan, como ha advertido Fernando de los Ríos, los dos impulsos cardinales de la cultura: el biológico que lo lleva a la mera conservación de sí mismo y a su desplazamiento geográfico y el histórico que lo espolea para que se considere puro instrumento con que realizar valores supremos a los cuales ha de estar subordinado. Tales impulsos viven en perenne combate en el seno de la organización del poder. Cuando este se exalta hasta juzgarse fin en sí mismo sin relación de dependencia de otras fuerzas sociales y solo responde a los imperativos de su sobrevivencia y expansión los titulares del poder se truecan en jueces de la razón de Estado que es por ese hecho mas que razón de Estado razón de poder o sea «utilización de medidas encaminadas a preservar a este a costa de todo y de todos». La razón de poder representa pues la subversión radical de la perspectiva y de la orientación del orden jurídico que es urdimbre de relaciones en constante movimiento hacia la libertad y la justicia cuyos contenidos son dialécticos y factual mente inagotable.

La autolimitación jurídica del poder, la participación del pueblo en el proceso de su creación y **respeto** a los fueros de la conciencia individual y colectiva constituyen en nuestra época, los fundamentos objetivos y subjetivos de la legitimidad del mando público. De donde se infiere que es ilegítimo todo poder que se asiente en la fuerza, se ejerza arbitrariamente, secuestre la voluntad de la ciudadanía y mancille la dignidad humana. Sin el voluntario asentimiento del cuerpo social el poder es ilegal y carece por ende de raíz y proyección populares. Puede imponerse y se impone por la intimidación el soborno o el crimen; pero la obligatoriedad a sus disposiciones es jurídicamente nula. La aquiescencia espontánea a la norma es sustituida por la obediencia compulsiva. Si la esencia social del poder es la fe colectiva que lo envuelve, imanta y prestigia, su esencia jurídica es la adhesión voluntaria para la humanidad que lo legitima mediante el empleo de medios congruentes. El poder es mi poder solo en la medida en que contribuyo a crearlo, exprese anhelos de la voluntad colectiva y salvaguarde las prerrogativas inmanentes de la conciencia individual. De ahí el derecho inalienable de los pueblos a repudiar y derribar todo orden político que menosprecie, agreda o aniquile los valores fundamentales cuya custodia está encomendada al poder.

La esencia social del poder, quedó ya apuntado, es su prestigio, la fuerza de credulidad que despierta, el ideal de fe que suscita. Poder sin prestigio, arraigo y adhesión, nacidos de su origen popular y de una concepción justa de los fines de la vida, es cuenco vacío y pura violencia. Sus métodos son hartos conocidos y, asimismo, su objetivo la servidumbre total de la colectividad y la proscripción física de los disidentes.

La conclusión es obvia. Un poder sin legitimidad y sin sustancia vive en precario y ha menester para mantenerse, renovar a diario su guardia pretoriana y el otorgamiento de mercedes. De un poder así cimentado puede decirse lo que escribió Ramón Pérez de Ayala: «Poder **poder** tienes los pies de arena» Hoy como hace veinticinco siglos es absolutamente exacto lo que postuló Aristóteles en *La Política*: «Nada hay más monstruoso que la injusticia armada».

Dígalos, sino, la horrenda muerte de Arsenio Escalona en Santiago de Cuba.

Tomado de *Retorno a la alborada* [Crónicas y ensayos], breve prólogo por Samuel Feijóo, Universidad Central de las Villas, tomo 2 La Habana, 1954

### Ética y política

Un partido político puede ser cualquier cosa menos un cenobio. A menos, desde luego, que su propósito sea redimir pecadores y conquistar cargos, jerarquías y mercedes celestiales. No conozco a ningún criollo que se le haya ocurrido emprender tan peregrina aventura. Los mismos que andan ahora predicando el aislacionismo político y exhibiendo sus clámides de dril den lo hacen, exclusivamente, con vista al ejercicio y disfrute del poder temporal. Incluso su intransigencia suele ser, a veces, franciscana. No la arriesgarían en una mesa redonda o cuadrada, aunque fuese para sacar a la república del atolladero en que se encuentra desde la infausta madrugada de marras; pero, no temen ponerla a prueba, compartiendo el mantel en un sarao con gente empeñada en hundirla.

Ese rasgo de infinita misericordia me lleva de la mano a insistir en el arduo problema de las relaciones entre la ética y la política. La primera cuestión que salta es esa de si existen o no principios y juicios morales de universal validez. La segunda, si la moral es o no-producto variable de la estructura de las relaciones humanas y de patrones vigentes en determinado tiempo y lugar. Pero sería de todo punto imposible despacharlas en un artículo. Si cabe argüir, en abono de mi tesis, que si los principios y juicios morales son universalmente válidos, no puede haber

dos morales; y si, por el contrario, son la expresión de forma históricas de conducta la moral incondicionada poco cuenta en política.

El acto político es moral cuando traduce necesidades y aspiraciones esenciales de la vida de los pueblos. Es inmoral en cambio, si las ignora impide satisfacerlas. Hablando en términos concretos, es moral un acto político si se endereza a mermar o suprimir la injusticia, la opresión, la miseria o la ignorancia. Cuando apuntala o robustece el poder que vive para sí y no para la colectividad del acto político es inmoral, a despecho de la limpieza de sangre y de la decencia privada de sus ejecutores.

La corrupción administrativa es una de las más graves lacras de la vía pública cubana y de la mayoría de los pueblos de nuestra América. No se es moral empero, solo porque no se haya defraudado al fisco o habido dinero torticeramente. La tabla ética de valores, en política, es mucho más exigente. Es indispensable, asimismo no derivar la fortuna de propiedades de manos muertas, del trabajo miserablemente retribuido o de canonjías disfrazadas. Ni es moral eludir los planteos que entrañen sustantivas transformaciones en la estructura económica y social de la república, a fin de que la honestidad administrativa, efecto y no causas, se trueque en elemental y común observancia. No lo es, tampoco, subordinar el interés nacional al personal o de grupo, ni, en suma, permanecer ciego, sordo o mudo a la sujeción del hombre a sistemas sociales que menoscaban su decoro o reducen su trabajo a mercancía, o a relaciones económicas que implican dependencia política y explotación a destajo, por control remoto. Por ahí se pasea más de un Catón tropical que nada de eso le produce frío ni calor. Su afán de adecentamiento se queda en el Carreño del oportunismo político y del usufructo del status quo.

Santones y fariseos de esa laya son los que han venido torpedeando inmoralmente en nombre de la moral abstracta la necesidad impostergable de soldar en una fórmula concreta... -garantías efectivas unidad dinámica libre expresión de la voluntad popular... - a los que se aperciben a buscarle una salida a la situación y liberar así al país de los quebrantos económicos que lo agobian del escepticismo que lo mina y de la necesidad de apelar a la violencia armada.

Nadie les ha pedido nunca pactos ni componendas ni contubernios de ninguna clase. Lo que si se les pide es lo que sus propias huestes y muchos de sus dirigentes y todo el mundo ansia y quiere acción inmediata y con junta para alcanzar el objetivo común previo en el camino de la total y definitiva recuperación democrática.

Si se logra tiempo habrá luego para tirarse los trastos a la cabeza y proseguir el recíproco desenmascaramiento de los que ya no lo necesitan por haberse quitado la careta hace rato. Esa será también la hora de esas fuerzas nuevas que afloran compactas y pujantes sin complicidad con el pasado y ávidas de más amplios horizontes históricos. Su moral les viene de querer llevar hasta sus últimas consecuencias y al nivel de la época el trunco proceso iniciado en 1930. En ellas deposito yo mi fe y mi esperanza.

Tomado de *Retorno a la alborada* [Crónicas y ensayos], breve prólogo por Samuel Feijóo, Universidad Central de las Villas, tomo 2 La Habana, 1954

## Glosas sobre la libertad

### Si Sócrates viviera

Hace veinticinco siglos Sócrates fue aprehendido, procesado y condenado a beber la cicuta. Se le inculpaba de propagar ideas disolventes, corromper la juventud, atentar contra la estadidad de la polis y rebelarse contra los dioses. Fue el primer mártir de la libertad de conciencia. En sus horas de tribulación civil, John Stuart Mill solía reconfortarse con su ejemplo.

Veinticinco siglos después los espíritus libres y los espinazos erectos siguen sorteando los mismos riesgos de Sócrates. A tal punto que, de ser este coetáneo nuestro, no tendría otra alternativa que obsequiarle un gallo a Esculapio y tragarse la congrúa porción de veneno Y, eso, en caso de tener la buena ventura de toparse con verdugo de misericordioso talante y educación esmerada. Lo más lógico es que le mancillen la honra, lo muelan a palos, le abrasen la lengua, le acribillen los sesos y lo arrojen al muladar.

Sabéis de fijo quién era Sócrates. Pero no está de más exhumarlo de un trazo. Nació en Atenas varias centurias antes de que el nacimiento de Cristo esparciera su aroma de leyenda por las riberas del lago Tiberiades. Su padre, Sofronisco, esculpía, prodigiosamente, el mármol. **Fenaretes**, su madre, alumbraba vidas, como rosales el vergel. Desde muy joven lo poseyó la «**funesta manía de pensar**» y el afán aun más grave de hacer pensar a sus prójimos. Alcanzó a saber tanto sobre los primeros principios y las causas últimas que solo ya supo que nada sabía. Era en suma un filósofo. Y, según Jenofonte, Platón y Aristóteles, fue el mas grande de los atenienses y un maestro vivo de conducta.

Casi toda su vida discurrió a la intemperie. Mayéutica en ristre recorría las plazuelas y los mercados interrogando a los transeúntes con la tenaz persistencia de un tábano. A **Jantipa**, su mujer, le exasperaba a veces la locuacidad implacable de Sócrates y hasta le propinó su sopapo bobo. Más Sócrates respondía siempre con anticipado estoicismo: «Pega pero escucha» Algunas de sus preguntas ponían en tremendo aprieto a geomoros, demiurgos, eupátridas y metecos; y a todos incitaba a practicar la virtud, pensar libremente, buscar la verdad, combatir la tiranía y mantener sus convicciones a precio de vida. Era un viejo de cabeza abombada, ojos taladrantes, sonrisa irónica, verba huida, atuendo humilde y costumbres morigeradas.

Tuvo Sócrates enemigos abiertos y enemigos solapados. Nefasta fue la ojeriza de los sofistas, en su mayoría dialécticos mañosos y botafumeiros de las nuevas ricos. Le temían sobremanera los arcontes **polemarcas** y demagogos. No en balde Sócrates les ponía las peras a cuarto lo mismo frente a las **fúlgidas** columnas del Partenón que junto a las oscuras chozas de los pescadores. Aquella luz que irradiaba del sonoro cuenco de su palabra los cegaba y enfurecía. De ahí que se concitaran un día y se conjurasen para apagarla. Alquilieron a Anito y a **Cleón** y, a tenor de su falso testimonio, jueces envilecidos le impusieron, previa disertación memorable del acusado, la pena de suicidio. Incitáronle sus discípulos a la huida. Su respuesta fue un brindis que prefigura la despedida de Gorgias: «Por quien me venza con honor en vosotros». Llegada la hora, ya las primeras estrellas temblando en el cielo, con la faz extrañamente iluminada, el pulso lleno y la conciencia erguida, sorbió, con pausado ritmo, la pócima mortal. Esa muerte transfiguró su vida y la trocó en símbolo.

Si no hubo entonces miramiento ni respeto para su genio tampoco los habría hoy si redivivo se le ocurriera a Sócrates desenmascarar las mentiras duplicidades y aberraciones de la porción del mundo en que vivimos. Hoy es lícito todo menos «ser honrado y hablar y pensar sin hipocresía» La verdad ha sido insidiosa o compulsivamente proscripta y hay que hablar y pensar conforme a patrones. Las grandes palabras, esas que han movido a los hombres a ofrendarse socráticamente para acelerar el advenimiento de tiempos **en cinta de** primavera, se han tornado antifaces deslumbrantes de torvos apetitos. El drama es mucho más profundo y vasto de lo que externamente parece. En ese proceso creciente de alineación **de su espíritu, presionado, deformado y uncido por fuera, el hombre acabará** siendo por dentro un ente automático, un robot insensible, un mecanismo electrónico.

En un mundo así ya en trance de parto en la sociedad que agoniza no tendrán cabida los hombres de la estirpe de Sócrates, anhelo y medida de todos los hombres que se atreven a ser quienes son, pero solo mediante hombres de la estirpe de Sócrates podía impedirse que ese mundo de postrimerías, madure y cuaje en **oración monstruosa**. Si Sócrates viviera se desviviría heroicamente por impedirlo.

Tomado de *En pie*, Universidad Central de las Villas, La Habana, 1959

**Estampa de Tomas Moro**

Si el Renacimiento fue prodigo en ingenios y genios, resulta, en cambio, extremadamente tacaño en conductas. En este sentido, y en otros que conciernen a su visión de la historia y a sus inquietudes sociales, Tomas Moro, autor de la Utopía y canciller de Inglaterra hasta que sus convicciones entraron en conflicto con el poder, constituye ejemplo. Dotado de un entendimiento excepcional y dueño de una vasta cultura, tuvo, también, un pulcro sentido de la vida pública y privada. Fue, en todo instante, consecuente consigo mismo y con sus ideas.

Sobre la figura y la obra de Tomas Moro se ha escrito copiosamente. Biógrafos y ensayistas tuvieron en sus dichos y hechos materia propicia para trazar seductores bocetos y tejer deslumbrantes tapices. En los últimos años, y particularmente en ocasión de conmemorarse el tercer centenario de la muerte del egregio humanista, se añadieron miles de páginas encomiásticas a las ya acumuladas por sus exegetas y apologistas. Nuevos ensayos y nuevos estudios florecieron por doquier. La más plástica jugosa historia de su vida sigue siendo, no obstante, la compuesta por Daniel W. Sergeant. Baste, como muestra, este magistral brochazo: «Tenía unos ojos singulares, ojos que veían claramente en las cuestiones y los caracteres, que discernían, sin engañarse, el bien del mal» Esa prodigiosa clarividencia es, precisamente, la que domina, infundiéndole luminosa espiritualidad, al severo conjunto, en el ya clásico retrato de Holbein.

Tomas Moro nació en Londres en 1478. Consagrado desde la adolescencia al estudio y a la meditación, su vocación por el bien público lo llevaría, en plena juventud, a participar activamente en la política del reino y a intervenir en delicados problemas internacionales. Esta rica experiencia le permitió elaborar juicios muy agudos sobre las instituciones políticas, económicas y sociales de su tiempo y, asimismo, le suministró la base empírica para diseñar su esquema ideal de sociedad.

Era un conversador maravilloso. Sus contemporáneos, al aludir a sus tertulias, se referían siempre a las abejas platónicas y evocaban a Moro como un Sócrates redivivo. Fue amigo y consejero de todos sus pares. En su clara y apacible biblioteca, conebió y redactó Erasmo de Rotterdam el Elogio de la locura. La juventud esplendente de Juan Luis Vives discurrió a su vera. «Maravíllame -comentábale a Erasmo- de la sabiduría y del talento de ese muchachito español» El rey y sus validos solían visitarle, a menudo, atraídos por el centelleo, el aroma y la sustancia de su plática.

Al ascender al trono Enrique VIII, fueron "requeridos sus servicios como canciller, cargo que aceptó no sin ofrecer tenaz resistencia. Las relaciones entre ambos -celoso el monarca de sus prerrogativas reales y celoso Moro de la soberanía de su espíritu- se desenvolvieron en una atmósfera tensa. Compelido por Enrique VIII a que prestara acatamiento a su matrimonio con Ana Bolena, se negó resueltamente para entrañar ello una apostasía. Fue aprehendido, procesado, juzgado y condenado a la pena capital.

Si digna fue su vida, aun más digna fue su muerte. Cuando el duque de Norfolk le eehó en cara que suya era la culpa por haberse olvidado que «la colera del príncipe es la muerte», Moro le replicó estoicamente:

«¿ Es esto todo lo que tenéis que decirme? Pues entonces no hay entre vos y yo más diferencia que ésta: que yo moriré hoy, mientras que vos moriréis mañana» Y, al notificársele que al disponer su ejecución, el rey le otorgaba la gracia de ser decapitado, se ciñó a decir: « ¡Dios guarde a sus amigos del perdón del rey!» Y a en el patíbulo, suplicó al verdugo eficacia en el desempeño de su oficio; y, apartando con fino humorismo las barbas del tajo, pronunció las que fueron sus postreras palabras: «No se debe cortarlas, pues no han cometido traición alguna. »

Tomás Moro expiró sereno y altivo, abrazado a sus principios como a fúlgido estandarte. Un utopista no podía morir tópicamente. La historia de los mártires de la libertad de conciencia tiene pocas páginas acreedoras de parangonarse con ésta.

Aludiré siquiera a la «fortuna hispánica» de su Utopía y a la proyección de sus ideas en América. El tema ha sido objeto de fecundos asedios y es centro de vivísimo interés para los estudiosos del problema de historia de las ideas y de política social. Habré sólo de referirme, en esta ocasión, a hecho tan poco conocido como a la férvida recepción que tuvo en España la publicación del libro de Moro y al penetrante y laudatorio juicio que le mereció a Francisco de Quevedo y Villegas.

\_Si bien la primera versión en lengua española de la Utopía apareció en 1637, se difundió y fue jugosamente comentada, apenas se publicó en 1516, entre los humanistas y teólogos familiarizados con Erasmo y la philosophia Christi. Puede decirse que fue uno de los más caros libros de horas de aquellos doctos y anfibológicos varones. La traducción de referencia, hecha por Antonio de Medinilla y Porres, justicia mayor de Córdoba, es incompleta -omite la primera parte de la Utopías- y va precedida de jaculatorias en verso y prosa y de las opiniones de Bartolomé Jiménez Patón y del más sesudo, chispeante y sabio de los pernitruertos.

Limitase Jiménez Patón a ensalzar, con emperifollada retórica, las galanuras de la traducción; Quevedo, en cambio, enjuicia, a fondo, la figura y la obra del egregio utopista. De los hechos y dichos de su noble, laboriosa y enhiesta vida se empapó, seguramente, en la biografía de Moro compuesta por Fernando de Herrera. Y cabe presumir, con sobra de fundamento, que tuvo a su disposición algún ejemplar completo de la Utopía o que leyó el que se ha conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid, edición latina de Lovaina, de 1548, remitida por el propio autor con su autógrafo. De haber sólo abrevado en la parte vertida por Jiménez.

Patón, difícilmente habría podido desentrañar el supuesto tópico de la sociedad ideal concebida y elaborada mentalmente por el soñador inglés en sus líricas divagaciones cabe los brumosos canales de Brujas.



El fervor de Quevedo por el humanista le fluye, a raudales, de la pluma: «Fue su ingenio admirable, su erudición rara, su constancia santa, su vida ejemplar, su muerte gloriosa, docto en la lengua latina y griega. » Caló, como pocos, en la raíz de su crítica política y social: « Yo me persuado que fabricó aquella política contra la tiranía de Inglaterra, y por eso hizo isla su idea y justamente reprendió los desórdenes de los más príncipes de su edad. Fuérame fácil verificar esta opinión; empero no es difícil que quien leyere este libro la verifique con esta advertencia mía: quien dice que se ha de hacer lo que nadie hace, a todos los reprende; esto hizo para satisfacer su celo nuestro autor. » Impugna a quienes, solapada o abiertamente, motejan de herético a Moro: «No han faltado lectores de buen seso que han leído con ceño algunas proposiciones de este libro, juzgando que su libertad no pisaba segura los umbrales de la religión; siendo así que ningunas son más vasallas de la iglesia católica que aquéllas, entendida su mente, que, piadosa se encaminó a la contradicción de las novedades, que en su patria nacieron robustas, para tan llorosos fines.» Y le sobrecoge, profundamente, ¡¡U genial capacidad de previsión: "Escribió aquella alma esclarecida, con espíritu de tan larga vista, que antevió los sucesos presentes, asistiendo con saludable consejo a las cabezas de los tumultos.»

- La ascética conducta de Moro y su estoico encaramiento con la muerte le arranca a Quevedo este sobrio y bruñado panegírico: «Su segunda vida escribió con su sangre su muerte, coronada de victorioso martirio» Y ya, a modo de resumen: «El libro es corto; mas para atenderle como merece, ninguna vida será larga. Escribió poco y dijo mucho. Si los que gobiernan le obedecen, y los que obedecen se gobiernan por él, ni a aquellos será carga, ni a éstos cuidado.»

No pudo tener, en verdad, mejor padrino español el muy ilustre ciudadano y vicesheriff de la ínclita ciudad de Londres. Ni dable le hubiera sido encontrar ahijado más digno de sus esmeros, mimos y encomios al insigne señor de la Torre de Juan Abad.

Tomado de *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*; Editora Universitaria, Universidad Central de las Villas, 1966

### **La sombra beligerante de Maquiavelo**

Si no le fue dable a Nicolás Maquiavelo ceñirse en vida los laureles de la victoria, nadie le ha aventajado en dar y ganar batallas después de muerto. Aristóteles, su más ilustre antecesor en el campo de la teoría política, le va muy en zaga en esta bélica sobrevivencia que parecía estar reservada al Cid Campeador. En la historia del pensamiento, son pocos los que pueden disputarle el señorío al genial discípulo de Platón .. No es menos cierto, sin embargo, que su influencia es ya más ideológica que efectiva. El espíritu y la obra de Maquiavelo, en cambio, han trascendido el puro ámbito de la controversia académica para operar activamente en nuestro

tiempo, incluso en la política de partido. Muchas veces, desde luego, sin que el secretario de la república florentina tenga arte ni parte en la zancadilla, en la martingala o en la fulastrería, urdida, descocadamente, en su nombre. Ese maquiavelismo de calderilla, propio de politicastros enfatuados con lecturas por el forro, es la negación misma del maquiavelismo de Maquiavelo, que es una interpretación de la naturaleza humana y una estrategia política elaboradas para sustentar e impeler una concepción empírica de la vida, la sociedad y el estado que, por responder a una de las constantes de la historia, sobrepasó sus objetivos inmediatos adquiriendo universal validez. No se es maquiavélico simplemente por hojear *El Príncipe* con las faltriqueras repletas de dinero mal habido.

En la dorada placidez de la era victoriana era de rigor, para comprender y valorar debidamente a Maquiavelo, situarlo en su época turbulenta y en su, patria desgarrada. De otra suerte, corría uno el riesgo de desfigurar su pensamiento y su obra. Ya hoy no hace falta. Maquiavelo y el maquiavelismo han alcanzado su hora de plenitud en este siglo de guerras brutales, revoluciones sangrientas y descubrimientos demoníacos. Cualquiera puede hoy entender su conducta y cualquiera puede desmontar su pensamiento. Maquiavelo es contemporáneo de Lenin, de Einstein, de Trotsky, de Mussolini, de Roosevelt, de Hitler, de Churchill, de Franco, de Stalin, de Truman y del Papa. Se tropieza con su perfil de gavilán a la vuelta de la esquina.

En la fiesta de luces y de sombras que fue el Renacimiento, abundaron los hombres del linaje espiritual de Maquiavelo. Hijo legítimo de aquella descomunal eclosión, sus ideas no podían extrañar a sus contemporáneos, inmersos gozosamente en una atmósfera de libertinaje, incienso, depravación y boato, en tanto se propalaba, por todos los caminos, el hallazgo y deificación del hombre. Maquiavelo observa, capta, analiza e interpreta, con singular lucidez, el ambiente político de la sociedad en que vive. Y, mientras Leonardo pinta, Copérnico escruta, Erasmo escribe y Vesalio diseca, él escudriña, medita, calcula, marrulla, propone y actúa. Su problema y su pasión es la unificación de Italia sobre la base de un estado autoritario con apetito de imperio, concebido como obra de arte; y el propósito de contribuir a lograrlo, por cualquier medio, es lo que orienta y configura su pensamiento y su acción.

Las ideas políticas de Maquiavelo están profusamente esparcidas en *El Príncipe* y en los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Limo*. Fernando V, más que Lorenzo de Médicis, es su prototipo ideal en *El Príncipe*. No en balde el soberano español era uno de los tres artífices del estado renacentista. Maquiavelo suministra en esta obra, ya clásica, reglas, consejos y advertencias, para el gobierno de los estados regidos por monarcas. En los *Discursos*, por el contrario, examina buidamente todo el proceso del estado romano desde su fundación hasta el desplome de la república, desgranando sus reflexiones sobre cómo debe gobernarse una democracia, sin dejar por eso de fijar normas para la monarquía y la aristocracia. Aunque

proyectada su atención sobre distintos tipos de gobierno, el objeto es el mismo en ambas obras: señalar las reglas para la conservación, desarrollo; afianzamiento y expansión del poder político. No es faena fácil, por cierto, encontrar la raíz profunda de las doctrinas de Maquiavelo. Espíritu realista y mente pragmática, no sólo no le interesó imprimirle un carácter sistemático a sus ideas, sino que ni siquiera se preocupó por ordenarlas a la luz de una determinada perspectiva. Las aparentes contradicciones que se observan, en varios pasajes de sus libros, dimanar de esa postura deliberadamente asumida. A veces, un como remordimiento tardío aflora en sus escritos para difuminarse en seguida en la distancia. los valores supremos del espíritu y los fines más nobles de la vida -que tienen hogar y culto en Luis Vives y en Tomás Moro en la propia época- le tocan la puerta, inesperadamente, cuando suele quedar asolas consigo mismo. De su pluma de ave le fluyen entonces versos melancólicos, como el atardecer en la campiña de Florencia. Es sólo un instante. La razón de estado, que es la clave de su pensamiento político, retorna inmediatamente por sus fueros.

Aportación capital de Maquiavelo a las ciencias sociales es su teoría del método. La única fuente verdadera de conocimiento es la experiencia y la única guía segura la observación de la realidad presente y pasada. Su propensión a acudir a la antigüedad grecorromana en busca de modelos es típicamente renacentista. De lo que aprendió en su vida de burócrata y diplomático y de su vasto saber histórico, quiere deducir preceptos para la conducta política. «Mi intento - afirma- es escribir cosas útiles a quienes las lean y juzgo más conveniente decir la verdad tal cual que como se imagina; porque muchos han visto en su imaginación repúblicas y principados que jamás existieron en la realidad. Tanta es la distancia entre como se vive y como se debería vivir que quien prefiere a lo que se hace lo que debería hacerse más camina su ruina que a su afianzamiento y el hombre que quiere portarse en todo como bueno por necesidad perece.»

He ahí ya, en las palabras finales de esta cita, la idea cardinal del maquiavelismo. No niega Maquiavelo, en el párrafo transcrito, las normas éticas ni el deber ser; pero afirma rotundamente que en la práctica, conducen al fracaso. Fines y medios quedan escindidos. Moral y política separada. Son cosas distintas y requieren ser tratadas de distinta manera. Nada tiene que hacer la moral en la esfera de la política. La política ha de concebirse y tratarse políticamente. Si el fin de la política es el bien del estado, la política debe limitarse, exclusivamente, a estudiar las técnicas y los modos que encaminan a su logro, prescindiendo al par de las formas de gobierno y de los criterios d-e valor. El político debe plantearse la consecución de sus fines políticos con medios políticos. Aspirar a un fin moral o religioso con medios políticos, o a la inversa, es incorrecto, ilógico, contraproducente e ineficaz. El político debe extraer de la cantera de la experiencia las normas que hagan factible la plena satisfacción de sus apetencias.

Ni que decir tiene que el maquiavelismo adopta, como supuesto, una concepción pesimista de la naturaleza humana. El hombre es originalmente malo. Se place en hacerle daño a sus semejantes. Este punto de vista es un ritornello en El Príncipe de Maquiavelo. Si el hombre es naturalmente malo, su comportamiento será también malo mientras especiales motivos no lo induzcan a obrar bien. Hay que estar, pues, en guardia perenne frente a los demás. El recelo debe ser un postulado del político.

No niega tampoco Maquiavelo la existencia de una moral de estado, ni niega que esa moral debe regir la política del soberano en tanto pueda aplicarse. Mas, en las situaciones en que la necesita lo exija, el príncipe debe apelar a la virtud. La virtud es, para Maquiavelo, la «suma de cualidades que la personalidad debe poseer para gobernar con grandeza y fuerza un estado». Se trata, según el significado de la virtud latina, del valor personal, del genio político, de la grandeza de ánimo. Pero, además, la virtud es un ideal que el soberano debe conquistar para el estado: un ideal que se traduce objetivamente en grandeza, fuerza, expansión y aumento del poder político. Únicamente cuando la necesita lo exija, debe el soberano apartarse de la virtud. Ni bueno ni malo por principio: bueno o malo según las circunstancias y las conveniencias. Si hay que matar se mata, si hay que robar se roba, si hay que infamar se infama por el bien del soberano. Los escrúpulos de conciencia están radicalmente reñidos con la naturaleza de la autoridad política.

Esta virtud maquiavélica es lo que se conoce, comúnmente, por razón de estado. El último capítulo de El Príncipe es una inflamada exhortación a la unidad y a la independencia de Italia. Podría admitirse que era la exaltación de esa Italia atomizada y oprimida" el fin céntrico de la política de Maquiavelo. Acaso la unidad y la independencia de su patria fueran su más vivo anhelo y su más caro sueño. Sobremanera sospechoso resulta, de todas maneras, que ese dramático llamamiento contradiga la trama fundamental de su pensamiento y disuene con el tono frío, racionalista, calculador, pragmático y marrullero de sus ideas. No se trata siquiera de robustecer y expandir el estado como fin en sí. De lo que se trata es de crearle al soberano, o al grupo dirigente del estado, condiciones apropiadas para domeñar al propio pueblo primero y a los demás pueblos después. La razón de estado es, pura y exclusivamente, un instrumento de dominación nacional e internacional. Tarde llegaría Italia a la pugna de las grandes potencias occidentales por la hegemonía del mundo; pero, en su más promisara sazón había confeccionado Maquiavelo la doctrina y la técnica para lograrla. Si el pueblo se doblega a los deseos del príncipe, el gobierno se desenvolverá con tacto y prudencia; pero si el pueblo se opone o rebela se devastará inmisericordemente el país, se fomentará la disensión, se matará, perseguirá y encarcelará y cuando pueda temerse que alguno, con su talento o su ascendiente, organice y dirija al pueblo, lo enardecza y subleve, hay que atraerlo con prebendas y honores a fin de corromperlo y uncirlo.

Maquiavelo recuerda, constantemente, que el fin justifica los medios. El soberano debe revestir siempre la forma de dos animales: el león y la zorra. Debe ser fuerte como el león y astuto como la zorra. Presto, a toda hora, a la crueldad b al engaño. Si los enemigos son muchos, conviene hacerse amigo del pueblo. y ningún medio más eficaz para ello que el engaño, ya que «la masa humana se alimenta tanto de apariencias como de realidades». Pero considera que es mejor ser temido que amado. Siendo el hombre naturalmente malo, el miedo al castigo tiene más fuerza que la amistad.

Maquiavelo prefiere la crueldad al engaño. César Borgia, que fatigó parejamente la licencia, el peculado y el crimen, suscita su entusiasmo y su admiración. «Examinadas todas las acciones del Duque -concluye- no me atrevo a censurarle ninguna y sí a proponerle, cual lo hago, como modelo a cuantos lleguen al poder». En materia de crueldad, el término medio está excluido. No resuelve nada. Irrita al enemigo y no lo vence. La crueldad hay que saber administrarla para que sea eficaz. Toda crueldad inútil es reprobable. Su finalidad es su única justificación y por ello u de tener límites. Si ha de procurar temor, no debe promover el odio. Si ha de derramar sangre, en lo posible no debe apoderarse de los bienes «porque los hombres olvidan antes la muerte del padre que la pérdida del patrimonio». No debe ser continuada y debe usarse inteligentemente.

Si la faz de león que debe compartir el príncipe con la de zorra, entraña la dureza y la crueldad en el interior, su expresión externa es la guerra. El estado debe ser fuerte y estar poderosamente armado. Su ejército debe constituir un bloque compacto integrado por ciudadanos dispuestos a ofrendar su vida en defensa del príncipe. Las tropas mercenarias, sin otro estímulo que las soldadas y los saqueos, suelen ser flojas y cobardes. Mucho más peligrosas que éstas son las tropas auxiliares, enviadas por otros estados; como dependen de su señor defienden, primordialmente, los intereses de éste y no los de aquél a quien ayudan. La guerra es necesaria en la vida de los pueblos. Vigoriza y renueva, unifica y engrandece. La paz engendra el ocio, la discordia y la corrupción.

El Príncipe, en suma, debe ejercitarse metódicamente en la mala fe, la astucia, la hipocresía, la traición, el soborno, la falsía, el engaño- y la crueldad. Si se precisa quebrar la palabra empeñada, debe quebrarse. Si hay que aparentar respeto a la religión, debe aparentarse. Si hay que simular pulcritud en el manejo de los fondos públicos, se simula. Si hay que prometer el paraíso terrenal, se promete. Si hay que traicionar al hermano, se traiciona. Si hay que enyugar al extranjero fingiéndole amistad, se finge. No sospecharía nunca Maquiavelo las implicaciones ulteriores de este cínico recetario. Entre sus contemporáneos, sólo los teólogos y juristas españoles lograron calar la entraña de su pensamiento oponiéndole la concepción de la autoridad política contenida en el Fuero Juzgo: «Tú eres rey si obras rectamente.» El poder no se justifica, pues, por sí mismo; lo justifica el uso que de él se haga.

El maquiavelismo campea hoy, a sus anchas, en todo el orbe. Impera en las democracias, en los regímenes totalitarios, en las iglesias, en los partidos políticos, en las relaciones internacionales. Se ha olvidado, lamentablemente, que no hay peor enemigo de un poder Maquiavélico que otro poder maquiavélico. El despertar será un mundo de pesadilla, en el que regirá, vanamente, la transitoria superioridad de los vencedores.

Tomado de *15 años después*, Editorial Librería Selecta, La Habana, 1950

### **La proeza de Toynbee**

Entre los libros fundamentales de nuestro tiempo figura, incuestionablemente, el *A Study of History* de Arnold J. Toynbee, director del Real Instituto de Asuntos Internacionales y profesor de investigaciones de Historia Universal en la Universidad de Londres. Trece apretados y densos volúmenes integran el plan de esta obra monumental. De ellos ya seis han visto la luz, pulcramente editados por la Oxford University Press. El séptimo se halla en curso de publicación.

La magna síntesis de Toynbee abarca temas tan ambiciosos como la génesis, crecimiento, colapso y desintegración de las civilizaciones, sus contactos en el espacio y en el tiempo, los ritmos que configuran su historia y las perspectivas de la civilización occidental. Esta sinfónica construcción marca, sin duda, un hito cardinal en la historia de la historiografía. Hasta ahora, sin embargo, el *A Study of History* - objeto de encendidas polémicas en los círculos intelectuales más alertas de Europa - no había sido vertido a ningún otro idioma. Una editorial argentina ha emprendido recientemente su traducción a nuestra lengua. Gracias a su diligencia, esta vez los lectores hispanoamericanos no llegarán tarde al conocimiento de este óptimo fruto otoñal del pensamiento europeo.

Fue Fernando de los Ríos, en su último viaje a Cuba, quien puso en mis manos la obra del insigne historiador inglés. Había indo inmerso en su hechizante atmósfera durante largos meses. La laboriosa y dilatada meditación afloraría jugosamente en sus memorables disertaciones sobre la crisis de la actual estructura, política del mundo. Recuerdo literalmente su advertencia al prestarme el volumen primero: «*A Study of History* hay que leerlo por dentro y con sumo cuidado. Es fácil perderse en sus páginas a, menudo enigmáticas.» Inmediatamente sugerí su adquisición a

la Biblioteca General de la Universidad. Desde entonces, los seis volúmenes publicados de *A Study of History* están en sus anaqueles a disposición de

estudiantes y profesores. No sé el uso que unos y otros hayan hecho de ese caudaloso y estimulante abrevadero de saber; por mi parte lo he utilizado, frecuentemente, en mi cátedra.

Alguien ha llamado a Toynbee «el Spengler de mediados del siglo xx». No le falta, ciertamente, su punta de razón. Cabe, por lo pronto, el paralelismo. Se emparejan ambos en el estilo lujoso y en la concepción poemática; y, aunque ambos difieren radicalmente en el contenido de sus cogitaciones y en las consecuencias que extraen, el punto de partida metodológico es el mismo. Pero Toynbee supera a Spengler en acuidad, calado y visión. Su prodigiosa fantasía compite, ventajosamente, con la del sombrío profeta de la decadencia de occidente; y lo deja muy atrás en el manejo de las intuiciones, conceptos y hechos. En Spengler prepondera el desboque imaginativo y el afán adivinatorio. Toynbee mira al cielo con los pies bien asentados en la tierra. En este sentido, el *A Study of History* es un libro típicamente inglés. Muestra, al par, la impronta de Tomás Moro y de Francis Bacon.

La teoría solar del proceso histórico tuvo en Jorge Guillermo Federico Hegel su más empinado y fascinante expositor; No hubo, hasta Oswald Spengler, otra manera de concebir la historia fuera de las coordenadas impuestas por el emperador del idealismo absoluto y absolutista. Europa era la raíz y el ápice de la cultura. Mero país de reflejo América. Incluso Carlos Marx -precursor de la dirección historicista de la filosofía contemporánea-incurrió en el propio error que angostó el promisor horizonte de la dialéctica hegeliana. Spengler proporciona a la historia una óptica más límpida, abarcadora y científica. No sólo repudió la convencional división en tres edades; trascendió definitivamente también la interpretación ptolemaica del desarrollo social. Pero su interpretación copernicana queda aún girando en torno al clásico sistema europeísta de contemplar, entender y valorar el multiforme y complejo desarrollo de la convivencia humana. Desde su mirador de Berlín, Spengler escruta, con tudescas antiparras, el revuelto y plástico desfile de las viejas culturas.

Sin Goethe, Marx y Nietzsche, el filósofo prusiano no hubiera podido darle cima a su empeño; sin Spengler -que le rotura el surco y esparce los gérmenes- tampoco Toynbee hubiera obtenido tan proficua cosecha. Pero lo que le diferencia de Spengler y singulariza su ingente faena es haber logrado deseuropeizar y desnacionalizar la tradicional concepción de la historia, convirtiendo ésta por primera vez en historias de la historia. A su poderoso empuje, el cuadrante de la

ciencia histórica experimentó un viraje que jamás hubiera podido barruntar el venerable Herodoto.

De los hallazgos, ideas y sentimientos del vituperado siglo XIX ha vivido, en buena medida, la centuria que corre. No podía ser, en rigor, de otro modo. El proceso de la cultura es, al par, acumulación y devenir. Lo que está siendo viene ya dado dialécticamente en lo que fue. El porvenir brota del ayer, como el fruto de la semilla.

No es menos cierto, sin embargo, que al arribar a su madurez el siglo xx cuenta ya con un sistema propio de ideas. Es igualmente lógico que sea así. Cada época elabora una peculiar manera de sentir, comprender y explicar la vida que fluye y la historia de esa vida en función de presente y proyección de futuro. Se puede afirmar, pues, que el pensamiento y la sensibilidad actuales tienen una fisonomía, una estructura, un contenido y una perspectiva correspondientes a una determinada situación vital, espiritual y social.

A ese sistema de ideas propio de nuestro siglo, hay que adscribir el *A Study of History* de Arnold J. Toynbee. Es un producto específico de lo que Hegel llamara, con afilado acierto, el «espíritu del tiempo». Basta adentrarse en sus páginas para advertir, en seguida, la entrañable vinculación de la magna obra de Toynbee con las corrientes fundamentales que configuran y rigen hoy la filosofía, las matemáticas, la sociología y la estética. De ahí las radicales discrepancias que muestra con las concepciones de Newton y de Ranke y sus profundas afinidades con las de Spengler y Einstein.

Toynbee aprovecha la enorme masa de saber histórico acarreada por la arqueología, la filología y la antropología; extrae todos sus jugos a las interpretaciones de sus antecesores; utiliza dinámicamente algunos conceptos troncales de la teoría clásica de la historia; pero la raíz de su pensamiento y de su sensibilidad se nutre de las ideas predominantes sobre el tiempo y el espacio y de novísimos conceptos sobre «la segmentación del estudio histórico en campos inteligibles, cada uno de los cuales genera fuerzas de radiación y atracción social semejantes a sus homónimas físicas en su capacidad de ejercer efectos a distancias inmensas de sus fuentes siquiera en grados minúsculos». Su filosofía de la historia, sustentada en una visión curva del desarrollo social, es de clara filiación relativista. Javier Pulgar Vidal y Víctor Raúl Haya de la Torre han examinado a fondo la posición de Toynbee, subrayando los disentimientos y las coincidencias que ofrece con la doctrina del Espacio- Tiempo Histórico esbozada en 1945 por el líder aprista.



Toynbee mismo fija su posición en las frases iniciales de *A Study of History*. «En cualquier época de cualquier sociedad, escribe- el estudio de la historia, tal como las demás actividades sociales está gobernado por las tendencia dominante del,- tiempo y el lugar.» Este punto de vista lo lleva a concluir que, sin las categorías de espacio y de tiempo, es imposible pensar el proceso de la historia. Ambas son inseparables y desempeñan céntrico papel en la historia como res gestas y como memoria rerum gestarum la historia se convierte así en los dramas del hombre en sus multidimensionales escenarios.

Se afana Toynbee en delimitar, nítidamente, el área propia del estudio de la historia. Es tarea previa si se aspira a formular una concepción genérica de las historias de la historia, o si se prefiere de la historia de las historias. Tampoco olvida Toynbee qUe la ciencia histórica está urgida de una metodología adecuada y de un conocimiento exacto de sus elementos primordiales. No cabe ya duda de que los ingentes desarrollos de la física, la química y la astrofísica se deben al riguroso aparato conceptual y a las precisas técnicas de investigación de que disponen sus cultivadores.

El problema quedó planteado por Carlos Marx al iluminar súbitamente el substrato económico de la vida social, hasta entonces desconocido o desdeñado por los historiadores. Spengler creyó Julber encontrado en la naturaleza biológica de las culturas, el hilo conductor del proceso histórico. Toynbee afirma, rotundamente, haber hallado la unidad histórica elemental.

Esta unidad histórica elemental -fundamento empírico de su filosofía de la historia- es la sociedad en el tiempo y en el espacio. No hay una sola historia, como sostuviera Hegel: hay tantas historias como sociedades han existido o existen. La pluralidad de sociedades es el único «campo inteligible de la historia». Toynbee ha conseguido, por lo pronto, deseuropeizar y i, desnacionalizar la historia. Todos los avatares y formas de la vida humana cobran jerarquía y sentido a la luz de esta nueva perspectiva. La tradición concepción de la historia universal deviene paradójicamente provinciana.

No se concibe al hombre haciendo su vida a solas. Vivir es convivir. El hombre es, primariamente, un ser social; y, por serlo, ha logrado trascender la pura animalidad y conquistar un destino intransferible en el cosmos. En su monumental obra *A Study of*

*History*, Toynbee, desenvuelve, magistralmente, esta tesis, ya consagrada por la antropología, la sociología, la teoría política y la historia.

Según el gran historiador inglés, en un principio el hombre vivió en sociedades de estructura simple, rígida y homogénea. Miles de años después comenzó a luchar, sufrir, soñar y progresar en sociedades complicadas, heterogéneas y dinámicas. Las primeras son las denominadas sociedades primitivas. Las segundas las llamadas sociedades civilizadas. Esta sucesiva constelación de sociedades es la unidad elemental de la historia. Toynbee reclama para sí este iluminante descubrimiento.

¿Cómo surge la civilización en la historia? ¿Es fruto de la continuidad o de la mutación? ¿De la evolución o del salto?

El tránsito de las sociedades estáticas a las sociedades dinámicas -para decirlo con palabras de Toynbee- es «siempre brusco». La continuidad del desarrollo histórico queda abruptamente rota; y esta ruptura se opera en virtud de\_ la reacción del hombre a un cambio desfavorable en el contorno, que «le obliga a comportarse de diferente manera». Es la respuesta ineludible a un reto insoslayable. Cuando la respuesta es vencida por el reto, la sociedad se fosiliza, como aconteció a algunas tribus africanas y amazónicas y a los esquimales. Hay sociedades que logran sobrevivir a su propio ciclo vital. Las hay también que se marchitan y mueren prematuramente.

La historia de las civilizaciones constituye la memoria rerum gestarum de las sociedades dinámicas .. Su radio de conocimiento abarca desde las grandes civilizaciones orientales, hasta la occidental, pasando por la incásica y la maya. Estas sociedades dinámicas o civilizaciones comprenden a grupos humanos; afines; pero no deben ser confundidas con las comunidades que la componen. Del análisis comparativo de unas y otras, Toynbee concluye que ninguna de ellas «abraza al todo de la humanidad». Las clasifica en «especies» y destaca sus «relativas continuidades» y sus «paternidades, parentescos, aislamientos y fosilizaciones». Y, asimismo, devela y precisa «el aspecto interno de sus articulaciones y el aspecto externo de las relaciones entre ellas». La historia de las civilizaciones es un vasto, complejo y plástico proceso en espiral.

De las veinte civilizaciones que registra y estudia Toynbee, la única que ha podido ejercer una influencia ecuménica es la occidental, hoy sometida a la más dura prueba de su borrascosa y fecunda existencia. Toynbee, al revés de Spengler, no asume aire de profeta ni ademán de panegirista. El augurio y la lamentación están ausentes de su obra. Ni adivina, ni planea. Toynbee considera que, los valores fundamentales de la civilización occidental aun pueden salvarse si se establece un

gobierno democrático mundial, se organiza una economía socialista y el espíritu cristiano se trasfunde a la vida de relación.

No es fácil empresa la lectura de *A Study of History*. Las ideas y los conceptos son, a veces, demasiado densos y apretados; y el lenguaje suele suscitar confusiones por lo criptográfico que resulta a menudo; pero a medida que se desentraña el sentido recóndito de su simbología se van esclareciendo y dilatando los confines del pasado y los horizontes del futuro.

Esta obra de Toynbee aporta a la historia de la cultura una nueva filosofía del desarrollo curvo de la convivencia humana Ninguna otra de su tipo editada, en los últimos veinte años puede parangonársele en estilo, ambición saber y profundidad. Ni sus limitaciones, ni sus errores, ni sus brechas pueden menoscabar ni ensombrecer la proeza de Arnold J. Toynbee. *A Study History* \_ es sólo un libro señero; es también un testimonio de esta época crítica y trascendental que nos ha tocado en suerte vivir.

Tomado de *Viento Sur* [Trabajos y artículos], Editorial Selecta, La Habana 1953

### **El opio de los intelectuales**

Fue Sócrates quien planteó, por primera vez, en su doble dimensión teórica y ética, el problema de las responsabilidades y de los deberes de la *inteligentzia*. Numerosas requisitorias se han escrito, desde entonces, sobre el papel y destino de los intelectuales. En mis años mozos, suscitaron intenso revuelo las de Romain Rolland y Henri Barluse. Las de Julien Benda y Archibald MacLeish, aparecidas después, dejaron una encrespada estela de controversias. Esta del sociólogo francés Raymond Aron, vertida recientemente al español, produjo en París, al publicar se hace tres años, larga y ácida polémica. Ya empieza a promover ardientes encomios y violentas diatribas en los círculos culturales de nuestra América.

El libro de Aron comprende tres partes y un epílogo, rotulados, respectivamente, «Mitos políticos», «Idolatría de la historia», «La alienación de los intelectuales) y «¿Fin de la edad ideológica?» Un total de trescientas páginas de apretada y beligerante prosa, en que abunda, paradójicamente, el uso y abuso del mito y el opio intelectuales para combatir el opio y la mitomanía de los intelectuales. No hay duda de que muchos escritores occidentales han sido y son víctimas de los embelecios sociales y de las brujerías políticas. Pero nada es más peligroso que combatir el embelecio con el embelecio y la brujería con la brujería.

Acaba siempre en una deserción de las responsabilidades y deberes de la inteligencia. El primer deber del intelectual es decir la verdad, sin parar mientes en las consecuencias. El intelectual que la mixtifica o ignora, se traiciona a sí mismo y a la sociedad.

La tesis central del libro es objetivamente inexpugnable. Sobre manera febles, en cambio, sus conclusiones fundamentales. Y, desde luego, tan letal como la «droga celeste» que abomina, el infecundo escepticismo que trasmina la actitud intelectual y vital de Raymond Aron.

Tomado de *En pie*, Universidad Central de las Villas, La Habana, 1959

### **John Dewey y su aporte a la tradición norteamericana**

Aunque publicado hace algún tiempo, este libro de Irwin Adman sobre John Dewey y su aporte a la tradición norteamericana conserva plena actualidad. La razón es obvia. A los siete años de su muerte, tras una vida tensa, laboriosa y fecunda, el eminente filósofo y educador sigue constituyendo el centro de imputación de la conciencia cultural de su país. Baste decir que la Influencia de Dewey en la vida y el pensamiento del vecino. pueblo corre pareja con la ejercida por Thomas Jefferson y Benjamín Franklin en su época. No pudo ser, en verdad, más atinada su inclusión en la serie *Makers of the American Tradition*.

Una breve referencia a esta valiosa colección aclarará el sentido que pretenden infundirle sus editores. Su propósito, en parte ya conseguido con los volúmenes publicados, es ir fijando los hitos cardinales del proceso de integración de la herencia espiritual de los Estados Unidos. Se trata, además, de un intento de aprehensión y comprensión del tema propuesto, desentendiéndose de las formas tradicionales de biografía y antología de las figuras seleccionadas. El método empleado combina los textos originales de los autores y su palabra viva recogida o grabada, con una aguda interpretación de aquéllos y de ésta a cargo de avisados y versados exegetas. Tal conjunción de elementos ha rendido sabrosos frutos y, de manera especial, en el caso presente. Edman, quien desde muy joven abrevó en las enseñanzas de Dewey y largos años compartió con él tareas docentes, preocupaciones filosóficas e inquietudes civiles, logra componer una síntesis admirable, por lo vivaz y completa, de los varios batientes del pensamiento de su insigne maestro.

Si universal en sus concepciones filosóficas, Dewey es, por las raíces que las nutren, la confluencia en su formación del sentido trascendente del puritanismo y del pragmático espíritu de frontera -corrientes moderadoras de la estructura vital e intelectual de la sociedad en que vivió-; y los fines alcanzables que persigue, un norteamericano de pies a cabeza. Ningún pensador contemporáneo parece más distante de Dewey que Unamuno; y, sin embargo, hay ostensibles afinidades entrambos. Como al atormentado español le trasmina el fuerte olor de su tierra vasca en las más aladas disquisiciones metafísicas, a Dewey le rezuma siempre por todos los poros de sus ideas el rocoso aroma de su Vermont natal. Y, como Unamuno asimismo, sus avatares filosóficos lo empujan, inexorablemente, a vivir la filosofía como experiencia propia y personal y no ajena y objetiva.

Tentado desde mozo por la libertad y la aventura, se liberó, rápidamente, de todo dogmatismo, incluso de la hechizante liturgia de Hegel, para abalanzarse, como un pionero, hacia el horizonte onde ante que mientras más se alejaba más le atraía. Su retorno al empirismo inglés-significativo es su contacto con Darwin-responde, en el fondo, a un manifiesto designio de subrayar su divorcio con las conclusiones reaccionarias del emperador del realismo absoluto y absolutista. Pero si Dewey se hubiera quedado ahí-puro empirista o mero positivista-harto insignificante habría sido su aporte a la tradición norteamericana.

No sólo siguió adelante, sino que, al lanzarse audazmente a edificar un concepto y un método de la filosofía como experiencia dialéctica, dinámica y total de la naturaleza, de la conciencia, de los valores y de la voluntad, dio un impulso decisivo a la teoría y a la comprensión del acto cognoscitivo. Dewey, que ha partido de William James, traspone el pragmatismo al generalizar el método científico a zonas ónticas hasta entonces reservadas a la intuición y al relato simplemente descriptivo. Naturaleza y cultura, contrapuestas desde Kant hasta Dilthey en rígida dicotomía, pasan a ser, en la sistemática de Dewey, formas de expresión de una misma y última realidad alojada en el más acá. Al revés del culturalismo y del historicismo, el «instrumentalismo» no separa artificialmente en categorías abstractas lo que está orgánicamente integrado y es susceptible, por ende, de conocerse, explicarse, valorarse y modificarse, mediante un sistema conceptual de categorías concretas. No en balde en todos los órdenes de la naturaleza y del espíritu hay una perfecta continuidad e interrelación. Sobre tales supuestos epistemológicos, que entraña una reeducación de la filosofía, levanta Dewey su psicología, en que la conciencia se define no como una facultad del espíritu sino como una peculiar sensibilidad a los acontecerse.

Reeducada así la filosofía, su naturaleza sufre sustantivas mudanzas y, correlativamente, su teleología. El ambicioso empeño de captar las esencias es sustituido por el más modesto afán de servir de guía en las relaciones del saber principal con la Vida social y el mundo histórico. La filosofía de Dewey concluye, pues, en pedagogía. En este rasgo característico y definitorio, su pensamiento entronca con la más pura tradición clásica y, particularmente, con Sócrates. Pero es la suya, urge ya precisado, una pedagogía para la democracia, y en consecuencia, para la vida libre, noble y justa; una paideia científica cuyo fines conjugar, armónicamente; las potencias inalienables del individuo con las superiores necesidades de la comunidad.

Ciertas palabras de Dewey al respecto resultan de obligada transcripción: «¿Por qué preferimos el orden democrático y benigno al autocrático y brutal? ¿Podemos hallar razones que en última instancia no se reduzcan a la convicción de que el orden democrático promueve una mejor calidad de experiencia humana, una calidad más ampliamente accesible y disfrutarle que la que permite las formas no democráticas o antidemocráticas de la vida social? ¿El principio de aprecio de la libertad individual y de la decencia y bondad de las relaciones humanas, no responde, en último análisis; a la convicción de que estas cosas son tributarias de una calidad superior de experiencia para el mayor número, como no lo son los métodos de represión, de coacción y de fuerza? ¿No se debe nuestra preferencia a que creemos que la consulta mutua y las convicciones alcanzadas por la persuasión hacen posible una calidad- más alta de experiencia?

La adhesión de Dewey a la democracia no fue prudentemente contemplativa, sino peligrosamente militante. Luchó a cara descubierta contra sus imperfecciones constitutivas y funcionales y contra sus adversarios abiertos y solapados. Su denuncia de la añagaza totalitaria quedará inscripta, con letras de fuego, en la memoria de aquéllos que, sintiendo la dignidad humana como imperativo de conciencia, repugnan el vivir sin albedrío, espinazo y ensueño; la salvación del hombre dependía, para él, de su capacidad de organizar la libertad. Y sobre eso, a despecho de signos adversos, no albergó la más leve duda. Su «voluntad de creer» en el advenimiento de un mundo mejor, transido de fraternidad cristiana, y fundado en la filosofía como ciencia de lo factible, útil y bueno, hizo del puntilloso instrumentalista un fronterizo del más acendrado Y. fértil romanticismo.

Esa es la imagen que extrae de John Dewey el lector de este luminoso y refrescante libro, concebido y escrito por uno de sus más preclaros discípulos.

### **La sociedad abierta y sus enemigos**

Pensado y escrito en el trágico interregno de 1938 a 1943, este libro de Karl R. Popper es un ataque a fondo de las ideas y estructuras totalitarias de poder, y, a la par, una maciza defensa de la teoría y la práctica de la democracia. No conozco obra alguna en que se hayan expuesto con tanta crudeza y rigor las consecuencias nefastas de la «barbarie reflexiva», certera expresión usada por Juan Bautista Vico «para definir los frutos del poder de destrucción a cuyo servicio se pone el total de recursos de la inteligencia en un momento dado». Ni tampoco he leído alegato más despiadado contra los engaños del historicismo irracionalista y las aberraciones de las metafísicas autoritarias. Baste decir que esta obra ha elevado a .SO autor a los más subidos rangos del pensamiento contemporáneo. De «primerísimo importancia», la califica Bertrand Russell.

Considerada en su más amplio sentido, .La sociedad abierta y sus enemigos es una introducción crítica a la filosofía de la política y de la historia. Popper deslinda, pulcramente, las esferas ónticas propias y respectivas de las ciencias naturales y de las ciencias sociales. Los hechos naturales están sometidos a leyes universales, imprescriptibles e irrefragables. Los hechos sociales se caracterizan por su individualidad intransferible y las leyes que los rigen son relaciones necesarias de contenido variable. Aquéllos son puramente automáticos. Estos son productos de la actividad consciente del hombre. De ahí que siempre respondan a \_ fines deliberadamente propuestos y -a determinada constelación de valores. Si bien la política y-la historia pueden ser, y son, objeto \_ de ciencia en la más estricta acepción del vocablo, a la vez constituyen saberes normativos, "disciplinas del ser y del deber ser de la vida" política y del proceso histórico. La libertad es, para Popper, la categoría fundamental de la axiología política y el centro de imputación de la convivencia humana. Sobre la arquitectura jurídica derivada de aquélla han de fundarse el orden y la autoridad para que sean legítimos.

El análisis sociológico de Popper arranca de una distinción previa entre lo que llama sociedad cerrada y denomina sociedad abierta. La sociedad cerrada es, no obstante la altitud de su desarrollo técnico, una estructura tribal articulada en la creencia en los tabúes mágicos. La sociedad abierta se singulariza por estar asentada en la aquiescencia o el disentimiento racionales de sus componentes. Predominan en la primera las filosofías políticas de tipo mítico y las formas totalitarias de poder, y

en la segunda las filosofías políticas racionalistas y las formas democráticas de poder. "Popper traza, con maestría, la evolución de ambas posiciones de conciencia a través de la historia de la filosofía y exhibe a plena luz las raíces del totalitarismo moderno en el pensamiento de figuras tan descolantes como Heráclito, Platón, Hegel y Marx. A Platón dedica la primera parte del grueso volumen. La segunda parte la consume casi toda el examen de las doctrinas filosóficas, sociológicas e históricas del marxismo. Y, tanto el uno como el otro asedio dialéctico, demuestran una independencia de criterio insólita en época en que suele pensarse por boca de ganso o al dictado de consignas petrificadas.

La sociedad abierta y sus enemigos contiene al final un verdadero arsenal de referencias, esclarecimientos y atisbos sobremanera útil. El conocimiento de este libro resulta indispensable para quien pretenda poseer una imagen clara de la dramática situación que afrontamos en el plano de la historia universal.

Tomado de *En pie*, Universidad Central de las Villas, La Habana, 1959

### **Filósofo en entredicho**

Ha muerto en Madrid José Ortega y Gasset. Su figura y su obra pertenecen ya al dominio de las valoraciones históricas. En proceso de quehacer hasta que el lívido barquero se lo llevo rió arriba, su vida y su pensamiento -proyecto y conciencia incluso en la fatalidad domeñable de la circunstancia- están ahora ahí como formas de pensamiento y de vida, como vida y pensamiento objetivados. Tócale a otros, en adelante, revivir, lo que fue en ese pensamiento vida personal, única e intransferible, y justipreciar lo que en esa vida fue auténtico o banal, insobornable o falsificado, valioso o vituperable. A muy escasos filósofos les fue dada esa póstuma hazaña de hacerse concreción de su propia filosofía al dejar de ser esta expresión vital de un ente de carne y hueso. Si al expirar todo filósofo, su filosofía, se trueca en sobrevivencia, en el caso de Ortega Gasset deviene inexorablemente, por imperativo inmanente, historia de la filosofía. Era su destino y el destino se ha cumplido. ¿Quiérese tema más incitante para un epígono?

«Monstruo en su laberinto»; llamo Azorín a Ortega Gasset. «Laberinto de laureles» replicó Juan Ramón Jiménez. Aquel hombre ensimismado y tremante tejido de distancias y sediento de aproximaciones -monólogo luz bélico en diálogo platónico- siempre «busco con violencia o rudeza, tal vez, a quien llevarse a lo suyo» La inteligencia le irradiaba por la frente comba con fulgor meridiano; y por



los ojos claros y abisales, fluía, a veces, trémulo arroyuelo, la abscóndita armonía de su espíritu. Celoso de sus rangos y prerrogativas, se le veía, ufano de su saber principal, estar encima y sobre en su principesco talante y la conciencia de su señorío en la insomne mirada de inspector. Era lógico que provocara incondicionales adhesiones y rispidas desavenidas cuando hada su vida y su pensamiento en su doble circunstancia española y universal. Y lógico, también, que tuviera discípulos que proclamaran de hinojos su magisterio y adversarios resúmanle de envidia.

Rendimiento y aversión aparte, José Ortega Gasset fue, por sus agregáis calidades intelectuales, un grande de España y un español ecuménico. No incurrió en hipérbole Ernst Robert Curtius al considerarlo uno de los doce pares del intelecto europeo. Pero su grandeza no atenúa sus yerros, ni excluye sus debilidades. Ahí están ya, como objeto de historia, su persona y su pensamiento. Prescindamos de la beateria y de la diatriba y juzguémosle a tenor de sus dichos y d sus hechos. «Cualquiera que sea el valor atribuido por nosotros a una obra de cultura -son palabras suyas- tenemos que buscar tras el al tipo de hombre que encarna».

Uno de sus fieles. Emilio García Gómez, acaba de caracterizarlo como el león de las letras españolas: «Leonina era su cabeza, y en su voz aceitosa y en su ancha boca parecía quedar una amputación del rugido» Domingo Marrero, autor de un libro espléndido sobre Ortega Gasset, apeló al símbolo del centauro -especie híbrida- para definirlo: «Ideador, curiosa de ciencia, hombre de entre ayer y hoy. activo y sagaz espectador que casi salta a la verja del balcón y medroso se detiene en el momento del salto, mitad filosofo, mitad literato, pero en todo caso aristócrata intelectual de vivaz coquetería, Ortega Gasset se ha bautizado a si mismo con justeza: Nació bajo su signo. Anca, ala y expresión lo delatan. Es lo que es. Hijo de sus circunstancias. Es el centauro. Habitante de ansias contrapuestas, que ensaya su carrera y su vuelo al mismo tiempo». Aciertan ambos en sus metáforas zoológicas; pero, solo a medias García Gómez. Junto al anca y el ala, la garra. Su voz era de tenor.

De Píndaro extrajo Ortega Gasset su divisa: «Atrévete a se quien eres». Quiso, y no pudo. El tipo de hombre que fue se traduce cabalmente, en su filosofía, ala y garra; se menoscaba y quiebra en su conducta, anca y brida. La muerte imprimió en su mascarilla la huella ennobecedora de la pugna y la amarga cicatriz de la bifurcación. Cuando se recomponga su vida con las categorías de su metafísica de la existencia, ese patético dualismo coronara, trunco penacho, la rota unidad del ser José Ortega Gasset. No cabe ahora intentarlo siquiera. Pero, no seria tampoco

posible entender su pensamiento ni valorar su conducta, sin previo esbozo de su trayectoria ideológica vital.

Mezcla de sangre andaluza y gallega. José Ortega Gasset nació en Madrid, el 9 de mayo de 1883. Su padre, José Ortega Munilla, escritor y periodista, era oriundo de Cuba y seminarista frustrado. De aquí la severa educación religiosa a que fue sometida la prole. Cuando Pepe cursaba las primeras letras con el sacerdote Ramón Minguella, ya Ortega Munilla había conquistado un nombre en el periodismo y era director de la hoja literaria de «EI Imparcial». Pepe fue como Rubén Darío, un niño prodigio. «Hallándose convaleciente de una enfermedad -refiere la Enciclopedia Espasa- cuando solo tenía siete años pidió un libro para entretenerse y le fue dado El Quijote, y alas tres horas, sabia de memoria todo el primer capitulo y lo recitaba con suma gracia y propiedad». Estudio el bachillerato en el colegio de los padres jesuitas, en Miraflores del Palo. Aquella pedagogía formalista y autoritaria, mas interesada en los negocios del mas acá que en los arrobos del mas allá, dieron al traste con los designios del padre. Sufrió su primera crisis de conciencia y abomino de la fornacion clerical. « Yo no soy partidario -dirá mas tarde- que se su prima a nadie ni se expulse a nadie de la gran familia española» Pero aboga por la eliminación de los colegios de jesuitas en virtud de «la incapacidad intelectual de los reverendos padres». „Marrero aduce que la defraudación lo cegó. «Su pasión anticlerical -escribe- le impidió ver cuanto debe la seriedad intelectual de su empeño; su casi ascética disciplina de estudioso a los hábitos intelectuales que le inculcaron los reverendos padres».

Si se aparto resueltamente de la grey. Dios permaneció empero, a la vista a lo largo de su pensamiento y de su vida, y contemplo muchos problemas desde una perspectiva cristiana. Ostensible es su preocupación filosófica por los temas teológicos. Pero a aquella experiencia deberá asimismo «seis años de mocedad hechizada por el embrujo de la vida y del paisaje del mediodía español» « Yo he sido -recordara luego- durante seis años emperador dentro de una gota del en un imperio mas azul y esplendoroso que la tierra de log mandarines» La flor de su vibrátil sensibilidad -milagro de la ardua humana\_ despunta en Málaga. Si él filósofo se sustenta en Castilla, donde el aire es buido, el paisaje adusto y vivir dispararse el esteta se nutre de alucinaciones mediterráneas y de líricos deliquios.

Su adolescencia alumbro grávida de maduresces, en acerba y sombría coyuntura. La perdida de Cuba. Puerto Rico y Filipinas habla reducido a España a potencia de quinta clase. El pavoroso desastre puso de manifiesto las hondas raíces y las vastas dimensiones de la crisis que venia agostándola y planteo en términos

perentorios. la necesidad de encararla y resolverla. Fue aquella una hora de derrota humillación, pesimismo, escarmiento y rebeldía. Dolió la patria, como flagelo en la entraña. En los espíritus mas altos la aflicción y la disconformidad adoptaron acento admonitorio y ademán de reto. Angel Ganivet tradujo su desgarró en duro lenguaje de penitente: «En presencia de la ruina espiritual de España hay que poner una piedra en el sitio donde esta el corazón, y hay que arrojar aunque sea un millón de españoles a los lobos, si no queremos arrojarnos todos a los puercos». El diagnóstico se hará mas preciso y la terapéutica más eficaz en su *Idearium* español lucida hoja clínica de la decadencia nacional Joaquín Costa sometió a crudo análisis la degeneración histórica de España: mas, sin recurrir al retórico pregón de su regeneración moral. Demasiado perspicaz para tomar el rábano por las hojas, recetó una cura de caballo: crear una nación nueva. Pero fue Miguel de Unamuno quien exhibió el secular trasfondo de la tragedia española y predicó como vía purgativa y redentora. el rescate del sepulcro de Don Quijote. Era el hermano mayor de la generación del 98 y fue su primer hereje. El profeta que encauzó el ímpetu y desdeño la alharaca había sido Francisco Giner de los Ríos. «el viejo alegre de la vida santa». Su sermón laico adquiría ahora carácter de patriótica preceptiva: consagración, trabajo disciplina dignidad, conducta. No en balde «la ciencia es cosa de conciencia».

Entre esa generación criticista y melodramática -compuesta ya por hombres mayores de treinta años al alborar el siglo- y la bisoña generación de Ortega Gasset hubo un vínculo profundo: el lacerante afán de redimir a España y el culto dionisiaco a Nietzsche. En lo demás, fueron mas las discordancias que las afinidades. Ambas eran, por su actitud y altitud, generaciones de vanguardia y. por ende, polémicas y beligerantes. Ningún testimonio evidencia tan claramente el conflicto generacional como los primeros artículos de Ortega Gasset en «El Imparcial» y la correspondencia cursada, entre aquel y Unamuno, sobre el destino de la nación. En estilo suelto y altivo, el mozo pedía cuentas, al joven maestro y censuraba «las majaderías de esos señores», a quienes si reconocía «algo de frescura y de vida antiliteraria» y denuedo «para romper y derribar ídolos», les reprochaba carencia «en absoluto de esa pequeña, infinitesimal capacidad de renunciamento, de disciplina, necesarios para hacer algo» Unamuno puntualizó las coincidencias entre sus respectivos pensamientos y posturas -inmerso ya aquel en Kierkegaard, impregnado Ortega Gasset del vitalismo nietzscheano- y solicitó permiso para publicar las cartas, recogidas hoy en el volumen V de sus Ensayos. Aunque el

paradójico vasco preconizaba entonces como formula salvadora la europeización de España, ya le atormentaba la finitud de la vida humana y el hambre de eternidad.

En 1904 se graduó Ortega Gasset de doctor en Filosofía y Letras y marchó pensionado a Alemania, a fin de completar su formación. Meses antes se había distanciado tácitamente de Unamuno al descubrir el mundo mágico de las ideas y embriagarse de razón pura. No volverían a convivir hasta 1935, a despecho de acercarse cada vez mas su pensamiento, a partir del retorno de Ortega Gasset, alas filosofías de la vida y de elaborar la suya propia.

Atraído por el coruscante prestigio de Guillermo Wundt, se matriculó en la Universidad de Leipzig, asistiendo a sus cursos de psicología y de historia de la filosofía; Pero, sin encontrar en las doctrinas de Wundt lo que ansiosamente buscaba: un riguroso deslinde de las esferas ónticas del conocimiento y una epistemología fundada en el pensamiento puro. Wundt era, a la par, científico y filósofo. De una parte, resabio positivista, asignaba a la filosofía la exclusiva misión de organizar el saber facilitado por las ciencias experimentales en un sistema exento de contradicciones: de otra, la insuficiencia de los datos empíricos y del método científico para totalizar una imagen del universo lo inducía a preconizar una metafísica asentada en la conciencia y una teoría de los valores de visible progenie kantiana. Ese costado de su pensamiento tan inmediato ya a las nuevas filosofías de la decadencia burguesa, fue lo que Ortega Gasset aprovechó de su estancia en Leipzig.

Se trasladó a Berlín en 1905. Su nombre no figura en los registros de matrícula de la imperial Universidad. Es probable, sin embargo, que haya asistido a seminarios y cursos especiales. Según el en «aquella época no había en las cátedras de la Universidad de Berlín ningún gran profesor de filosofía». No es cierto. Había no solo eminentes profesores de filosofía, sino, también, hombres que contribuyeron notoriamente a su formación, como Dilthey, Simmel Paulsen, Woelfflin, Meyer, Plank y Stumpf. «De allí -anota Marrero\_ lleva influencias que han de señalarse en el curso de su obra: su crítica a la ciencia, su interés historicista, su preocupación por la historia del arte». Aunque se resistiera a admitirlo, a dos de esos hombres fue deudor Ortega Gasset en grado máximo: Dilthey y Simmel. De aquel, sorbió conceptos troncales para la construcción de su filosofía de la razón vital y de la razón histórica; de Simmel, tomó ideas y categorías que, con otras de Heidegger, transfundió, como propias, a su metafísica de la existencia.

En la Universidad de Marburgo, y junto a Hermann Cohen, el más fino y brillante exegeta de Kant, estudio Ortega Gasset durante dos años. Jóvenes a la

greña con el positivismo comtiano y el idealismo objetivo y dialéctico de Hegel fueron sus condiscípulos. Pero, Cohen no se contentaba con glosar al pontífice de Koenisberg. Incluso solía enmendarle la plana y exponer su propio sistema. De Kant, solo parecía interesarle el método y la preocupación epistemológica. Su discrepancia era tajante en cuanto a la prioridad del pensamiento sobre la intuición. Había que volver a Kant, pero superándolo: la realidad dimana de las ideas y estas son más importantes que los hombres. No tardaría Ortega Gasset en afirmarlo enfáticamente. Pero, mucho más pronto se arrepentirá de ello, aventurándose por los desfiladeros del perspectivismo, de la fenomenológica y del existencialismo, en denodada búsqueda de su propia expresión filosófica. El recuerdo de Cohen, el ágil viejecito que «lo armó caballero del empeño filosófico y aventurero de la alta metafísica» fulgirá, perennemente, en su espíritu.

Volvió a España germanizado y seducido, aparentemente, por el neokantismo. «Yo fui a Alemania \_escribió al reanudar su colaboración en «El Imparcial\_ para henchir de idealismo algunos tonelillos y no olvidare el trabajo que me costó dar con el manantial. Desgraciadamente, no tenemos ni sospecha de lo que ha traído al mundo y soporta ella sola, la Alemania del filosofo, del sabio, del pensador».

Se preparaba ya, en secreta vela de cogitaciones y ensueños, para el ambicioso vuelo de su pensamiento. La publicación de *Personas*, *abras*, *cosas*, florilegio de artículos escritos en esa época, reveló hasta qué punto era capaz de aguantar los rigores del entrenamiento.

Emprendió la aventura del periodismo, ejercicio constante en su vida fundando las revistas *El Faro* y *Europa*. Roturar surco, sembrar desazones y galvanizar voluntades para salvar el país, europeizándolo fue la misión que se impuso. Abordó la problemática nacional a la manera otrora reprobada, de la generación del 98: con sentido mesiánico. Se sentía vocado a director de conciencias y a redentor de España. La atención intelectual empezó a seguirle la pista. Gran revuelo produjo sus demandas de una reforma liberal su polémica con Antonio Maura y su profesión de la republicana. En 1914, coincidiendo con la aparición de las *Meditaciones del Quijote*, irrumpió en la vida pública con visera monárquica, al frente de la Liga de Educación Política Española. Su volubilidad ideológica le malquistó con el movimiento republicano. Señaló su inconsistencia. El propio Ortega Gasset se encargó de corroborarla: «Como tantos españoles, me sentí republicano en un cuarto de hora de mal humor. Antes había coqueteado con el sindicalismo y el socialismo. Su sonado discurso. <Vieja y Nueva Política> inauguro un nuevo estilo en el género: la retórica de los conceptos. Su distinción

entre la España oficial y la España real dio origen a movidas controversias. Pero su posición híbrida oportunista y reaccionaria queda nítidamente fijada: «Acción nacional bajo la formula de la nacionalización de la monarquía del ejercito del clero y del proletariado».

En esos días empezó a editar con Baroja. Azorin Pérez de Ayala. D'Ors y Valle inclan, el semanario <<España>. El nuevo hebdomadario contribuyo, decisivamente a levantar el tono de la vida cultural española y su influencia en la juventud fue sobremanera beneficiosa. Un articulo antológico repudiando la intervención de los militares en la política determino, poco después de su regreso de Buenos Aires, su salida de «El Imparcial» En 1916 fundó, con Urgoiti, el diario «El Sol», la gran tribuna de su plenitud. Su carrera periodística culmino en la publicación de la «Revista de Occidente» que fue una de las cofas mas altas de los bajeles" de alto bordo de la cultura europea. Hada unos meses la editorial Espasa lo había nombrado consejero técnico. Esa experiencia le indujo a crear una propia anexa a la «Revista de Occidente» Mando traducir y difundió los más jugosos frutos del pensamiento de vanguardia. En esa prócer faena le animó el propósito de mostrar a los lectores de habla española la existencia de un cuerpo de ideas peculiares al siglo xx.

Ortega Gasset inicio tempranamente su labor pedagógica. Enseño primero en el colegio Superior del Magisterio y ocupo después. sucediendo a Salmeron la cátedra de Metafísica de la Universidad Central de Madrid. Talo bosques abrió ventanas descubrió horizontes. Le dispueto a Unamuno el cetro de la filosofía y la conducción de la juventud. Ya había chocado violentamente con este recién pisara tierra española. Inficionado del seco racionalismo kantiano. lubricado apenas con el neokantismo historicista de Baden contrapuso cultura y naturaleza ironía y razón convencionalismo y espontaneidad. De Unamuno en pleno zafarrancho existencialista le exaspero la ruda franqueza y sobre toda su nueva palabra de orden: <Antes que europeizarnos, africanizamos> Y. con manifiesta incomprensión del sentido y alcance de aquel exabrupto -zafia expresión del eterno pleito de las dos España y del eterno conflicto entre razón y pasión- cubrió de inectivas a «ese morabito máximo que desde las piedras reverberantes de Salamanca invita a toda una juventud al energumenismo. Se encontrarían al cabo y muy pronto por ahí aunque prosiguieran largos años el mismo viaje en artolas: lo más fecundo y original del pensamiento de Ortega Gasset transitará con apolíneo garbo por el vitalismo el existencialismo y el historicismo.

Fue en la cátedra donde realmente hizo su filosofía. Sus libros fundamentales se amasaron en aquel horno permanentemente encendido. Se cocían las ideas con trigo cernido en las universidades alemanas y se les daba estructura en moldes fraguados a orillas del Manzanares. Ortega Gasset creó escuela y formó cenáculo. Su prestigio trascendió las fronteras y trozos de su obra se tradujeron a otras lenguas. Wolfgang Koehler abrirá uno de sus cursos magistrales de esta guisa: «Hoy vamos a leer y comentar un capítulo de un libro genial. El tema de nuestro tiempo de José Ortega Gasset. Curtius no demoraría en incluirlo entre los doce. <Uno de los europeos más finos y universales> -subrayó Keyserling. El pensamiento filosófico español adquirió, por primera vez, jerarquía y acatamiento allende los Pirineos.

Pero Ortega Gasset no se ciñó a trabajar la filosofía en su cátedra y dentro de sus límites estrictos. Llevó su actitud filosófica a todos los temas enriqueciéndolos e iluminándolos: arte y sociología, historia y literatura. Aún más exaltó la filosofía y la esparció por los salones. La puso de moda y fue el filósofo de moda. Preciosas y petimetres se aglomeraban -rebelión de la aristocracia- en aulas y teatros para oír sin taladrarle la pulpa el, tornasolado prodigio de su palabra. Los filosofemos cabrilleaban sobre las romas entendederas como suntuosas colas de pavo real.

Los avatares de esa filosofía y su proceso de cuajo constituyen uno de los más fascinantes sucesos del pensamiento contemporáneo. Objeto será de otro comentario. Ahora, que importa es exponer el fundamento de esa filosofía y precisar sus implicaciones. Según Ortega Gasset, la realidad radical es la del yo con su circunstancia, ese hacer uno con las cosas que llamamos vida. Con ellas convivo, coexisto. Es decir: vivo. Y vivo haciéndole movida que es elección de posibilidades en forzosidad de la circunstancia. «Vivir postula Ortega Gasset..... es tratar con el mundo, dirigirse a él, actuar en él, ocuparse de él» En esa realidad -que es mi vida, «se arraigan y radican todas las demás» Pero esa vida no se me da hecha de antemano. Cada uno vive su vida y tiene que hacerla y decidirla, indefectiblemente minuto a minuto.

Soy lo que hago. Seré lo que hizo>El hombre es libre para proyectar su vida y responsable de llegar a ser quien es o de frustrarse. Y, por eso y ser la vida que hacer; la vida del hombre es inseguridad, problema, naufragio. Su salvación estriba en la certeza de algo, en llegar a saber a qué atenerse: Por esa razón, filosofa y hace filosofía, que es la instancia suprema; la- verdad última. Filosofa en suma para no perecer. Perspectivismo, raciovitalismo, razón histórica, metafísica de la existencia: la vida es tiempo, circunstancia, proyecto, libertad, destino. Vivir es

esforzarse en hacerse el ser que uno es. Ese es el mensaje de su filosofía y el tema de nuestro tiempo. De esa filosofía y de ese mensaje ha de responder, tiene que responder, con sus actos, con su vida. José Ortega Gasset.

No puede omitirse la ingente faena rendida por Ortega Gasset en *El Espectador*. Bajo su balcón desfilaron, en feérico tropel, ideas, libros, autores, problemas. Ejerció la crítica literaria con gracia, acuidad y sabiduría. Pero, no fue menos importante su crítica filosófica y política. Sometió, a despiadado juicio de residencia al idealismo y al realismo. Fue parejamente implacable con el siglo XIX por «su estúpida fe en el progreso» y «su cultura de medios». A la ciencia intento, baldíamente, enmendarle la plana: «la verdad científica, por exacta que sea es incompleta y penúltima» Pero ninguna de esas críticas suscitó tan ácido debate como su juicio, proceso y condena de la democracia «esa degeneración de los corazones» Juzgo atroz que alguien dijera: « Yo ante todo soy demócrata». La democracia sería a lo sumo una mera fórmula jurídica «Incapaz de proporcionarnos orientación alguna para todas aquellas funciones vitales que no son derecho público». No era nuevo este punto de vista. Sus resentimientos políticos y sus ínfulas aristocráticas lo habían ya movido a expresar criterios de parecido jaez en España invertebrada, preámbulo en mas de un aspecto de la rebelión de las masas. En esos libros -huerta de penetrantes equívocos aquel, semillero de confusiones este- se advierte la incoercible proclividad de Ortega Gasset a confundir el pueblo con la plebe la autoridad con el látigo y la revolución con el revolico. Como sociólogo deja bastante que desear. No se percató nunca de que la democracia mas que una fórmula jurídica es toda una filosofía política de clase. Un ver entender y hacer la política con vista a la selección de los que mandan en función de los intereses que representan.

En nuestra América el estilo y el pensamiento de Ortega Gasset hicieron su agosto entre 1920 y 1930. Se imitó su prosa barroca y se saqueó su opulenta temática. Sus giros vagaban sobre todas las penas como mariposas iridiscentes. «Yo soy yo y mi circunstancia» repetían muchos con los ojos en blanco. Se recitaban como versículos de la Biblia parrafadas enteras de *El tema de nuestro tiempo* y de su contrapartida, *La deshumanización del arte*. Su primera visita al «continente del tercer día de la creación» la efectuó en 1916. Redescubrió América y la poseyó con frenética alegría. El deslumbrante boato de la burguesía porteña le ofuscó la pupila y le edulcoró la lengua. Pero, Alfonso Reyes le recordaría que hay otra América auténtica y entrañable- que agoniza y sufre. Dio la callada por respuesta mientras se complacía en autodenominarse Ortega.. «El Americano» y en pregonar su deuda



intelectual con Argentina; «EI argentino escribió es un hombre a la defensiva organizado políticamente en un estado que busca un destino peraltado y un futuro soberbio» La Pampa promesa eso era. Algún «guarango» se quitó el poncho y le propino su tunda dialéctica. Su réplica fue sagaz y cauta. Acaso entrevió el futuro y no quiso cortar las amarras. La vida fluía tumultuosamente bajo su balcón y el viento presagiaba tormenta. Ni el espectador puede sentirse seguro en tiempos de crisis.

EI filósofo es la medida de su filosofía. Esta será lo que aquel sea. Toda filosofía entraña por eso un compromiso ético. No basta lanzar al camino una mazorca centelleante de pensamientos. Hay además que respaldarlos con hechos. Saber y deber ciencia y conciencia han de ir siempre en connubio; Ortega Gasset era ya maestro y heraldo y zonas considerables de la juventud hispanoamericana fiaban en su doctrina y su conducta. Su exhortación a la vida como libertad había prendido en miríadas de corazones impacientes. La libertad afloró en España el 14 de abril de 1931. Cayó la monarquía y emergió la república. En el periodo inmediatamente anterior a ese histórico acaecimiento \_dictaduras de Primo de Rivera y de Berenguer- el filósofo había dado la talla. Junto a sus colegas y discípulos se irguió en viril protesta y demandó la reforma sustancial de la sociedad del estado y de la universidad.

En luna de miel con el régimen republicano. fue electo diputado a las Cortes Constituyentes. No hablo en demasía; pero, sí con empaque sobriedad buidez y elegancia. Sus disentimientos de método, y perspectiva con el poder democrático saltaron presto en afiladas aristas. Aquella no era la república que él quería y hubiera aceptado. Su perfil era enteramente falaz. Urgía rectificarlo y a fondo. Surgió la Agrupación al servicio de la república germen de la equivocada tercera España.

Los tiempos no eran propicios para el sosegado y ascendente curso de una utópica comunidad de trabajadores de todas clases. Soplaban huracanes entrecruzados de revolución y reacción. Europa marchaba vertiginosamente hacia el precipicio. Las corrientes totalitarias de pensamiento y de acción correlato político de las filosofías irracionales anegaban ya estratos vitales de la conciencia y de la sociedad europeas. El morbo invadió a España y el fascismo echó raíces en las vísceras de la república. Tuvo significados voceros y milites en el parlamento en el ejército en la universidad en la iglesia. La conjura urdida en Roma y Berlín estalló en 1936.

Habían llegado los días de prueba. Sobre los habitáculos y minaretes llovió la metralla. La barbarie legitimada por la «nueva» filosofía alemana asomo su garra peluda en el cárdeno horizonte. Precisaba elegir entre la vida banal y la vida autentica entre la vida como libertad y la vida como adaptación entre someterse a la circunstancia o rebelarse. La vida misma ponía en cuestión la cuestión central de la filosofía de Ortega Gasset. Los acontecimientos sorprendieron a este encamado. Su vieja dolencia hepática -se dijo- habíase recrudecido. Los intelectuales españoles se apresuraron a reafirmar su credo, su actitud y su militancia. La mayoría de los discípulos de Ortega Gasset suscribió el manifiesto de adhesión a la republica. También en el maestro. Autorizo su firma por conducto de Maria Zambrano. Pero el filosofo fue inferior a su filosofía en aquel trance impar. Pretextando graves quebrantos de salud recabo y obtuvo permiso de salida abandono España y se instaló en Paris. Acólitos y antagonistas recriminaron su determinación. Su hermano Eduardo contumaz y ferviente republicano, disculpo su ausencia «asegurando que tan pronto se mejorase utilizaría su gran autoridad en favor de las aspiraciones del pueblo español».

El silencio amortajo el verbo del eximio pensador. «Duele si no ha dejado de doler -confesaría Maria Zambrano dilecta discípula este silencio de Ortega. Lo hemos sentido como una losa fría». En 1939, la voz del filosofo se dejó oír de nuevo en la revista inglesa «Nineteenth Century and After» Aun Madrid resistía. Mejor hubiera sido que continuase callado. Se concreto, a desmentir su adhesión a la causa republicana. En el documento figuraba en efecto su nombre; pero se lo habían arrancado \_arguyo \_mediante la coacción. Se negó a sí mismo y negó a su pueblo. No se atrevió a ser quien era y se lo tragó la circunstancia.

La decepción cundió en sus discípulos. Los mejores arrostran hoy pindaricamente la vida vicaria del destierro. Algunos de sus más empinados colegas españoles del éxodo rindieron ya la jornada: Antonio Machado, Joaquín Xirau, Fernando de los Rios, Mariano Ruiz Funes. Otros sobrellevan la adversidad con temple admirable como Gustavo Pittaluga, ejemplarmente erecto sobre su pobreza, su desolación y su ancianidad.

Ortega Gasset recorrió otra vez la ruta de América. En Buenos Aires encontró alero y calor. Dictó conferencias escribió, meditó. Aun podía salvarse. Pero ya había perdido la forma y sucumbió a la nostalgia, desertando de la libertad. Regresó a España y prosiguió callado. Peor todavía: se olvidó de esa España -sangrante hasta el tuétano\_ y de la otra España peregrina o transterrada. Traspasado de dolor lo consigno. Yo también hubiera querido oírle clamar, con desesperada iracundia,

aquel grito varonil y tremendo: « ¡Mis entrañas, mis entrañas! Me duelen las telas de mi corazón: mi corazón ruge dentro de mí; no callare ... ¿ Hasta cuando tengo que ver bandera y oír voz de trompeta?»

José Ortega Gasset debió morir en el exilio. Ha muerto en Madrid. El olor de santidad franquista que sahumó su agonía no lo reconciliará con Dios ni con los hombres. Será ya, para siempre, un filósofo en entredicho.

Tomado de Retorno a la alborada [Crónicas y ensayos], breve prólogo por Samuel Feijóo, Universidad Central de las Villas, tomo 1, La Habana, 1954

### **Carta a Eduardo Ortega y Gasset**

Querido Don Eduardo:

Acabo de leer el hermoso artículo que dedica usted a su hermano José en la revista Cuadernos Americanos. El propósito rectificador que lo inspira y la deliberada contención que trasluce sólo encomios merece. Ha hecho usted muy bien en salirle al paso a las inexactitudes y opiniones erróneas vertidas en torno a la vida y conducta de don José, antes y después de su lamentado deceso. Pero, aún es más digno de subrayarse, si cabe, el tono «recogido y sereno» que, a contrapelo de su natural vehemencia, ha sabido usted mantener sin mermas ni concesiones fraternales. Nadie con más títulos éticos y políticos que usted, proscrito irreductible y republicano ejemplar, para enjuiciar los delicados y controvertidos aspectos que aborda en las páginas que muévanme a escribirle esta carta abierta.

La razón de que haya apelado a esa vía es obvia: en dichas páginas, alude usted, varias veces, al artículo que hube de publicar, hace poco, en la propia revista en que aparece el suyo y lógico se me antoja, incluso obligado, responderle públicamente.

Pero sus alusiones van mucho más lejos. Usted demanda, asimismo, le mí, que determinadas apreciaciones de ese artículo «sean borradas por la mano leal de su autor, convencido de la inexactitud de la información que a trazarlas la llevaron». Aspiro, también, como usted, a ser hombre justo y, en consecuencia, me apresto a rectificar aquellas que son de hecho insostenibles por fundarse en noticias falsas o adulteradas. Antes quiero encarecer los valiosos datos de primera mano que aporta en su artículo para la auténtica reconstrucción de la infancia y mocedad de don José. Sus biógrafos, críticos y exégetas tendrán que abreviar, desde ahora, en tan precioso caudal de referencias.

Justamente por carecer de la precisa información que usted suministra y de estar plagados de vergonzantes deformaciones los escritos de sus comentaristas y discípulos de la posguerra española, de allende y aquende, se ha incurrido, por algunos, en los yerros e inexactitudes que usted impugna. A ellos debióse la astigmática imagen que ofrezco de la formación escolar de su hermano. Me atengo a los dichos de usted –testigo de mayor excepción y gustoso rectifico. No fue, pues, el clérigo Ramón Mingüella, como dije, siguiendo a Domingo Marrero, quien enseñó la primeras letras a José Ortega Gasset: simplemente le enseñó, como usted asevera, a "comer buñuelos» en los tórridos atardeceres del estío castellano. Tampoco sabía yo que su hermano hubiera cosechado tantas amarguras y decepciones durante su última estancia en Buenos Aires, otrora pródiga con él en gentilezas, arrobas y pleitesías. Queda, por ende, retirada esta frase: «En Buenos Aires encontró alero y calor».

Esas inexactitudes son, al cabo, intrascendentes. Sí reviste suma importancia, en cambio, por su índole y alcance, la que, precisamente, motiva su reclamo. Afirma usted que el párrafo que, a continuación transcribo, es social, política e históricamente inexacto: "José Ortega Gasset debió morir en el exilio. Ha muerto en Madrid. El olor de santidad franquista que sahumó su agonía no le reconciliará con Dios ni con los hombres. Será ya, para siempre, un filósofo en entredicho».

Como no me duelen prendas, he de rectificar en parte ese juicio. Averiguaciones posteriores y, sobre todo, la actitud de la juventud universitaria española, que transfiguró en simbólica protesta contra el régimen el sepelio de don José, permiten desechar la malévola versión difundida, entonces, de que su hermano había muerto en "olor de santidad franquista». Con vivo dolor, que expresamente consigné, la acogí en mi artículo, estimándola cierta por antecedentes que parecían abonarla. Soy, por tanto, el primero en complacerme de que don José haya expirado exul umbra en la tierra de sus amores, meditaciones y agonías.

Sigo creyendo, empero, que fue un error capital su retorno a España. Usted mismo discrepó de tan grave decisión y hasta le comunicó sus reparos. Y ratifico, igualmente, mis puntos de vista, en lo que al resto del artículo se refiere, transido, no obstante disentiimiento y censuras, de acendrada estima y fervorosa admiración al escritor impar y al pensador egregio. Lo reconoce usted con nobleza que agradezco sobremanera: "En otros aspectos de su artículo se ha expresado con elevación y acierto».

Prueba de esa estima y admiración, si fuera menester persuadirle de ello, es el haber dedicado parte de mi curso universitario de este año a la lectura y comentario de *La rebelión de las masas* y haber escogido, como objeto del Premio Especial José Martí, adscripto a mi cátedra, el, tema "Pensamiento y circunstancia en Ortega Gasset».

Le envío, con un cordial abrazo, el renuevo de mi vieja amistad Y" aprecio.

Tomado de *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*; Editora Universitaria, Universidad Central de las Villas, 1966

### **Actitud y altitud de Alfonso Reyes**

En estos días celebrará Alfonso Reyes sus bodas de oro con las letras. Escribir ha sido su vocación, oficio y destino. Niño aún empezó a sembrar de misteriosos signos cuanto papel le caía a mano. Abrió su «Diario» al despuntarse la adolescencia. Eso fue allá por 1900. ¿Que podría anotar, a esa edad, que tuviera relevancia? Apenas los sucesos trascendentales de su intrascendente vivir: «Y hoy tome café con leche con bastante pan y mantequilla» El 28 de noviembre de 1905 alumbró, en letra impresa, su premonitorio ejercicio: Tres bruñidos sonetos inspirados en un grupo escultórico de Cordier. «Yo —dirá luego— comencé escribiendo versos y me propongo continuar escribiéndolos hasta el fin; según va la vida al paso del alma sin volver los ojos». Si su primer libro vio la luz en 1911, seis años antes se había ya desposado con la pluma, aun la lleva en ristre y jamás la rendirá hasta que los hados se la arrebaten. Y para esa pluma implume podría haber esculpido esta palabra Cide Hamette: «Para mi sola nació y yo para ella; ella supo obrar y yo escribir; solo dos somos para el uno».

Alfonso Reyes ha pasada ya por dos estaciones ubérrimas y está ancorado en la tercera con el huerto en sazón y el granero repleto. Desde el teocalli de sus libros den cuando menos, nos contempla hoy —frágil corazón encinta de primavera— esa ancianidad lozana, jovial y resplandeciente que trasmina juventud en perenne renuevo. Yo sorprendí una vez como nos esta ahora mirando desde su oratorio: en grato convivio con sus simpatías y sus diferencias, sus incunables y sus papeles sus memorias y sus esperanzas; y a sus pies entre tezónables y mármoles y sobre deslumbrante sarape la capa madrileña el boston de mariscal y el casco de emperador azteca.

De sus trabajos y sus días surgió esa obra copiosa proteica y univoca en la que se reclina a dormir la siesta con la mente insomne. Laboreo tenaz temático innumerable horizonte creciente: haciendo esa obra se hizo a sí mismo cabal hombre de letras. Pero si el aliento es cósmico y ecuménica la perspectiva la solera es mexicana el abono mestizo y criolla la uva. Vano fuera buscar en bodegas ultramarinas el leve -inconfundible- matiz de su vino. Español por la lengua en que se vierte y expresa con personales acentos primores y luces. Su sensibilidad es americana. En esa levedad del matiz esta precisamente el secreto de su emancipación espiritual y de su soberanía literaria. «Advierto desde que piso tierra de España \_observaría\_ que se apodera de mi mente un esfuerzo de traducción. ¡Y yo soy discípulo de las disciplinas lingüísticas del siglo de oro! ¡Cuanto mayor no será el esfuerzo para cualquier hijo plenamente dialectal, de mi pueblo! agrega: «Me ocurre pensar que esta desviación dialectal puede servirnos de índice para ir construyendo una teoría de nuestra sensibilidad diferente americana y hasta -en mi caso- mexicana» Pero sabré su mexicanizad universal y su universal mexicanismo volveré más adelante.

¿Poeta o ensayista? Ni uno ni otro: ambos. De aquí por el verso, le conozcáis la prosa y por la prosa el verso. La unidad de estilo, pensamiento y mensaje es perfecta en Alfonso Reyes. ¿Sabio?. Sin duda y mucho mas que el Alfonso de las Siete Partidas. De su sabiduría podría decirse lo que Goethe de la de Humboldt: «Parece una Fuente con muchos años; corre incontinentemente y no necesitamos mas que poner debajo una vasija» De su plática salí yo una vez empapado de pies a cabeza: chorro fecundante en irisado despliegue de abanico. Cada varilla una faceta: el poeta, él critica, él filosofo el erudito el memorialista, el gourmet, el historiador, el geógrafo el sociólogo el filósofo; y, no obstante su cromática polifonía, limpia y fúlgida el agua del surtidor. Todos los Alfonso Reyes en un solo Alfonso Reyes.

Dejo a otros la seductora aventura de explorar los ricos veneros al arcano hontanar y el arduo empeño \_nigromancia y alquimia- de destilar el agua múltiple en concentrados pomos de esencias. Simplemente voy a referir con obligados apremios la historia de una vocación consciente de sus deberes y responsabilidades. Al cabo si bien se calibra lo que más debe importar en un escritor es que oficio y conducta letra y espíritu sean uno y lo mismo.

Si hay escritores en los que el pensamiento y la existencia van por caminos distintos y a veces contrapuestos los hay asimismo en que la existencia prostituye el pensamiento y este corrompe hasta lo más puro que roza. Vida y obra \_pensamiento y existencia- se adunan ejemplarmente en Alfonso Reyes. Este los trasunta y sé tra-

suntan en este. No cabe pues en su caso prescindir del hombre: parentalía formación acarreo rutas actitud altitud. Ni tampoco de la obra expresión del hombre de su vida. «El arte de la expresión \_ya el mismo lo dijo- no me apareció como un oficio retórico independiente de la conducta sino como un medio para realizar plenamente el sentido humano». Ni Julien Benda ni Archibald McLeish podrían llamarlo al orden: su vocación literaria es compromiso ético y forma la mas alta de vivir.

No es difícil seguir la trayectoria vital y literaria de Alfonso Reyes. Yo se encargo el de hacer el inventario de aquella y de esclarecer sus experiencias. Manía de bojearse a sí propio, aducen algunos. Vanidad incoercible refunfuñan otros. Ni vanidad ni manía: cosa de aseo y apetito de historia. En Monterrey la mas dinámica y laboriosa ciudad de México \_milagro arrancado al desierto a puro coraje y hincado esfuerzo- nació Alfonso Reyes el 17 de mayo de 1889. Su niñez discurrió a la sombra del cerro de La Silla punto de arranque según propia confesión de toda su geografía y base de sus andanzas por el mundo. Noveno vástago de doce hermanos fueron sus padres Bernardo Reyes militar, político y escritor -«varón sin lagrimas»- y Aurelia Ochoa mujer sensitiva y entera, «capaz de seguir a su campeador por las batallas. o de recogerlo ella misma en los hospitales de sangre».

Oriundos de Jalisco donde nadie pierde ni se raja, soldado soldadera fueron también custodios celosos de la prole y esposos modelos. El general Reyes manejaba con pareja soltura el sable y la peñola. Su afición alas letras y artes lo impulso a difundirlas y protegerlas. Julian Carrillo, creador del sonido 13. y Juventino Rosas autor del vals «Sobre las Olas», le debieron apoyo y estimulo en los inicios de su carrera. Enamorado de la repujada prosa y del tónico idealismo de José Enrique Rodo, edito su sermón laico a la juventud hispanoamericana. Fue amigo de Rubén Darío, de Porfirio Barba Jacob y de Manuel José Otón. A este extravagante potosino y errabundo poeta. Te confió el padrinazgo literario de Alfonso. Pero de súbito el general Reyes se ceñía las espuelas y partía al galope con Rodó en el arzón ávido de proezas, Durante varios años fue aquel hogar a caballo bajo el ala rutilante de Ariel. No olvidaría Alfonso Reyes este singular connubio de armas y letras y. más de una vez se enorgullecerá melancólicamente al cotejarlo con su frecuente divorcio en nuestra América.

De su padre -«alegría torrencial, vitalidad gozosa de héroe que juega con la tormenta» -heredo Alfonso Reyes cuanto hay en el d Juan que ríe; y de la madre - don de lágrima sofrenado por la lucidez y la zumba- Juan que-llora y «cierta delectación morosa en la tristeza. Pero en esa herencia se cruzaron apolíneos

influjos y dionisiacos ancestros: «Castas naciones sangre y humores». Obra y actitud le delatan la mixtura: ¡Oh dioses! -exclama-. ¿Tanta revoltura de atavismos será posible? Como si no fuera ya bastante que este pagano del Mediterráneo por afición se sienta asiático de repente, se le añadieron condimentos de Reyes andaluces y manchegos y de Ochoas, navarros, extremos y centro de Iberia; se arrojaron juntos el crisol de la sustancia hispánica y la indígena americana para que allá dentro sigan librando batallas Cortes y Cuauhtemoc a la hora del insomnio (porque dice el epigramatario en México lo Cortes no quita lo Cuauhtemoc); se mezclaron salpimientas de Francia y del Pays Basque; Y en fin las hogazas de Gerona que por allí vinculo yo el nombre de Ogazon» De esa confusión de naciones sangres, castas humores y aliños salieron indemnes por haberla aceptado como dato previo y la redimió por la cultura y el verbo abarcadores de orbes a partir de los orígenes.

De los azares de la guerra y de los rigores del cuartel, el general Reyes salto al cargo de gobernador del estado de Nuevo León, Con puño suave energía creadora y honradez acrisolada lo rigió durante algunos años promoviendo su adelanto en todos los órdenes. En las postrimerías de su gobierno fue nombrado secretario de Guerra y Marina trasladándose a la capital con toda la familia. Once años he cumplido yo. Alfonso, El aire sutil de la meseta -la región mas transparente del aire- le afino el aliento y la nitidez de la atmósfera le abrillanto las quimeras. Concluyo sus estudios primarios y efectuó examen de admisión a la Escuela Preparatoria. Tejió rimas a hurtadillas e inicio su diario. Departió a menudo con el padre y muchas veces las del alba serian cuando abandonaba la lectura. Pero el general se canso pronto del despótico estilo y del altanero tal ante de Porfirio Díaz y la familia retorno a Monterrey. En el Colegio Civil del Estado curso el mozalbete año y medio de bachillerato.

En 1905, concluido ya su mandato y en abierto disenso con el dictador, a quien llegaría a discutirle la presidencia el general Reyes se instalo en México. Años decisivos serán estos para la formación del escritor y del hombre, que maduran en la vigilia, el estudio, la revolución y la tragedia. Cuando Alfonso Reyes traspuso el vetusto portón de la Escuela Nacional Preparatoria, se topo en el patio con José Vasconcelos. Julio Torre, Martín Luis Guzmán. Carlos González Peña. Alfonso Cravioto. Jesús T. Acevedo. Alejandro Quijano. Genaro Fernández MacGregor. Luis Castillo Ledon y Ricardo Gómez Robledo. Aquella honrada de mozos provenía de todo el país y como a una cita inexorable con la patria. Se encontraron sin buscarse: la agonía de México los junto. La imponente estructura del porfiriato



comenzaba a agrietarse. El subsuelo hervía de miserias afrentas, ansias y cóleras. Soplaban aires extraños. No eran vientos de fronda: eran vientos de pueblo decidido a rebelarse.

Cierto es que aquellos jóvenes preferían por educación y temperamento lo pugna de ideas en el ágora al zafarrancho en las serranías. Salvo José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán ninguno era hombre de acción. Pero todos se enfrentaron al pasado y pusieron el hombro para acelerar el desplome. Se aprovecharían del silencio de la paz porfiriana para templar los aceros espirituales que cruzarían invictamente, con los espadones enmohecidos de los «científicos». No eran milites de ninguna organización política; mas, tenían ostensible Puntos de contactos con el partido antirreleccionista y con el partido liberal. «Formaron -puntualiza José Alvarado- un grupo de conspiradores y combatientes contra los cuarteles culturales del porfirismo y fueron uno de tantos batallones de la revolución». Pero eso fue solo parte de su quehacer. La generación del centenario echaría también las bases de la futura Facultad de Filosofía y Letras y los cimientos de la cultura contemporánea de México.

El benjamín de esa generación era Alfonso Reyes; Luis G. Urbina y Enrique González Martínez, los hermanos mayores, y Justo Sierra, Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña, los maestros. La prócer constelación se agrupó primero en torno a la revista «Savia Moderna» levantó tribuna propia en el Ateneo de la Juventud y fundó mas tarde b Universidad Popular, «escuadra volante que iba a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros» Austeridad, disciplina y perseverancia en el trabajo intelectual eran los timbres morales de aquella generación; y patriotismo escarmentado y curiosidad insaciable,-nacionalismo y universalismo- las notas mas acusadas de su actividad espiritual. El afán por el conocimiento de México y de la cultura hispanoamericana ocupó el primer plano de sus preocupaciones; y, a seguidas, con el amor a Grecia en algunos -particularmente en Alfonso Reyes- el interés «por la literatura clásica española, por las letras inglesas y francesas antiguas y modernas, por las ultimas corrientes del pensamiento, por los nuevos métodos críticos, filosóficos y literarios y por la integración de la disciplina cultivada en el cuadro general de las disciplinas del espíritu»

En diciembre de 1910, todavía en las calles los arcos triunfales erigidos por la dictadura para conmemorar el centenario de la independencia, se desbordaron la disconformidad represada y México entró en revolución. Se derrumbaron ídolos, instituciones, valores, jerarquías y símbolos. Todo un orden social cayó verticalmente. Fue tan vasta y profunda la conmoción que la torrentera

revolucionaria se salió de madre, expandiéndose con caótico ímpetu. El empeño original pareció atomizarse y cundió la confusión, azuzada y, a veces, regida por las empresas petroleras. Caudillos militares y caudillos civiles se disputaron, en campos y ciudades la jefatura de la insurgencia. Los que ayer peleaban juntos ahora se exterminaban sin miramientos. La ría revuelta proporcionó ganancias a los demagogos y barro a los filisteos. Aquellos atizaron pasiones y discrepancias; estos, declaró guerra sin cuartel al espíritu. Tembloroso de ira, lo rememoraría Alfonso Reyes: « ¿Universidad, Altos Estudios, Facultades Decorados? ¿Traje de frac para un pueblo que anda descalzo? No, la cultura es aristocracia. ¡Abajo la cultural Por respeto a los pies \_nueva fábula de Menenio Agripa- querrían cercenarnos la cabeza» Pero la torrentera revolucionaria volverá al cabo a su cauce y proseguirá su curso hasta imprimirle a México el aparentemente estable perfil que hoy exhibe a la vera de sus volcanes amodorrados! De la fiera y borrascosa lucha por la libertad la tierra y el pan surgieron la burguesía nacional mas sedimentada de nuestra América.

En 1911 se casó Alfonso Reyes; en 1912 le nació su primer y único hijo. Ya era abogado y profesor de lengua y literatura española en la Escuela de Altos Estudios, cuando, en el mismo año de sus esponsales, se estrenó como autor con su libro Cuestiones estéticas encomiasticamente prologado por Francisco García Calderón e impreso en Paris. Suscitó en unos asombro: «Sorpresa de la prematurez» En otros, resentimiento: «Este Henríquez Ureña, con sus consejos, nos ha matado en flor un poeta».

Por su vuelo y calado. Cuestiones estéticas era un libro adulto; y, por su contenido, un semillero de logros y perspectivas. En sus paginas aflora la preocupación mexicana y están ya en germen los derroteros cardinales de la obra posterior de Alfonso Reyes: clásicos griegos y españoles, teoría literaria y filosofía de la cultura ensayo y narrativa, critica y didáctica, filología y dramática, Goethe y Mallarme. Eso explica la inusitada acogida que mereció en Europa y México y la significación miliar que reviste en la historia de su vocación: se adivina ya en proceso de cuajo la conciencia del oficio.

No le fue dable a Alfonso Reyes saborear las mieles de su primer triunfo literario. A poco muere de peritonitis. Vinieron «luego-luego» días amargos duros sombríos terribles. En vez de Platón en la cabecera de la cama, un 30-30 debajo de la almohada listo para defender vida. Si de la venganza de don Porfirio había podido escapar el general Bernardo Reyes no lograría evadir, en cambio la vendetta revolucionaria. El 9 de febrero murió, con las botas puestas, frente al Palacio Nacional.

Conturbado y dolido, Alfonso Reyes resolvió poner tierra y mar por medio y embarcó rumbo a Europa como segundo secretario de la legación en París, «nombramiento-apunta- con su poquillo de destierro honorable» El impacto psicológico del drama ensombrecerá a veces, sus versos y sus prosas. Nunca, sin embargo, pondría su amargura ni su conciencia al servicio del porfirismo sobreviviente e sobrepuso a su desgracia y en imperecedera lección, permaneció fiel al ideal revolucionario.

El mar. Europa. París. «Mi imagen de París, con la moda de aquellos días - anota en uno de sus ensayos- es cubista. Cien los ojos y miro un París fragmentario, disperso en diminutos planos que no encajan unos a otros, como dividido y entrevisto por las cuatro patas de la torre Eiffel». La pupila de Alfonso Reyes se dilató, súbitamente hasta los confines del mundo. En París vislumbra un futuro cargado de promesas y de realizaciones. Pero la legación fue disuelta al asumir la presidencia Venustiano Carranza y quedó fuera del servicio diplomático.

Estalló la guerra. Traspuso los Pirineos y se radicó en Madrid.

Allí vivirá hasta 1924. Época fue esta esencialmente integradora: su sensibilidad estilo, persona y saber alcanzaran plenitud de madurez. Universalizó su pensamiento, acendró su españolismo afirmó su americanidad, redescubrió a México y alquitaró su mexicanismo en el alambique de la nostalgia. Afrontó estrecheces y privaciones, sin empeñar su capa madrileña. En el Centro de Estudios Históricos, y bajo el magisterio de Ramón Menéndez Pidal, adquirió, junto a Federico de Onís, Américo Castro y Tomas Navarro Tomas las mas finas y eficaces técnicas de investigación filológica y literaria. Colaboró en el diario «El Sol» y en la revista «España» que dirigía José Ortega Gasset. Fue el pionero de la crítica cinematográfica en nuestra lengua. Sus versos, artículos y ensayos le granjearon amigos y ensacharon nombre, Azorin, Eugenio D'ors. Juan Ramón Jiménez y Ramón Maria del Valle Inclán lo frecuentaban. Antonio Machado. Unamuno y Ortega Gasset lo distinguían. José Moreno Villa y Enrique Diez Canedo compartieron, fraternalmente, sus ilusiones y sus agobios. Frecuentó el ateneo. Era su secretario Manuel Azana. Anudaron honda y perdurable amistad. De la estima que le tuvo como escritor da exacta medida este dictamen: «Pertenece a la gran familia de Quevedo No fue menor el aprecio que le mereció el político: «Brava lección moral en que el hombre se levanta sobre los destinos mortales y se adelanta al juicio de la historia, dictándole de antemano la sentencia.

En ese largo interregno publicó un rimero, Huellas varios libros de ensayos, El suicida. Cartones de Madrid. El Cazador, Simpatías y Diferencias, un fresco

reverberante. Visión de Anahuac y una tragedia. Ifigenia Cruel, que «no es evocación del pasado o del ambiente geográfico, sino mitología del presente y descarga de un sufrimiento personal»

En 1924 regresó a México por unos meses. Sus treinta y cinco años de edad eran cifra de una vocación desvelada, de una conciencia alerta, de una sensibilidad exquisita y de un pensamiento cuajado. De sus compañeros de promoción \_la mayoría dispersos y algunos a la greña- sólo el ha llevado «al máximo de sus posibilidades y a su mayor esplendor el espíritu del Ateneo»

En ese mismo año inauguró propiamente, el ciclo diplomático de su vida. Otra vez París. Nunca tuvo México personero tan empuinado y celoso de su soberanía, dignidad y cultura. Era la suya «una diplomacia nueva y viva. En busca, como el dice de la respiración internacional de México» Pero el diplomático no extravió, ni amputó, ni venció al escritor. Este siguió leal a sí mismo y laboró sin tregua. Su capacidad creadora adquirió ritmo vertiginoso. Versos, ensayos, libros irán hacinándose en las gavetas hasta rebosarlas.

Trasladado en 1930 a Brasil, iría luego, en comisión de servicio, a Argentina. Uruguay y Chile. Continuó acopiando cuartillas. Su imagen de América, presagio y utopía de sus más caros anhelos -enriquecida por la experiencia y la meditación- se redondeó en esta etapa final de su ciclo diplomático, que se cierra en 1939. En ese tiempo se agudizó también, depurándose, su pasión por España: tampoco lo Cuauhtemoc quita lo Cortes. Y, cuando la república española fue traicionada por Franco e invadida la península por los condottieros de Hitler y Mussolini, el escritor y el hombre suplantaron al diplomático y definieron claramente su posición junto al pueblo, que el pueblo siempre se sintió Alfonso Reyes. «Pueblo me soy» -ha escrito.

La reintegración de Alfonso Reyes a México culmina su vida y corona su obra: siembra y vendimia en prodigioso laboreo y óptima recolecta. Dará alas a las prensas los libros acumulados y los nuevos libros, que brotan densos de ideas y aligeros de forma, sus libros grandes y sus grandes libros: Última Tule, La Crítica en la Edad Ateniense, La Antigua Retórica, Junta de Sombras, La Experiencia Literaria, El Deslinde. Se inicia la plenitud de plenitudes que ahora vive: la época serena y próspera de la capilla alfonsina, en la que nunca se pone el sol.

«Al acercarnos a Alfonso Reyes -afirma Raimundo Lazo- estamos ante un caso de concurrencia de notas excepcionales, pluralidad excepcional de aptitudes y realizaciones, de dimensiones y realizaciones, de dimensiones y calidades, de valores y enseñanzas. En él se entrelazan y complementan el concepto y la imagen, la intuición fresca y gozosa, iluminadora de la vida, animadora del hombre y del

artista, y la aventura intrépida del pensamiento, señorialmente dominador de la circunstancia». «La universalidad de Alfonso Reyes -postula Jorge Mañach- es el signo mas señero de su eminencia». Ya había escrito Federico de Onís, al insurgir en la vida literaria española el egregio escritor neoleonés: «Americano, europeo y universal!» En las citas que acabo de transcribir se plantea, en sus genuinos términos, el problema literario y humano de Alfonso Reyes, el problema de su mexicanidad universal y de su universal mexicanismo, el problema de su vocación, oficio y conciencia.

Alfonso Reyes, es, sin duda, él más completo hombre de letras que ha dado México hasta ahora. No sé, empero, si, por comedimiento, me quedo corto en el juicio. ¿Por que -me pregunto- confinarlo a México? ¿Acaso hay en su tipo quien le resista el parangón en nuestra América? Véase que lo subrayo: en su tipo. Ni tampoco olvido que Martí, Sarmiento y Darío le aventajan en genio. Cabría acaso el paralelismo con Martí, completo hombre de letras doblado de apóstol. Pero incluso Martí encarna otro tipo. Alfonso Reyes, digámoslo ya, es nuestro humanista moderno. Flecha viajera, clava su impronta en todas partes y de todas partes recibe, asimila y trasfunde tradiciones y novedades, que metaboliza su sensibilidad mexicana, americana. Curiosidad, ubicuidad, receptividad, expresividad: solo ignora lo que le es ajeno y lo que sabe lo recrea. No almacena: reelabora y difunde. Y, asimismo, como Goethe, crea y elabora: inventa: Es clásico y moderno.

Esa universal curiosidad y ese enciclopédico saber le han permitido cultivar todos los géneros y obtener proficuo rendimiento. Se ha ganado, en algunos, el bastón de mariscal: en la poesía, en el ensayo, en la teoría literaria.

Si parva en contraste con la selva radiante y melódica de su prosa, la poesía de Alfonso Reyes es de las más cernidas, delicadas y hechas de la literatura hispanoamericana. Sus esmeros y deliquios traducen, como en ningún otro genero, la lealtad a la vocación y la conciencia del oficio. Es poesía vivida y revivida la que fluye por sus versos: hermética y popular inefable y coloquial, esencial y contingente recatada y cantarina. Es parte consustancial de su espíritu y de su obra, y la ilumina toda y preña de sentido.

En el ensayo ese peculiar género literario en que las inteligencias plásticas se mueven a sus anchas, Alfonso Reyes solo tiene un par en lengua española: Ortega Gasset. Lo ha transitado en todas sus formas y direcciones y ha descubierto todos sus secretos: léase Visión de Anahuac, Las vísperas de España, Pasado Inmediato y Trayectoria de Goethe. Y, como estilista, ya lo señala José Luis Martínez, domina todos los registros, todos los matices, todas las galas y todos los rigores. Su

abundancia es lucida, y sujeta a norma, sobriedad y limpieza. «Cuanto tema toca Alfonso Reyes con su pluma -concluye el crítico mencionado- diríjase que le devolviera su yaciente riqueza y nos la entrega pulido, y animado, organizado como una unidad sinfónica, caprichosa y sabia en su capricho, movable y sosegada»

Aportaciones fundamentales ha hecho Alfonso Reyes a la teoría literaria. *La Crítica en la Edad Ateniense* y *La Antigua Retórica* constituyen un buido examen de la contribución de la antigüedad al problema de la filosofía y de la ciencia del fenómeno literario y es la clave de bóveda de posteriores indagación y análisis que van a nutrir *La Experiencia Literaria*, libro que ya anuncia in *El Deslinde*, su obra más ambiciosa, compleja y esclarecedora. No hay que dejarse engañar por el subtítulo de esta «prolegómenos a la teoría literaria» *El Deslinde* es todo un tratado de la descriptiva literaria: armado del método fenomenológico, Alfonso Reyes asedia y rinde al fenómeno literario y precisa su esfera óptica, sus atributos formales sus funciones, sus categorías y las disciplinas conexas, desentrañados los problemas internos y la complicada estructura existencial bajo el obvio designio de literatura». En esta obra monumental, Alfonso Reyes se ofrece a sí mismo en la experiencia de su vida y en el fruto entrañable de su pensamiento; es la obra en que la vocación, el oficio y la conciencia se funden en la gracia, sabiduría y acuidad de un, espíritu generosamente derramado. «Cuanto me hubiera gustado asistir al asombro que hubiese producido en Aristóteles -escribe Warner Jaeger, el más reputado helenista contemporáneo\_ la lectura de *El Deslinde*».

Mexicano, americano, universal, y, por universal, americano, mexicano. Pero «mucho muy mexicano», como se dice en su solar nativo. Sin embargo, se le ha reprochado, más de una vez, que su obra es ajena al espíritu de México y a su realidad cultural y social. Es esta la peor censura que puede hacerse a Alfonso Reyes. Se amotina contra ella.

Razón le sobra. «Para bien o para mal -ha escrito recientemente\_ yo pertenezco a la literatura mexicana» Pero muchos años antes había escrito: « Yo sueño en emprender una serie de ensayos que habrían de desarrollarse bajo esta divisa: en busca del alma nacional. *La Visión de Anahuac* puede considerarse como el primer capítulo de esta obra, en la que yo procuraré extraer e interpretar la moraleja de nuestra terrible fábula histórica, buscar el pulso de la patria, en todos los momentos y en todos los hombres en que parece babearse intensificado, pedir a la brutalidad de los hechos un sentido espiritual, descubrir la misión del hombre mexicano en la tierra, interrogarlos pertinazmente en todos los fantasmas y las pie4ras de nuestras tumbas y de nuestros monumentos» Y, cuando Héctor Pérez

Martínez. Le imputo a tenor de sus Notas a Gongora y de sus buceos en El cementerio marino de Paul Valery «evidente desvinculación de México», Alfonso Reyes se apresuro a aclarar lo que no pasaba de ser una leyenda o un equivoco. «Quien tuviera la paciencia de leer -le arguyo- los libros que he publicado en estos veinte años fácilmente se convencerá de que no hay uno solo en que no aparezcan el recuerdo, la preocupación o la discusión directa del tema mexicano.

Si el ejemplo de mi vida significara una desvinculación internacional -como lo afirman las palabras de interpretación que contesto, que sin duda fueron escritas por ignorar el daño que hacen y lo injustas que resultan para el centinela mexicano destacado en tierras distantes entonces yo quiero que desaparezcan de mi lado las mas caras conquistas de serenidad y alegría que, hasta ahora pude arrebatarme al, destino. Habían de ser los míos quienes me escatimaran la satisfacción que todos los extraños hasta ahora me han concedido: la de reconocer que vivo por y para servicio de mi tierra hasta donde me alcancen los alientos» Y ya, mas a fondo: «¿De modo que por ser mexicano tengo que desentenderme de los demás? Al contrario: a México le conviene que su voz se oiga en todas partes».

Pero no hace falta que -aduzca, en su defensa, el testimonio de sus actividades literarias y de su obra escrita: Ahí esta el -voz universal de México \_orgullosa de ser regiomontana, mexicana de abajo arriba, depositaria de su estirpe y fiador de México ante el mundo ~ por el mundo con su casco de emperador azteca. Ningún encomio literario podía compensarle de que le arrebaten la virtud de ser: mexicano, Y, con afilada percepción de los dramáticos tiempos que nos han venido encima, y de las viejas y nuevas codicias que se ciernen amenazadoras, agravando nuestro calvario, colofonia su replica con esta severa e incitadora advertencia: «Cuiden de otra cosa los hijos de las naciones que ya están de vuelta en la historia. Para nosotros, las naciones todavía un hecho patético. y por eso nos debemos a ella. En el vasto deber humano, nos ha incumbido una porción que todavía va a darnos mucho quehacer. Yo diría, trocando la Frase de Martí, que Hidalgo no se quita todavía las botas de campana».

Ese beligerante sentido de nación y destino traspasa su doctrina americana, ancho cuenco en que confluyen los problemas, agonías y afanes del continente, vistos desde su raíz y en su floración humana. Alfonso Reyes recoge y renueva la tradición de Alberdi. Sarmiento, Martí, Hostos, Sierra, Varona y Rodo. Elucida, sugiere y convoca: la estatura de América alcanzara su ápice cuando adquiriera efectiva conciencia de sí misma y su cultura se haga ininteligible para las demás

culturas. America, nuestra América, sigue siendo la última Tule, límite de la esperanza».

Altitud intelectual y actitud ética se funden y confunden en Alfonso Reyes. No hay desniveles ni fisuras entre el escritor y el hombre. Su palabra es conducta y su pensamiento es acción. Pero no olvida que la palabra puede también servir de vehículo a la superstición, al doblez, a la mentira y a la opresión. La más alta incumbencia del escritor es justamente impedir que la palabra se dedique a oficios espurios y demandar que se administre como sacramento de redención humana. «No importa lo que en la fórmula lingüística se dice -previene- sino lo que se hace con ella: ¿se propaga la muerte o se propaga la vida? ¿Se procura la libre felicidad de los hombres o sea les reduce a la triste condición de las bestias?» Y exhorta a los escritores a que cumplan el deber que les impone su calidad de tales: «Maestros definidores, caballeros de la palabra, templada cada día en la verdad», En haberlo siempre cumplido estriba la grandeza humana de la obra literaria de Alfonso Reyes.

Suele ya verse, muy de tarde en tarde, a don Alfonso deambulando por la avenida Juárez. No asiste a tertulias, ni a banquetes, ni a saraos. Sus disertaciones en el Colegio Nacional, verdaderos lujos del espíritu, se espacian cada vez más. La vida corre y hay que aprovecharla. Se percató de ello en su juventud y lo dejó indicado: «voy deprisa. La noche me aguarda y esta inquieta» De ahí la generosa avaricia con que distribuye su tiempo. La mayor parte de la noche y casi todo el día lo pasan en su biblioteca, empollando ideas y decantando vivencias. De ese fecundo y tenso apartamento, han brotado los más pulposos frutos de su mente.

Durante mi destierro en México, tuve la fortuna de encontrármelo una noche en la Feria del Libro. Había yo entrado en la caseta de Nuevo León a saludar a un excelente amigo regiomontano -que también lleva su nombre y su apellido- cuando irrumpió Alfonso Reyes con sus ojillos chispeantes, su ágil papada y su rechoncha humanidad, pintorescamente tocada con una boina vasca. Los que allí estábamos lo saludamos efusivamente y le pusimos cerco. Si Alfonso Reyes es un monarca de la pluma, es también un señor de la palabra: solo que se limita a subyugar a puro ingenio y sapiencia.

Su insólita presencia en aquel feérico mercado de revuelta literatura se explica por sí misma. Si bien ningún apetito podían ya despertar en él -de vuelta de todas las tentaciones y de todos los sibaritismos de la sensualidad intelectual- los confites y enchiladas al por mayor que desbordaban los vistosos escaparates, aquella caseta de Nuevo León era, en cambio, como una prolongación de su propia vida y de su propia obra y solo a estar un rato en ella había venido. De Monterrey, su cuna, vivía



el ufano y siempre ensalzándolo y allí estaban sus libros reunidos como trofeos y presidiéndolo todo su bonachona efigie, iluminada de candores e ironías. «Alfonso Reyes, mexicano universal» -rezaba una inscripción en la pared central.

No pudo esta vez torcerle el cuello a la emoción. Somería conmovido. Y la equis que llevaba en la frente, como un oráculo de Quetzalcoalt, le fungía con transparencia clásica. Era como si se hubieran fundido repentinamente, en su húmeda y encendida mirada, la Visión dionisiaca de Anahuac y el ritmo apolíneo de Atenas. Simbólica transfiguración aquella. Esa ha sido y es la obra de Alfonso Reyes: honda raíz mexicana y flor nutrida conzumos de todos los climas y de todos los tiempos.

EI palique discurrió entre aladas anécdotas y sabrosas evocaciones autobiograficas. No se equivocan quienes lo pintan en perenne bojeo de sí propio, sus mismas rimas y prosas son, como las de Goethe, «fragmentos de una confesión general». Alguien aludió a la necesidad de recoger su opulenta cosecha en una edición que la junte, debidamente clasificada y anotada. Supimos entonces que ya estaba en marcha la empresa. Y, al referirme yo al homenaje continental en proyecto para festejar su jubileo literario, se limitó a recordar, con picaresco mohín, que cuando en el juego de la gallina ciega le preguntan: ¿Que quieres, ruido o silencio? - el contesta invariablemente, silencio -. Pero el homenaje, iniciativa de Félix Lizaso, sé esta ya celebrando con ruido de alabanzas y silencio de objeciones. A México ira una delegación de la Universidad de la Habana a entregarle las insignias de «Doctor Honoris Causa en Filosofía y Letras» y a testimoniarle la adhesión de los intelectuales que en Cuba permanecen en pie. Son los únicos que cuentan. Los otros, esos que se han vendido por treinta dineros o andan gozosamente en cuclillas, que sé traicionaron a si mismos y traicionaron al pueblo cubano, nada significa ni representan, bufones o lacayos de un reycito de cuerda.

Alfonso Reyes se ha ganado, juntamente con el novelista Rómulo Gallegos y el filosofo Francisco Romero \_hombres de una sola posición en la existencia- la admiración, el aprecio y el cariño de nuestra América. Ningún ejemplo más reconfortante de escritor entregado a su vocación literaria como expresión autentica de vida. No ha sido, ciertamente, un agonista; mas, tampoco un contemplativo. Han peleado sus batallas -las batallas del espíritu- y se ha atrevido a ser quien es. «El don de admirar la belleza -le oí yo decir- es él mas alto don concedido al hombre. Pronto he de recoger mi barco en la ataranza, y os dejo jóvenes, esta palabra de aliento. Defended, contra las nuevas barbaries, la libertad del espíritu y el derecho alas insobornables disciplinas de la verdad. No me arrepiento de mi oficio, a pesar de sus

contratiempos y torturas. Todo hall a compensaciones en el júbilo de la creación. Tened un ideal, tened una aspiración y si los vais satisfaciendo durante toda vuestra vida, ya habréis encontrado la razón de vivir».

Helo ahí entero y verdadero: un humanista que jamás soslayó los deberes y responsabilidades de ser un hombre y un escritor que nunca prostituyó su dignidad intelectual. Nada más lejos de Erasmo. Nada más cerca de Sócrates.

Tomado de Retorno a la alborada [Crónicas y ensayos], breve prólogo por Samuel Feijóo, Universidad Central de las Villas, tomo 1, La Habana, 1954

### **¿A dónde va el Estado?**

Varios libros inéditos y otros inconclusos dejó al morir en el destierro Fernando de los Ríos. Tuve la oportunidad de oírle leer capítulos enteros de su obra sobre el substrato teológico de la dogmática política de la revolución norteamericana de independencia. Cifraba en ella su más alta esperanza. Era -según me dijo su contribución más importante a la filosofía política. No creo que lograra coronar el ambicioso y polémico empeño. Ya, en es entonces, -primavera de 1946- una enfermedad implacable empezaba a minarle las arterias. Perceptibles eran sus quebrantos en la palidez del rostro, en el ademán fatigado y en la postración intelectual.

De todos esos libros, uno de los más valiosos es, sin duda, ¿A dónde va el estado?, recientemente aparecido en Buenos Aires con prefacio del insigne penalista Luis Jiménez de Asúa. Es una colección de estudios filosófico-políticos que da exacta medida del vasto saber, de la acuidad interpretativa, de la jugosa visión y del vigoroso talento de Fernando de los Ríos. No le va en zaga a ninguno de los teóricos del estado más descolantes de nuestro -tiempo. Este libro póstumo apareja a su autor con George Jellinek, Herman Heller, Hans Kelsen y Harold J Laski. La bibliografía hispanoamericana sobre la materia se ha enriquecido extraordinariamente con este fundamental aporte del gran pensador y político español.

Cuatro enjundiosos y largos ensayos componen ¿A dónde va el estado? Se titula el primero El problema de la continuidad en la política y ataca a fondo la compleja cuestión de las fuerzas del mal y de las raíces de la injusticia. No es nuevo el tema en la meditación filosófico-política de Fernando de los Ríos. Había sido objeto de acendradas reflexiones en su juventud, y hasta de algunos ensayos publicados entre 1911 y 1930. Se advierte nítidamente la impronta de la concepción

físico-matemática del fluir histórico, nutrida en la inmanencia del continuo de Leibnitz.\_ Pero ahora aparece elaborado a la luz de su óptica humanista de la sociedad, del estado y del derecho. Examina magistralmente el anarquismo, la arbitrariedad, la injusticia y la revolución como expresiones discontinuas del derecho y concentra su atención en el análisis de las doctrinas del regicidio y del derecho de resistencia a la opresión en la Carta Magna, en los fueros aragoneses y en las constituciones revolucionarias de Francia, como hitos cardinales en el proceso de integración de la teoría jurídica y del derecho positivo contemporáneo. La discontinuidad del derecho únicamente puede superarse mediante un poder público dimanado de la voluntad popular. «El derecho público -concluye Fernando de los Ríos tiene armas para limitar, si no para destruir, los males señalados; pero estas armas necesitan ser esgrimidas por todos los miembros de la comunidades indispensable la democracia como supuesto. Porque sólo en la democracia puedo decir que la leyes mi ley y llegar, en realidad, a expresar, en ésta, mi voluntad. Sólo en la democracia la autoridad de la leyes expresión de la autoridad que en mí ha de ejercitar conforme a la ley del bien.» .

El segundo ensayo se titula la responsabilidad de los monarcas en el moderno derecho público y se ocupa del histórico conflicto planteado en Inglaterra entre el estado autocrático y el estado de derecho y de las sanciones judiciales y políticas correspondientes al rey o al presidente que infrinja o viole la constitución. Abundan las referencias ilustrativas y las observaciones sagaces. El rigor teórico con que se desarrolla la tesis es digno de nota.

Lleva por título el tercer ensayo La metodología política alemana de Fichte a Hitler. La enmarañada situación internacional y la patológica concentración de poder en determinadas zonas geográficas, políticas y culturales infunden a este ensayo particular interés y palpitante actualidad. La revisión crítica que acomete Fernando de los Ríos de la metodología política alemana alumbra los más recónditos estratos de la realidad social que la alimenta? configura. Los ciclos y las oscilaciones del pensamiento político alemán están admirablemente precisados y descritos. En estas buidas y documentadas páginas, desfilan; con plástica vivacidad, el concepto nacionalista del estado de Fichte, el idealismo absolutista de Hegel, el organicismo jurídico de Gierke, el personalismo social de Cohen, la sistemática jurídica de Stammler, el normativismo lógico de Kelsen, la antinomia amigo-enemigo de Schmitt, la crisis del derecho público Y el credo totalitario de Hitler. Este ensayo constituye una severa censura a la doctrina transpersonalista del estado y del derecho y una militante adhesión a la teoría democrática del poder. No resulta

ocioso subrayarlo. Las arraigadas ideas de Fernando de los Ríos sobre la fundamentación ética del socialismo continúan iluminando el trasfondo de su perspectiva histórica.

Refiérase el cuarto ensayo a La estructura metajurídica de la magistratura del monarca constitucional. Su nudo dramático es el problema del poder, del estado y de la sociedad. Luis Jiménez de Asúa lo considera el de más «hondura histórica, filosófica y Técnica». Comparto plenamente el juicio. En este ensayo, Fernando de los Ríos despliega lujosamente su dominio de la historia, de la filosofía y de la sociología. Su panorámica del problema se inicia en Grecia y culmina en una exégesis crítica de la geopolítica, del racismo y del marxismo. Merecen especial encarecimiento los capítulos dedicados a la escuela cristiana de Sevilla, a Maquiavelo, a los juristas españoles del siglo XVI, a la doctrina contractual del estado y a las declaraciones de derechos del hombre y del ciudadano del 1776 y 1789. .

La consecuencia que extrae Fernando de los Ríos de ese análisis del pensamiento político y de las estructuras reales adoptadas por el estado es que pisamos ya el umbral de las organizaciones de tipo ecuménico. «Estamos -afirma- en los albores de la organización universal del mundo como estado.» La historia evidentemente marcha" hoy, impelida por fuerzas inexorables, hacia la unidad supranacional del poder. Pero lo que, según Fernando de los Ríos, no tiene aún respuesta clara es cuál ha de ser, a la postre, el contenido y la forma de ese poder. No se atreve a formularla. Duda y vacila. Su interrogante flota patéticamente sobre el lector al doblar la página final. ¿A dónde va el estado? ¿Al aniquilamiento total de la persona humana o a su total liberación?

La réplica a la trágica disyuntiva trasciende el plano de la pura teoría política. De los pueblos dependerá, exclusivamente, que la humanidad se salve en la planificación para la libertad o se hunda en la esclavitud tecnificada. No dudó nunca de esto Fernando de los Ríos. Ese fué precisamente el tópico central de nuestra charla la clara y fragante mañana de abril en que estreché m mano por última vez. Su fe profunda en una vida más bella y más justa le fulgía, como radiante arco iris, en la barba nevada.

Tomado de *Viento Sur* [Trabajos y artículos], Editorial Selecta, La Habana 1953

## **El socialismo soviético vs el socialismo de la libertad**

### **Ideas en conflicto y hombres a la greña**

Ninguna centuria ha sido tan sañudamente zaherida como la decimonona de la era cristiana. De «estúpida» fue motejada por León Daudet en rencoroso panfleto. El vituperio alcanzó inusitada boga en los círculos intelectuales más exclusivos de la preguerra y fue el banderín de enganche de los cesarismos de nuevo cuño. No resulta ocioso recordarle, a José Ortega y Gasset, la responsabilidad que le corresponde, por infundirle carácter de dogma en los predios hispanoamericanos a la estupidez deliberada del reaccionario polemista. Si «estúpido» fue el siglo XIX, no menos lo es el xx. Nada nuevo, en rigor, ha inventado el que corre. De la sustancia, de las ideas y de los sentimientos del XIX, vive aún este mundo despedazado, que develó el misterio de la energía nuclear para sumir a la humanidad en una pesadilla. Sus proezas y sus miserias en el campo de la cultura, de la técnica y de la política, se prolongan, acrecentadas, en las nuestras. En el plano de las ideas y de las luchas políticas, el siglo xx se ha ceñido, exclusivamente, a llevar, hasta sus últimas consecuencias, las doctrinas políticas, las teorías económicas y los problemas sociales, nacidos de la revolución industrial, de la democracia burguesa y de la concepción pragmática de la vida. Nada me parece más ilustrativo, a este respecto, que un artículo de Jean-Jacques **Chevallier** aparecido recientemente. Intentaré resumirlo, sin contraerme meramente a recoger sus puntos de vista.

No cabe duda que este medio siglo, sacudido por guerras descomunales y sangrientas revoluciones, dejará su impronta indeleble en la historia del pensamiento político. Al día siguiente del imperio napoleónico, Europa estaba ya preñada de gérmenes nuevos: gérmenes de la idea socialista, gérmenes de la idea nacionalista, gérmenes de la idea contrarrevolucionaria, gérmenes de la idea demócrata cristiana. Gérmenes todos, que bullían sordamente en la redoma del liberalismo individualista. Su desarrollo fue paulatino. Pero al declinar el jugoso regodeo de la era victoriana, maduraron vertiginosamente hasta alcanzar su hora de beligerante plenitud en nuestro tiempo. Millones de hombres, mujeres y niños saben ya, por propia experiencia, que algunos de los más brutales conflictos que han diezmado la especie han sido, en pareja medida, conflictos ideológicos y materiales.

La idea socialista transmitida por el siglo XIX conjuga ingredientes marxistas e ingredientes proudhonianos. El marxismo, triunfante en Alemania con Bebel y difundido en Francia por Guesde, enmascaraba apenas las vacilaciones doctrinales en que se debatían los ideólogos de la Segunda Internacional Obrera, denominada socialista o socialdemócrata. Causante principal de estas vacilaciones había sido Bernstein, al incoarle proceso de revisión a las teorías económicas, a la estrategia revolucionaria y a las previsiones de Carlos Marx. El Partido Socialista francés fue

marxista solo de nombre. El sobrio idealismo y el acento ético de Proudhon fue, contrapuesto, por Jean Jaurés, a la dialéctica materialista, a la lucha de clases y al aparato científico de la ortodoxia marxista. El espíritu anarcoide del sindicalismo — heredado igualmente de Proudhon— soportaba difícilmente el férreo centralismo de los partidos llamados marxistas; pero, a su vez, en el seno de estos propios partidos se comenzó a operar un proceso de «aburguesamiento», que dio pábulo a las tendencias reformistas en detrimento de las revolucionarias. La lucha de clases, con su inexorable corolario, la expropiación violenta de los expropiadores, dio paso a la lucha parlamentaria por el mejoramiento del proletariado en el cuadro de la democracia capitalista. Fue el minuto áureo de la solidaridad social. Europa entra a en una nueva época: la época de la armonía de todas las clases y de la prosperidad permanente, de la síntesis del individualismo y del socialismo bajo la protección jurídica del estado y de los capitanes de industria.

¿Era esta imagen idílica la que Marx había trazado en el *Manifiesto Comunista*? ¿Respondía esta síntesis a su flamígero mensaje de condenación de la sociedad burguesa? Muchos de sus catecúmenos se resistían a admitirlo. Y, no tardarían unos, como Nicolás Lenin, en denunciar la mixtificación del marxismo por la Segunda Internacional Obrera; y otros, como Jorge Sorel, a considerarlo irremediablemente descompuesto. Estalla la primera guerra mundial. El socialismo proletario, ya aburguesado, deviene en modalidad vergonzante del chauvinismo. ¿No toman partido la inmensa mayoría de los llamados marxistas por sus patrias respectivas? ¿No caerá vilmente asesinado por un oscuro nacionalista Jean Jaurés? El primero de noviembre de 1914, en nombre de los bolcheviques, disidentes del Partido Socialdemócrata ruso, Nicolás Lenin proclama la bancarrota de la segunda Internacional. «El socialismo no puede vencer —concluye— en el angosto marco de la patria. La Segunda Internacional ha muerto. A la guerra imperialista oponemos la revolución proletaria. ¡Viva la Internacional depurada!»

Nunca profecía alguna tuvo tan cumplida realización. Lenin se va a revelar, prontamente, como genial hombre de acción. Gracias a él, a su maravillosa destreza en el aprovechamiento de las circunstancias, el marxismo se corporiza, se hace carne y sangre en un país de dimensiones enormes, de prodigiosos recursos humanos y naturales. Surge la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, la «patria del socialismo», prefigura de un estado mundial cimentado en las concepciones del marxismo-leninismo. La Tercera Internacional, la Internacional Comunista, brota, empenachada de presagios y de anatemas, sobre las ruinas humeantes de la Segunda.

Qué es el leninismo, esta «adaptación dialéctica» del marxismo a la época del imperialismo y de la revolución proletaria. Se trata, esencialmente, según Chevallier, de una «elucidación metódica del concepto de dictadura transitoria del proletariado íntimamente imbricado al concepto de partido único». El estado burgués, aunque democrático en la forma, es, como todo estado, una máquina de opresión de las mayorías trabajadoras. A este estado burgués, derribado por la violencia, sucederá, fatalmente, el estado proletario, que es también una máquina de opresión de clase, el poder que aplastará inmisericordemente la minoría de los explotadores. El instrumento de esta implacable dictadura es el Partido Comunista. Este partido no guarda semejanza alguna con los partidos de la democracia burguesa. Es la forma suprema de organización de la clase obrera, su vanguardia consciente, su tropa de choque, dotada de una teoría, una estrategia y una táctica infalibles en la comprensión del proceso histórico. Un partido que es, por su naturaleza y objetivos, necesariamente único, que no sabría ni podría compartir con ningún otro la dirección de la clase de la cual constituye su órgano de combate, unificado teórica y prácticamente por una disciplina de hierro. Pero la dictadura del proletariado no es más que una fase de transición —cuya duración es imposible prever— para asegurar el paso de la sociedad capitalista a la sociedad comunista. Ya en esta, marchitado progresivamente el aparato de coerción del Estado, las clases sociales habrán desaparecido. Cada uno será retribuido según sus necesidades y no según su trabajo. Los hombres serán todos hermanos y el «libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de los demás». De nuevo el paraíso sobre la tierra. El marxismo-leninismo —deformado en stalinismo al decir de León Trotski— es la dura, coherente, dinámica, eficaz y maquiavélica doctrina que abreva, por igual, al afanoso de poder que al soñador de utopías. «Su último artilugio —afirma Chevallier— es la “democracia popular”, típica estructura totalitaria que se beneficia del prestigio mágico inherente a la palabra democracia y a la palabra pueblo». La «democracia popular» es la antítesis de la democracia burguesa para el Cominform. Y, para los socialistas como León Blum, una fórmula oriental, primitiva y elemental destinada a embaucar al proletariado de occidente.

Los acontecimientos y el flujo polémico de las ideas han sellado, definitivamente, el cisma creado en 1919 entre «socialistas» y «comunistas». El libro de Henri de Man, *Más allá del Marxismo* publicado en 1927, ha insuflado nuevo espíritu al idealismo proudhoniano. La experiencia de los movimientos socialistas autoritarios ha robustecido la fidelidad de los socialistas de occidente a los métodos democráticos: sufragio universal, pluralidad de partidos, gobierno por

consentimiento, libertades públicas, elecciones periódicas. Harold J. Laski ha contribuido, decisivamente, a esta dirección del movimiento socialista en la postguerra. El ideal de este socialismo por consentimiento continúa siendo, no obstante, la abolición de la propiedad privada. Mientras tanto, un epígono yanqui de León Trotsky, especie de boxeador de la inteligencia, penetrante, ágil y desenfadado, el profesor James Burnham, viene de arrojar un singular adoquín en el proceloso mar de las ideologías, proclamando la era de los managers. El capitalismo está ciertamente condenado; pero también lo está el socialismo. Al capitalismo sucederá —está sucediendo ya— un régimen de tecnócratas que regirán la sociedad con típico estilo totalitario. ¡Es esto verdades o falso! La controversia se intensifica por días. ¿Y qué se hizo del viejo anhelo de libertad, igualdad y fraternidad?

La idea nacionalista y la idea contrarrevolucionaria, distanciadas en una época, se enmaridan, gozosamente, a principios de este siglo. De este explosivo matrimonio, Barrés fue el profeta y Maurrás el notario. El obsoleto tradicionalismo de De Maistre y de Bonald, doctrina de extrema derecha enderezada a combatir el iluminismo y la revolución, se ve compelida a ligarse con el joven nacionalismo de progenie jacobina, propagado en Europa por las legiones subversivas de Napoleón. No demoraría, sin embargo, en abonar las concepciones **absolutistas** de Fichte y de Hegel. Maurrás y la Acción Francesa lanzan sus ponzoñosos venablos contra la democracia burguesa y contra el internacionalismo socialista, que juzgan amenaza mortal para la unidad histórica de las nacionalidades. Examinan todas las cuestiones bajo el prisma exclusivo del «interés nacional» y abogan por el establecimiento universal de la monarquía. Este nacionalismo **trabucaire** encuentra una inesperada ayuda en un pensador de extrema izquierda, Jorge Sorel, cuyas *Reflexiones sobre la violencia* son una requisitoria apasionada contra la revolución francesa, la democracia parlamentaria y el socialismo aburguesado.

El fracaso de este connubio fue estruendoso en Francia. Pero en otras partes de Europa, favorecida por las convulsiones internacionales y nacionales, la simbiosis de Maurrás y Sorel tuvo, a partir de 1919, una poderosa influencia. De ella se nutrió especialmente el fascismo italiano, prototipo de los nuevos regímenes antiparlamentarios, antisocialistas y autoritarios. El fascismo —negación radical y definitiva de los postulados de la revolución francesa— se oponía, abiertamente, a la revolución marxista-leninista, plagiándole a Lenin la técnica antidemocrática y totalitaria del partido único. Rechazaba la lucha de clases en nombre de la unidad orgánica del estado-nación, que «funde las clases en una sola realidad económica y moral». Exaltaba, en lenguaje nietzscheano, la voluntad de poder y el orgullo



nacional. Y, al mismo tiempo —usufructuando demagógicamente la crisis del capitalismo y el descontento proletario— forjó el mito de la «revolución nacional», enemiga irreconciliable de las plutocracias. Mito capaz, según aseguraba Mussolini, de competir ventajosamente con el mito liberal declinante y el mito marxista ascendente, simbolizado por la U. R. S. S.

Adolfo Hitler —*condottiero* genial— le imprimió al mito de la revolución nacional un carácter racista, que culminaría en crímenes y monstruosidades sin precedentes. Al estado-clase de Marx y Lenin, opuso, directamente, el estado-raza. La clave de la historia no estaba en la lucha de clases. La clave de la historia estaba en la lucha de razas. La raza aria ocupaba el primer rango en la jerarquía política, social, económica y cultural. El último la raza judía. El partido único era el instrumento histórico de la raza aria para uncir la humanidad a su servicio; y Adolfo Hitler el enviado de la providencia para lograrlo. Cerrilmente antiliberal y antimarxista, Hitler supo también conciliar, eficazmente, un anticapitalismo de propaganda con un antisemitismo salvaje. **El nacionalismo es** (aquí parece faltar algo) el hijo adulterino del nacionalismo contrarrevolucionario. Y, lo más grave, es que, habiendo sido derrotado en el campo de batalla, está renaciendo a ojos vista. La barbarie franquista es un eslabón de enlace entre el fascismo y el nazismo y una punta de lanza de la reacción creciente que se advierte en ambas Américas.

No puede pasarse por alto un matrimonio a la inversa de aquel que Maurrás legitimó intelectualmente: el matrimonio de la idea nacionalista con la idea revolucionaria marxista-leninista. La fórmula fue concebida por Lenin como medio de rebelar a los pueblos coloniales u oprimidos contra sus explotadores. La cuestión nacional —escribe Lenin— es «una parte de la cuestión general de la revolución proletaria». Pero si la pasión nacionalista, aunque sea de derecha, resulta indispensable para galvanizar los movimientos de emancipación de los pueblos oprimidos, estos, una vez liberados, deben entrar, a toda vela, en el internacionalismo proletario, bajo el signo de la U. R. S. S. De ahí las fulminaciones de la alta jerarquía soviética al mariscal Tito, promotor audaz de una herejía nacionalista de porvenir ignorado.

Entre la pasión de clase y la pasión nacionalista, traducidas en ideologías belicosas, poco espacio queda para la idea demócrata cristiana. Sus débiles gérmenes sobrevivieron, dificultosamente, a las desilusiones de la revolución de 1848, al cesarismo del segundo imperio y al anticlericalismo de la tercera república. Sin embargo, la atrevida posición adoptada por León XIII en la Encíclica **Rerum Novarum** marca una coyuntura de alza en el movimiento social cristiano. El

esfuerzo patético de Lamennais, desaprobado por la iglesia, al fin daba sus frutos. El catolicismo se desvinculaba de los regímenes y de las fuerzas tradicionales y se resignaba refunfunando a la sociedad «moderna», nacida de una filosofía anticristiana y de una revolución demoníaca. A partir de entonces, el movimiento demócrata cristiano ha sufrido oscilaciones de gran amplitud. Pero las ideas que lo inspiran se van arraigando contra viento y marea. Fuera de Francia también ganan terreno. De ellas se alimentan vastas zonas populares en los países liberados del nazismo y del fascismo. Bajo la perspectiva puramente cultural este movimiento, adoctrinado por Jacques Maritain, ha aportado una solución al problema cada vez más complejo y candente de las relaciones entre el individuo y el estado, que estiman válida numerosos creyentes y no pocos incrédulos. Ni la democracia, ni el socialismo serán posibles —postula Maritain— sin la cooperación del espíritu cristiano, que del individuo replegado en sí propio hace una persona ávida de servir, y del estado, ese Leviatán sin entrañas, una comunidad de personas inspiradas en el bien de todos.

Al promediar el siglo xx se enfrentan, disputándose encarnizadamente la hegemonía, ya en plenitud de desarrollo, las ideas políticas fecundadas por el siglo XIX. Después de apocalípticas contiendas en nombre de las más contrapuestas ideologías, jamás ha sido tan profunda y extensa la confusión, el desasosiego, el desamparo y el acoso. Las ideas políticas y los conflictos sociales han separado, de tal suerte, a los hombres, que parece imposible que se hayan vinculado universalmente en otros aspectos. En el curso del próximo medio siglo, el destino de los hombres dependerá —sentencia Jean-Jacques Chevallier— de «lo que el esfuerzo concertado de los grandes espíritus y de los grandes corazones hayan podido hacer por atenuar esta separación catastrófica y universalizar el pensamiento político».

Tomado de *15 años después*, Editorial Librería Selecta, La Habana, 1950;

### **El padrecito rojo**

José Stalin ha muerto. Ríos de tinta se han vertido en torno a su esperado deceso. Su ya quebrantada salud presagiaba el súbito desenlace. Nunca en verdad, se han escrito tantas tonterías y estupideces para enjuiciar el tránsito a la historia de un gran líder político, como en esta ocasión. Da pena la fabulosa capacidad de la mente humana para fatigar el ridículo. Desde diversas perspectivas, incluyendo la marxista

ortodoxa, Stalin es acreedor del repudio y la condena; pero lo que no puede ocultarse es la tremenda impronta que deja su paso por la tierra. No es inferior a la de Lenin, Hitler, Trotsky, Mussolini o Roosevelt. A su manera y bajo signo distinto, todos fueron, para decirlo con Hermann Keyserling, «espíritus que de modo patente han comunicado a esta época impulsos vitales de carácter activamente histórico».

Mientras en los pueblos aquende la cortina de hierro se tejen y destejen conjeturas y algunos de la mas varia índole, millares de rusos han desfilado, en muda y desolada procesión, ante el cadáver expuesto del Padrecito Rojo. Los propios corresponsales de la prensa occidental se muestran sorprendidos de la conmoción producida por el fallecimiento del más poderoso y dinámico dictador que recuerdan los siglos. Su incompreensión radical de la naturaleza, estructura y objetivos del régimen forjado por Stalin les impide trascender más allá de la imponente manifestación de duelo. De ahí la banalidad de sus reseñas y el simplismo de sus predicciones. Nada ilustra, sin embargo; tan nítidamente, la descomunal ignorancia que padecen —solo pareja a la de los expertos oficiales en asuntos rusos—, como la pueril alharaca alrededor del pintoresco problema de la sucesión. No precisaba ser muy zahorí para percatarse de que, en consonancia con el carácter jerárquico del régimen soviético y su típica contextura de Estado-Partido, era cosa ya resuelta en vida de Stalin y correspondía sustituirlo a Georgi Malenkov, dueño de los resortes y secretos del poder por decisión del Comité Central del Partido Comunista del Consejo de Ministros de la URSS y del Presidium de su Consejo Supremo. La proclama conjunta, suscrita al expirar Stalin, constituye un mero trámite del acuerdo previamente adoptado.

No cabe llamarse a engaño. Stalin ha muerto; pero su política está viva, el estado soviético en pie, los países satélites en un puño, los partidos comunistas a la orden y firmes y enraizados en la conciencia de millones de gentes los dogmas fluidos en que se sustentan la dominación del Kremlin y su proceso de desplazamiento geográfico y económico. Stalin puso en marcha el imperio soviético hacia su apocalíptico destino. Malenkov seguirá, inflexiblemente, la línea de Stalin. Ni las ofertas de paz, ni los rejuegos tácticos, ni las circunstanciales blanduras alterarán la estrategia concebida a raíz de la muerte de Lenin y desarrollada después de la expulsión y destierro de Trotski. Desde entonces, no es posible en la URSS el disenso sin riesgo de vida. Cuantos se han atrevido a controvertir «la línea» han pagado la osadía con la horca o con el campo de concentración. Las periódicas purgas no han tenido otra finalidad que limpiar el camino de herejes.

El derrocamiento del atrasado, despótico y podrido imperio de los zares y el advenimiento del régimen soviético es, sin duda, el vuelco histórico mas trascendental de nuestra época. Como Juan Jacobo Rousseau la revolución francesa, Carlos Marx presidió, ya muerto, una revolución hecha en su nombre y afincada en su doctrina. Era una empresa noblemente inspirada en la redención de los humildes y un incitante proyecto de una sociedad sin desniveles, injusticias, miserias y sombras, en la cual la libertad de cada uno sería la condición del libre desenvolvimiento de los demás, la razón de comunidad primaria sobre la razón de estado y no habría mayor potestad que el señorío del espíritu. El epos religioso del pueblo ruso y su sentido mesiánico de la vida —subrayado por Dostoievski en profético arranque— fue maravillosamente administrado por los heraldos de la buena nueva. Múltiples factores, objetivos y subjetivos, torcieron primero y frustraron después el magno empeño. El régimen soviético fue cobrando cada vez más un estilo político totalitario y una agresiva proyección nacionalista, hasta transformarse en un socialismo de estado y de tipo policíaco y en la mas ágil, pujante y maquiavélica fuerza de choque que ha lidiado por la hegemonía del planeta. Carlos Marx ha sido expurgado, corregido, monopolizado, rusificado y contradicho por el propio Stalin a fin de justificar la política imperialista del zarismo y la invasión soviética de Polonia conjuntamente con las huestes de Hitler. Ni exagera Maximiliem Rubel cuando afirma que Marx es hoy «autor maldito en la URSS». Es indiscutible que la escisión de la economía mundial creada por la revolución rusa y la carismática influencia de la URSS al arrogarse la conducción providencial del movimiento obrero ha obligado al capitalismo a sacrificar utilidades, expandir la riqueza, mejorar las condiciones sociales de existencia, enmascarar sus móviles rampantes y practican por otros medios su política de explotación colonial. No es menos evidente, empero, que en vez de marchitarse progresivamente, el estado soviético ha concluido por ser —a contrapelo de su pregonada sociedad sin clases— la más efectiva y brutal expresión del Leviatán de Hobbes y del dios mortal de Hegel. De esa patológica aberración histórica, dimanar, paradójicamente, el embrujo de Stalin, la crisis del socialismo y el renuevo de la democracia. Pero seria absurdo pretender negar el gigantesco progreso técnico, económico, social y cultural de Rusia bajo el férreo mando de Stalin.

Si el problema del poder es el tema central de la teoría política, ninguno es más importante en el terreno de la acción política. La voluntad de poder es lo que precisamente singulariza y define al político de raza. Pocas veces conoció la historia tanto afán de poder y tanto poder concentrado como en José Stalin. Ni aptitudes y

dobleces personales tan insólitamente acordes con la naturaleza y fines del poder ejercido. Sería pueril negarle a Stalin talento organizador y capacidad ejecutiva; pero mucho mas lo sería ocultar su astucia, su hipocresía y su audacia. José Stalin fue en vida un nuevo zar para los imperios rivales y el fementido abanderado de un hermoso ideal para millones de proletarios y para los que aun alientan la esperanza de un socialismo fundado en la libertad. No importa que haya adulterado la historia de la revolución rusa en provecho propio y suprimido implacablemente a sus adversarios. Para su pueblo, y especialmente para las nuevas generaciones, educadas en la superstición del materialismo dialéctico y en la obediencia mágica al caudillo, fue y será siempre el hombre que elevó a Rusia al rango de potencia mundial. Ayer fue un héroe. Hoy es un símbolo. Y de ahora en adelante, mientras el imperio soviético subsista, recibirá, junto con Pedro el Grande y Nicolás Lenin, la ofrenda de sus súbditos y el homenaje de sus vasallos.

Tomado de *Viento Sur* [Trabajos y artículos], Editorial Selecta, La Habana 1953;

### **El ejemplo de Hungría**

Si los brutales métodos empleados por el ejército soviético para reprimir la patriótica sublevación del pueblo húngaro ha suscitado la más severa repulsa de la conciencia libre del mundo, sus repercusiones en las zonas intelectuales sometidas o afectas al Kremlin están resquebrajando, gravemente, la dogmática unidad del movimiento comunista en el plano de la cultura. Los crímenes, desmanes y ultrajes perpetrados por los invasores han promovido enérgicas censuras y numerosas deserciones entre las focas amaestradas y los lacayos parlantes de Moscú. El implacable lavado de cerebro y el sistemático encallecimiento de la sensibilidad a que suelen ser sometidos los heraldos y palafreneros del cesaropapismo marxista, falló, a lo que parece, en estos casos. Este aspecto de la abominación desatada contra los pretensos campeones de los pueblos coloniales, dependientes y subdesarrollados, ha sido omitido, no obstante su significación humana y su trascendencia política, por las agencias cablegráficas en sus informaciones. Dado el angosto espacio de que dispongo, me limitaré a extraer, del abundante material que poseo, las opiniones, juicios y pronunciamientos más representativos.

En Francia, país en que la influencia comunista es enorme, los intelectuales de todos los credos políticos han execrado las infamias y depredaciones soviéticas en Hungría. Abrió la protesta el eminente novelista Albert Camus, encabezando un

manifiesto en que se demanda **Hunda** de la Organización de las Naciones Unidas la adopción inmediata de medidas para sancionar el genocidio de que es víctima el pueblo húngaro. Su actitud, consecuente con sus arraigadas convicciones democráticas, no extrañó, ni podía extrañar a nadie. Singular sorpresa hubo de producir, en cambio, por su reiterada y babosa adhesión al comunismo totalitario, la reprobación pública de Jean Paul Sartre, el filósofo del existencialismo, a «las monstruosas matanzas de húngaros». Pero fue todavía más lejos el *enfant terrible* de los bolcheviques de salón: «Es una mentira abyecta —afirmó— pretender que los obreros están luchando al lado de las tropas soviéticas. El ejército rojo dispara contra el pueblo entero y no contra un puñado de mercenarios introducidos clandestinamente por las potencias imperialistas de occidente. Yo condeno enérgicamente y sin reservas la agresión soviética».

Las más destacadas figuras intelectuales del partido comunista francés, como Jacques Prevert, Simone de Beauvoir, Augusto Lecoœur, Roger Vailland y Claude Roy, no demorarían en **imitarle**. El Comité National des Ecrivains, brillante y poderoso núcleo intelectual que los comunistas habían controlado hasta ahora, se deshizo, virtualmente, al tremendo impacto de los sucesos de Hungría. En un dramático documento, que suscriben escritores comunistas tan significados como Luis Aragon, Francis Jourdain, Stanislas Fumet, Claude Morgan, Elsa Triolet y el propio Sartre, el Comité exige, del gobierno títere de Kadar, «protección para la vida, la libertad política y los intereses morales de los intelectuales húngaros». Francois Mauriac, André Bretón, Hervé Bazin, André Chanson, Marcel Pagnol y Jules Romain, los más altos exponentes acaso de la literatura francesa contemporánea, han consignado su flamígera condena al imperialismo soviético y su ferviente adhesión al pueblo húngaro. «Esta horrible lección nos muestra —escribió Romaní— que un liberalismo comunista y un respeto eventual a los derechos del hombre por parte del comunismo son casi tan inconcebibles como la cuadratura del círculo». El famoso poeta negro y diputado comunista, Aimé Césaire, ha abjurado, públicamente, de su filiación.

No es distinta que en Francia la reacción de los intelectuales en Italia, uno de los más potentes baluartes del comunismo soviético aquende la cortina de hierro. En un manifiesto firmado, entre otros por Carlos Musceita, Natalino Sapegno, Gaetano Trombatore y Lorenzo Vespignani, militantes comunistas de nota, se fija la posición de conciencia adoptada: «Hay que tener el valor de reconocer que los acontecimientos de Hungría nada tienen de común con un putsch; o con un movimiento fomentado por los reaccionarios, sino que son una colérica

manifestación de la voluntad de .emancipación del pueblo húngaro». El remate de este turbión de críticas y defecciones ha sido la renuncia del prominente filocomunista Pietro Nenni al Premio Stalin de la Paz, que le fue otorgado en 1952.

La propia prensa comunista polaca ha dado vehementes muestras, de simpatía y solidaridad con el pueblo húngaro. Jerzy Zalesky, redactor político del periódico Rejsy, de Gdynia, se expresa en los términos siguientes: «Que nadie entre vosotros se atreva a llamar a los rebeldes húngaros fascistas o agentes de la burguesía. No se trata de una conspiración contrarrevolucionaria. Tampoco es una intromisión de la reacción nacional o extranjera. Es la lucha desesperada del pueblo húngaro por la democracia y la soberanía nacional.

En Bélgica, Holanda, Noruega, Suecia, Inglaterra, Dinamarca y Estados Unidos, los más empinados hombres de ciencia y los más prestigiosos escritores han cerrado filas junto a los patriotas húngaros. La voz libre de nuestra América, ya se dejó oír en vibrante documento, que tuve el honor de suscribir. Y, asimismo, la de los pueblos asiáticos y africanos que luchan por el advenimiento de un mundo en que impere la justicia, la igualdad y el respeto a los derechos humanos. La iniquidad ha sido de tales proporciones que hasta el anfibológico Pandit Nehru se vio precisado a calificar las masacres soviéticas en Hungría como «verdaderos ultrajes a la dignidad humana».

Si al valor no siempre acompaña la fortuna, nunca se pierden, sin embargo, las batallas que se libran por la libertad y la cultura contra el despotismo y la barbarie. El ejemplo de Hungría corrobora, una vez más, la plena validez del aserto.

Tomado de *En pie*, Universidad Central de las Villas, La Habana, 1959

### **Albert Camus**

La consagración literaria, como la científica o política, suele ser en Francia privilegio de la ancianidad. Albert Camus constituye excepción de la regla. Sin haber doblado aún el cabo de las tormentas, ciñe, con sencillez franciscana, los codiciados laureles del triunfador. Era, hasta hace unos meses, uno de los más granados escritores de nuestro tiempo. Ni Paul Valery, ni Andre Gide, ni Jean Paul Sartre, le aventajaban en difusión, estima y prestigio. El Premio Nobel de Literatura acaba de instalarlo, de repente, en el proscenio de la fama universal. Ya algunos críticos lo juzgan un clásico. Otros, intentan, en balde, aguarle la fiesta. Hay, empero, un hecho como puño: la posteridad le ha venido insólitamente al autor de

*La Peste* en el otoño de la juventud y en plena actividad creadora. No se había dado caso semejante en la patria de Descartes.

Albert Camus nació, justamente, en los umbrales de la actual centuria. El siglo xx comienza, en rigor histórico, con el estallido de la primera guerra mundial. La serena agonía del siglo XIX se prolonga hasta el trágico pistoletazo de Sarajevo. Sus cárdenos fulgores presiden el inicio de la extraña aventura que corona equívocamente la desintegración del átomo.

Camus advino a la existencia el 7 de noviembre de 1913. Singular ocurrencia. El egregio escritor francés no es originario de Francia. Mondovi, provincia de Constantina, Argelia, fue su cuna. Tampoco puede ufanarse de haber sido arropado en pañales de seda. Era de familia sobremanera humilde. Su padre, francés, labraba la tierra. El fuego de España encendía la sangre campesina de su madre. Nada, pues, se le dio por añadidura. Con enormes dificultades logró licenciarse en filosofía y letras en la Universidad de Argel; se ganó la vida, alternativamente, como vendedor de accesorios de automóvil, como oficinista, como meteorólogo y como empleado de la prefectura. Le apasionaban el deporte y el teatro. Y, cuando daba casi cima a su tesis de adscripción —versaba sobre San Agustín y Plotino— la tuberculosis estuvo a punto de truncarle la vida.

Durante varios años, Camus compartió el periodismo con el teatro. Simultáneamente, dirigía, adaptaba, escribía y actuaba. Viajó por España, Italia y Checoslovaquia, escenarios reverberantes de sus opúsculos *El revés y el derecho* y *Bodas*. Defendió, como propia, la causa de la república española, vilmente agredida. La segunda guerra mundial le sorprendió en París. Ni rehuyó deberes, ni soslayó responsabilidades. Se alistó en la resistencia y, con ejemplar denuedo, presentó combate al nazifascismo en defensa de la libertad del espíritu. Y, en contraste con tantos, no se dejó seducir por el embeleco enervante del comunismo. Desde entonces, data su ríspida polémica con Sartre. En medio del fragor soterrado de la lucha a muerte con los invasores, publicó *El Extranjero* y *El Mito de Sísifo*; fue jefe de redacción de *Combat*, órgano de la resistencia, hasta la épica conquista de París. Recogió sus editoriales en un volumen titulado *Actuelles*.

Al editar sus obras de teatro *El malentendido*, *Calígula*, *El estado de sitio* y *Los justos*, Albert Camus figuraba ya entre los más eminentes valores jóvenes de la literatura francesa. Visitó Estados Unidos en 1947. Honda huella dejaron allí sus disertaciones. El año siguiente registra su promoción al magisterio literario de las generaciones de postguerra: aparece *La Peste*, novela impar de una época ruin. Vienen, a seguidas, los marmóreos peldaños que conducen al Premio Nobel: *El*



*hombre rebelado, La caída y El exilio y el reino.* Un tríptico en que el dolor, la angustia, la servidumbre, la desesperación y la miseria en que han sumido al hombre los experimentos totalitarios adoptan simbólicos relieves que claman por los cuerpos destrozados, los corazones desleídos, las mentes anestesiadas y las conciencias enmudecidas. **Camus funde y sobrepasa en libros que destilan sangre, hedor, ironía, reniego, coraje, desprecio y fe,** el romanticismo domado de Gide, la lucidez enfermiza de Malraux, la fantasía agobiante de Kafka y la familiaridad con lo absurdo de Melville, sus ídolos literarios. Testigo, notario y fiscal a la vez, es el ojo insomne de nuestra época: un ojo tan afinado por la vigilia que todo lo ve, capta y denuncia con fidelidad crispante y parcialidad generosa. La preocupación central de su filosofía es la existencia del hombre como esencia de la cual mana su objeto, razón y **sentida**. Equidista, por ende, de la nada de Heidegger tanto cómo de la náusea de Sartre.

Reconforta decirlo. Camus no es de los que escribe perdiciones que engordan sino salvaciones que consumen. Ama a los perseguidos, martirizados y proscriptos y por ellos pugna con su lirio erizado de púas. Odia a los déspotas, polizontes y carceleros. No es un arcángel rebelde. Es un ángel de la libertad. Su divisa lo pinta de cuerpo entero: «No inclinarnos nunca ante el sable, ni dar jamás la razón a la fuerza que no esté al servicio de la justicia». Y esa divisa explica, asimismo, la extraordinaria ascendencia espiritual de Camus allende las fronteras de Francia.

Esa es la razón, precisamente, de que a él fuera dirigido, en primer término, aquel angustioso reclamo que aún resuena en el mundo: «¡Atención! ¡Atención! Van a oír la Federación de Escritores. A todos los científicos, a todas las asociaciones de escritores, y a todas las academias, a la élite intelectual del mundo, les pedimos ayuda y socorro. Nos queda muy poco tiempo. ¡Ayudad al pueblo húngaro! **Nosotros, Albert Camus, Karl Jaspers, Ignacio Silote**».

A los pocos minutos, un denso y ominoso silencio. El último reducto libre de Budapest había caído en manos de las hordas mecanizadas de Khrushchev y de Kadar, dirigentes implacables de la «nueva clase», una estructura social producto del dominio totalitario de una minoría fanática, inescrupulosa y audaz sobre el poder, la propiedad y el pensamiento, en nombre de millones de hombres y mujeres que sojuzgan, humillan y esquilman, aduciendo teoremas de Marx, corolarios de Lenin y redundancias de Stalin.

Aquella dramática apelación de los héroes civiles de la cultura húngara, le arrancó a Albert Camus, la más terrible, sobria, oportuna y veraz admonición de los años recientes: "La verdad es que la sociedad internacional en su conjunto, que, con

varios años de retraso ha encontrado súbitamente fuerzas para intervenir en el Medio Oriente, permite, por el contrario, que Hungría sea asesinada. Hace ya veinte años dejamos aplastar la república española por las tropas y las armas de una dictadura extranjera. Aquel magnífico valor halló su recompensa: la segunda guerra mundial. La debilidad de las Naciones Unidas y sus divisiones nos conducen, poco a poco, hacia la tercera que ya llama a nuestras puertas. Llama y entrará, si la ley internacional no se impone al mundo para proteger a los pueblos, y a los individuos.»

En Albert Camus el pensamiento es acción y la acción es pensamiento. La sumisión, la doblez y la banalidad le son radicalmente ajenos. Tanto como el oportunismo, la demagogia y la neutralidad. Como Romain Rolland, es un combatiente de las letras. Pero un combatiente cuyo único juez es su propia conciencia. Hija legítima **de ella, espejo** atormentado de frustraciones, rebeldías y esperanzas son sus novelas, ensayos, dramas y cuentos. Toda su obra es, por eso, testimonio vivo y polémico documento. La conciencia de Albert Camus es, en última instancia, conciencia de su tiempo.

Tomado de *En pie*, Universidad Central de las Villas, La Habana, 1959

### **La profecía de Anatole France**

La aplastante victoria del Partido Laborista ha puesto el poder público en Inglaterra bajo la suprema jefatura de la clase trabajadora. No es la primera vez que tamaña ocurrencia se produce en la historia. El 7 de noviembre de 1917, en un mundo desgarrado por la guerra y la revolución, se estableció en Rusia, entre los resplandores sangrientos del más vasto y profundo cataclismo social de que se tiene noticia, un gobierno obrero y un régimen socialista.

Uno y otro acaecimiento, aunque fases de un mismo proceso, presentan, sin embargo, sustantivas y formales diferencias. La raíz y el sesgo de las mismas hay que indagarlas en el respectivo desarrollo histórico de Rusia e Inglaterra. No resulta dable emprender la faena en una crónica volandera. Hay que conformarse con el subrayado *grosso modo*. Tras de sí no tiene Rusia, precisamente, ni la Carta Magna, ni el Renacimiento, ni la Reforma, ni la monarquía constitucional, ni el sistema parlamentario, ni la revolución industrial, ni el señorío de los océanos. Lo que Rusia exhibe, a sus espaldas, es el despotismo, la corrupción, la ignorancia, el pope, los hermanos Karamazov, el botero del Volga, la conspiración, el presidio político y la

estepa. Y, una marcha dispar, en consecuencia, hacia la transformación dialéctica de sus relaciones sociales.

La conquista del poder obrero en Rusia tenía que ser, forzosamente, en toda circunstancia, producto de la insurrección armada y de la violencia popular. En Inglaterra, por la confluencia de **factores** propicios en un momento determinado de su evolución histórica, se ha podido alcanzar parejo objetivo por el sufragio universal, figurando al frente de la empresa un partido, socialista, que está mucho más cerca de Fabio **Cuntactor** que de Vladimir Ilich. Ya se sabe lo acontecido en el primer caso. El descompuesto armatoste del zarismo, la república gaseosa de Kerenski y las clases dominantes y sus órganos políticos, fueron batidos en toda la línea e implacablemente eliminados. No sería, por cierto. Nicolás II, quien designaría a Lenin presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo.

Se sabe también lo ocurrido y lo que va a ocurrir en el caso de Inglaterra. El poder obrero, por ser fruto legítimo del libre juego de las instituciones democráticas, seguirá conviviendo con las clases derrotadas y sus partidos representativos y tendrá que implantar su programa socialista por la vía constitucional. Antes de la revolución rusa, semejante sucedido se juzgaba teóricamente problemático. Después de la revolución rusa, la hipótesis corroborada incontestablemente por los hechos, advendrá dogma de fé.

Inglaterra, cuna del capitalismo, de la política de poder de la técnica del compromiso y del socialismo sui géneris, ha puesto evidentemente en entredicho, en pleno desajuste de los mecanismos fundamentales de la sociedad burguesa, el consagrado teorema marxista, según el cual ninguna clase dirigente ha abdicado ni abdicará jamás su control de la riqueza y del estado sin presentar abierta y encarnizada porfía. El propio rey Jorge VI —ápice refulgente de la jerarquía capitalista y de la aristocracia británica— le ha entregado a Clemente Attlee, líder del Partido Laborista, y del proletariado inglés, el cetro de la Commonwealth y del imperio durante un quinquenio. La irónica profecía de Anatole France, en la piedra inmaculada, está a punto de cumplirse.

En sí mismo y por sus dilatadas implicaciones, el insólito suceso invita a una rigurosa e inmediata revisión de **pócimas** teóricas hasta ahora inexpugnables y le da amplia carta de naturaleza a la controvertida doctrina de Harold J. Laski sobre la revolución por consentimiento. No quiere esto decir, en modo alguno, que por el simple y puro hecho de haber ocupado el Partido Laborista el poder, Inglaterra va a transformarse **ipso facto** en un país socialista. El partido victorioso tiene, ante sí, formidable obstáculos y poderosos intereses. Incluso puede ser desalojado,

violentamente, del gobierno, por el concierto subversivo de las fuerzas conservadoras y de sus afines foráneas. Ni una cosa ni otra empero, restarían plenitud de validez a la situación actual que dejo apuntada. A mayor abundamiento, Carlos Marx mismo admitió, más de una vez, en sus escritos, la posibilidad de que el poder obrero se pudiera conquistar en Inglaterra por los caminos de la democracia.

Lo que sí resulta indispensable, de toda suerte, es que el cambio esperado en Inglaterra equivale al ascenso, otrora, de la clase media, al primer plano de la vida histórica y ha resonado, en el corazón del *common man*, como el clarín del gallo en la madrugada.

Tomado de *15 años después*, Editorial Librería Selecta, La Habana, 1950

### **La batalla de Inglaterra**

La conmoción espiritual, producida en este país por la victoria laborista, sólo tiene precedente en el V-E Day. Estupefactos andan, todavía, los augures de la prensa reaccionaria y amarilla. Y, no se les ha ocurrido salida más elegante, que la de acusar de ingratitud al pueblo inglés, por haber discernido libremente su futuro. Boquiabiertos están aún, por la sorpresa, los periódicos y revistas liberales. Alicaídos los grandes magnates de la finanza y de la industria, regocijado el pueblo trabajador y la clase media y con la fe en renuevo las cabezas más alertas del New Deal. Se podrían contar, con los dedos de una mano, los comentaristas que se atrevieron a vaticinar siquiera la remota probabilidad de una derrota de Winston Churchill. Pocas veces, la propaganda dirigida embaucó, a tanta gente avisada, como en esta memorable coyuntura. Y, pocas veces también, resultaría tan gravosa para sus managers y usufructuarios. El destino político del mundo ha cambiado radicalmente de constelaciones ante sus propias faltriqueras.

La repercusión, el significado y el alcance de la victoria laborista radica, primordialmente, en el papel determinante de Inglaterra en el desarrollo y rumbo de la historia universal. Su parejo suceso hubiera tenido por teatro un país “chico”, la cosa en verdad, no habría suscitado mayor frío ni calor a los que hoy, en todas partes, confiaban en restaurar el viejo orden social y la política de poder que incubó en sus entrañas el fascismo y esta guerra gigantesca aún inconclusa; pero, como

semejante vuelco ha ocurrido nada menos que en uno de los “tres grandes”, los descensos de temperatura y las fiebres altas están haciendo su estrago.

Absurdo, -dicen algunos-. Es un misterio -afirman otros-. Y no logran salir de ese círculo vicioso. Ni en la historia se da nada mágicamente, ni es tampoco una novela policíaca. Si Winston Churchill, el genial estratega de la victoria militar, el líder indiscutido del Partido Conservador y el dragón resoplante del imperio británico, ha sido derrotado, lo debe, exclusivamente, al descrédito y estrechez de miras de su política de postguerra y a algo que su pupila zahorí pasó por alto: la madurez de la conciencia pública inglesa. Su propaganda electoral, desenvuelta en un estilo típicamente caudillista, sólo podía encontrar eco en sus propios prosélitos. En la conducción de la guerra, había estado a la altura de las circunstancias, dominándolas, al cabo, con su arrojo, su serenidad y su contumacia. Y ello hubo de ganarle, el fervor y la asistencia unánime de todo el pueblo inglés, en primer término del Partido Laborista, que incluso le hizo concesiones incalificables. Baste recordar el silencio cómplice de sus ministros, en el tratamiento autoritario que le dió Churchill a los problemas de Italia, Grecia, Bélgica, España y la India. Para la paz y la reconstrucción social, ¿qué podía ofrecer Churchill, que no fuera lo que, una y mil veces, había proclamado durante el curso de la guerra misma? Era, y lo decía con la complacencia y el orgullo de su rancia estirpe, el campeón de la libre empresa y del imperio, el guardián celoso y el custodio irreductible de las monarquías repudiadas y de los regímenes sociales obsoletos en Europa, el abogado de los hombres de negocios y el índice acusador de las reformas sociales y del socialismo. Ni siquiera se avino a aceptar, en principio, el mesurado plan de seguridad de Sir William Beveridge. Y, si a todo esto se añade, la reiterada incapacidad y miopía del Partido Conservador desde 1931, su tímido y rampante enfoque de la problemática social interna, su efectiva contribución política y financiera al fortalecimiento de Hitler y Mussolini, su flagrante complicidad con éstos en la conquista de Abisinia, en el derrocamiento de la república española, en la invasión de Austria, en el concierto de Munich y en el despojo de Checoslovaquia, se tendrá una idea precisa del enmarañado callejón en que habían de encontrarse los tories en la primera consulta electoral que tuviera efecto en Inglaterra.

El Partido Laborista, con un aguzado y nítido sentido del espíritu de la época, de las exigencias vitales de la opinión pública británica y de su tarea, no podía continuar responsabilizado con el gobierno de coalición nacional, al rendirse incondicionalmente Alemania, sin negarse a sí mismo, comprometer su futuro y traicionar las masas trabajadoras inglesas. Los objetivos ulteriores de Churchill y la

plataforma de postguerra del Partido Conservador, le venían demasiado angostos. Otro era su programa y otros sus objetivos. En rápido esbozo, su política se enderezaba a la nacionalización de las grandes industrias y del Banco de Inglaterra, a la socialización progresiva de los medios de producción, a satisfacer las justas demandas de la India, a la paz por la justicia y a la extirpación de todas las formas supervivientes del fascismo derrotado. A ensanchar y fortalecer, en suma, la base material de las instituciones democráticas, ya en zaga del proceso industrial, del progreso técnico y de las formas sociales de vida que han crecido y madurado a su sombra.

Esta es la razón profunda de la ruptura del Partido Laborista con el gobierno de coalición nacional y de la abrumadora cantidad de sufragios que obtuvo en las elecciones. Si se analiza detenidamente la composición de la nueva Cámara de los Comunes, se advertirá, de inmediato, que la votación laborista trasciende, ampliamente, el ámbito de su propio partido. Ha sido el pueblo inglés, en su mayoría, quien ha decidido la magna contienda en su favor. Salta a la memoria, inevitablemente, el desastre electoral de Lord Balfour en 1906.

La victoria laborista es, pues, la victoria de todo un pueblo. Inglaterra, por razones diversas que antaño, vuelve a asumir, otra vez, la rectoría ideológica de la política mundial. América, y sobre todo los Estados Unidos, sentirán hondamente los efectos de este inesperado viraje a la izquierda, del país que jamás dió un paso adelante sin pisar tierra firme. Los partidos laboristas de los dominios recobrarán ahora impulso y prestigio. El complejo y candente problema de la India y de las dependencias coloniales entra en una fase enteramente nueva. Hay que presumir que el derecho del veto perderá ahora su aire insolente. Las tendencias neoimperialistas, ya aflorando con seductores disfraces, tendrán que batirse, por lo pronto, en retirada, sin cejar por ello en sus designios. Los destinos de Franco, de Leopoldo de Bélgica, de Pedro de Yugoslavia y de Jorge de Grecia están sellados. No tardará un pronunciamiento de la conferencia de Postdam declarando la interdicción internacional de la “democracia orgánica” impuesta a sangre y fuego en España. La reacción, el fascismo y la política de poder han sufrido una derrota de insospechadas consecuencias.

Si el Partido Laborista es capaz de realizar a fondo su programa, esa derrota será decisiva. Si pierde el ritmo y la brújula y se concreta a emplastos de circunstancias y a reformas adjetivas, la hora de su liquidación definitiva habrá sonado y tan vertical será su caída como perpendicular su encumbramiento. En las citas con el destino, o se vence o se parece. No hay otra alternativa. Ni Winston

Churchill, ni el Partido Conservador, ni los poderosos intereses financieros e industriales, hasta hoy dueños y señores de la vida inglesa, se conformarán con el rol de espectadores. Ahora empieza, realmente, la batalla. Una batalla que, teniendo a Inglaterra como centro estratégico de operaciones, reclutará generales, soldados y espías en el mundo entero. No en balde se van a dirimir en ella los fundamentos últimos del próximo avatar de la convivencia humana.

El profesor Friedrich A. Hayek y sus acólitos andarán, seguramente, con el rabo entre las piernas. John Maynard Keynes, sin ser laborista, debe estar, en el fondo, reventando de euforia.

Tomado de *15 años después*, Editorial Librería Selecta, La Habana, 1950

### Acícate y ejemplo

Junto al nevado paisaje de los Alpes suizos acaba de morir, tras prolongada enfermedad, Richard Sttafford Cripps. Es la tercera figura de rango que pierde el Labour Party desde que Winston Churchill retornó al poder. Harold J. Laski y Ernest Bevin le precedieron en el «viaje ineluctable» de que hablara el poeta.

No es fácil llenar el hueco que dejan. Laski fue no sólo un socialista de arraigadas y encendidas convicciones; fue también un profesor de raza y un escritor con perspectiva propia y aportaciones originales a la teoría política y social. De genuina extracción proletaria, Bevin se destacó severamente en las luchas sindicales y adquirió polémica notoriedad al frente de los asuntos extranjeros del gobierno de Clement Attlee. Sttafford Cripps fue la revelación del laborismo de la postguerra. Sobre sus hombros gravitó la abrumadora responsabilidad de impulsar, el programa socialista en medio de adversas circunstancias internas y agudas tensiones internacionales.

Como tantos otros socialistas ingleses, Sttafford Cripps procedía de familia acomodada y linajuda. **Su padre, abogado prominente a orgullo sus rancios prejuicios y añejos criterios; pera** su influencia sobre Richard se vería pronto suplantada en el propio círculo doméstico por sus tíos Beatriz y Sidney Webb, fundadores ambos de la Sociedad Fabiana y autores de obras fundamentales sobre el movimiento obrero. Su monumental *History of the Tradeunionism*, escrita en colaboración, es ya un libro clásico. El diario contacto con los Webb decidiría el

destino político del joven aristócrata. Su fina sensibilidad, su concepción evangélica de las relaciones humanas y su vocación por los estudios, jurídicos, económicos y sociales, abonaron la rápida conversión.

El Labour Party, fundado en 1906, es hijo legítimo de la Sociedad Fabiana. El núcleo originario de esta se agrupó en torno al norteamericano Thomas Davidson. Algunos de sus componentes disentían de la sintaxis reformista dominante y manifestábanse partidarios de la Federación Socialdemócrata, dirigida por Henry Hyndmann, discípulo de Carlos Marx. En la controversia planteada, la mayoría optó por un socialismo de tipo democrático y organizó la Sociedad Fabiana. Su propósito era crear un partido político independiente de la clase obrera y establecer un régimen social que asegurase el bienestar y la felicidad de todos. A George Bernard Shaw y a Sydney Webb, teóricos y heraldos del nuevo movimiento, no tardarían en unírseles Grahame, Vallas, Annie Besant, William Clark y Ramsay MacDonald. Años más tarde ocuparían posiciones responsables Laski y Stafford Cripps, que era su presidente al fallecer.

El espíritu fabiano rige y configura la ideología del Labour Party, en la cual confluyen la tradición empírica de la política social inglesa y las ideas de Robert Owen, John Stuart Mill, William Morris, Carlos Marx y Eduardo Bernstein. El laborismo repudia los rígidos cánones del socialismo revolucionario. Su táctica es la infiltración y la contemporalización: su objetivo es acelerar el ritmo del movimiento obrero e infiltrar la idea socialista en todas las capas de la sociedad. El socialismo es una mutación gradual por consentimiento y su palanca es el sufragio universal.

Nunca el espíritu fabiano tuvo un intérprete más apasionado y flemático que Stafford Cripps. Ciertamente es que en ocasiones quiso ir, y fue, más lejos que sus compañeros de partido; mas, en ningún instante, se apartó del socialismo de movimiento preconizado por Bernstein y Bernard Shaw.

Aquel hombre alto, magro, serio, miope, elegante y sobrio era temido y respetado por sus adversarios. Creía, al par, en Dios y en el socialismo. El púlpito, el parlamento y la plaza pública disputábanse sus vibrantes oraciones contra el capitalismo, el imperialismo, el fascismo. Hablaba como un profeta; pero sin que se le alterase el gesto o se le descompusiera el lenguaje. Era una cabeza lógica sobre una naturaleza volcánica. Su difícil gestión en Rusia, su delicada labor en la India acreditan inusitada sagacidad y equilibrio.

Pero fue como Chancellor of the Exchequer que Stafford Cripps dio la medida exacta de su estatura política. Su frío entusiasmo le permitió enfrentarse con la ingente empresa de sentar las bases del socialismo en una estructura económica



agrietada y bamboleante. No tenía otro camino que adoptar drásticas medidas para extirpar la bolsa negra, contener la inflación, atenuar los desniveles sociales, intensificar la producción y consolidar la libra esterlina. El programa de austeridad que propugnaba era un programa de privaciones; pero sólo mediante su riguroso cumplimiento podrían salir adelante el socialismo e Inglaterra.

Sttafford Cripps transitó inflexiblemente el áspero camino en manifiesto contraste con la política zigzagueante de **Bevin**. No vacilaría siquiera en apelar a la ayuda norteamericana para superar la crítica situación financiera que arrostraba el país. Ganó la batalla; pero perdió la salud. Expiraría dos años después con la serenidad propia del que ha cumplido una misión útil en la tierra. La apretada victoria electoral de Winston Churchill demuestra hasta qué punto el relativo éxito de la dura experiencia laborista obtuvo resonancia en la opinión pública.

La vida clara, generosa y fecunda de Sir Richard Sttafford Cripps debería servir hoy de acicate y ejemplo a cuantos pugnan por el advenimiento de un mundo socialmente planificado para la libertad.

Tomado de *Viento Sur* [Trabajos y artículos], Editorial Selecta, La Habana 1953

